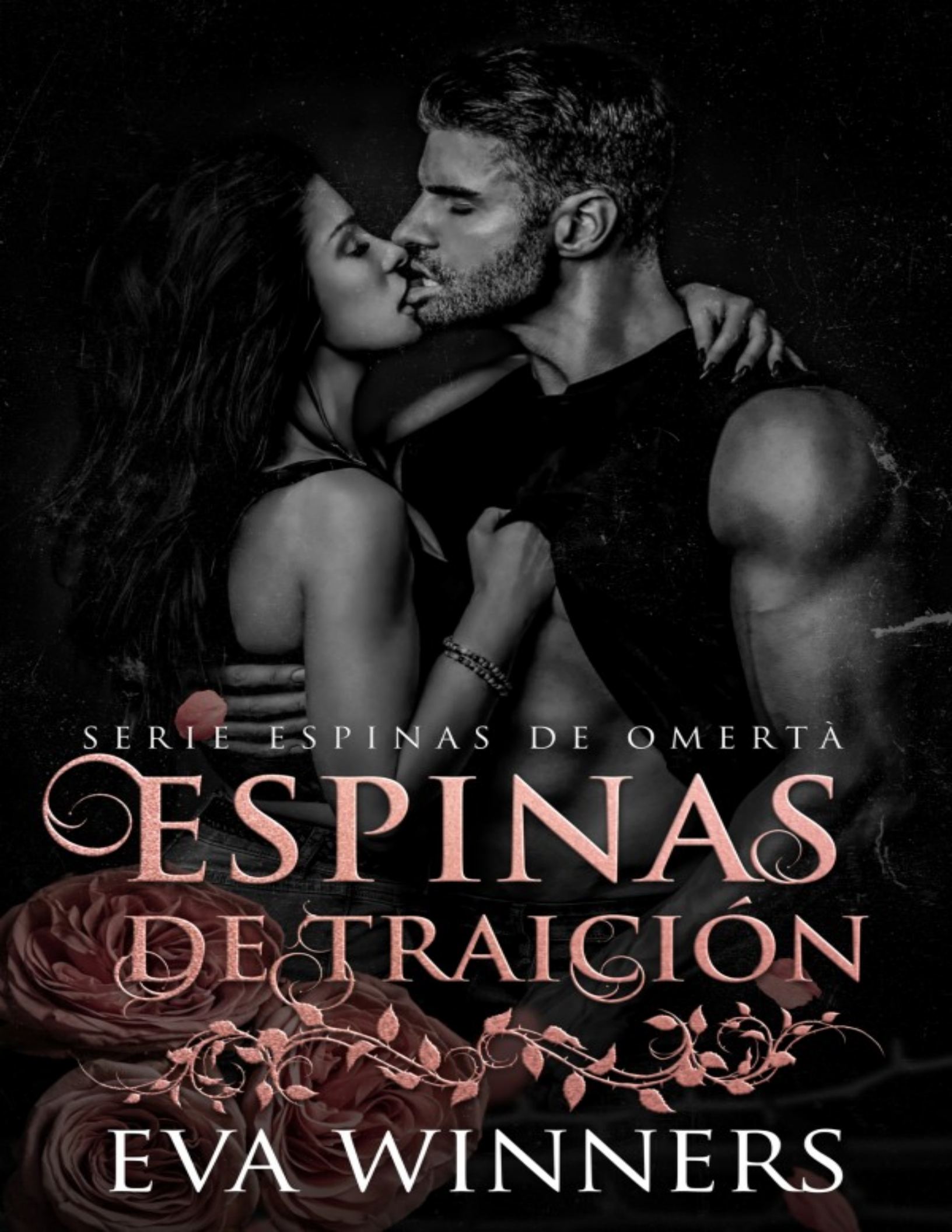

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ
ESPINAS
DE TRAICIÓN
EVA WINNERS

ESPINAS DE TRAICIÓN

ESPINAS DE OMERTÀ

EVA WINNERS

Copyright © 2025 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñadora de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafa: Michelle Lancaster: Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e

Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q

Insta: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

Serie Espinas De Omertà
PLAYLIST
Nota De La Autora
Sinopsis

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

¿Qué Sigue?
Sobre La Autora

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

Cada libro de la serie ***Espinas de Omertà*** puede leerse de manera independiente, excepto ***Espinas de Lujuria*** *y* ***Espinas de Amor***, la historia de Tatiana Nikolaev.

Espinas de Traición es un libro completamente autoconclusivo, pero hace referencia a los eventos de la trilogía ***Imperio Robado*** y al libro ***Luca*** de la serie ***Bellas y Mafiosos***.

Para información sobre los libros de Eva Winners, por favor visita: *www.evawinners.com*.

PLAYLIST

https://bit.ly/4qTezWJ

NOTA DE LA AUTORA

Hola lectores,

Espinas de Traición abarca más de cinco años, desde que Raven tiene diecinueve años hasta los veinticuatro. La primera parte del libro transcurre antes de la época de *Luca* en Bellas y Mafiosos, mientras que la segunda parte, cinco años después, coincide con la línea de tiempo de *Reina Implacable* de la trilogía *Imperio Robado* y *Espinas de Deseo*. Por lo tanto, si no los han leído, les recomiendo encarecidamente que los lean primero.

Además, tengan en cuenta que este libro tiene algunos elementos oscuros y escenas perturbadoras. Por favor, procedan con cautela. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

SINOPSIS

Una testigo inocente de la brutalidad. Un plan retorcido y perverso. Dos vidas marcadas para siempre.

Aiden Callahan era un hombre letal, de una belleza desconcertante. Un mafioso forjado en sangre, traición y pecado.

Y, lo peor de todo… Era mi esposo.

Cinco años atrás, hice algo imperdonable. Ahora, mi pasado había venido a ajustar cuentas.

Me decía a mí misma que hice lo necesario para sobrevivir. Que él no me haría daño. Que ser la futura madre de su heredero me haría intocable.

Me equivoqué.

El hombre del que escapé ya no existía, y yo ya no era la mujer con la que se casó.

Sus demonios arremetían, feroces e implacables. Los míos se negaban a rendirse.

Juntos, éramos caos. Uno hermoso y mortal.

PRÓLOGO

RAVEN



Presente

El *champagne* burbujeaba contra mis labios, frío y refrescante, un marcado contraste con el ardor en mi pecho. Me reí junto con Phoenix, Reina y Athena mientras levantábamos nuestras copas.

Después del desfile de modas, las chicas y yo nos encontrábamos celebrando en el club cercano. Sentadas alrededor de la mesa, brindábamos con nuestras copas de cristal y bebimos alcohol como si fuera agua. Entre copas, incluso habíamos encontrado tiempo para bailar.

—¡Por nosotras! —manifestamos en coro, el tintinear de nuestras copas absorbido por el rugido de la multitud y el bajo palpitante.

Lo habíamos conseguido. El espectáculo de Reina había sido una maldita obra maestra, y todas estábamos muy orgullosas de ella.

La música sensual recorría mis venas al ritmo de mi corazón, y me dejé guiar.

Había sido un camino largo, pavimentado con espinas de traición, cenizas y cuerpos, pero había valido la pena. Era libre, viva y feliz.

La vida era buena.

Las pesadillas ya no me atormentaban constantemente, y tampoco un par de ojos azul profundo. Aparté firmemente cualquier

miedo de mi mente y me centré en lo bueno.

Esa noche se trataba de nuestros logros y de celebrar durante horas.

Athena me dio un empujoncito en el hombro con el suyo.

—¿Crees que Isla esté teniendo sexo?

La habíamos perdido en algún momento. Decidió entretener a un hombre que llevaba un traje italiano como si fuera su segunda piel.

—Deberíamos haber conseguido su información —gruñí—. Él se veía como pecado y peligro a la vez. Eso nunca es buena señal.

—Ya está grandecita. —Athena no se equivocaba, pero él desprendía vibras que me recordaban a otro. *Mi esposo.* Rápidamente lo empujé al rincón más oscuro de mi mente, decidida a no pensar en él, igual que no lo había hecho en los últimos cinco años.

—Bailemos —sugerí, tomando la mano de Athena.

Encontramos un sitio en la pista de baile entre la multitud y dejamos que nuestros cuerpos se mecieran al ritmo de la música, moviendo las caderas y riendo cada vez que alguien intentaba acercarse.

Athena se excusó para ir por una copa, mientras yo seguía bailando.

Cerré los ojos, dejando que mi mente divagara hacia el hombre al que había intentado olvidar durante los últimos cinco años. Vaya, ¿cuánto tiempo hacía que no me permitía siquiera pensar en él? Hoy me parecía imposible sacarlo de mi cabeza. ¿Fue antes de que lo dejara y una pequeña parte de mí se sintiera culpable?

En realidad, eso no era del todo cierto. No se *dejaba* simplemente a un mafioso irlandés. Al menos no con vida. Así que, naturalmente, fingí mi propia muerte. Era la única manera; no tenía otra opción.

Ese dolor familiar se me quedó atrapado en el pecho, pero ya no era abrumador. Ya no amenazaba con consumirme. En cambio, era reconfortante. Me recordaba que estaba viva, y eso era lo único que importaba.

Abrí los ojos, mi mirada recorriendo a los hombres de la multitud. Pero como siempre, no sentía ninguna atracción. De hecho, una

parte de mí se repelía ante la idea de ser vista, y mucho menos ser tocada por ellos. Era una maldición, porque nada se acercaba a la intensa química que solo había experimentado una vez en mi vida.

El mafioso me había arruinado para cualquier otro.

Aun así, no había nada malo en un poco de coqueteo inocente.

Dejando que mis manos se deslizaran por mi cabello, me empapé de la atención. Nunca les lancé más que una mirada prolongada, y me hacía sentir despreocupada y deseable.

Mi atención iba de rostro en rostro mientras sorbía de mi copa, las chicas parloteando a mi lado, cuando mi respiración se entrecortó. Porque allí, imponente sobre la multitud con un oscuro traje de tres piezas, estaba el mismo hombre hacia el que mi mente había vagado inconscientemente. Las profundidades del océano me devolvían la mirada, su mirada afilada como un láser y fija en mí.

Aiden Callahan.

Parpadeé, luego volví a parpadear, convencida de que era un producto de mi imaginación.

«No deberías haber estado pensando en el pasado», susurró una voz desde el rincón más lejano de mi mente. Los recuerdos solo servían para hacer bromas crueles y crear apariciones perturbadoras.

Cerré los ojos, sacudí los hombros, conté hasta cinco y los volví a abrir, pero la imagen de mi esposo no se movió. Era como el ojo de una tormenta, amenazando con arrancarme de entre el mar de gente.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, empezó a acercarse a mí. Mi cerebro se puso en marcha demasiado tarde.

Apenas había dado dos pasos en dirección contraria cuando una mano fuerte y callosa se cerró alrededor de mi muñeca.

—Veo gente muerta, *esposa*.

UNO

RAVEN



Cinco años atrás

«H*az lo que sea necesario»*.

Necesitaba el dinero para salir de aquí y reunirme con mis amigas en París para poder estudiar música y pintura. No obstante, a diferencia de mí, las chicas estaban forradas en dinero. Asumían que mi madre y yo también lo estábamos, porque yo asistí a un internado con ellas. Su reputación de élite no era para gente como nosotras. Asistí a esa escuela élite gracias a becas, muy parecidas a la que recibí para la universidad, pero a diferencia del internado, los gastos de viaje, alojamiento y manutención no estaban incluidos en mi última beca.

«Haz lo que sea necesario».

Repetía esas pequeñas palabras en mi mente una y otra vez mientras me miraba en el espejo, intentando y fallando en animarme para otra noche en *Velvet Desire*.

El club pertenecía a la familia Callahan y se había ganado con razón una reputación por atender al lado oscuro de la ciudad. Pero, sin experiencia, era el único trabajo que podía conseguir para el verano que prometía dinero rápido. Mi madre pensaba que trabajaba

en un café, aunque no tenía idea de qué tipo de café pensaba que funcionaba de noche.

Era mi segunda semana y, si jugaba bien mis cartas, los próximos dos meses pasarían volando y me iría de aquí.

Miré el sofá donde mi madre yacía inconsciente. Agarré la manta y la tapé. Ella estaba peor de lo habitual, o quizá no lo noté antes porque vivía mayormente en un internado. Prefería eso a las constantes mudanzas que hacía mi madre. Nos habíamos mudado cada tantos años desde que tenía memoria.

El resentimiento me invadió. No iba dirigido a ella, sino a esta vida y al hombre cuyas acciones la habían puesto en esta situación: beber hasta quedar inconsciente por cuarta vez esta semana.

Nunca me contó mucho sobre mi padre, aparte de que era un criminal, problemático en general, y tuvo que huir para protegernos de él. Físicamente lo había conseguido, pero mentalmente seguía atrapada en el infierno que él le había hecho pasar.

Si tan solo hubiera elegido otra cosa, haber encontrado a un hombre que la valorara y fuera bueno con ella. Si tan solo hubiera podido tener su final feliz… Suponiendo que eso fuera siquiera posible.

Enderecé los hombros y me preparé para la noche que me esperaba. Darle vueltas a los "qué pasaría si..." no nos serviría de nada.

Terminé de ponerme labial y entrecerré los ojos mirando el espejo: minivestido sin tirantes rojo sangre, tacones color *nude* y maquillaje que me elevó de "recién graduada del instituto" a parecer que pertenecía a trabajar en *Velvet Desire*. Estaba lista para otra noche de comentarios subidos de tono y que me agarraran el trasero.

Solté un suspiro pesado, diciéndome a mí misma que las propinas hacían que valiera la pena. Además, me consideraba afortunada de solo tener que atender mesas, no tenía ni de cerca la confianza suficiente para subir al escenario y bailar medio desnuda como las otras chicas.

Treinta minutos después, casi las cuatro, me encontré frente al club de *striptease*. Había aprendido lo suficiente en mi breve tiempo

trabajando aquí como para saber que los dueños eran criminales despiadados. El club era básicamente una fachada para sus negocios turbios, pero con la cantidad de policías y políticos que frecuentaban los cuartos privados, no creía que los Callahan estuvieran preocupados.

No los había conocido exactamente, pero sí los había visto por ahí. Los gemelos, Kyran y Tyran, que parecían más matones vestidos de cuero que "hombres de negocios", siempre estaban en la sala y me mandaban a mesas llenas de gente de aspecto importante con botellas de licor caro. Incluso había visto a Jack Callahan en el club, quien, las chicas me dijeron, era el jefe de la *Familia*. Los últimos rumores decían que se preparaba para entregar las riendas a su sobrino mayor, Aiden.

Si pasaba algún tiempo en el club, permanecía oculto. Todavía no tenía idea de cómo era, y si lo que había escuchado de él era cierto, desde su afición por la tortura y el derramamiento de sangre hasta su actitud fría, no tenía ganas de averiguarlo. Si tenía suerte, me iría de aquí antes de poder ponerle cara a ese nombre.

Miré mi teléfono y vi la hora.

—Temprano —murmuré.

No pensé que fuera a ser un problema. Al fin y al cabo, ¿a qué empleador le molestaba que el personal llegara antes de su turno? Podría echar una mano para montar el nuevo espectáculo de *burlesque* que iba a empezar en dos horas. Las chicas incluso podrían darme propina si fuera lo suficientemente útil.

Buen plan.

Rodeé hasta la puerta lateral y la empujé. Adentro, no había nada más que silencio y suelos pulidos que me recibían.

—Qué raro. Normalmente siempre hay alguien rondando por ahí —murmuré entre dientes.

Mis tacones resonaban mientras caminaba por el pasillo familiar con sus paredes color marrón oscuro y la luz tenue. El silencio inicial se fue desvaneciendo poco a poco, sustituido por leves gruñidos y voces.

Detuve mi paso y mi sexto sentido se activó, mas lo ignoré. Esto era un club de *striptease*; siempre había alguien gruñendo o

gimiendo. Suspiré y me preparé para lo que probablemente estaba por venir, una escena erótica que me daría ganas de arrancarme los ojos, y luego di vuelta a la esquina.

Y me quedé paralizada.

Cuatro hombres se mantenían cerca de un hombre gravemente golpeado en el suelo, con sangre y orina acumulándose a su alrededor, a juzgar por el hedor.

—Dime dónde está el cargamento, alcalde, y puede que vivas para ver otro día. —Reconocí la voz de Jack Callahan y supe que este era el último lugar donde debería estar.

Tragué el nudo en mi garganta, obligándome a moverme, pero mi cuerpo simplemente se negó a obedecer.

—Muy bien —continuó Jack, asintiendo con un gesto seco a los demás. Reconocí a los gemelos, pero fue el cuarto hombre quien se movió—. Aiden es un experto en hacer que la gente hable. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel—. Solo espero que no estés demasiado… *apegado* a tus extremidades.

Un jadeo agudo se escapó de mi garganta antes de que pudiera detenerlo, y de repente retrocedí tambaleándome. En un instante, todas las miradas se dirigieron a mí.

—P-perdón —tartamudeé, con mi voz apenas un susurro—. Yo… No quería

—Carajo —gruñó Aiden, sus ojos ardiendo en los míos—. Pensé que habías dicho que el club estaba cerrado, Kyran.

No apartó la mirada al hablar, toda su atención estaba puesta en *mí* y egoístamente deseé que volviera a enfocarse en el alcalde apenas reconocible.

Mis piernas empezaron a temblar antes de que mi mente reaccionara, entonces, el instinto puro recorrió mis venas. Me quité los tacones, sin preocuparme de mirar dónde caían, y luego salí disparada.

Salí del club y a la luz de la tarde, la puerta golpeando la pared de ladrillo, sin intención de mirar atrás jamás. No fue hasta que llegué a la siguiente calle cuando noté el sonido de botas golpeando el pavimento.

No paré. En cambio, corrí más rápido, tomando la siguiente curva y luego otra. Mis pies descalzos golpeaban el concreto, adoloridos por la fuerza de cada impacto. Salté una valla baja de hierro y giré bruscamente a la izquierda, evitando un bote de basura volcado y logrando aterrizar de pie.

—¡Se fue por aquí! —gritó alguien detrás de mí.

Se me cortó la respiración, sin embargo, no me atreví a mirar por encima del hombro. Recorrí las calles, zigzagueando por callejones y caminos laterales, tomando giros al azar hasta estar segura de que los había perdido.

Recorrí las calles durante horas, manteniéndome en las sombras mientras intentaba calmar mi ritmo cardíaco. No fue hasta que me dolieron las piernas y el sol se había puesto del todo que decidí finalmente volver a casa.

Conociendo a mi madre, seguiría inconsistente, borracha y ajena al mundo, y por una vez, la envidié.

DOS

AIDEN



En cuanto la mujer salió corriendo, supe que sería un problema. Pero ¿quién podría culparla después de lo que había presenciado?

Mis hermanos y yo volvimos al club, donde ahora nos amontonábamos alrededor del cadáver del alcalde, con el hedor a fluidos corporales impregnando el aire.

—Supongo que no encontraron a la chica —siseó mi tío, visiblemente irritado mientras paseaba por el pasillo.

—No.

—Ella trabaja aquí —gruñó—. Revisa los registros de empleados, encuéntrala y luego mátala.

Apreté la mandíbula.

—¿Tan rápido la sumas al número de muertos, tío?

—Es una testigo. —Estiró un brazo—. ¿Sabes qué le ofrecería el fiscal del estado para llegar hasta nosotros?

—Claro, porque matarla no levantaría ninguna sospecha. —Kyran se rio mientras Tyran reventaba una burbuja con su chicle, rematando la declaración de nuestro hermano.

—O Aiden puede casarse con la chica —añadió Kyran—. Privilegio conyugal y todo eso.

Me burlé.

—¿Por qué no te casas *tú* con ella? —Mis hermanos siempre tenían las peores ideas—. La chica parecía ser más joven que Margaret.

—Oh, definitivamente es más joven que nuestra hermanita —intervino Tyran—. Quien la contrató debería ser despedido, porque no hay manera de que esa chica sea mayor de edad.

—¿Qué? —exclamó Tío—. ¿Ni siquiera tiene veintiún años?

—No te preocupes, tío Jack —dijo Kyran con tono arrastrado—. Aiden se va a casar con ella y todo habrá terminado. No está obligada a testificar contra su marido. Investígalo.

Negué con la cabeza.

—¿Ustedes idiotas quieren que me encierren? Acabas de decir que es menor de edad.

—No lo es —replicó Tyran con tono seco—. Al menos no en papel. Esa será tu defensa. No es culpa nuestra que haya falsificado un documento legal.

No podía creer que estuviéramos teniendo esta conversación. Ni siquiera sabíamos si era una amenaza real. Tenía que haber otra opción, más realista.

—Demonios —murmuré, y luego me giré hacia Kyran—. Dijiste que el club estaba vacío. Como fuiste tú quien la cagó, tú cásate con ella.

—El personal no llegaría hasta dentro de una hora —soltó con dureza—. Soy demasiado joven para estar atado. Tienes treinta y un años, joder, y si me preguntas ya es tiempo de que te cases.

—Nadie preguntó —señalé—. Y yo soy demasiado mayor para ella. *Acabas* de decir que es menor de edad.

—¡Me importa un carajo lo que le pase a la chica! —rugió tío—. Alguien se casará con ella, o la mataremos. De cualquier manera, encárguense de eso, carajo.

—No te preocupes —dijo Tyran con calma—. Mañana por la mañana tendrá un anillo en su dedo.

Kyran tosió, escupiendo mi nombre, y le lancé una mirada fulminante.

—Quiero una investigación exhaustiva de antecedentes y una decisión sobre quién se casa con la chica para mañana por la

mañana. O espero que me avisen de que ya se encargaron de ella —escupió mi tío, y luego se marchó enfadado, murmurando para sí mismo sobre infartos.

En cuanto desapareció de la vista, encaré a mis hermanos.

—De todas las sugerencias torpes e idiotas, ¿se te ocurre esta? —rugí, tentado de estrellarles la cara contra la pared.

—Quizá no sabe lo que vio —sugirió Kyran, aunque por su expresión, no creyó sus propias palabras.

Mi mirada se fijó en los tacones abandonados.

—*Oh,* ella lo sabía —siseé.

—Vamos, hermano, no tienes que casarte con ella. —Ofreció Tyran, haciendo todo lo posible por calmarme—. Simplemente mátala.

Ya estaba caminando, pasando junto a los tacones que ella había dejado atrás.

—Probablemente esté aterrada —añadió Kyran, siguiéndome—. No hablará.

—¿Estás seguro de eso? —Me giré para mirarlo con los ojos entrecerrados—. ¿Crees que mañana se despertará y olvidará que nos vio torturando a un político? ¿Alguien que probablemente será reportado como desaparecido en los próximos días?

Kyran guardó silencio.

Tyran se tronó el cuello y luego cruzó los brazos.

—Si ella habla, lo solucionamos.

Pero todos sabíamos que sería demasiado tarde para entonces. Teníamos que movernos ya.

—Consígueme su nombre y dirección —ordené con voz calmada, ignorando la sugerencia de mi hermano—. Llamaré a mi contacto y conseguiré todo lo que pueda sobre ella. Y tú, Kyran, limpia este puto desastre. Es lo mínimo que puedes hacer.

—Vamos, joder —siseó Kyran—. Tenemos hombres para eso. Además, la sangre me hace sentir…

Le lancé una mirada fulminante esperando que eso lo callara, pero no tuve suerte.

—Mareado.

—¿Quieres que la traiga? —preguntó Tyran.

—No —repliqué—. Solo quiero su nombre y dirección. Yo me encargo. Ustedes dos ya han hecho suficiente.



Después del desastre en el club, llegué directamente a casa y me duché.

Mi teléfono vibró en cuanto salí del torrente caliente, y me envolví una toalla alrededor de la cintura y contesté.

—Tío, aún no es mañana por la mañana. —Fue mi saludo.

—*No la mates, joder* —habló, sonando sin aliento—. *Es la hija de Duncan Lyons.*

Me pellizqué el puente de la nariz, arrepintiéndome de cada decisión que había tomado en mi vida y que me había traído hasta aquí. Debería haberme quedado con mi propia agenda y dejar que mi tío y sus secuaces se encargaran del alcalde.

—*L-la testigo* —balbuceó cuando yo permanecí en silencio—. *Tienes que casarte con ella*.

—¿Y por qué? —pregunté, entrando a mi armario donde me esperaban filas de trajes a un lado, y mi atuendo preferido, *jeans* y camisetas, al otro.

Saqué un traje azul marino y empecé a vestirme.

—*¿No estabas escuchando?* —siseó, y podía imaginarlo paseando por su oficina, pasándose una mano por su cabello cada vez más escaso—. *Tu contacto nos envió a los dos la verificación de antecedentes. ¿No leíste el correo? Es el destino, Aiden. Es nuestro boleto para hacer un trato con Lyons.*

—Aún no lo he leído, pero sí te escuché. —Me puse los pantalones con una mano y me pasé el cinturón por la cintura—. ¿No crees que se enfurecería si se entera de esto? ¿Por qué no aprovechar el hecho de que la chica estaba en nuestro club, posiblemente espiando para él, y…?

—*¡No!* —gritó—. *Eso no bastará. Él es conocido por su confrontación*. —Tío no se equivocaba. Duncan no era del tipo razonable y gobernaba su imperio criminal infundiendo miedo en

hombres y mujeres a su alrededor. Se rumoraba que torturaba a sus amantes porque no podía encontrar a su esposa ni hacerla pagar por sus transgresiones. Cualquier cosa que significara eso en su mente.

—*Ese bastardo solo respeta las alianzas matrimoniales* —continuó mi tío—. *Fue la única razón por la que no mató al hombre de su hermana hace una década. Se casaron antes de que Duncan tuviera oportunidad de acabar con ese cabrón.*

Coloqué la llamada en altavoz y me puse la camisa, abrochándola a la par que él seguía con su desahogo. Me informó lo de Lyons, contándome cómo, mientras Duncan cumplía una condena, su hermana había tenido una aventura con su guardaespaldas. Cuando lo liberaron, perdió la cabeza, alegando que el guardaespaldas no aportaba nada al negocio: ni territorio, ni drogas, ni alianzas. Pero su hermana era igual de terca y se casó con el pobre desgraciado a sus espaldas. El resto fue historia.

Hice un sonido evasivo y me ajusté las mancuernillas mientras me dirigía a mi oficina. Encendí mi *laptop* y me senté en mi escritorio, el horizonte de *Manhattan* brillando a través de la pared de ventanas, y luego abrí el correo.

—¿Por qué se hace llamar "Croft"? —inquirí, fijándome en los puntos clave del expediente, aunque parecía escaso—. Su certificado de nacimiento no indica a Duncan como padre. ¿Qué me estoy perdiendo aquí?

—*¡No tenemos tiempo para preocuparnos, carajo!* —vociferó—. *Es su única hija y te casarás con ella. ¡Esta noche! Ya llamé al padre Hubbart, y los gemelos van de camino a recogerlo*.

Y así fue como mi noche pasó de ser un desastre a una catástrofe total.

TRES

RAVEN



Me quedé en la puerta de nuestro apartamento de mierda, con la mano en la manija y mi pecho retorciéndose de agonía.

Como si no estuviera ya bastante estresada intentando escapar de mi situación, ¿ahora literalmente tenía *mafiosos* tras de mí? ¿Cómo iba a conseguir el dinero ahora? Mi beca cubriría la matrícula en París, pero tenía que subirme a ese avión antes de morir. Necesitaba dinero para el boleto de avión y dos meses de alquiler del apartamento que compartiría con mis amigas. Mis opciones eran escasas o inexistentes. ¿Quizá podría hablar con mamá y ver si podía ayudarme? Después de todo, había logrado huir de mi padre y mantenerse fuera de su radar durante todos estos años.

La desesperación estaba causando estragos en mi mente, haciendo imposible idear un plan factible y haciéndome perder toda esperanza.

Conteniendo las lágrimas, entré a nuestro apartamento. Pero en lugar de encontrarme con la oscuridad y con mi madre desmayada, me encontré cara a cara con algo peor.

Aiden Callahan.

Me quedé paralizada, mirando al hombre sentado en el sofá de segunda de mi sala diminuta.

—Señorita Croft. —Me saludó con un matiz de peligro en la voz —. Pasa. Y cierra la puerta detrás de ti. —Mi mirada se movía rápidamente, buscando a mi madre mientras el miedo me apretaba el pecho—. Tu madre está en la habitación —añadió.

—Más vale que esté viva —siseé con un valor tonto.

Los labios de Aiden se curvaron, pero su expresión permaneció fría. Sus manos descansaban sobre los reposabrazos, una pistola en la mano con los nudillos blancos.

—Será mejor que te preocupes por ti, chica. Ahora, cierra esa puerta.

Hice lo que me dijo, nuestras miradas chocaron mientras mi mente buscaba furiosamente salidas a esta situación y no encontraba ninguna.

—Siéntate.

—¿Cómo me encontraste? —susurré, negándome a parecer alterada, aunque mi respiración se volviera dificultosa. Le di al club un nombre y una dirección falsos.

—Eso es irrelevante. —Su murmullo me provocó una oleada de ansiedad—. Odio repetir lo que digo, Raven. Siéntate.

Cerré los ojos antes de caminar despacio hacia la silla vacía frente a él. Cuando por fin llegué, las piernas me temblaban tanto que prácticamente me desplomé.

—Yo…

—No hables.

—D-disculpa —balbuceé—. Estás en mi casa.

Su enorme cuerpo se enderezó, llenando el sillón desvencijado. Solo entonces me di cuenta de que ya no tenía puestos *jeans*. En su lugar, llevaba un traje de William Westmancott. *Jesucristo*. ¿Ahora veía marcas de diseñador? Recuérdenme darle las gracias a la obsesionada con la moda de Reina, por este talento inútil.

—No me jodas —advirtió—. Estoy demasiado furioso, maldición. Te sentarás y escucharás lo que voy a contarte.

—Bien.

Apreté los puños y me recosté en la silla, sosteniendo su mirada mientras esperaba a que me explicara para qué demonios estaba aquí.

—Tienes fuego en tu interior. —Una pequeña y cruel sonrisa se dibujó en sus labios mientras guardaba la pistola en la funda bajo la solapa—. Lo vas a necesitar.

—¿Por qué iba a necesitar fuego si vas a matarme?

Su respiración salió en una larga y constante exhalación antes de que el silencio se instalara en el apartamento, estirándose como una liga elástica a punto de romperse.

—¿Lo vamos a hacer o nos quedaremos aquí sentados? —solté, la anticipación me ponía nerviosa.

Me observaba con el ceño fruncido, sus manos apretando y relajándose a intervalos irregulares.

—Como presenciaste algo que no debías —empezó, con voz serena—, tienes dos opciones. —Cruzó un tobillo sobre una rodilla, pareciendo demasiado relajado para la tensión de su mandíbula y la agudeza de sus ojos—. Puedo matarte, o puedo casarme contigo.

Parpadeé, la adrenalina rugiendo fuerte en mis oídos.

—Tú… *¿Qué?* —Mi voz me traicionó, temblando como el resto de mi cuerpo—. Esas no son opciones. —Carraspeé, luchando contra una risa histérica que burbujeaba en mi garganta—. Eso es como elegir entre una sentencia de muerte o cadena perpetua.

Su gesto permaneció inexpresivo mientras me observaba con una contención tensa.

—El matrimonio para mí difícilmente sería una prisión —dijo con frialdad—. Como futura madre de mi heredero y mi esposa, estarías protegida para siempre.

—¿También de ti y tu familia?

Se le contrajo la mandíbula.

—Mira, te metiste en un montón de mierda —señaló—. En el momento en que lo hiciste, tu vida dejó de ser tuya. Así que tienes dos opciones. Elige una.

—Solo tengo diecinueve años —pronuncié con voz ronca, con la boca de repente seca.

Soltó un suspiro sardónico.

—Exacto. Más de la edad legal para casarse.

No vi nada positivo en esa afirmación.

—N-no estoy preparada p-para casarme —balbuceé—. Además, ¿cuántos años tienes? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¡Eres prácticamente un viejo!

El tipo, aunque guapo, era un anciano, demonios. ¿No había una ley contra esto?

—Tengo treinta y uno —refunfuñó entre dientes con la mandíbula apretada, luego dudó antes de continuar—: Para nada soy viejo, aunque siento que soy un asaltacunas. —Suspiró—. Pero es mejor que matarte, ¿no crees?

—¿Lo es?

—Solo dilo, Raven Croft —expresó en voz baja—. Si prefieres morir, accederé.

Tragué saliva con fuerza. Ambas eran malas opciones. Por el amor de Dios, apenas había empezado a vivir. Me quedaban tantas malas decisiones por tomar. Ese era el punto de la vida… ¿No era así?

—¿Así que, si nos casamos, ya no estoy en peligro? —pregunté finalmente—. ¿Soy intocable?

Inclinó la cabeza, fijando su mirada en la mía.

—Exacto.

Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica, amenazando con liberarse. O quizá me advertía sobre ese hombre y la jaula ligeramente diferente en la que entraría si aceptaba su ridícula propuesta.

—Bien.

Una simple palabra, y mi destino quedó sellado.

Aiden metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pequeña caja de terciopelo negro. La lanzó sobre la mesa a nuestro lado con un golpe sordo.

—El sacerdote llegará en diez minutos —anunció.

—¿Un s-sacerdote?

Apretó la mandíbula mientras decía entre dientes.

—Sí. Una vez que mi anillo esté en tu dedo, no habrá salida. Después de todo, soy católico.

Lo dijo como si eso lo explicara todo, pero para mí no significó nada.

CUATRO

AIDEN



Jesucristo, me iba a casar con una maldita chiquilla.

Bueno, no literalmente.

Tenía diecinueve años, técnicamente era legal, pero parecía alguien que debería preocuparse por los vestidos de graduación y los exámenes finales, no por los *votos*.

Por otro lado, a juzgar por los vapores baratos de vodka que emanaban de su madre indispuesta, la chica claramente tenía demonios más grandes con los que lidiar.

Me pellizqué el puente de la nariz.

«Cásate con ella o mátala».

Dos opciones y ninguna me convenció. No es que esto último estuviera siquiera sobre la mesa ya, debido a que mi tío había descubierto quién era la chica. Acepté este plan desastroso y, aunque juré que la protegería, desde luego no la tocaría ni compartiría la cama con ella.

Observé a la joven sentada al borde de la silla gastada, con la espalda recta, los puños aferrados a la tela de su vestido rojo, un atuendo que la habría hecho parecer mucho mayor si no fuera por sus pies descalzos y sus ojos abiertos y asustados.

Raven Croft.

El universo había acertado en una cosa porque el nombre le sentaba perfectamente. Su cabello sedoso recordaba las plumas de

un cuervo y sus ojos verdes evocaban bosques cubiertos de musgo húmedo. Y a pesar de su evidente miedo, emanaba una especie de desafío silencioso, un claro "jódete" brillando en su mirada.

Ninguno de los dos estaba contento con este resultado, pero ella lo estaba manejando mejor de lo que esperaba, y eso por sí solo merecía algo de respeto.

Entonces llegaron los tres golpes secos.

Raven se estremeció al oír el sonido y sus ojos se abrieron de par en par, ese "jódete" rápidamente sustituido por temor.

—Pasen —llamé, y la puerta rechinó al abrirse.

Entraron mis hermanos y escuché el suave jadeo de Raven. Todos medíamos más de un metro noventa y cinco, pero los gemelos se vestían mayormente de cuero, lo que los hacía parecer que habían salido de una pelea de bar.

—Hola, Raven. —Tyran la saludó mientras mi otro hermano observaba sus largas y delgadas piernas. Sentí el impulso repentino de ponerme delante de ella, ¿de protegerla? Y no tenía idea de por qué.

—Raven —dijo arrastrando las palabras, sonriendo como si fuera su trabajo seducirla. Tuve que apretar los dientes para no estallar contra él—. Estás a punto de convertirte en parte de la familia.

Ella asintió en silencio, su expresión claramente infeliz.

Avanzaron más en el estrecho apartamento, despejando espacio para un hombre bajito y calvo vestido con su sotana sagrada. Tenía poco más de cincuenta años y claramente no estaba nada contento de haber sido arrastrado a una zona de mierda de la ciudad tan tarde por la noche. O tal vez debería decir tan temprano por la mañana.

—Padre Hubbart —saludé, poniéndome de pie—. Gracias por venir.

Le lanzó una mirada a mis hermanos mientras murmuraba.

—Como si tuviera elección.

—Sé a qué te refieres —murmuró Raven, llamando mi atención de nuevo hacia ella.

—Debería haber traído *champagne* para que pudiéramos celebrarlo como es debido. — Tyran le dedicó una sonrisa,

claramente sin leer el ambiente y optando por ver este desastre de forma positiva.

—No tiene edad para beber —espeté, con la mandíbula adolorida por haberla apretado durante las últimas horas.

—No debería tener edad para *casarme* —replicó con ironía—. Beber parece el menor de los males.

Tyran se rio, pero rápidamente lo disimuló con una tos. Kyran no se molestó en ocultar su diversión.

—Señorita, ¿está entrando en este acuerdo voluntariamente? —inquirió el padre Hubbart, con los ojos llenos de sospecha recorriendo la sala.

Raven abrió la boca y le lancé una mirada de advertencia.

Su espalda se tensó y su boca se torció en una sonrisa que no llegó a sus ojos mientras decía.

—Sí, *oh*, estoy tan dispuesta.

Tyran se inclinó hacia ella, dándole unas palmaditas en la espalda mientras susurraba.

—Así se habla. Por todo lo que he escuchado, el matrimonio es una bendición.

—¿Entonces por qué no te casas tú con él? —escupió.

—Mi hermano no es precisamente mi tipo —respondió Tyran con ligereza—. Aunque, debo admitir, al parecer a las mujeres les resulta atractivo, así que tú…

—Tyran —gruñí en señal de advertencia.

—¿Qué? —expresó, levantando las manos—. Intento aligerar el ambiente.

Mi mirada se desvió hacia el sacerdote mientras decía.

—Vamos a acabar con esto antes de que alguien haga una estupidez.

El sacerdote apretaba su Biblia.

—Muy bien.

—Y que la ceremonia sea breve.

El sacerdote abrió la Biblia y, mientras todos estábamos de pie incómodos en el espacio demasiado pequeño, empezó a leer las escrituras hasta que surgió la temida pregunta.

—¿Tú, Aiden Callahan, aceptas unirte en sagrado matrimonio con Raven Croft? ¿Amarla y respetarla hasta que la muerte los separe?

—Sí —dije—. Acepto.

El sacerdote se dirigió hacia Raven.

—¿Tú, Raven Croft, aceptas esta unión y todo lo que conlleva?

Hubo un largo e incómodo silencio, y entonces ella habló:

—Sí, en contra de mi buen juicio.

Mis hermanos compartieron miradas gemelas divertidas.

El sacerdote carraspeó.

—Intercambien sus votos.

Solté un suspiro exasperado.

—Solo sáltate esa parte.

Negó con la cabeza con desaprobación.

—Me temo que debo insistir. Esto es una unión sagrada, no un acuerdo de apretón de manos.

—Bien —gruñí—. Raven, prometo protegerte, y cuidarte hasta mi último aliento.

Todas las miradas se dirigieron a la novia mientras ella me miraba durante varios latidos. Finalmente, dijo:

—Prometo sobrevivir a esto y a tu familia criminalmente loca.

—Bueno —murmuró Kyran—, esos son votos muy entrañables. Creo que pospondré el matrimonio por el momento.

—Cállate —demandó Tyran.

—Esto solo puede acabar mal —agregué con frialdad.

El sacerdote cerró su pequeño libro y expuso:

—Por el poder que me fue conferido, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Raven me lanzó una mirada fulminante.

—Que ni se te ocurra. Fingiremos que esto nunca pasó.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no parecía entender que la frase "hasta que la muerte los separe" era bastante literal en nuestro mundo.

—Debe haber un beso para sellar el trato. —El sacerdote resopló, claramente perturbado por cómo se desarrollaba la ceremonia.

Inclinándome hacia adelante, le agarré la barbilla y la obligué a mirarme. Abrí mi boca, rasgando su labio inferior con los dientes

antes de morder.

Lo bastante fuerte como para marcarla. Lo bastante fuerte como para hacerla gemir.

CINCO

RAVEN



Me casé mientras mi madre dormía para recuperarse de su borrachera en la habitación de al lado. Ese debería ser el título de nuestro álbum de bodas.

El sacerdote salió corriendo con un suave clic de la puerta detrás de él, dejándome con la cabeza palpitante y un lío de emociones. Me sentía desorientada, incapaz de comprender la cadena de acontecimientos que me habían llevado a ese momento. ¿De verdad hacía apenas unas horas que me estaba preparando para mi turno de mesera? Y ahora, aquí estaba, con la mano presionando mis labios hinchados, preguntándome qué demonios acababa de pasar. No había sido un simple beso, no. Era el tipo que te marcaba. Te quemaba.

Mis muslos internos temblaban y mis bragas estaban empapadas a pesar de que todo esto estaba mal.

No sabía qué hacer ni hacia dónde ir a partir de aquí. Así que me quedé allí, aturdida, perdida en mi apartamento que antes era familiar, sin saber cuál debería ser mi siguiente paso.

—Ve a despedirte de tu madre —ordenó Aiden y, como aturdida, seguí su orden. Con las piernas inestables, entré en la habitación de mi madre y la encontré tendida sobre el colchón, su pijama que llevaba casi dos días colgando flácida de su cuerpo demacrado. Su cabello estaba muy enredado y necesitaba urgentemente un cepillo.

Me arrodillé en el suelo junto a la cama y pasé mis dedos por sus mechones lo mejor que pude.

—Oh, mamá, ¿qué vamos a hacer? —susurré suavemente, el olor a alcohol emanando de ella como vapores venenosos—. Realmente te necesito en este momento.

No se movió, y sabía que era inútil pedirle ayuda. Necesitaba mi ayuda.

—Mamá. —Carraspeé, dándole un leve golpecito—. Mamá.

—Mmm.

No abrió los ojos.

—Mamá, ¿me escuchas? —La empujé de nuevo, el anillo en mi dedo, un recordatorio de la noche jodida que había tenido—. Por favor, mamá.

—Hmhm.

Solté un suspiro frustrado, dándome cuenta de que las posibilidades de que despertara eran cada vez más escasas.

—Tengo que irme, pero volveré a ver cómo estás —suspiré, rodeándola con los brazos para un abrazo, aunque ella no tenía fuerzas para devolverlo. Ni siquiera lo recordaría, por el amor de Dios—. Volveré. ¿De acuerdo?

No hubo respuesta, solo un leve ronquido, y supe que esa noche no habría forma de hacerle entender. Probablemente no notaría que me había ido. Le llevó tres días darse cuenta de que me había mudado de nuevo a casa para el verano.

Solo deseaba, más que nada, que hoy estuviera sobria y realmente presente. La necesitaba más que nunca. Estaba tan perdida y aterrorizada. Había presenciado cómo golpeaban a un alcalde, me habían obligado a un matrimonio no deseado con un desconocido y, en este momento, estaba atrapada en su agarre. ¿Qué me haría Aiden Callahan? ¿Cómo demonios iba a escapar de esta pesadilla?

Solo era una adolescente con grandes sueños, y ahora esos sueños se habían hecho añicos, sustituidos por la cruda realidad de la supervivencia. Seguir con vida era mi única preocupación ahora.

—¿Lista? —Me sobresalté al oír la voz justo detrás de mí y me puse de pie de un salto, luego me giré de golpe. Aiden me superaba

en altura, ocupando todo el espacio entre nosotros, con una expresión inescrutable en su rostro.

Me mordí el labio inferior, el escozor de su mordisco recordándome que ya era su esposa.

—Creo que debería quedarme aquí y…

—No.

Parpadeé ante su tono seco y repetí despacio:

—¿*No*?

—Me escuchaste —dijo con un leve apretón de dientes—. Ahora eres mi esposa y dormirás donde yo duermo.

Se me calentaron las mejillas y se me abrió la boca de la sorpresa. Me llevó varios momentos dejar de dar vueltas a imágenes totalmente inapropiadas y entrar en razón.

—Ni siquiera nos conoce…

—No hablo de sexo, Raven —me interrumpió impaciente—. Dormirás bajo mi techo y eso es definitivo. Ahora, vámonos.

—Pero mi mamá…

—En su estado, dudo que note en qué planeta estás, y mucho menos en qué hogar. Lo que necesites, haré que lo compren y lo entreguen.

Y con eso, se dio la vuelta y salió, claramente esperando que yo lo siguiera.

AIDEN

Guie a mi esposa fuera del apartamento de mierda y hacia mi coche que me esperaba.

A su favor, no titubeó ni pronunció ningún sonido más.

Abrí la puerta del vehículo y subió, acurrucándose cuidadosamente contra la puerta mientras esperaba a que me uniera a ella. Mi chofer arrancó en cuanto me puse el cinturón, la pantalla de privacidad e insonorización se activó.

Golpeando mis dedos contra la rodilla, estudié a Raven a través de la consola central. A pesar de que su cara estaba inclinada hacia abajo y alejada de mí, no pude evitar notar que era una belleza

natural. Demasiado joven para mí, carajo, pero toda una rompecorazones al fin y al cabo.

Después de conocer la identidad de Raven, investigué la historia de su familia. En mi defensa, era importante estar consciente de las posibles amenazas y debilidades de uno. La historia de su familia estaba relativamente en blanco, pero solo si no sabías cómo investigar.

Lyons ni siquiera aparecía en su acta de nacimiento. Y su madre… bueno, quién sabía qué historia había entre ella y Duncan, pero estaba claro que él no se había hecho responsable.

—¿Por qué trabajabas en mi club de *striptease*? —No era mi intención hacer la pregunta, pero ya no había vuelta atrás.

Se tensó y luego respondió con una pregunta.

—¿Por qué trabaja alguien? Obviamente, necesitaba dinero.

—Bueno, ya no necesitas trabajar allí. Lo que necesites, solo pídemelo.

Se le dilataron las fosas nasales.

—No quiero tu dinero.

Casi sonreí porque era bastante refrescante que una mujer rechazara el dinero, y mucho menos que se enfadara con la oferta.

—Y yo no quiero que mi esposa trabaje en un club de *striptease* —afirmé con naturalidad.

—Era mesera —protestó, indignada.

—Rodeada de hombres a los que les gusta mirar y tocar. Además, ya me has estado quitando el dinero. ¿Quién crees que financia los salarios de los empleados?

Se giró hacia mí y me ahogué en sus ojos verdes.

—No es como que me estuviera desnudando. —Puso los ojos en blanco—. Así que, por favor, bájale a tu machismo de mierda.

Una comisura de mi boca se movió ligeramente. Me gustaba que me escupiera llamas.

—A algunos hombres les gusta compartir. A mí no. Te convendría recordarlo, Raven.

Sus ojos se encendieron.

—Me aseguraré de recordarlo, esposo todopoderoso. —Se rio entre dientes—. Y a ti te convendría recordar la regla de sin sexo

que *tú impusiste.*

—Por ahora —dije con sequedad, divertido por cómo sus mejillas se teñían de carmesí. Inclinándome hacia adelante, le agarré la barbilla y la obligué a mirarme—. Pero tarde o temprano, esposa, *tendremos* sexo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero tú… dijiste…

Parecía tener dificultades para encontrar las palabras.

—Te daré tiempo, Raven, pero considerando que estamos encadenados de por vida, eventualmente tendremos que consumar este matrimonio. —Me encogí de hombros y aparté mi mirada, observando cómo el paisaje urbano pasaba rápidamente—. Necesitaré herederos. Herederos legítimos.

SEIS

RAVEN



Nunca imaginé que estaría casada a los diecinueve años. Desde luego, nunca me imaginé atada a un mafioso, y mucho menos ser besada por uno.

Y, sin embargo, aquí estaba.

Todavía estaba conmocionada por sus palabras cuando el coche se detuvo, y cuando entramos en el ascensor de cristal de su edificio, estaba enloqueciendo.

Dijo que no habría sexo en un futuro inmediato, y aun así, cuando me besó, lo habría dejado hacer lo que quisiera. Y *eso* me aterrorizó más que cualquier otra cosa hasta el momento. Levanté la cabeza y lo encontré mirándome con esos amplios charcos azules en los que temía perderme. De alguna manera, no parecía una mala manera de irse.

—Respira, Raven.

Su voz me centró y respiré profundamente.

Las puertas del ascensor se deslizaron para revelar un vestíbulo muy impresionante, el mármol blanco del piso y los elegantes muebles ámbar me tranquilizaron al instante. Incluso a simple vista, podía notar que una sola pieza valía más de lo que ganaría en un año en *Velvet Desire*, pero tenía un aire acogedor.

—Bienvenida a casa. —Su mano vino a la parte baja de mi espalda y me empujó hacia adelante—. Mañana te daré el *tour*, pero

por ahora, directo a la cama.

Me guio por el pasillo, pasando por una magnífica cocina y una sala con ventanas de suelo a techo, tras las cuales las luces de la ciudad parpadeaban bajo la luna llena. Si entrecerraba los ojos, estaba segura de que podía distinguir el *Empire State Building* a lo lejos.

Abrió la puerta al fondo del pasillo.

—Este será tu dormitorio.

Entré, deteniéndome justo antes de la alfombra persa afelpada. Miré los cuadros y el tapiz costoso a mi alrededor y de repente me sentí fuera de lugar. Una cama *California King* estaba en el centro de la habitación, con un edredón impecable, almohadas esponjosas y sábanas suaves que me llamaban.

—Voy a ensuciar tu casa —murmuré, mirando hacia abajo en el estado en que me encontraba. Mis pies descalzos estaban sucios y mi vestido arrugado y hecho trizas más allá de toda esperanza de salvación.

Se acercó despacio. Un calor embriagador emanaba de él en oleadas, hundiéndose en mí.

—No te preocupes. La señora de la limpieza, Aela, viene tres veces por semana —informó.

Luego levantó la mano, dejándola a un centímetro de mi mejilla. Lo vi dudar antes de acortar la distancia y dejar que sus dedos recorrieran la línea de mi mandíbula.

—Lo siento —gruñó.

Incliné la cabeza y mi mejilla se fundió en su cálida palma.

—¿Por qué?

—Por obligarte a ponerte estas cadenas. —Su labio se curvó como si eso fuera divertido—. Estoy seguro de que lo último que querías era casarte con un viejo como yo.

Alcé una ceja, sorprendida por su disculpa y aún más porque parecía decirlo en serio.

—¿Así que admites que eres viejo?

Se burló.

—Comparado contigo… sí.

—Puede que haya exagerado un poco cuando te llamé viejo —respondí despacio.

Se echó hacia atrás ante eso, sus dedos temblando contra mi sien.

—Tengo casi el doble de tu edad.

Sonreí.

—La edad es solo un número.

Se le dilataron las fosas nasales.

—Un número enorme en nuestro caso, maldición. Probablemente estés acostumbrada a chicos, no a hombres a punto de entrar en la cuarta década de su vida.

—Sí, algo así.

Suspiró.

—Escucha, ninguno de los dos se apuntó a este acuerdo en realidad y nos lo impusieron en una sola noche. Podemos tomarnos nuestro tiempo para conocernos. Ir despacio. No quiero que me tengas miedo, y desde luego no pienso imponerme. Algún día tendremos que consumar nuestro matrimonio, pero no será hoy.

Se me cerró la garganta y simplemente respondí.

—Bueno, qué alivio.

—¿Alivio de no forzarte? —preguntó.

—Sí, porque si esas eran tus intenciones, tendría que matarte. —Parecía divertido con mi réplica, pero fueron mis siguientes palabras las que impactaron—. Soy virgen, así que no tengo mucha experiencia.

Se quedó paralizado.

—¿Me estás tomando el pelo? —Negué con la cabeza—. ¿Virgen?

—Sí —repliqué con sinceridad.

Sus dedos bajaron por mi garganta con un toque ligero como una pluma, erizándome la piel a su paso y arrancando un suspiro nostálgico de mis labios.

—Casi desearía que no me gustaran… —Dudó—. Ciertas… *cosas* hechas de cierta manera.

—¿Qué cosas? ¿De qué manera? —pregunté.

—Eres demasiado joven para esta conversación —murmuró entre dientes, y se me ocurrió un pensamiento.

—Pero no demasiado joven para casarme, *¿eh?* —Negó con la cabeza, mas no respondió, lo que solo despertó mi curiosidad, así que seguí preguntándole—. ¿Quieres decir… fetiches? —inquirí con curiosidad—. ¿O te gusta el BDSM?

Se tensó, y noté cómo sus pupilas se dilataron.

—¿Qué sabes tú de esas cosas?

Carraspeé.

—Dije que era virgen, no una santa.

Los hombros le empezaron a temblar. Por un segundo, me quedé allí mirándolo, preocupada de que estuviera teniendo un infarto, cuando echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. No fue una risa ligera, sino una risa profunda y retumbante.

—Maldita sea, necesitaba eso —dijo suavemente, todavía riendo mientras sus ojos brillaban con una mezcla de calor y diversión. Hizo que mi corazón latiera con fuerza, lo que tenía que ser prueba de que había perdido la cabeza.

Tragué saliva, mi garganta moviéndose con el gesto. Cualquier resto de diversión desapareció de la mirada de Aiden, sustituida por un calor oscuro. Para mi horror, mi coño se apretó en respuesta.

—Duerme un poco, Raven. —Retiró su mano de mi garganta y yo solté un suspiro frustrado, echando de menos su tacto. ¿Qué demonios me estaba pasando? Fruncí los labios, a punto de protestar que me dijera qué hacer, pero sus siguientes palabras me detuvieron—: En cuanto a mí, creo que me daré una ducha fría.

SIETE

RAVEN



Salí de la ducha lujosa de cristal y me envolví con la gran toalla afelpada, posando la mirada en una camiseta doblada con cuidado y un bóxer.

—¿Pero qué demonios? —musité. Aiden debió de entrar aquí mientras yo me duchaba—. Eso sí que es una violación a la privacidad.

Me sequé rápidamente y me puse la ropa, luego empecé a pasear de un lado a otro. Debería estar muerta de cansancio, pero en cambio, estaba inquieta y me sentía incómoda. La adrenalina seguía corriendo por mis venas y no tenía muchas esperanzas de calmarme.

¿Quizá podría encontrar a Aiden?

No sabía de qué podría hablar con él, especialmente después de aquel momento tenso que tuvimos antes, pero ya estaba caminando por la habitación, mis pies descalzos silenciosos sobre las suaves alfombras. Abriendo la puerta, salí sigilosamente y me escabullí por el pasillo.

Si bien el *penthouse* estaba cubierto de oscuridad, la suave luz de la luna que entraba por las ventanas ahuyentaba algunas sombras. Me sentía como una ladrona en la noche, aunque técnicamente no lo era. ¿Cierto? Al menos, era una invitada aquí.

Dios, ¿cómo fue posible que la vida cambiara tanto en una noche?

Mirando a mi alrededor, estuve atenta a cualquier sonido, pero no escuché nada. Estaba a punto de rendirme cuando vi una franja de luz asomándose por debajo de la puerta al final del pasillo.

Cuando llegué, me apoyé en ella, aunque seguía sin oír nada. Asomando la cabeza por la rendija, encontré la habitación vacía, lámparas *vintage* parpadeando a ambos lados de la mesa.

Avancé de puntitas y fue entonces cuando se hizo notar el sonido de la ducha. Me quedé paralizada, girando la cabeza hacia la derecha. La puerta del baño apenas estaba entreabierta, pero el sonido del agua era inconfundible.

«Si buscas, encontrarás», se burló mi mente.

Tragué saliva con fuerza a la par que mi pulso se aceleraba. Sabía que debía irme, pero el pequeño diablo en mi hombro me animaba. Aiden había entrado a mi baño mientras me duchaba, así que era justo.

«Hazlo. Solo un vistazo», susurró el diablo.

Me quedé con los ojos pegados a la puerta del baño, deseando a la vez que se volviera opaca y rezando para que nunca supiera que estaba allí.

—Carajo…

El gemido de Aiden resonó y me quedé paralizada un instante antes de que mis piernas se movieran por sí solas.

Y ahí estaba.

Mi esposo completamente desnudo, sus músculos voluminosos y marcados, iluminados por las suaves luces del techo. Y *diablos*, mira ese trasero. Era el más bonito que había visto en mi vida. No es que hubiera visto muchos, pero me estaba desviando del tema.

El antebrazo de Aiden estaba apoyado contra la pared de la ducha, la otra mano apretada alrededor de su gruesa y dura erección. El agua caía por su cuerpo enorme, corriendo en arroyos por las curvas y hundimientos de su espalda. Parecía un dios salvaje, listo para ofrecerme, a mí, una simple mortal, todo el placer del mundo.

Un infierno estalló en mí mientras imaginaba que nos duchábamos juntos. Sentí un apretón por dentro y el fuego ardía en el fondo de mi estómago.

Me incliné hacia adelante y la puerta se abrió aún más, dándome una vista completa. Se me cortó la respiración.

Jesucristo, tanto atractivo debería ser ilegal.

Diablos, nunca había visto algo tan hermoso. Tan erótico.

Se me hizo agua la boca viéndolo masturbarse.

Una parte de mí quería quitarse la ropa y unirse a él. Pero ¿luego qué? No tenía idea de qué hacer con todo eso.

«Pero él sabría qué hacer contigo», se burló ese maldito diablo otra vez.

Ignorando el pensamiento inapropiado, me dediqué a admirar su piel resbaladiza y reluciente. Su bíceps se flexionaba con cada bombeo de su polla, sus movimientos eran bruscos. De un lado a otro, arriba y abajo. Apoyado contra la pared, sus músculos se tensaron mientras sus caderas empujaban hacia adelante, más rápido y con más fuerza.

En mi mente, ya podía imaginar cómo sería que me penetrara. Sin piedad. Rápido. Duro. En celo como una bestia.

Apreté los muslos, mi centro palpitando con la necesidad de aceptar lo que ese hombre ofrecía. Mi respiración se volvió errática, igualando la de Aiden desde el otro lado del baño.

—Joder…sí.

No respiraba. No parpadeé. Me quedé allí mirando, hipnotizada, cómo se corría con un gemido gutural que me encendió.

Jadeé. Su cabeza se giró hacia mí y nuestras miradas se cruzaron, la suya hambrienta y la mía abierta de curiosidad.

El tiempo se detuvo.

Me planteé salir corriendo, pero ya era demasiado tarde. Me habían atrapado con las manos en la masa y no tenía sentido fingir lo contrario. Así que me quedé.

—¿Disfrutando del espectáculo, *mo cuishle*?

Fruncí el ceño. ¿Al imbécil ya se le había olvidado mi nombre?

—Soy Raven —refunfuñé, la furia creciendo dentro de mí.

Se rio, apartando su cabello mojado de su frente en un gesto tan masculino que casi babeé un poco.

—Sé cómo te llamas. *Mo cuishle* significa mi vida. O "mi pulso", si quieres la traducción literal.

—*Oh.*

Cerró la ducha y luego se giró para verme. Me obligué a mantener la mirada por encima de su cuello mientras él agarraba una toalla y se la envolvía por la cintura.

—Así que, no respondiste a mi pregunta.

—¿Cuál era? —indagué, dejando que mis ojos finalmente se posaran en las profundas líneas de su cintura, el rastro de vello bajo su abdomen. Claramente había perdido toda mi vergüenza esta noche.

—¿Disfrutaste del espectáculo? —Se me sonrojaron las mejillas al responder—. Bien, quizás aún haya esperanza para nosotros.

Puse los ojos en blanco.

—No estoy segura de a qué te refieres con eso.

—Claro que lo sabes. —Se acercó a mí con paso firme, dejando un rastro de gotas de agua tras de sí—. Entonces dime, ¿qué haces aquí?

Suspiré. No deseaba nada más que decirle la verdad, que no quería dormir sola, pero ya había renunciado a tanto poder esa noche. Así que, en vez de eso, solté:

—Quería un vaso de agua. Me perdí de camino a mi dormitorio.

La diversión brilló en los ojos de Aiden y supe que se dio cuenta de lo que realmente me pasaba.

No hacía falta decir que dormí sola esa noche.

OCHO

RAVEN



A la mañana siguiente, deambulé por la casa con mi teléfono en la mano. Era lo único que era mío en este lugar, y una parte tonta de mí se aferraba a él como a un salvavidas. O tal vez quería estar preparada para llamar al 9-1-1 si las cosas se ponían feas.

Hice todo lo posible por apartar el voyerismo de la noche anterior de mi mente. Simplemente fue el resultado de un día largo y estresante. No había otra explicación.

Un destello llamó mi atención y mis pasos titubearon mientras miraba el anillo de diamantes en mi dedo.

Mi corazón latía de forma ominosa. *Eternidad* no era la palabra que prefería en este escenario. Me gustaría mucho olvidar los votos que hice y superar este acuerdo desastroso.

Ninguna chica soñaba con esto. Habría estado perfectamente bien si nunca hubiera amado ni me hubiera casado después de presenciar de primera mano el impacto que el "amor" había tenido en mi madre.

Y, sin embargo, aquí estaba, casada con un mafioso irlandés.

Tragué saliva, la realización se fue hundiendo poco a poco en mis huesos. *«Madre mía, estoy casada con un mafioso».*

Ya no era Raven Croft, sino Raven *Callahan*.

«Al menos mis iniciales no cambiarán», pensé sin motivo alguno, y quizás eso era prueba de que no había afrontado mi situación. Quizá podría encontrar una salida antes de que mamá o mis amigas se enteraran de esto.

Mi teléfono sonó, señalando un mensaje, y lo desbloqueé. Me quedé mirando los mensajes en nuestro *chat* grupal. Mis mejores amigas y yo lo habíamos mantenido durante todos nuestros años en el internado, y no creía estar siendo dramática cuando dije que me había salvado incontables veces.

El mensaje más reciente había venido de Athena, que en ese momento cuidaba a su propia madre.

Athena: ¿Ya terminó este verano? Estoy más que lista para París.

Me mordí el labio inferior. Yo también estaba más que lista para París, nada había cambiado en ese aspecto, pero ahora había aún más obstáculos en mi camino. Además de estar desempleada y recién *casada*, me vi enredada con criminales.

En lugar de escribir una novela y admitirles a las chicas cuánto se había descontrolado mi vida, me conformé con una respuesta vaga. Mi ego no aguantaba ni un golpe más.

Yo: Sí, yo también.

Reina: Creo que todas estamos listas para abrir nuestras alas.

Phoenix: 🪽✈️🤪

Fruncí el ceño ante la extraña respuesta de Phoenix, pero antes de que pudiera preguntar, mi teléfono volvió a sonar.

Isla: París no podrá con nosotras. Por cierto, mi hermano nos consiguió un trato muy bueno. Un apartamento en el distrito 5. Insiste en cubrirlo mientras estamos en la universidad para poder quedarnos con algo de dinero. Traducción… ¡Ir de compras!

Un suspiro se me escapó de los pulmones al escuchar la noticia. Ayer, ese pequeño detalle me habría emocionado, pero hoy me dejó un sabor amargo en la boca. Tenía problemas más grandes entre manos.

Concretamente, Aiden.

Al salir del *chat*, seguí mi camino para encontrar a mi marido. Ya que sabía que él también se había visto obligado a este acuerdo, y que claramente no estaba entusiasmado con el matrimonio, quizá podría convencerlo de otras opciones. Podríamos ponernos de acuerdo en separarnos y, finalmente, divorciarnos.

«Buen plan», pensé, y de repente, tenía un propósito. Ahora, si pudiera encontrar a mi nuevo y flamante esposo.

Fui de habitación en habitación, incluso descubrí un gimnasio, solo para darme cuenta que el *penthouse* estaba vacío. Cuando llegué a la cocina, vi una nota sobre la encimera.

No dudes en explorar el lugar. No tardaré. A.

—Adiós a hablar de divorcio tomando un café —murmuré, la decepción invadiéndome.

No me importaba que se hubiera ido antes de enseñarme el lugar, en realidad, pero me molestaba que ni siquiera se molestara en despedirse como era debido. Tal vez porque una vez más confirmó que la lección de mi madre tenía razón. No se podía confiar en los hombres para cumplir con algo.

Exhalé, poniendo los ojos en blanco ante lo ridículo de todo aquello, y luego crucé los brazos. Me convendría recordar que nada de esto era real. Y de todos modos, mi madre me enseñó bien: "Baja tus expectativas con los hombres y no te lastimarán".

Me quedé descalza en medio de la cocina, debatiendo qué hacer. Podría ir a ver cómo estaba mi madre, si tan solo tuviera algo que ponerme. Seguía teniendo solo la camiseta y el bóxer de Aiden y, aunque *New York* era hogar de cosas muy raras, no pensaba que mi vestimenta pasara desapercibida.

—Quizá simplemente la llame —dije a la habitación vacía, y luego lo hice.

El timbre seguía y seguía, y justo cuando estaba a punto de colgar, la voz de mi madre sonó por la línea.

—Hola, cariño.

Sonreí a pesar de oír un leve arrastre en sus palabras. Ya me había acostumbrado, y pese a que prefería que estuviera sobria, sabía qué hacía lo mejor que podía. Mi madre era una alcohólica funcional que me quería y hacía todo lo posible por mantenerme. A lo largo de los años trabajó en una serie de empleos humildes: limpiando, acomodando estanterías, siendo conserje, y nos mantenía a flote incluso cuando nos mudábamos de lugar en lugar mientras ella luchaba contra sus propios demonios.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás, Raven?

Me mordí el labio inferior. No quería alterarla, y estaba bastante segura de que soltarle lo que había pasado la haría perder el control. Así que me conformé con verdades a medias.

—Pasé la noche en… la casa de una amiga.

—No sabía que tus amigas vivieran cerca.

Puede que mamá pasara periodos largos borracha, y puede que haya pasado más tiempo en un internado que aquí en los últimos años, pero ella siempre estaba al tanto de todo en mi vida. Sabía que Athena era mi amiga más antigua, que nos habíamos conocido en el colegio y que habíamos tenido una conexión instantánea. Y que unos años después, Isla, Phoenix y Reina completaron nuestro pequeño círculo de amistad inquebrantable.

Cambié de tema rápidamente.

—¿Quieres que pase por la tienda?

Mamá soltó un suspiro cansado.

—A veces me pregunto cómo has acabado siendo tan considerada.

—*Duh*, lo saqué de ti —pronuncié—. Claramente.

—No estoy segura de eso —musitó, casi para sí misma—. *Pero desde luego no lo heredaste de tu padre.*

Me quedé en silencio, sorprendida de que lo mencionara.

—Entonces, él era egoísta —comenté suavemente, con cautela.

—Sí, entre muchas otras cosas.

—Rara vez hablas de él —señalé.

—No hay mucho que decir. —Aunque eso era quedarse corto, sí abrió la puerta. Y no tenía intención de perder la oportunidad de saber más.

—¿Alguna vez... eh, soy como él?

—Hmm, no. Eres más como yo. Mi gemela, en realidad. —Había una razón por la que la gente a menudo la confundía con mi hermana mayor, y parecía que eso iba más allá de nuestro aspecto físico. Cuando se cuidaba a sí misma, claro—. *Aunque tienes un don para meterte en líos, que definitivamente heredaste de él.*

—Hmmm.

—Cariño, nuestro tiempo en New York *está llegando a su fin.*

Me tensé.

—¿Ya?

—Sí, tenemos que seguir moviéndonos. Es la única forma de mantenernos a salvo.

Desde que tenía memoria, habíamos estado en movimiento. Nunca en un sitio más de dos años.

—¿No crees que ya es hora de que dejemos de correr? —Carraspeé.

—No, porque el momento en que bajamos la guardia y nos establecemos es el momento en que estamos muertas. —Suspiré, pero antes de que pudiera comentar, continuó—: *Recuerdas lo que te dije cuando nos mudamos aquí, ¿verdad?*

Fruncí el ceño.

—¿Me lo recuerdas?

—Si alguna vez pasa algo, encontrarás todo lo que necesitas en ese P.O. box *que te enseñé en* Brooklyn*. No te habrás olvidado de eso, ¿verdad?*

—No, no lo he olvidado.

NUEVE

AIDEN

La puerta del ascensor se deslizó y me giré hacia mis hermanos.

—Dejen las bolsas aquí —ordené.

—¿Por qué no podemos entrar? —Kyran se quejó—. No puedes usarnos para cargar tus bolsas y ya.

Puse los ojos en blanco.

—Pueden venir en otro momento.

—Vámonos, Kyran. Está intentando impresionar a su mujer —refunfuñó mi hermano—. Además, ¿qué vamos a hacer? No tengo ningún deseo de ver a Raven abrir esta mierda. Ya fue bastante duro tener que aguantar esta salida de compras con ustedes dos.

—Quiero saber si esto hace que él le guste —protestó Kyran—. Las mujeres son raras. Pero prefiero aprender de él antes de cometer los mismos errores estúpidos.

—Estoy encantado de ser tu conejillo de indias, imbécil —respondí con ironía—. Les avisaré si está contenta con mis decisiones. Ahora lárguense de aquí.

—Bien, nos vamos. —Dejaron caer las bolsas en un golpe sordo y volvieron al ascensor que esperaba.

En cuanto se fueron, Raven apareció en el vestíbulo, aún con mi camiseta y bóxer puestos.

—*Ah*, bien, regresaste. —Llevó las manos a sus caderas mientras miraba los numerosos bolsos de Cartier, Jimmy Choo y algunas

tiendas departamentales de alta gama que mi hermana, Margaret, me recomendó—. Necesito hablar contigo.

—Entonces hablemos. —Metí las manos en los bolsillos de mis *jeans*—. ¿Quieres hacerlo mientras abres estos o…?

Sus labios se entreabrieron.

—¿Son para mí? —Asentí—. ¿Todo?

—Sí —confirmé, dejando que mi mirada recorriera su rostro—. Estoy totalmente a favor de que uses mi ropa, pero te cansarás de eso rápidamente y no puedes andar así.

Ni siquiera terminé la declaración antes de que Raven estuviera de rodillas, mirando dentro de las envolturas como una niña de cinco años en la mañana de Navidad.

—Te emociona más la ropa que el diamante en tu dedo. —No pude evitar sonreír—. Pensé que a las mujeres les gustaban las joyas. Especialmente los diamantes.

Pausó su búsqueda, levantando la cabeza de la bolsa Cartier.

—Me gustan las joyas, pero prefiero que no sean de esas con un simbolismo tan pesado.

—No te culpo —concordé despacio—. Pero como bien sabes, los matrimonios en nuestro mundo son para toda la vida. Así que quizá deberías hacerte a la idea.

Llegué a la conclusión de que la información que obtuve de su verificación de antecedentes no me había preparado para esta mujer en absoluto.

—No sé qué mundo es el tuyo, pero el divorcio hoy en día es normal en el mío —pronunció mientras una sombra cruzaba su expresión.

Luego volvió a inspeccionar las bolsas mientras yo meditaba sus palabras.

Algo seguía sin convencerme con toda la información que me habían conseguido, por eso me puse en contacto tarde anoche con esa persona y le exigí que fuera un paso más allá. Necesitaba descubrirlo todo, empezando con el porqué ella y su madre parecían estar en constante movimiento.

El informe inicial indicaba que habían vivido en Estados Unidos desde el nacimiento de Raven y que nunca habían puesto un pie en

Escocia, lo cual no podía ser correcto. Aunque Duncan Lyons era un bastardo despiadado y loco, parecía poco probable que permitiera que su esposa lo dejara y criara a su hija tan lejos de él.

Sí, algo definitivamente no estaba bien, pero antes de acercarnos al mafioso escocés, necesitábamos saberlo todo.

Mientras ella cubría el vestíbulo con papel de regalo, etiquetas y recibos, distraída con su nuevo guardarropa, empecé a recogerlos y los llevé a su dormitorio.

Después de que se pusiera unos *shorts* de Victoria's Secret y una camiseta que decía '*Bite me'*, que tuvo que ser cortesía de Kyran, nos acomodamos en el sofá de lino.

Estaba hecha bolita al otro extremo del sofá, aparentemente agotada por toda la emoción. Había suficiente espacio entre nosotros para diez personas, casi como si no pudiera soportar mi cercanía, y por alguna razón, eso me molestaba.

No tenía ningún puto sentido, porque tampoco quería que estuviera cerca. Este matrimonio me había sido impuesto tanto como a ella y, aunque admitía que el beso de la noche anterior fue más agradable de lo que debería, no cambió el hecho de que no iba a follármela.

Sin embargo, si repetía su rutina de acosarme mientras estaba en la ducha, fácilmente podría sucumbir a ignorar mi resolución.

Me recosté contra los cojines, estudiándola.

—Raven, deberíamos establecer algunas reglas.

Levantó la cabeza, con curiosidad en su expresión.

—¿No crees que ya es un poco tarde para eso?

—Nunca es tarde para las reglas, esposa.

—Si tú lo dices —se burló, mirándome a los ojos—. Bien, escuchémoslas.

—No más andar de fisgona. —Empecé—. Si no, no me haré responsable de lo que ocurra.

Se le pusieron las mejillas rojas, pero a su favor, no apartó la mirada.

—Quizás el voyerismo sea mi fetiche —comentó con naturalidad, con los ojos brillando de picardía—. ¿Sueles ducharte a la misma hora todos los días?

No pude evitar sonreír. Claramente estaba buscando problemas, sin darse cuenta de que iba a conseguir más de lo que esperaba conmigo.

—Raven, ya hablamos de cómo será este matrimonio. No hay razón para apresurarse, y tú espiando…

—Pensé que te casaste conmigo para mantenerme callada y para darte un heredero.

Solté una risa baja.

—Todo a su debido tiempo, pero toma esto como una advertencia. Tu curiosidad podría costarte.

—Bueno, si sabías que te estaba espiando, ¿por qué no detuviste tu… actividad? —Ella levantó la barbilla en señal de desafío, con la mirada firme—. No debió importarte mi curiosidad, si no, habrías parado.

—Oh, me importó. —Me importo mucho no poder arrastrarla conmigo a la ducha, mas no lo admitiría. Por el momento, habíamos acordado conocernos. Y luego estaba el hecho de que era virgen.

Sonrió con arrogancia, pero sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Tal vez estaba tomando notas sobre cómo complacer a un hombre.

—Deja eso para dentro de otro año o dos —ordené, y desde luego esperaba que hiciera caso a la advertencia. Por el bien de ambos—. Esto te queda grande, Raven.

—Qué curioso, pensé lo mismo cuando me exigiste que me casara contigo.

Negué con la cabeza.

—Tu lengua salvaje será mi perdición.

—Una puede desear. —Me dedicó una sonrisa inocente—. Aunque pensaría que te encantaría una mujer con lengua salvaje.

Dios me ayudara. La traviesa sería mi perdición antes incluso de acostarme con ella.

—No quiero desanimar tu interés en mí —dije despacio, apenas sin poder mantener la cabeza fría—, pero jugar con fuego no será bueno para ninguno de los dos.

Se encogió de hombros y luego soltó un suspiro exasperado.

—Bien, no te veré más masturbándote.

Mi idiota polla se engrosó con imágenes que rápidamente apartaba de mi mente. Mi joven esposa virgen no podía soportar el tipo de sexo que me gustaba, y si se diera cuenta de lo que me gustaba, probablemente saltaría por alguna ventana de nuestro *penthouse*. *Nuestro*, no mío. Mierda, eso estaba mal, ¿verdad?

Raven miraba la ciudad abajo, ajena a mis pensamientos intrusivos. Era casi como si se estuviera separando de este mundo. Quería saber cómo se sentía, qué pensaba, y carajo, eso me estaba afectando.

Nunca quise casarme, especialmente con alguien que, hasta donde habíamos podido averiguar, vivía su vida fuera de cualquier negocio criminal. Crecer como heredero de la Mafia Callahan me volvió cínico. Había visto y hecho muchas cosas cuestionables. La tortura al alcalde fue una de las cosas más normales de las que fui culpable. De hecho, no recordaba un momento en el que la vida no estuviera llena de sangre y muerte.

Entonces, ¿qué carajos se suponía que debía hacer con mi joven esposa ahora? Mi polla tomó el control mientras mi mente mostraba imágenes de ella en mi cama, boca abajo y con el culo levantado, a la par que ella apretaba las sábanas y me suplicaba que la follara.

Maldita sea, estas ideas estúpidas y esta necesidad visceral y extraña de follármela harían que vivir con Raven fuera difícil, sino imposible.

—Estás mirando.

Su voz me sacó de mis pensamientos y noté que me estaba observando. Maravilloso. A este ritmo podría matarme y yo ni siquiera lo vería venir, porque estaba demasiado ocupado imaginándome su culo en mi cama.

—Quizá no puedo evitarlo porque eres tan hermosa.

Puso los ojos en blanco.

—Más bien quieres algo. Solo pregunta, Aiden.

Me gustaba su franqueza. Me gustó aún más cómo dijo mi nombre. Joder, esto sería mucho más fácil si no me gustara para nada.

—¿Por qué crees que no sé ya todo lo que hay que saber? —repliqué.

—¿Entonces por qué me miras como si quisieras algo?

Me incorporé, el sofá arrugándose bajo mi trasero mientras me giraba para mirarla. Aunque estábamos lejos, era suficiente para que se sonrojara, y a una parte enferma de mí le encantaba. Disfruté cómo respondió y estaba desesperado por romper sus muros.

—¿Dónde está tu padre? —pregunté.

Hizo una mueca, pero rápidamente controló su expresión, poniendo sus rasgos como una muñeca otra vez.

—No está presente. Probablemente esté muerto.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Probablemente?

Se encogió de hombros.

—Sí, probablemente.

Esperé a que me explicara y, cuando no lo hizo, seguí insistiendo.

—¿Por qué crees que está muerto?

—Tal vez es lo que deseo. —Sus ojos se cruzaron con los míos, y me inmovilizó con una expresión de desafío que me hizo moverme de nuevo, la tensión tirando de mi entrepierna. ¿Qué le pasaba a esta mujer que me hizo comportarme totalmente fuera de lo normal?—. Destruyó a mi madre, así que espero que haya muerto de la forma más dolorosa.

Encogió los hombros como si se arrepintiera de haber dicho todo eso, pero no iba a regañarla por ser sincera. Al fin y al cabo, a veces deseaba lo mismo para mi propia madre, que tendía a hacer miserables a todos los que la rodeaban.

—Parece que se lo merece —opiné, usando a propósito el tiempo presente, aunque por su expresión vacía, no lo captó. Mis instintos se encendieron aún más. ¿Cuál era la historia de esta princesa de la Mafia Escocesa?

—Debería ser devuelto a la vida y luego morir dolorosamente cada día. Como el Titán Prometeo. —Levanté una ceja sorprendida mientras ella continuaba—: En la mitología griega, fue castigado por Zeus y encadenado a una roca, donde un águila se comía su hígado cada día. Como era inmortal, su hígado se regeneraba de la noche a la mañana, solo para ser devorado al día siguiente en un ciclo interminable.

—Si mal no recuerdo, finalmente fue liberado por Heracles.

Se encogió de hombros.

—En mi versión, no habría Heracles para el hombre que resultara ser mi padre biológico.

—Eres sedienta de sangre, ¿verdad?

Parpadeó y luego respondió despacio.

—No especialmente, pero creo en el karma.

—Entonces hagamos un trato. —Sus cejas se alzaron con interés —. A quien te haga daño, le entregaré tu karma.

Eso hizo que abriera mucho los ojos.

—¿De verdad?

—Lo juro por mi vida y todo eso. —Mierda, ¿su generación todavía decía cosas así?

—¿Y si ese alguien eres tú? —preguntó, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Entonces dímelo y me aseguraré de rectificarme —repliqué—. Como te dije, Raven, nuestro matrimonio es para toda la vida, y quiero sacar lo mejor de esto. Por el bien de los dos.

—¿De verdad crees que existen buenos matrimonios?

Jesucristo, ella estaba peor que yo. Me preguntaba si Raven alguna vez había tenido alguna oportunidad de tener una relación sana o si estaba condenada desde el principio.

—Sí. El nuestro lo será.

Me lanzó una media sonrisa.

—¿Lo prometes? —indagó tímidamente.

Carraspeé.

—Sí, aunque tenga que dejarte viuda.

Curiosamente, lo decía en serio.

DIEZ

RAVEN



«*Nuestro matrimonio es para toda la vida».*

Esas palabras resonaron en mis oídos el resto del día, mientras jugaba a disfrazarme con toda la ropa nueva, durante mi fallido experimento culinario, nuestra noche de cine en la que Aiden me dejó elegir los aperitivos, pero era en mis sueños donde esas palabras me perseguían.

El matrimonio de por vida era lo que la mayoría de las mujeres buscaban, pero yo no era una de ellas. Podría ser peor, supongo. Aiden podría ser una persona horrible como mi padre.

A lo largo de los años, fui descubriendo pequeñas pistas sobre él, en los raros momentos en que mi madre se descontrolaba. Normalmente ocurría cuando estaba borracha. Mi padre era un criminal increíblemente guapo aunque cruel y despiadado "que no debía ser nombrado". Pero le pegaba a mamá cuando no conseguía lo que quería. Ella lo soportó todo por amor hasta que él le pegó estando embarazada de mí.

Eso fue la gota que derramó el vaso.

Se fue, asegurándose de que no pudiera encontrarla. Ella era mejor persona que yo, porque yo habría matado al imbécil antes de irme. No podía echar raíces en ningún sitio porque siempre temía que nos encontrara. De ahí que nos mudáramos constantemente y tuviéramos el *P.O. Box* por si teníamos que huir por la noche, lo que

ocurrió una vez cuando tenía seis años y habíamos estado en un lugar más de dos años. Después de eso, se volvió casi paranoica, siempre mirando por encima de su hombro.

Me preocupaba mientras estaba en el internado, hasta el punto de que desarrollé un trastorno de ansiedad, jalándome el cabello. Yo estaba a salvo en el colegio, pero ella seguía ahí afuera, defendiéndose sola. No obstante, mamá siempre estuvo a mi lado incluso entonces. Habíamos añadido una aplicación para rastrear la ubicación de la otra en tiempo real y ella me enviaba un mensaje cada mañana y cada noche. Eso alivió mis temores hasta cierto punto, pero a medida que fui creciendo, aprendí que no era la forma en que vivían los demás.

Y al pensar en todo eso, un recuerdo de hace años, cuando tenía diez años y vivía en una ciudad que ni siquiera recordaba, se me vino a la mente.

Las cajas se alzaban a mi alrededor, haciéndome sentir pequeña. Olían raro, recordándome a todas las otras veces que habíamos hecho la maleta o desempacado.

Habíamos estado empacando todo el día, y el piso se encogía a nuestro alrededor, amenazando con dejar que el cartón nos tragara enteras.

Mamá se sentó en el piso, trabajando en pegar otra caja más.

—¿Por qué siempre tenemos que mudarnos? —pregunté en voz baja, justo cuando la cinta chillaba, sellando la caja junto con nuestra vida aquí.

Los hombros de mamá se tensaron. No me miró cuando la pistola de cinta rechinó de nuevo, demasiado fuerte.

Abracé a mi conejito contra mi pecho, su pelaje olía a estas cajas.

—Ya hemos hablado de esto, cariño. Nueva ciudad. Nuevo comienzo.

La lámpara proyectaba luz amarilla sobre todo, haciendo que el cabello de mamá pareciera cobrizo y cansado. Su vaso estaba a su

lado, medio lleno de esa sustancia marrón que hacía que su voz fuera más lenta, más suave.

—Pero acabamos de mudarnos aquí —me quejé—. Está más cerca de mi escuela y puedo verte los fines de semana. Y hice una amiga. Se llama Athena.

Mamá presionó la cinta con fuerza, la caja soltó un pequeño gruñido de dolor.

—Lo siento, cariño. Es más seguro así, y quiero mantenerte a salvo.

Jalaba un desgarre en la oreja de mi conejo.

—¿Es porque papi nos encontrará?

Se quedó paralizada a mitad de hablar y el aire de repente se volvió más denso.

—No hablamos de tu papi. —Su voz bajó y su expresión se llenó de miedo, asustándome—. Jamás. ¿Recuerdas, cariño?

—Porque está muerto —susurré.

Mamá se quedó muy quieta un largo momento antes de agarrar su vaso y dar un largo trago. Podía oír el hielo chocar con sus dientes.

—Sí —dijo finalmente—. Es mi trabajo mantenerte a salvo. Eso es todo lo que necesitas saber.

—¿A salvo de qué?

Se frotó la frente y el olor dulce y amargo de su vaso se acercó a mí.

—De mis errores —expresó—. De los peligros. De hombres malos que no dejan ir.

La miré fijamente, sin entender sus palabras.

—¿Dejar ir qué, mamá?

Sus ojos encontraron los míos, y por un segundo, parecía que quería llorar.

—A ti y a mí —añadió en voz baja.

El viento de afuera golpeó algo contra la ventana y las dos nos sobresaltamos.

—¿Prometes que esta es la última vez que nos mudamos? —pregunté.

Sus hombros se hundieron y me miró con tanta tristeza que me dolía el pecho.

—Lo siento, cariño.

Sus ojos se apartaron y supe que tendríamos que mudarnos de nuevo. Muchísimas veces.

Me arrastré hasta ella y me atrajo a su regazo, sus brazos me rodearon con demasiada fuerza. Su piel olía a jabón y a su bebida. Su corazón latía rápido contra mi mejilla, y encontré un extraño consuelo en ello.

—No me gusta cuando bebes —susurré contra su suéter.

Su voz era pequeña, casi perdida en mi cabello.

—A mí tampoco, cariño. A mí tampoco.

La lámpara parpadeó. Las cajas pegadas con cinta esperaban en sus pilas tranquilas, listas para ser llevadas a otra noche, otro pueblo donde nadie nos conocía.

Y me preguntaba si algún día dejaríamos de huir. O si mamá simplemente había olvidado cómo quedarse quieta en un mismo lugar.

Mamá nunca miraba atrás, salvo cuando estaba borracha. Con el tiempo, aprendí a no mirar atrás tampoco. No tenía sentido, aunque el pasado parecía atormentarme desde que me crucé con Aiden.

Miré a mi esposo, el sol del mediodía filtrándose por las ventanas haciendo que sus rasgos resultaran menos intimidantes. Estaba viendo un partido de los Yankees en la enorme pantalla. Sus grandes pies descalzos descansaban sobre la mesa de centro mientras parecía ignorar mi presencia.

Sin embargo, era un disfraz.

Cada vez que suspiraba demasiado fuerte, su cuerpo reaccionaba. Al principio fue sutil, un leve movimiento de cejas, el leve entrecerrar de sus ojos, mas fue suficiente para que me diera cuenta. Y cuando me movía en mi asiento, como si fuera a irme, su cabeza se giraba hacia mí y me estudiaba con sus ojos preocupados, el calor de su mirada posándose en mí como una mano presionando mi hombro.

Eso me dio tiempo para observarlo y de alguna manera me hizo preguntarme por mi padre. Mi madre había dejado claro que era un criminal, pero nunca explicó qué tipo de criminal. ¿Era un mafioso como Aiden o algo completamente distinto?

Negué con la cabeza sin querer. Mi padre tenía que ser algo peor. Hasta el momento, Aiden no parecía violento, pero entonces la imagen del alcalde golpeado me vino a la mente. Bien, mejor dicho, era violento y despiadado, mas no conmigo. Quizá su reputación de crueldad solo se extendía a los hombres. Y no olvidemos que Aiden era increíblemente guapo.

Maldita sea, cumplió con los tres requisitos, igual que mi padre. Sí, esto no sería buena señal para mí.

—¿Estás escribiendo un libro? —indagó, sin apartar la mirada de la televisión.

Fruncí el ceño.

—¿Un libro?

—Sí, me estás estudiando como si estuvieras investigando para un libro.

Santos cielos, era demasiado observador. Debería tenerlo en cuenta. Además, si hubiera investigado lo suficiente sobre mí, sabría que apenas podía escribir un párrafo.

—¿Eso es un sí? —inquirió, recordándome que no había respondido a su pregunta.

—No, no estoy escribiendo un libro sobre ti —murmuré—. Evito escribir y leer si puedo evitarlo.

Sus ojos se posaron en mí.

—¿De verdad? —Asentí—. ¿Por qué?

—Tú primero —respondí sarcásticamente—. ¿A qué te *dedicas*? —Negué con la cabeza, dándome cuenta de mi error enseguida—. Olvídalo, no respondas a eso.

Presenciar lo que hizo me había metido en este lío para empezar.

—Si fuera inteligente, estaría aterrada de ti —añadí.

—Nunca te haría daño.

—¿Dejarías que alguien más me hiciera daño?

—Mientras me quede aliento, nunca dejaré que eso ocurra. Como dije anoche, estoy feliz de entregar el karma en tu nombre. —No

sabía si eso me hacía tonta, pero le creí—. Vuelvo contigo, Raven. Dime qué te gusta hacer.

—Me gusta pintar —suspiré, deseando tener mis materiales conmigo.

Inclinó la cabeza.

—Por ese suspiro melancólico, creo que te encanta pintar.

Sonreí.

—Me encanta. Soy más feliz con un pincel en la mano.

Agarró su teléfono y empezó a teclear, y le lancé una mirada molesta que claramente no vio.

—¿Te estoy aburriendo? —pregunté sarcásticamente.

—No, para nada. —No levantó la cabeza, sus dedos volando sobre el teléfono. Muy maleducado de su parte, si me preguntaban. Pero entonces se cruzó con mi mirada—. Mis disculpas, solo quería conseguir algo. Ahora tienes toda mi atención.

Me encogí de hombros.

—Bueno, el momento ya pasó.

No parecía molesto.

—Dime en qué más eres buena.

Podría hacer pucheros, aunque no creía que me llevara a algo con este hombre.

—También soy bastante buena tocando música.

—Impresionante. ¿Qué instrumento?

—Guitarra.

Inclinó la cabeza y, casi pensativo, dijo:

—Probablemente podríamos reservar una habitación para tus pasatiempos. Tampoco sería difícil hacerla a prueba de ruido.

Le lancé una mirada sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. Como ya no trabajas en mi negocio —arqueó una ceja y ladeó la cabeza—, vas a necesitar cosas para mantenerte ocupada, aparte de mandar memes a tus amigas.

Puse los ojos en blanco.

—¿Muy acosador?

—Me doy cuenta de las cosas —corrigió con calma—. En mi profesión, la atención a los detalles marca la diferencia entre la vida

y la muerte.

—Es bueno saberlo —reconocí, dándome cuenta de que eso podría ser un problema—. ¿Qué has notado de mí?

Se giró y me miró, pensativo, olvidando su partido de los Yankees.

—*Hmm*, ¿por dónde empiezo? —Se tocó los labios con un dedo largo—. Te preocupas por tu mamá. A veces desearías no tener que lidiar con su adicción y lo dependiente que la hace eso. Nunca la dejarías sufrir sola, pero una parte de ti solo quiere desaparecer con tus amigas. ¿Voy bien?

Abrí mucho los ojos mientras asentía.

—Quieres ir a la universidad. ¿Quizá lo ves como una salida? —continuó, pero sin arrogancia en su tono—. Estoy bien con eso, ¿sabes? Lo que necesites, solo tienes que pedirlo y será tuyo.

Ni hablar, no podía ser tan sencillo. Ni siquiera pedí lo que más quería y él simplemente… ¿Me lo daría? Tenía que haber un truco. ¿Verdad?

Lo observé, el silencio se extendió entre nosotros mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—No sé qué decir —murmuré, la esperanza en mi pecho expandiéndose como un globo—. ¿De verdad te parece bien que me vaya a la universidad?

—No dije que te fueras a ir —corrigió—. Hay universidades aquí mismo en la ciudad con excelentes programas de música y artes. —Mi esperanza se estaba desinflando poco a poco—. ¿Por qué no investigas un poco y te registras en los que quieras?

Sacó su cartera y la abrió, luego me entregó una tarjeta Amex negra y gruesa.

La tomé con duda.

—¿Para pagar mis solicitudes de admisión? —pregunté.

—Entre otras cosas. Esta tarjeta es tuya para que la uses como quieras. También puedes retirar efectivo. El PIN es 6533. No tiene límite de gastos, así que lo que quieras o necesites, simplemente cómpralo.

Vaya, vaya, vaya… Las cosas iban mejorando.

ONCE

RAVEN



Asomé la cabeza al dormitorio de Aiden y enseguida noté que el agua de la ducha estaba corriendo. Una sonrisa ladeada se dibujó en mis labios mientras un plan retorcido, y algunas imágenes bastante eróticas, cruzaban por mi mente.

Empujando la puerta, crucé la habitación de puntitas hacia el baño, la puerta entreabierta lo justo para hacer travesuras. Estaba preparada para asustarlo de verdad, o, más exactamente, a su terco y desbordado corazón, cuando su voz cortó el ritmo del agua corriendo.

—Si eres mi esposa, abstente de mirar boquiabierta. Si no lo eres… bueno, debo advertirte, tengo un arma y no tengo reparos en matar mientras estoy desnudo.

Contuve una risa, sacudiendo la cabeza.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que estás completamente loco?

—Mucha gente —replicó—. Así que… ¿qué haces aquí, Raven?

Me acerqué más a la grieta, mirando a través del cristal empapado de vapor. La niebla arremolinada lo hacía casi completamente invisible, lo que solo alimentaba mi imaginación traviesa.

—Buenos días para ti también —repliqué—. Solo quería comprobar si seguías aquí o si te habías ido a trabajar. ¿O tal vez

debería decir que cometas tus típicas fechorías criminales?

Se rio, con voz burlona.

—Estoy seguro de que cuando oíste la ducha, adivinaste que todavía estaba aquí. Bastante obvio, ¿no crees?

Apoyé la espalda en la pared y me deslicé hasta el piso de madera, agachándome junto a la puerta del baño entreabierta. Mis ojos buscaron en la niebla un destello de él de nuevo, pero fue en vano. No importaba, él saldría de la ducha y yo tendría mi espectáculo.

—Sé que sigues ahí. —Llegó su voz amortiguada a través de la puerta, el agua tamborileando con un ritmo constante detrás de ella.

Sonreí, enrollando un mechón de mi cabello alrededor de mi dedo.

—¿Dormiste bien?

Su risa resonó contra los azulejos.

—Claro que sí. ¿Y tú?

—En su mayoría —admití.

—¿Algo te molesta? —Podía escuchar la preocupación en su voz, y a pesar de la extraña situación, y del matrimonio forzado, mi corazón dio un vuelco. Maldito órgano.

—Solo… cosas —respondí vagamente—. ¿Crees que deberíamos… No sé, ¿toquetearnos o algo así?

Creí escucharlo soltar una serie de maldiciones, pero cuando volvió a hablar, fue con un tono molesto y sereno.

—¿Quieres?

—¿De qué otra forma vamos a conocernos? —bromeé.

Se burló.

—Hablando.

—Debes de ser el único chico…

—Hombre —corrigió con suavidad.

—Perdona, el único hombre que prefiere hablar antes que tener una aventura.

—Error. Estoy a favor de tenerla, pero no hay prisa. Ya puse un anillo en tu dedo.

—Claro que lo hiciste —refunfuñé, moviéndome en el suelo—. Sabes, la generación más joven se toquetea en la primera cita. En la

segunda en el peor de los escenarios. Y yo he estado en tu casa…

—Nuestra casa —me interrumpió.

—Bien. Llevo días en nuestra casa, lo que seguramente cuenta como al menos cinco citas, así que deberíamos tantear el terreno… en cuanto a química.

—Jesucristo —murmuró—. Lo haces sonar como un experimento de laboratorio.

—Apenas aprobé química, pero sigo pensando que cuenta.

—Veo que mi esposa no es una experta en ciencias —indicó con sequedad.

—Si no quieres que nos toqueteemos, entonces necesitamos una cita. No me voy a quedar en esta torre tuya, cosiendo o haciendo lo que sea que hagan las mujeres de tu antigua generación. Necesito más.

Hubo una pausa, luego un matiz burlón se coló en su tono.

—Bien. Noche de cita hoy, entonces. Probaremos la química.

Aplaudí.

—Encantador. Yo me encargo de la cena. Llega a la casa a las cinco.

Las palabras apenas salieron de mi boca antes de que me quedara paralizada. *Casa*. ¿Podría ser que ya consideraba su casa como mi hogar? Dos años en cualquier apartamento con mamá y yo mudándonos constantemente, nunca sentí eso.

Se rio, completamente ajeno a mis pensamientos internos.

—Ves, ya estamos conociéndonos. La química no es tu fuerte, y al parecer sabes cocinar.

No me molesté en corregirlo.



Sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja, con una cuchara en una mano y un tarro de salsa marinara en la otra mientras leía la receta que no tenía ningún sentido.

El teléfono sonó y sonó, y justo cuando estaba a punto de colgar, la voz de mi madre sonó por la línea.

—Raven, ¿cuándo vuelves a casa?

Me estremecí al oír el leve pánico en su voz.

—Lo siento mucho, mamá. Me encontré con mi amiga… ya sabes, Athena. —Crucé los dedos ante la mentira descarada que le estaba contando. No podía darle la noticia por teléfono. Además, ¿cómo podría explicar algo tan loco?

—¿Pensaba que estaba en Europa? —Había tensión en su voz y el arrepentimiento me golpeó porque yo era la causa.

—*Umm*, no. Está aquí en la ciudad con su mamá. —Antes de que pudiera hacer otra interrogante, le pregunté—: ¿Todo está bien?

—Sí. Solo estoy ansiosa. —Soltó un suspiro pesado—. *Probablemente deberíamos mudarnos antes de que termine el verano y tú te vayas a la universidad.*

Me invadió la sorpresa.

—Pero aún no han pasado dos años.

—*Casi* —replicó.

Suspiré.

—¿No crees que es hora de que te quedes tranquila en un lugar, mamá? No puedo continuar así otras dos décadas. No es vivir, solo flotar sin conexiones reales.

Podía oír sus zapatos golpeando las tablas del suelo a través de la línea telefónica. Tenía que estar paseando de un lado a otro, y entonces se detuvo.

—Asistir al internado te aseguró conexiones reales —murmuró con voz ronca—. *Has hecho buenas amigas allí y pronto irás a la universidad.*

—Sigo intentando conseguir los fondos que necesito para el vuelo y los meses de gastos —murmuré, sintiéndome fatal por mentirle.

—Encontraremos la manera —afirmó—. *Siempre lo hacemos.*

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, cariño.

No sabía qué más decir o hacer. Quizá la honestidad sería lo mejor, quizá debería admitirle lo que había pasado. Pero luego se

daría cuenta de que le había estado mintiendo sobre mi trabajo en el café. Maldita sea. Abrí la boca cuando su voz salió.

—Tengo que ir a trabajar. Pasa tiempo con tu amiga, pero cuando llegues a casa, tenemos que hablar.

—Sí, mamá… Lo sé —repliqué, revolviendo la olla de salsa de tomate y solo ahora dándome cuenta de que se había vuelto de un extraño color marrón. Me dirigí al especiero, pero me detuve en la ventana con vistas a la ciudad. Imaginaba que podría ver a mi madre al otro lado de la ciudad, en el apartamento demasiado cerca de los barrios pobres y la inmundicia—. Yo también tengo mucho que contarte.

—Nos mudaremos y luego te irás a París.

—Me preocupas —susurré—. Estás sola demasiado tiempo, solo existiendo y no viviendo.

—No he sido una buena madre.

—No…

—Hija, no mientas. Ambas hemos sido testigos de mi forma de criar. Mi forma de beber. Mis fracasos.

Me incliné hacia adelante, apoyando la frente contra el cristal frío.

—Hiciste lo mejor que pudiste.

—Tú, lejos de mí y con tus amigas, es como debe ser. Verte feliz y viva es lo importante. Todo lo que he hecho… Fue por ti. Vives y eres tu propia persona. No necesitamos hombres.

Tragué el nudo en mi garganta.

—Es solo que… Todo está pasando tan rápido.

—Un paso a la vez, cariño —pronunció mamá con calma—. *Tengo que irme.*

—Bueno.

La línea se cortó, pero yo seguí paralizada, el teléfono aún pegado a mi oído. Un dolor sordo se extendió por mi pecho, junto con la preocupación por mi madre, la única que me crio. Mi única familia. No tenía a nadie más que a mí. Sus padres murieron cuando ella era solo una niña, dejándola crecer entre las frías paredes de un orfanato. Y ahora, después de todo lo que ya había soportado, la vida le había jugado otra mala pasada, atándola a un hombre que

rompía más que promesas. Debería haberle dado un hogar cálido y una familia, no crueldad ni miedo.

El pitido agudo y penetrante de la alarma de humo rompió el silencio, sacándome de mis pensamientos. Mi corazón dio un vuelco al girar hacia la cocina justo a tiempo para ver una nube negra y espesa saliendo de la olla. El humo se enroscaba hacia arriba como un pequeño fantasma siniestro, girando perezosamente hacia el techo antes de extenderse en un velo brumoso y asfixiante.

—O-oh no, no, no… —balbuceé, agitando la mano inútilmente por el aire. El olor a quemado me llenó la nariz, haciendo que se me humedecieran los ojos mientras tosía e intentaba apagar el fuego. La cena se había convertido en un desastre abrasador y burbujeante.

La alarma volvió a chillar, un grito implacable y acusador. Tomé un paño de cocina y empecé a abanicarlo hacia el techo, murmurando una serie de disculpas y maldiciones, como si eso pudiera calmar tanto la alarma como mi corazón acelerado.

—¿Qué demonios está pasando? —Una voz grave de hombre casi me hizo saltar del susto. El paño de cocina se me resbaló de la mano y cayó en un charco de algo inidentificable en el suelo.

Me giré para ver a Aiden, observando la escena, divertido.

—¡Yo, uh, está bien! Es solo un poco de humo —dije rápidamente, agitando la mano como si eso pudiera borrar las evidencias—. La cena se… me fue de las manos.

Olfateó el aire, haciendo una mueca.

—Huele como si hubieras quemado una llanta, no la cena.

Forcé una risa débil, tosiendo mientras otra bocanada de humo se nos acercaba.

—La receta no especificaba cuánto tiempo debía dejarla sin vigilancia.

Los labios de Aiden se curvaron, casi como si luchara por no sonreír, mientras cruzaba los brazos.

—Parece que me equivoqué, esposa. *No sabes* cocinar.

Sonreí tímidamente y él negó con la cabeza mientras se dirigía a abrir todas las ventanas y puertas. Me esforcé para ayudar, la brisa de verano ahuyentando la neblina en mis pulmones.

Cuando la alarma finalmente se calmó, el silencio se instaló en la cocina y miré el desastre irreconocible en la olla que seguramente habría que tirar.

Solté un suspiro pesado. Adiós a nuestra cita y a conocernos mejor.



—Siento otra vez haber ahumado el *penthouse* —me disculpé, deslizando las puertas de cristal más abiertas, agradecida por la ligera brisa que entraba. Habíamos estado intentando ventilar los leves rastros de humo que quedaban en la cocina, el comedor y la sala.

Intenté hacer espaguetis con salsa casera, directamente de lata, y fracasé estrepitosamente. Eso sí que era vergonzoso.

—No te preocupes.

Aiden tomó una manta y llenó una canasta con comida de la nevera para que pudiéramos ir a la terraza. Hacía calor y estaba húmedo, pero era mejor que inhalar humo adentro. Estiró la manta y nos tumbamos sobre ella mientras él preparaba una bandeja improvisada para la comida.

Estaba tan alterada por casi prenderle fuego a su *penthouse* que no noté de inmediato la impresionante escena que tenía enfrente.

Bocinas de las calles de abajo nos llegaron hasta aquí arriba, pero apenas. Me encontré mirando hacia *Central Park*, los árboles frondosos y verdes y el *Reservoir* reluciente. La vista, combinada con este picnic improvisado, de alguna manera me hizo sentir como una princesa en una torre de cristal.

Miré alrededor de la terraza, aunque la palabra "terraza" quedaba corta.

El lugar era enorme, casi tan grande como el apartamento. Había una piscina privada y camastros repartidos a lo largo del lado izquierdo, mientras que, a la derecha, un pequeño jardín bien cuidado se extendía hacia la barandilla de cristal.

—Además, es un día perfecto para disfrutar del sol —añadió Aiden, devolviendo mi atención a él—. Y por fin voy a usar este espacio.

—¿No sales mucho aquí?

—No. —Sirvió San Pellegrino en las copas de ambos.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Trabajo entre otras cosas.

—Sabes que puedes beber alcohol —comenté mientras me entregaba mi copa de *champagne* llena de agua mineral—. Yo también lo bebo. Aunque no a menudo, me emborracho con muy poco.

—Técnicamente, no puedes.

Me burlé, luego di un pequeño sorbo.

—Lo bastante mayor para casarme, pero no para beber, *¿eh?*

—Algo así —murmuró—. Yo no pongo las reglas.

Di otro sorbo a mi agua y luego dejé la delicada copa sobre la mesa.

—Así que, ¿qué hay para cenar?

Miró dentro de su canasta.

—Sándwiches de jamón y queso. Caviar. Hummus con galletas. Fresas y piñas. Elige lo que quieras.

Sonreí.

—En realidad suena bien. ¿Puedo empezar con un sándwich, por favor?

Me lo dio y yo le di un mordisco.

—¿Y quién cocina en tu casa, Raven?

La implicación de que no podía ser mi madre persistía.

—Mamá. No bebe *todo* el tiempo, ¿sabes? —Estaba bastante cerca, mas me guardé esas palabras para mí—. En el internado, no tenía que preocuparme por cocinar. Teníamos la cafetería.

Frunció el ceño.

—¿Internado?

—Sí, ya sabes, ¿donde vives en el campus mientras estudias?

Dejó escapar un sonido impaciente.

—Sé lo que es un internado. Simplemente no… sabía que asististe a uno.

—Supongo que no investigaste tan bien como pensabas —señalé, y luego mordí mi sándwich.

—¿No creciste en la ciudad?

Terminé de masticar antes de responder.

—No, nos mudamos mucho. Costa Este. Costa Oeste. Nombra un lugar, y probablemente vivimos allí.

Di otro sorbo de agua antes de morder de nuevo mi comida.

—¿Cuánto tiempo lleva tu madre con un problema con el alcohol?

Su pregunta me hizo dejar de masticar y entrecerré los ojos hacia él.

—No es asunto tuyo.

—No estoy juzgando, solo intento entenderte. —Echó un poco de caviar en una galleta, y me di cuenta de que era un hombre que comía manjares exquisitos un martes cualquiera. El hecho de que los tuviera en la nevera alargó aún más el abismo entre nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que me di un gustito sin restricciones?

—¿Qué hay que entender?

—Mucho.

Deseando cambiar de tema, dirigí mi atención al lado opuesto del espacio.

—¿Puedo usar la piscina de vez en cuando?

—Esta es tu casa ahora, no una prisión. Siéntete libre de hacer lo que quieras.

Regresé mi atención a él y levanté la cara, intentando ver si hablaba en serio.

—¿Qué opinas de esto?

—¿"Esto" es…?

—Matrimonio.

No lo conocía bien. De acuerdo, no lo conocía en absoluto, no obstante, ya había indicado que este matrimonio apresurado no era como se imaginaba casarse. Aunque, sí me obligó a hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que algún día me iba a casar. Podría haber sido peor.

Vaya, *ouch*.

Picoteaba las fresas, decidiendo parecer indiferente.

—*Ah*, sí. Indiferencia. El sueño de toda mujer.

Se rio.

—¿Prefieres que te mienta y diga que me enamoré a primera vista? ¿Quizá justo cuando te quitaste los tacones y saliste corriendo?

—Cielos, por favor, no. Si ese es el camino del engaño que vas a tomar, es mejor que no mientas.

Asintió como si estuviera complacido.

—Ves. Tenemos la sensatez en común.

—¿Por qué torturabas al alcalde? —En el momento en que hice la pregunta, supe que no debería haberlo hecho, pero ya era demasiado tarde.

—Necesitaba información y él la tenía.

Jadeé.

—¿Y eso es motivo para matar a un hombre a golpes?

—Sí. Cobró un pago de la organización para proteger nuestro cargamento, y dependía de él asegurarlo.

Tenía un mal presentimiento de que "cargamento" implicaba drogas e incluso armas.

—¿A dónde se fueron todos los políticos honestos? —refunfuñé, condenando a ese alcalde y a su codicia.

Aiden se rio.

—¿Un político honesto? Eso sí que es un término contradictorio, si es que alguna vez he oído uno.

Le lancé una mirada.

—¿Y qué hay de un criminal honesto? ¿Un mafioso honesto?

—¿Tú qué crees? —replicó secamente, agarrando su copa y girándola antes de llevarla a sus labios.

—Creo que ese alcalde es la razón por la que ambos estamos en este lío —musité.

Bajó su bebida y dijo.

—Viste algo que no debías, Raven. Realmente no quería matarte, como me había sugerido mi tío, así que me casé contigo. Además, al

final del día, lastimarte no era una opción. Así que aquí estamos, saliendo después de haber dicho nuestros votos.

—Me aseguraré de grabarlo en tu lápida.

Me miró un instante, luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¿Mi lápida?

—Sí, eres mucho más viejo, así que tiene sentido que te mueras tú primero —expresé, sonriendo—. No te preocupes, te lloraré el tiempo adecuado.

—¿Y cuánto es eso? —comentó con ironía—. ¿Una semana?

Parpadeé inocentemente mis pestañas.

—Pensaba en un mes, pero me gusta más cómo piensas. Así que una semana será.

—Carajo, no le prestes atención a este cadáver.

—Oh, no lo haré. Además, ya sabes lo difícil que es encontrar el vestido negro perfecto.

—Te perseguiré desde el más allá —pronunció con sequedad—. A ti y a tu novio más joven.

Me encogí de hombros.

—Tal vez deberías reconsiderar tus amenazas, porque te buscaré la residencia de ancianos más horrible antes de tu vida después de la muerte.

—Jesucristo, mujer —comentó con una sonrisa irónica—. No te contienes, ¿verdad?

Sonreí dulcemente.

—¿Prefieres que te mienta?

—*Touché*.

Durante los siguientes minutos, comimos en silencio mientras el ruido de la ciudad zumbaba a lo lejos y yo reflexionaba sobre sus palabras. La conclusión era que, de una forma u otra, ambos habíamos sido forzados a esta unión. El hecho de que eligiera el matrimonio en lugar de matarme me dijo más que cualquier otra cosa.

No era tan despiadado ni tan cruel como los rumores que circulaban por el club lo hacían ver.

—No sé nada de ti —dije pensativa—. ¿Tus padres están vivos? Sé que tienes hermanos, pero ¿alguien más? Imagino que siendo irlandés probablemente tienes una familia enorme. ¿Siempre has vivido en *New York*?

Se rio.

—Tantas preguntas.

—Es justo, ya que me has estado interrogando.

—Para nada —se burló—. Pero como es nuestra primera cita —pusimos los ojos en blanco al mismo tiempo—, responderé a algunas.

—Qué amable eres.

—Bien, crecí en *New York*, aunque pasé muchos veranos en Irlanda mientras crecía. Mi padre murió. —El dolor cruzó su expresión, pero desapareció en el siguiente parpadeo—. Mi madre sigue por ahí, pero no es buena con ninguno de nosotros. Tengo dos hermanos, los gemelos, a los que ya conoces. También tengo una hermana mayor que tú. Mis hermanos y yo somos muy unidos, aunque a veces me planteo matar a Kyran y Tyran.

Me reí.

—Apuesto a que la mayoría de las veces ellos piensan igual.

—Probablemente —afirmó con ironía.

—Tu hermana… ¿Cómo se llama?

—Margaret.

Incliné la cabeza pensativa.

—Qué curioso, porque he oído mucho sobre los Callahan, pero siempre es sobre los hombres. Nunca las mujeres.

Se rio.

—Y recogiste toda tu información en solo dos semanas en mi club. Imagina la información *ilícita* que habrías conseguido si no hubiera intervenido y eliminado tu contrato laboral.

—Eliminado, claro —me burlé—. Yo no lo llamaría así.

Aiden arqueó una ceja.

—¿Cómo lo llamarías, entonces?

—Un corte forzado e innecesario de mis ingresos por culpa de un criminal macho violento.

Sonrió.

—Supuestamente violento. Recuerda, en el tribunal de justicia, somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Además, no creas que no me di cuenta de que mentiste en tu solicitud de empleo.

Suspiré.

—Solo una pequeña mentira piadosa. No puedes comparar eso con lo que hiciste o haces.

—*Ah*, verás, yo diría lo contrario porque no hay pruebas de lo que he hecho. Tú, en cambio, cometiste un error. Hay un documento en blanco y negro que puede usarse como prueba en la corte. Veo que tengo mucho que enseñarte, esposa.

Puse los ojos en blanco. No tenía sentido discutir con un mafioso, especialmente uno ingenioso, así que pregunté.

—Pero en serio, ¿por qué nunca se habla de las mujeres Callahan?

—Eso es intencional —explicó—. Mantenerlas mayormente fuera de nuestros asuntos de negocios es para su protección.

Agarré otra fresa y abrí la boca para hacerle otra pregunta cuando sonó el timbre. Le lancé a Aiden una mirada curiosa.

—¿Esperas visitas?

—*Hmm,* no. Para nada. —La expresión traviesa en su rostro no pasó desapercibida—. Vamos a ver quién es.

Alcé una ceja, estirando mi cuello mientras él se levantaba.

—¿Los dos?

—Sí, ¿por qué no?

Extendió su mano y yo me metí la fresa en la boca, luego deslicé mi palma en la suya. Entramos al *penthouse*, ya que la mayor parte del humo se había disipado, y nos dirigimos hacia el vestíbulo.

Un montón de paquetes estaba esparcido por la zona y le lancé a Aiden una mirada curiosa.

—¿Tu repartidor tiene acceso a tu casa?

—Ni de broma. Tyran, sin embargo, tiene acceso limitado.

—Bueno, parece que te trajo cositas.

Sonrió.

—En realidad, son para ti.

Mis cejas se encontraron con la línea de mi cabello.

—¿Otra vez?

—No es exactamente la reacción que esperaba… —dijo con tono sarcástico.

—Perdona —murmuré, mirando las grandes cajas y una caja enorme en el centro—. ¿Puedo abrirlas?

Sus ojos brillaron mientras me lanzaba una mirada.

—Por eso están aquí.

Empecé con la caja. La madera era áspera bajo mis dedos, y la tapa resistía cada jalón y tirón. Resoplé, apartándome un mechón de cabello de la cara y luego apoyé el pie en el costado para ganar algo de apoyo.

Aiden se rio desde detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda?

Miré por encima de mi hombro y lo vi observándome, con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Adelante —indiqué, retrocediendo.

Doblando de forma exagerada sus mangas, tomó la palanca que aparentemente venía con la caja y le dio a la tapa un empujón fuerte. Los clavos crujieron y luego se soltaron uno por uno. Finalmente, con un fuerte rechinido, la tapa se soltó.

El aroma a madera y aceite de linaza se desvaneció.

Se me cortó la respiración.

Adentro, cuidadosamente anidados entre capas de paja para empacar, había lienzos en blanco de varios tamaños. Debajo de ellos, un elegante soporte de madera yacía plegado, sus bisagras de latón brillando débilmente a la luz.

Mis dedos temblaban mientras metía la mano adentro y lo levantaba, el peso a la vez familiar y emocionante.

Bajo el caballete, cuidadosamente escondidos en compartimentos cortados a la medida, había filas de tubos de pintura de todos los colores imaginables, sus etiquetas extrañas y elegantes. También había pinceles, gruesos y finos, aún envueltos en papel, y frascos de medios y disolventes, cada uno tapado con fuerza.

No encontraba palabras.

Aiden me dio un suave codazo en el hombro.

—¿Y bien? —preguntó.

Me giré hacia él, parpadeando para contener el escozor en mis ojos.

—Cuando… Cómo…

—Tu expresión cuando hablaste de pintar me dijo todo lo que necesitaba saber, así que hice un pedido enseguida —explicó.

Santo Dios, ¿este hombre era real?

—¿Escogí los correctos? —inquirió, mirando dentro de la caja—. Podemos conseguir más.

—Es perfecto —susurré.

Sonrió, sacando objeto tras objeto para inspeccionarlo.

—Pensé que te podría gustar. Los contratistas vendrán el lunes. Elegiremos una habitación con la mejor ventilación y la montaremos como tu estudio.

Me mordí el labio, nerviosa, de repente muy consciente de que ese hombre, esposo o no, me había estado llenando de regalos mientras yo no tenía absolutamente nada que darle a cambio.

Bueno, eso no era del todo cierto. Tenía una cosa que darle.

—¿Aiden? —Empecé, y él murmuró su respuesta—. ¿Puedo dormir contigo esta noche? —*Dios mío*. No podía creer que estuviera proponiendo esto. Pero ya era demasiado tarde para retractarme.

Su enorme cuerpo se tensó y se giró para mirarme, sus ojos encontrando los míos.

—No creo que sea sensato.

Desanimada y más que un poco avergonzada, aparté la mirada, con mis hombros caídos.

—*Oh*, bueno.

Sus manos me sujetaron la cara y me obligaron a mirarlo.

—Considera esto y la ropa un regalo, Raven. Te los di sin compromiso y no requieren nada a cambio.

—Y si quiero…

Negó con la cabeza.

—Tal vez, pero…

—Entonces solo déjame dormir en tu cama —intervine—. Al fin y al cabo, deberíamos acostumbrarnos al menos a *eso*.

Me miró durante varios latidos antes de asentir.

—Solo dormir.

Sonreí.

—Sí, y puedes mantener alejado a cualquier monstruo nocturno.

—Teniendo en cuenta que soy uno de ellos, será un placer.

Poco a poco estaba cayendo bajo el hechizo de este hombre, y ni siquiera podía resistirme.

DOCE

AIDEN



La mañana después del desastre culinario de Raven, la luz del sol se filtraba por el dormitorio, delineando la figura acurrucada de mi joven esposa. Ella se tumbó a mi lado en posición fetal, con pantalones cortos de dormir y una camiseta de pijama. Su cabello negro azabache ocultaba su hermoso rostro y, aunque me aferré a la promesa de que no me la follaría, no sabía cuánto más podría resistir la tentación.

Especialmente cuando me desperté veinte minutos atrás con una erección matutina, decidida a darme un serio caso de testículos azules.

Miré a Raven, ignorando el impulso de devorarla, y me hice una promesa silenciosa a mí mismo. Si fallaba en todo lo demás, no la cagaría en protegerla. Ahora era mía. Mi responsabilidad.

El concepto me confundió. ¿Era siquiera posible sentir algo tan fuerte por alguien a quien habías conocido hacía menos de una semana? No tenía ni puta idea. El matrimonio de mis padres apenas era algo digno de admirar y aún no había presenciado una unión feliz de primera mano.

La presencia de Raven en mi cama no era algo que hubiera planeado o que quisiera, pero se sentía tan jodidamente natural. Solo habíamos dormido, y esa fue la primera vez para mí, carajo. Sin

mencionar que no había tenido sexo desde que pronunciamos esos ridículos votos.

Durante los últimos siete días, había llegado a una conclusión: había mucho más de Raven de lo que parecía. Era joven en muchos aspectos, pero madura en otros. Se comportaba como alguien que ya había visto demasiado del mundo para impresionarse fácilmente.

Y me hacía reír. No solo una risa educada, sino de esas que te sorprenden y te dejan sonriendo mucho después de que el momento haya pasado. Como cuando intenté enseñarle a hacer café y acabó derramando la mitad de la bolsa de los granos de café por la encimera, declarándolo un "sacrificio a los dioses de la cafeína". No había duda, era un desastre en la cocina.

Ella era una cosa extraña, sin duda. Podía hablar de los colores y sus tonos durante horas, y luego callarse y no decir nada sobre su madre, a quien claramente protegía mucho. Había algo magnético en Raven y el mundo se sentía un poco menos predecible cuando estaba cerca.

La vida la había aplastado y esa parte me enfurecía más de lo que me gustaba admitir. Me daban ganas de hacer entrar en razón a su madre, Blair Croft, a sacudidas, para que viera cuánto se había perdido al recurrir a la botella y obligar a Raven a valerse por sí misma. ¿Sabía siquiera que su hija apenas mayor de edad había estado trabajando en un club de *striptease*? Eso... me hizo ver rojo.

Y su padre era otra historia completamente distinta. Quería cazarlo y matarlo, porque lo que fuera que había hecho para que su exesposa y su hija huyeran no podía ser poca cosa.

Sí, sonaba como un loco.

Esto con Raven, fuera lo que fuera, había cobrado vida propia y no sabía qué hacer.

Sí, quería follármela, pero era mucho más que eso. Me sentía a gusto con ella, e incluso mi ritmo cardíaco parecía ralentizarse cuando estaba a su lado. Apenas la conocía, pero eso solo me motivó a descubrir *todo* sobre su persona.

Raven se movió en sueños y murmuró palabras que no entendí del todo, sacándome de mis pensamientos.

Con cuidado de no despertarla, me levanté sigilosamente de la cama y fui descalzo al baño donde había dejado ropa deportiva la noche anterior. Una vez vestido, le lancé una larga y prolongada mirada a su figura dormida antes de continuar hacia el gimnasio.

Una hora en la caminadora y mis músculos habían logrado relajarse, pero mi mente seguía dando vueltas. Tenía muchas responsabilidades: un club que dirigir, ampliaciones de territorio que supervisar, disputas y cargamentos que resolver, y mantener relaciones comerciales con las autoridades para asegurarme de que se hicieran de la vista gorda. Por eso, pensar constantemente en mi joven esposa como si fuera un adolescente idiota no funcionaría.

Me quité la camiseta empapada de sudor por la cabeza, terminé de enfriarme y miré al espejo. Me sobresalté al ver a Raven con esos *shorts* de "fóllame", una camiseta que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, y su cabello despeinado llegando hasta su trasero perfectamente redondo.

Maldición, eso era lo último que debería estar notando.

Debería preocuparme más por el hecho de que no había sentido su presencia, y en mi trabajo, cualquier cosa que no fuera vigilancia total te costaba la vida.

¿Cómo demonios iba a protegerla si estaba tan metido en mis pensamientos que ni siquiera podía sentir su presencia a mi espalda?

Bajé de la caminadora y me acerqué a ella.

—Perdona, espero no molestarte. —Sus mejillas se sonrojaron y se humedeció los labios, dejando que su mirada recorriera mi torso —. Eres tan… grande.

No pude evitar soltar una risita.

—Es el sueño de todo hombre escuchar esas palabras.

—Pero no todos los hombres las escucharán —respondió con un gesto de advertencia, con sus ojos brillando.

Le alcé una ceja, acortando la distancia entre nosotros.

—Entonces agradezco tus palabras, *mo cuishle*.

Llevó su mano a mi pecho, sus dedos jugando con el escaso vello allí, y de repente me di cuenta de lo sudado que estaba.

—Necesito ducharme.

Antes de que pudiera dar un paso atrás, deslizó la mano sobre mis abdominales, sus delicados dedos bajando mientras la veía humedecerse los labios.

—Hay algo *sexy* en que estés tan sudado. —Ronroneó.

«Carajo, bolas azules, allá vamos».

—Juega con fuego —advertí suavemente—, y te quemarás.

—Tal vez eso es lo que necesito. —Fue su respuesta medio burlona, pronunciada con voz ronca.

Joder, un hombre solo tiene cierto autocontrol. ¿Quería jugar? A la mierda, vamos a quemarnos juntos. Todo en ella me atraía, y me di cuenta de que me había perdido en Raven mucho antes de hoy.

Ella me necesitaba y, de una manera retorcida, yo también la necesitaba.

Me apreté contra ella y la empujé contra la pared, entrelazando sus muñecas con una mano y levantándolas por encima de su cabeza. Sus pechos rozaron mis pectorales y ambos nos estremecimos con el contacto íntimo.

Bajé la cabeza para darle un beso en la boca, con las muñecas aún atrapadas. Gimió y me tragué el sonido, empujando mi lengua contra la suya. Sabía a menta y a algo que era muy propio de ella, y esa combinación me volvía loco de deseo.

En el fondo sabía que debía ser gentil con Raven, pero mi control llevaba días deshilachándose y este era el empujón final.

Le mordí el labio inferior, jalándolo hacia atrás hasta saber que tenía que doler. Su gemido de alivio me sacudió y gruñí.

—Abre las piernas.

Obedeció inmediatamente, y mi polla palpitó en respuesta. Deslicé mi mano libre entre sus muslos, encontrándola empapada.

Apoyé mi frente contra la suya y me froté contra ella.

—¿Qué carajos me estás haciendo, Raven?

—Lo mismo que tú me haces a mí. —Carraspeó, y luego me mordió el labio en respuesta. Me besó profundamente pero también torpemente, y de alguna manera fue perfecto, joder. La besé, memorizando cada respiración entrecortada, cada roce de su lengua, cada gemido.

—Este coño es mío, ¿verdad, esposa? —Le respiré en la boca.

—S-sí —gimió.

—Tu coño suplica por placer —gruñí—. Pero quiero oír tus palabras.

Arqueó la espalda mientras me miraba con ojos entrecerrados y felinos.

—Por favor, tócame, Aiden.

—¿Dónde?

—En todas partes. —Jadeó—. Mi coño. Mis pechos. Solo… por todas partes.

Le di un último beso en los labios, luego le quité la camiseta y dejé al descubierto sus pechos. Incliné la cabeza para atrapar uno de sus pezones entre mis dientes y mordí. Con fuerza.

Soltó un gemido fuerte, y el sonido fue música para mis oídos.

Lamí la punta con mi lengua, girándola alrededor del sensible botón hasta que ella gimió. Su pelvis se movía y se movía para frotarse contra mi mano como si la estuviera follando.

Mordisqueando su pico rosado una vez más, besé su pecho, deteniéndome para presionar mi cara entre sus preciosos senos.

Chupé, besé y lamí, dejando marcas de dientes en su piel, y luego solté sus muñecas, deslizando un dedo por su entrada mojada. Sentí que se estremecía como si fuera yo.

—Oh… mi… Dios. Se siente tan bien —maulló, apoyándose en mis hombros desnudos, sus uñas clavándose en mi piel.

La miré hacia arriba, absorbiendo su expresión de dicha. Había algo tan jodidamente *sexy* en verla enfocarse en su propio placer.

Presioné el talón de mi palma contra su clítoris, introduciendo dos dedos en ella. Estaba tan apretada, tan pequeña y tan jodidamente mía.

Moví mis dedos como tijeras, con cuidado, amando lo ajustado que se sentía.

—Este coño siempre será mío, ¿verdad? —exigí.

—S-sí —gimió, con sus ojos encendidos. ¿Sospechaba que me estaba volviendo más posesivo con cada contacto que compartíamos?—. Si-siempre.

Satisfecho, me arrodillé, arrastrando sus *shorts* demasiado cortos por sus piernas cremosas. La primera vez que vi su coño casi me

manda a una puta tumba prematura. Quería enterrar mi verga dentro de ese hermoso e hinchado coño tanto que casi me pongo de mal humor.

No obstante, esto era para ella, no para mí. Así que me incliné y le di un beso en la parte superior del hueso púbico, luego bajé para pasar mi lengua por su clítoris.

—Jodeeer —gimió, arqueando la pelvis para presionar su coño contra mi cara. Seguí rodeando mi lengua sobre su clítoris, inhalando su dulce aroma. Su mano voló a mi cabello, sus dedos lo agarraban mientras se frotaba contra mi boca, persiguiendo su orgasmo.

La miré hacia arriba, observando su hermoso rostro mientras montaba mi cara sin dudar.

—*Ahhh*, Aiden —murmuró con voz ronca, nuestras miradas cruzándose.

Mi nombre en sus labios era como la oración más divina y nada había sonado tan bien en mi vida. Introduje mi lengua en su apretada y empapada vagina hasta que su boca se abrió en un jadeo silencioso.

Y se desplomó con mi nombre en sus labios.

No paré, seguí lamiendo mientras ella se frotaba contra mi lengua.

Y de repente supe, sin ninguna duda, que esa mujer estuvo destinada a ser mía desde el principio.

Teniendo en cuenta que siempre fui el primero en retirarme después del acto, debería haber sido alarmante que nada en este mundo pudiera haberme alejado. Observé asombrado cómo los ojos de Raven se cerraban y su cuerpo se tambaleaba.

—¿Cansada? —bromeé—. Y yo que pensaba que yo había hecho todo el trabajo.

La tomé en mis brazos y bostezó, apoyando su mejilla en mi pecho.

—¿Verdad? Nunca supe que los orgasmos te daban tanto sueño.

Fui a nuestra habitación, donde la dejé suavemente en la cama y la arropé.

—Toma una siesta y yo tomaré una ducha.

Ya se estaba acurrucando cuando murmuró:

—Siento que debería… corresponderte. Quizás tú… puedas… enseñarme.

Mi polla respondió al instante, hinchándose dolorosamente, pero en la siguiente respiración, su suave ronquido llenó el espacio y sacudí mi cabeza ante lo absurdo de la situación. Era demasiado viejo para esto, por el amor de Dios, pero temía que ya estaba demasiado ido para apartarme de esa mujer. O entretener a otra.

A diferencia de mis padres en su matrimonio, yo quería darle una oportunidad real a la fidelidad.

Me duché rápido y me puse unos *jeans* y una camiseta negra, luego salí del baño con cuidado, asegurándome de no despertarla.

Justo al salir del dormitorio, mi teléfono vibró y lo agarré, notando que era una videollamada.

—¿Todo bien? —dije a modo de saludo.

—Iba a preguntarte lo mismo, hermano —respondió Tyran—. *Llevas días fuera del radar.*

—Déjalo en paz —intervino su gemelo—. *Acaba de casarse*.

Puse los ojos en blanco.

—Ustedes dos son como viejas entrometidas.

—Tienes razón —confirmó Kyran, sonriendo como un idiota—. *¿Qué tal va la vida de casado?*

Me burlé.

—¿Quién pregunta realmente?

Fruncieron el ceño.

—Nosotros, por supuesto.

—Pero también tío —añadió Tyran—. *De hecho, me ha estado llamando cada treinta minutos para preguntar.*

—Estoy casado, ¿no? —gruñí—. ¿Qué más quiere saber?

Kyran resopló.

—Quiere todos los detalles sórdidos. Incluso llegó a preguntar si habías embarazado a la chica.

—*Nunca lo había visto así* —agregó Tyran, negando con la cabeza con seriedad—. *Una vez que descubrió quién es su padre, parece que está obsesionado con la chica.*

—*Yo mismo sigo sin creerlo* —dijo Kyran—. *Alguien de la* puta *realeza de la Mafia Escocesa justo en nuestra ciudad. En nuestro puto club. La hija de Duncan Lyons.*

La verdad, yo mismo apenas podía creerlo. Los Lyons eran gánsteres de Glasgow que, en las últimas décadas, habían expandido sus operaciones a Medio Oriente y Norteamérica, lo que había frenado algunos de nuestros tratos. Su organización manejaba desde cargamentos de armas y extorsiones de protección hasta planes de lavado inmobiliario de alto nivel. Ahora, con su hija casada en nuestro círculo, mi tío quería un asiento en su mesa, una parte de las rutas marítimas y la garantía de que sus puertos seguirían abiertos para nuestros cargamentos.

Personalmente, no pensé que fuera a ser tan sencillo. Duncan Lyons no era de los que compartían cosas, y todo el asunto con su hija y su esposa podría salir muy mal. Pero tío Jack era demasiado ciego y codicioso para verlo.

Por supuesto, la revelación de la conexión de Raven con Duncan fue el punto de inflexión en la decisión de vincularla a la Familia Callahan. Si no hubiera mentido en su solicitud en *Velvet Desire* y no hubiera estado en nuestro territorio, este tipo de descuido nunca habría sido un problema y probablemente no habríamos estado en una situación en la que fueran necesarias medidas tan drásticas. Tal y como estaba, nuestro mundo funcionaba con linajes y alianzas, y Tío estaba ansioso por aprovechar esta nueva oportunidad a su favor.

—*No le gustó que hayas exigido hacer esto a tu manera* —explicó Tyran—. *Cada vez que lo veo, no para de decir que sigue siendo la cabeza de la Familia.*

Resoplé.

—Y soy el esposo de Raven, así que tendrá que respetar mis deseos y mantenerse muy alejado, carajo.

—*Ya sabes cómo es.*

Kyran puso una mueca y añadió.

—Un pesado de mierda. De verdad debería dejar el cargo y dejarte liderar. Su mentalidad es medieval.

Me senté en el sofá, el horizonte de la ciudad extendiéndose por la pared de ventanas.

—Lo hará cuando esté listo, pero eso no significa que nos controle, y desde luego no va a estar presionándome ni usando a Raven para su propio beneficio.

—¿Le has… preguntado al respecto? —Tyran siempre fue el gemelo más razonable, aunque también tenía sus momentos.

Negué con la cabeza.

—Supongo que han sido más relaciones sexuales y menos charla, ¿eh? —comentó Kyran, sonriendo como un auténtico idiota, carajo.

—¿Quién demonios dice relaciones sexuales? —Tyran resopló.

Él lo ignoró, frotándose las manos.

—El hecho de que estén… Digamos que teniendo relaciones sexuales es una buena señal. Me preocupaba que la chica no pudiera manejar los fetiches de Aiden.

—Hermano y cuñada a quienes les gustan las cosas raras en la cama —comentó Tyran, y le hice una seña obscena rápidamente.

—No le des tantas vueltas —gruñí, sabiendo que se morirían de risa si supieran la verdad—. Y por el amor de Dios, no se preocupen por mi vida sexual.

Los ojos de Kyran brillaron con picardía.

—Pero…

—¿Solo llamaron para enfurecerme? —lo interrumpí.

La expresión de Kyran se volvió seria.

—Solo queríamos saber cómo estabas.

—Y para recordarte que estamos aquí para ti —intervino Tyran, sus palabras suavizándome aún más—. *No debe de ser fácil casarse con alguien a quien apenas conoces*.

—La conozco lo suficiente. —Me froté la cara con la mano—. Y me gusta.

—Eso es bueno porque ahora es tuya —señaló Kyran.

—Y nuestro tío insinuó que más vale que ella esté feliz, así que sigue haciendo lo correcto. —El consejo de Tyran era bueno, pero no deseado y más que un poco innecesario.

Antes de que pudieran continuar, solté una carcajada.

—De los tres, soy el único que ha intentado hacer lo correcto. Dios ayude a sus mujeres.

La sonrisa de Tyran se volvió tímida.

—Pero tío no lo sabe.

—Y nos gustaría que siga así —gruñó Kyran—. *No lo necesito metido en mis asuntos*.

Resoplé.

—Igual yo. Así que díganle lo que quiere escuchar y recuérdenle que no tiene acceso a mi edificio. ¿Entendido?

Tyran suspiró y, negando con la cabeza, murmuró.

—Le voy a contar una historia de mierda. Eso debería mantenerlo alejado de ti un poco más.

—Pero no a Madre —intervino Kyran—. *Se volvió loca de remate cuando supo que su primogénito se casó sin avisarle. No te sorprendas si aparece de sorpresa.*

Me encogí de hombros, poniendo los ojos en blanco.

—Menos mal que tampoco tiene acceso al edificio.

—Como si eso la detuviera —gruñó Kyran. El tema de nuestra madre siempre lo ponía de mal humor, y no veía que eso fuera a cambiar pronto.

—Hablamos luego.

—Estamos aquí cuando nos necesites, hermano.

Terminé la llamada y me quedé unos momentos, contemplando sus advertencias implícitas. Aunque mi relación con mi madre era tolerable, mis hermanos no compartían la misma suerte. Especialmente mi hermana. Madre no era la persona más fácil de tratar. Tenía talento para meterse en los asuntos de todos. Las cosas empeoraban cada vez que se encontraba con uno de sus amantes inútiles. Había tenido que ponerla en su lugar más de una vez, y no fue hasta que amenacé con quitarle el dinero que finalmente me tomó en serio.

Por supuesto que no era ingenuo. Sabía que intentaba usar a mis hermanos para meterse en mis asuntos, pero eran más listos que eso. Los gemelos la ignoraban con una indiferencia ensayada,

mientras que mi hermana se negó a interactuar con ella por completo.

Si Madre estaba molesta por mi matrimonio, solo podía imaginar el caos que seguiría cuando mi hermana encontrara a alguien con quien establecerse. Conociendo a Madre, intentaría tomar el control de todo, y Margaret nunca se lo permitiría.

Finalmente me rendí y me dirigí al dormitorio. No obstante, apenas había cruzado la mitad del *penthouse*, un ruido en la cocina me detuvo.

Y ahí fue donde la encontré.

Me apoyé en el marco en forma de arco de la puerta y arqueé una ceja, observándola moverse por la cocina.

—¿Tienes hambre? —pregunté—. ¿O tienes la intención de quemar nuestra cocina con tecnología de punta?

—No opinaré sobre tu último comentario porque estoy de buen humor. —Se giró de golpe y sonrió—. Pero tendrás hambre cuando nos prepare el desayuno.

Disimulé una mueca.

No había descubierto todo acerca de Raven, pero sabía que no sabía cocinar una mierda. Lo intentó el día anterior y fue un desastre. Tenía la sensación de que no fue algo aislado. Aunque no importaba, yo tendría *DoorDash* en marcación rápida como comida de respaldo.

Suspiró feliz, buscando en los cajones.

—¿Se te antojan unos huevos?

Abrí la boca para mentir, pero en ese momento mi maldito estómago decidió rugir.

—Muero de hambre —repliqué, sonriendo tímidamente mientras rezaba para no enfermarme por intoxicación alimentaria. Tendría que asegurarme de ajustar su receta improvisada cuando no estuviera mirando.

Carraspeó.

—Genial, siéntate y prepararé huevos revueltos con verduras salteadas al horno. Internet dice que es imposible equivocarse. La receta es sencilla.

Se giró antes de que pudiera decir otra palabra, y la vi moverse por la cocina. Debería haberme concentrado en lo que hacía, pero sus largas piernas, que imaginaba rodeando mi cabeza mientras le hacía sexo oral, me distraían demasiado.

Se inclinó por la cintura para sacar un sartén del horno y mi polla se endureció.

Su trasero era pura perfección. Verla inclinada así me dio ganas de follarla tan fuerte que, por un segundo, me sentí como un animal rabioso, incapaz de controlar mis impulsos. No ayudaba que ahora supiera a qué sabía, qué sonidos hacía…

Mis dedos se contrajeron en puños antes de forzarlos a soltarse. Pero entonces movió las caderas, dio un paso atrás de la estufa y se enderezó con una expresión radiante que me golpeó justo en el pecho.

Apreté los dientes, preguntándome cuánto duraría así.

—Vamos a comer —dijo triunfante, completamente ajena a lo que me estaba haciendo, mientras colocaba delante de mí el plato con una mezcla de huevos líquidos y verduras quemadas.

Quizá sería mejor que comiera lo que fuera esto y me enfermara. Entonces mi atención estaría en otro tipo de dolor: el tipo que no amenazaría con devorar a mi joven esposa y quitarle la virginidad de las formas más jodidas imaginables.

TRECE

RAVEN



El aire en *New York* era pesado, demasiado pesado para estar a esta altura. El verano tenía a la ciudad bajo una ola de calor, y sinceramente, mi ansiedad no tardó en llegar.

Había dejado la puerta del balcón abierta, esperando que hubiera brisa, pero lo único que recibí fue el sonido de sirenas y el leve olor a comida callejera que subía desde abajo. El *penthouse* parecía dorado a la luz del atardecer, demasiado perfecto, demasiado quieto, y no pude evitar pasear de un lado a otro, teléfono en mano, esperando a que la llamada se conectara.

Entonces la pantalla parpadeó y cobró vida, con la foto grupal que mis mejores amigas y yo nos habíamos tomado antes de que todas nos fuéramos a casa para el verano. Y así, de pronto, no estaba sola.

Presioné el botón de contestar y el rostro de Athena apareció primero, brillando bajo la suave luz de una mañana dondequiera que estuviera en el mundo. Detrás de ella, podía ver azoteas color pastel y ropa lavada meciéndose como banderas de libertad. La ventana de Reina y Phoenix apareció después, seguida por Isla.

—*¡Raven!* —Reina sonrió radiante, señando al mismo tiempo para su hermana Phoenix. Ella era sorda y todas habíamos aprendido ASL cuando nos conocimos—. *¡Parece que te estás derritiendo!*

—Es porque me estoy derritiendo —gemí, limpiándome la frente con el dorso de la mano—. Estamos a noventa y cinco grados, e incluso aquí arriba la ciudad huele a sudor.

Isla se rio, ajustando su cámara.

—*Esa es una forma de promover* New York City.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar sonreír. Solo escuchar sus voces se sentía como una sombra en el calor.

—*¿Dónde estás?* —preguntó Athena—. *No parece tu fondo habitual cuando hacemos FaceTime.*

Puse una mueca.

—¿Cuál es mi fondo habitual? No es que hagamos mucho FaceTime. Esta es solo la segunda vez desde que nos graduamos.

—*Así que.* —Empezó Isla, con sus ojos brillando de emoción—. *¿Todas estamos listas para París? ¡Solo queda un mes!*

Un "sí" resonó mientras yo mantenía una sonrisa firme pero falsa en mi expresión.

—*Será maravilloso* —dijo Reina, saltando un poco. Mis ojos se fijaron en Phoenix, que parecía un poco pálida, su emoción igualando la mía.

—¿Estás bien, Phoenix? —Señé, fijándome en ella. Era mayor que Reina, pero las dos eran inseparables. Si algo andaba mal, su hermana lo sabría. Ese es el tipo de conexión que tenían los hermanos, una que Athena y yo solo podíamos imaginar.

Una sombra cruzó su rostro, pero ella la controló inmediatamente y señó.

—*Sí, todo está perfecto*.

Reina soltó un suspiro teatral.

—*Phoenix ha sido increíblemente terca y se niega a admitir que algo le preocupa.*

Fruncí el ceño. *Interesante.*

—*Sabes que puedes contarnos cualquier cosa, Phoenix* —intervino Isla.

—*Somos un grupo que no juzga* —añadió Athena.

Asentí.

—Exacto, somos las cinco mosqueteras.

—*Todas para una y una para todas* —confirmó Reina.

Phoenix agitó la mano, sonriendo, pero la sonrisa no llegó a sus ojos mientras señaba.

—Lo agradezco, pero todo está bien. Ahora, hablemos de París.

Isla asintió.

—Muy bien. Pero si cambias de opinión, sabes que siempre estamos aquí.

—Siempre —repetí mientras paseaba por la isla de la cocina, los azulejos de mármol italiano cálidos bajo mis pies descalzos.

La culpa me carcomía. Era difícil no sentirme hipócrita cuando también guardaba secretos. Pero ¿cómo podría explicar lo que había pasado sin mencionar el asesinato del alcalde a manos de un mafioso irlandés? Esa no era exactamente una historia que contaras por teléfono.

Antes de que pudiera siquiera formar una frase para admitir los cambios recientes en mi vida, Athena preguntó.

—Isla, ese apartamento que mencionaste. ¿Cabremos todas en él?

—Sí —respondió Isla—. *Tiene un dormitorio para cada una, excepto…*

—Oh, aquí vamos —murmuró Reina.

—No es para tanto —protestó Isla—. *Solo que tenemos que compartir un baño*. —Una ráfaga de jadeos recorrió la pantalla, haciendo que Isla pusiera los ojos en blanco—. *No es* para tanto.

—¿Cinco chicas y un baño no es para tanto? Nos vamos a matar entre nosotras. —Athena jadeó.

—¡Exacto! —Reina compartió el sentimiento—. *¿Podríamos quizá remodelar?*

—Deberíamos estar agradecidas —protesté débilmente, sabiendo que hacía apenas unas semanas no me habría importado si no hubiera baño en ese apartamento. Me las arreglaría con gusto.

La pantalla se quedó congelada, o quizá solo eran mis amigas, con sus miradas fijas en mí. Pasó un latido, luego otro, antes de que Athena finalmente dijera:

—¿Qué te pasa últimamente, Raven?

Lo había visto venir. Por eso mantuve mi presencia en el chat grupal al mínimo. Athena me conocía desde hacía más tiempo y

podía leerme demasiado bien; mi inquietud era tan evidente para ella como la suya siempre lo era para mí.

—*Sabes que puedes contarnos lo que sea* —dijo Isla.

—*Pase lo que pase, siempre estaremos de tu lado* —reiteró Reina.

—*¿Estás bien? Eso es lo único que nos importa.* —Señó Phoenix despacio mientras yo pensaba cuánto decirles exactamente.

—*Por favor, no nos digas que no vendrás a París.* —La voz de Athena estaba cargada de preocupación—. *Toleraremos todo menos eso.*

Mis hombros se hundieron. La verdad era que no veía ninguna forma de llegar a París ahora que estaba casada con Aiden. Estaba claro que tenía ciertas ideas sobre este matrimonio, y eso no incluía pasar meses separados.

—Todo está bien —aseguré finalmente, decidiendo que lo mejor era guardar los detalles para mí. Lo último que quería era meterlas en este lío y, sin querer, exponerlas al peligro—. Mi madre quiere mudarse otra vez antes de que me vaya a París.

Un destello de comprensión brilló en sus ojos. Sabían cuánto detestaba mudarme y anhelaba un sitio al que llamar hogar. El internado era ese lugar para mí: un ancla única e inamovible que ya no existía desde que me gradué.

—*¿No puede pensar todavía que tu padre la está buscando?* —murmuró Athena.

Me encogí de hombros.

—*¿Alguna vez compartió su nombre?* —preguntó Reina—. *Por como se comporta, parecería que él es el diablo.*

—*Somos un grupo muy especial, eso es seguro.* —Señó Phoenix, señalando lo obvio.

—Especial es una palabra para describirlo —pronuncié y señé a la vez mientras sonreía—. Me alegro de que encajemos, aunque sea raro.

Caras sonrientes llenaban la pantalla y no podía evitar sentirme increíblemente afortunada de tener amigas como ellas. Por un momento, la distancia y las zonas horarias no importaron. Éramos solo las cinco otra vez, soñando como siempre.

Miré más allá de la pantalla, hacia el horizonte. Los altos edificios de cristal brillaban al atardecer, y me imaginé cambiando esa vista por la Torre Eiffel y las calles estrechas, los *croissants* matutinos y todas nosotras chocando en una cocina parisina diminuta.

Me sentí dividida. Mis sentimientos por Aiden crecían, pero no podían calmar el anhelo y los sueños de estudiar en París. Quería abrazar plenamente los años universitarios con mis amigas. Habíamos estado hablando de ello tanto tiempo y, de una forma tonta, quizás inmadura, resentía la idea de dejarlo todo.

La pantalla parpadeó un momento, congelando las sonrisas de mis amigas mientras una tormenta rugía dentro de mí. Cuando la señal regresó, solo quedó Athena.

—Supongo que las perdimos a todas, ¿eh? —dije suavemente.

—Mejor así —replicó—. *Porque quiero hablar contigo… a solas*.

Me estremecí por dentro.

—¿Qué pasa? —pregunté, forzando una expresión neutral. Athena podía ser una fuerza a tener en cuenta cuando quería.

—Tú dime —indicó con naturalidad, con una expresión de aspirante a madre—. *Y no me vengas con tonterías. Quiero la verdad.*

Me preocupaba que toda la verdad pudiera meterla en el mismo tipo de problemas que a mí.

—Sinceramente, ni siquiera sé por dónde empezar —admití.

Sonrió.

—Eso es fácil. Por el principio.

Suspiré, un torbellino de emociones retorciéndose dentro de mí. Todo esto sería mucho más fácil si no me gustara Aiden.

—No puedo decir algunas palabras. —Empecé despacio, lanzándole una mirada significativa—. Así que vas a tener que leer entre líneas.

Arqueó una ceja.

—Bien, te escucho.

—Vi algo que no debía, y eso me metió en un aprieto.

—¿Qué tipo de aprieto?

—Bueno, yo habría dicho que no uno bueno, pero este chico me gusta mucho.

Athena frunció el ceño.

—*No te entiendo.*

Apoyé la palma de mi mano en mi frente.

—Este tipo estaba haciendo algo… malo, y lo vi. —Sus ojos se abrieron de par en par, y pude notar que su imaginación ya estaba desbocada—. En fin, me encontró, y hemos estado… —Dudé, la palabra "casados" se me quedó atascada en la garganta—. Saliendo.

—*Madre santa* —susurró, con sus ojos a punto de salirse de su cráneo—. *¿Estás teniendo sexo con él?*

Puse una mueca.

—¿Eso es lo *único* que has sacado de todo lo que acabo de contarte?

—*Perdona.* —Sonrió tímidamente y luego preguntó con un brillo travieso en sus ojos—. *¿Es el buen tipo de chico malo?*

A pesar de la seriedad de todo, no pude evitar reírme.

—Tan moralmente gris —manifesté soñadoramente. Definitivamente algo estaba mal con ambas.

Una nota alta y teatral atravesó la sala detrás de Athena y ella gimió, poniendo los ojos en blanco.

—*Es mi madre. Me está volviendo completamente loca*.

—Al menos está cantando, no bebiendo —murmuré—. Está bien, ve a encargarte de tu madre y su espectáculo de ópera. Hablamos luego.

Nos despedimos rápidamente y la línea se cortó, dejando un leve eco del canto de su madre de fondo.

La inquietud y la ansiedad se aferraban a mí como una segunda piel, negándose a soltarme. Me obligué a detenerme, mirando el horizonte como si la luz menguante y el zumbido lejano de la ciudad pudieran de algún modo calmar la tormenta dentro de mí.

No sabía cuánto tiempo había estado allí cuando el suave clic de la puerta detrás de mí hizo que me sobresaltara. Me giré de golpe y encontré a Aiden apoyado casualmente en el marco de la puerta con una expresión indescifrable en el rostro.

—Buenas noches, esposa —saludó simplemente. El hombre era cautivador, un enigma, pero también la fuente de mi indecisión. Algo

que había querido toda mi vida de repente dejó de importar y me preocupaba que él fuera el culpable.

Se despegó del marco de la puerta y acortó la distancia entre nosotros, extendiéndome un pequeño sobre, y todos mis pensamientos se evaporaron.

—¿Qué es esto? —pregunté emocionada.

—Ábrelo —animó con voz calmada.

Abrí el sobre y leí una nota manuscrita dentro.

Cena y película. Solo nosotros. Marca sí o no.

Mi boca se curvó en una sonrisa mientras alzaba la mirada hacia la suya y contesté:

—Sí. Sí, claro que sí. ¿Cuándo?

Sonrió.

—No hay mejor momento que esta noche. ¿Qué dices?

Tardé exactamente veinte minutos en ponerme un vestido negro Dior hasta la rodilla, un cinturón y zapatos blancos. Me encontré con Aiden en el vestíbulo. Se había cambiado a un traje informal, sin corbata, parecía un hombre que cautivaría la mirada de las mujeres.

Un sentimiento irracional, celos, se deslizó por mí, pero lo reprimí con firmeza. Todos estos sentimientos contradictorios serían mi perdición. No podía desearlo a él un minuto y a París al siguiente. Era el comportamiento de una adolescente inmadura.

—Vestido negro, ¿eh? —bromeó mientras entrábamos al ascensor —. ¿Preparándote para un funeral?

Sonreí.

—Para nada. Esto es un clásico. Además… —Pasé mis manos por el cinto—. El blanco está presente, así que estás a salvo.

—Estás preciosa. —Su voz bajó, despertando algo dentro de mí que me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

—Gracias —susurré, con la voz apenas audible—. Tú también… te ves ardiente.

Una risa retumbó en su pecho.

—Ardiente, *¿eh*?

—*Muy* ardiente —confirmé, viendo cómo la comisura de su boca se movía con diversión.

Bajamos al garaje, donde me abrió la puerta de su Benz. Condujo en silencio, aunque era uno de esos cómodos.

Cuando llegamos al restaurante, me quedé mirando en *shock*.

—¿Comeremos aquí?

El restaurante "*Velour & Vine*" era de prestigio y evocaba lujo y sofisticación. Solo había echado un vistazo al interior, pero todo el mundo en la ciudad sabía que para entrar se requería reservar con un año de anticipación.

—Sí.

—Aiden, no creo que podamos entrar así como así.

—Claro que sí. —Saltó fuera del coche y mi puerta se abrió cuando escuché la voz de Aiden decir—: Yo ayudaré a mi esposa.

—Por supuesto, señor. —La puerta se abrió más y Aiden extendió la mano. Deslicé mi mano en la suya y me levanté—. Su mesa habitual está lista, señor Callahan.

—Gracias.

El cálido resplandor ámbar de las luces tipo linterna se derramaba sobre el camino adoquinado exterior.

—¿Vienes aquí a menudo? —le pregunté a mi esposo con curiosidad.

—Se podría decir que sí —respondió—. Es mío.

Me quedé boquiabierta, y no hubo tiempo de preguntarle más antes de entrar. El aroma del ajo asado, cebollas caramelizadas y hierbas frescas nos envolvía. El interior era una mezcla de madera oscura pulida, ladrillo expuesto y sillas de terciopelo suave que invitaban a quedarse un rato. Las velas parpadeaban en cada mesa, sus reflejos ondulando sobre la cristalería y la superficie lisa de la barra de madera. De fondo sonaba *jazz* suave, lo suficientemente alto para llenar el espacio, pero sin opacar la conversación.

Aiden sujetó la silla como un caballero, y me sorprendí admirando la confianza tranquila que tenía. Escaneó la sala, casi como si quisiera asegurarse de que no habría peligro que pudiera llegar, antes de dejar que su mirada se posara en mí.

—Espero que te guste —expresó, con una voz más suave de lo que jamás había oído.

—Es hermoso —admití—. Siempre había querido ver el interior de este lugar.

Un caballero se acercó a nosotros.

—Aiden, necesito hablar de negocios…

—No esta noche, alguacil. Estoy en una cita con mi esposa.

El hombre me lanzó una mirada sorprendida antes de desaparecer.

Sonreí tímidamente a Aiden.

—No tenías que ignorarlo. Sé que tu trabajo te mantiene ocupado.

—Así es. —Una media sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios mientras se sentaba frente a mí—. Pero esta noche es solo para nosotros.

Nuestra mesa estaba lo suficientemente apartada para sentirse privada, pero seguía formando parte del suave murmullo del restaurante. Servilletas de lino, cubiertos pulidos y pequeñas velas parpadeantes creaban el ambiente. El olor a pan recién horneado de la cocina se mezclaba con el leve toque a especias del romero de una exposición de hierbas cercana.

—Me gusta eso.

Un camarero llenó nuestras copas y, cuando desapareció, Aiden dijo.

—Sé que es una tontería, pero no es alcohol. Sidra con gas para ambos.

—Oh. —Mis ojos se movieron a las copas y luego volví a él—. ¿Por qué?

—Bueno, tienes menos de veintiún años y… —Se quedó callado, encogiéndose de hombros, y me di cuenta de que le preocupaba que yo fuera reacia al alcohol por culpa de mi madre. Mierda, era demasiado considerado y yo caía en la trampa sin esfuerzo. De hecho, ni siquiera pensaba que estaba luchando contra ello.

—No tienes que recurrir a bebidas sin alcohol por mí —manifesté simplemente.

Se encogió de hombros.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Al menos hasta que tengas la edad legal para beber.

Me burlé.

—He bebido alcohol antes.

No comentó nada, sino que se recostó un poco en su asiento antes de decir.

—Entonces, ¿cuál es la cosa más ridícula que has hecho?

Me reí, sorprendida por lo casual de la pregunta.

—¿Ridícula? *Hmm…* No sé por dónde empezar.

Se rio.

—¿Así de tantas cosas ridículas?

Asentí.

—Olvidas que viví en un internado una buena parte de mi vida. Ahí es donde prospera lo ridículo.

—Percibo que hay muchas historias allí. Cuéntame una, entonces.

Pensé un momento y luego recordé.

—Probablemente intentar montar a caballo sin saber ni siquiera cómo dirigirlo. Acabé en un arbusto. Fue la primera y última vez que intenté hacerlo.

Otra risa, baja y cálida, sonó entre nosotros, enviándome un escalofrío por la espalda.

—Habría pagado para ver eso.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté, inclinándome un poco hacia adelante—. ¿Alguna vez has hecho algo de lo que tu orgullo se arrepiente?

Se detuvo, la luz ámbar de las velas reflejando los ángulos de su rostro.

—Cuando tenía dieciséis años, intenté impresionar a una chica cocinando la cena… y casi quemé la cocina de mi madre.

Me reí tanto que casi escupí mi agua.

—¿Tú? ¿Quemar una cocina?

—Sí —confirmó, fingiendo fulminarme con la mirada—. Y fue humillante.

—Así que tenemos algo en común —apunté, sonriendo—. Ambos hemos causado estragos en una cocina en algún momento, aunque

parece que tú has aprendido a cocinar mientras yo todavía… no.

Su mirada se suavizó.

—Puedo enseñarte.

Mi corazón dio un vuelco de una forma que no esperaba, sin embargo, antes de que pudiera comprometerme con sus clases de cocina, el camarero llegó con nuestros platillos: salmón sellado para él, *risotto* de verduras asadas para mí. El vapor salía de los platos, trayendo el aroma a tomillo y ajo, haciéndome agua la boca. Me ofreció un bocado de su salmón y, cuando nuestros dedos rozaron el plato, una chispa de calor recorrió mi brazo. No se apartó, solo dejó que nuestras manos se quedaran un poco más de lo necesario, y mi estómago dio un pequeño vuelco.

Mientras comíamos, nuestra conversación fluyó con sorprendente facilidad. Se rio, con los ojos arrugados, y me di cuenta de que no había notado esa suavidad antes. Me encontré inclinándome más cerca sin querer, atraída por ello.

Cuando llegó el postre, una tarta de chocolate que compartimos con un chorrito de salsa de frambuesa, me dio un bocado con delicadeza. Su pulgar volvió a rozar mi mano, y no pude evitar el pequeño escalofrío que recorrió mi cuerpo.

—Tienes una risa encantadora —susurró, y parpadeé sorprendida.

—Tú… ¿De verdad?

—Sí —replicó, con los ojos fijos en los míos, y sentí una calidez asentarse en lo más profundo de mi pecho con sentimientos tiernos y desconocidos.

Era silencioso, íntimo, el tipo de momento que hacía que el mundo se encogiera hasta que solo quedábamos nosotros dos, el parpadeo de la luz de las velas, el suave *jazz*, el roce sutil de nuestras manos, el subir y bajar de nuestra risa.

Extendió su mano sobre la mesa, posándola suavemente sobre la mía, y nunca se me ocurrió apartarme, y no quería que él lo hiciera. En cambio, me acerqué un poco más a Aiden, como si fuera mi imán.

Era evidente que poco a poco me estaba enamorando de él, pero no me importaba. Se sentía bien.



El suave zumbido del motor llenaba el espacio entre nosotros mientras nos dirigíamos al cine, y de alguna manera se sentía… reconfortante.

El coche olía levemente a cuero y a la sutil colonia que Aiden siempre usaba. Todavía podía sentir el calor de la cena en mi pecho con un suave y persistente aleteo que no podía ignorar.

Cuando llegamos al cine, las luces de neón de afuera proyectaban un suave resplandor sobre su rostro. Compró las entradas mientras el olor a palomitas me golpeó y las miré como una niña. Se rio y luego compró las de tamaño más grande junto con bebidas y comida chatarra que ambos sabíamos que no podríamos comer.

El gesto era tan ordinario, no obstante, extrañamente perfecto en él.

El cine estaba casi vacío. Encontramos asientos al fondo, la oscuridad envolviéndonos como una burbuja privada.

Esperó a que me acomodara, luego colocó suavemente su mano sobre la mía, mis dedos se entrelazaron instintivamente con los suyos mientras un pequeño escalofrío recorría mi brazo.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, aunque temía que mi corazón se rompiera si apartaba su mano.

—Quiero tomarte de la mano —murmuró, haciendo que mi corazón latiera más rápido—. ¿Está bien?

Pasó un latido.

—Sí.

«Estaba más que bien», pensé, sonriendo y apoyándome aún más en su calor. Las luces se atenuaron y empezó la película, pero apenas me fijé en la pantalla. Era demasiado consciente de él, su mano sobre la mía, la forma en que su hombro rozaba el mío al moverse, el sutil aroma de su colonia mezclado con el leve aroma persistente de la cena.

De vez en cuando, me apretaba los dedos suavemente, como si quisiera comprobar que estaba bien. O tal vez que aún estaba con

él. Y lo estaba. Cada fibra de mí estaba aquí.

En un momento, durante una escena especialmente tierna, murmuré.

—Creo que esta es la parte en la que se supone que debemos besarnos.

Casi a tiempo, la pareja de la primera fila empezó a besarse y los dos nos reímos suavemente.

Su mano se deslizó alrededor de mí y sentí su aliento cálido rozar mi lóbulo mientras susurraba.

—El tipo de besos que yo te daría… haría que nos echaran del cine.

Sentí cómo me subía el calor a las mejillas, pero no comenté nada. En cambio, me apoyé aún más en él.

Cuando terminaron los créditos, mi cabeza descansaba contra su hombro. Su calor constante, la tranquila firmeza de él, me envolvía como un escudo. Me sentía segura, más de lo que nunca me había sentido, y me sorprendió teniendo en cuenta que ambos habíamos sido forzados a este matrimonio.

De camino a casa, las luces de la ciudad se difuminaban más allá de la ventana, pero lo único en lo que podía concentrarme era en la conexión que había ido construyendo toda la tarde.

—Yo tuve… una noche realmente agradable —susurré, mi voz casi ahogada por el zumbido del motor.

—Yo también —dijo, y había una ternura en su tono que hizo que mi corazón latiera con fuerza—. Quiero más noches como esta. Solo nosotros. Solo… —Se quedó callado, luego sonrió levemente—. Solo nosotros conociéndonos.

Tragué saliva con fuerza, las palabras calando en mí, y me di cuenta, con una certeza lenta y cálida, de que yo también quería eso.

Me giré para mirarlo y, bajo el suave resplandor de las luces del tablero, captó mi mirada.

—Me gustas —confesé en un susurro y, aunque las palabras salían de mi boca, sentí cómo se asentaban en algo sólido e innegable.

—Tú también me gustas —admitió en voz baja, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

Luego se inclinó, apartando mi cabello de mi rostro con una ternura cuidadosa, y sentí que el pecho se me apretaba de felicidad.

Esa noche, no dejé atrás la cena y una película. Dejé un poco de mi cautela en la puerta, junto con mi incredulidad, y entré en algo real, un amor silencioso y creciente que no esperaba, pero sabía que deseaba más que nada.

CATORCE

RAVEN



Habían pasado dos semanas enteras desde que me encontré con los Callahan torturando al alcalde y me vi obligada a casarme con Aiden, y mi madre seguía sin darse cuenta.

Ayer acordamos visitarla con toda la intención de contarle lo que había pasado y que ya era una mujer casada.

Sin embargo, las cosas no habían salido según lo planeado. La encontramos borracha en el sofá de su sala, incluso más de lo habitual, y cuando intentamos ayudarla a sentarse y beber agua, empezó a murmurar incoherencias. Y luego vomitó encima de sí misma.

—Vamos, mamá —suspiré, con mi pecho retorciéndose y la vergüenza creciendo—. Vamos a limpiarte.

Iba a tomar su brazo con cuidado, pero Aiden fue más rápido, la agarró y la llevó al baño.

—¿Ducha o bañera? —preguntó.

Miré la ducha, sabiendo que sería una opción más sensata. Pero no había forma de que pudiera sostenerla y bañarla yo sola. Y no había manera de que le pidiera ayuda a Aiden, demonios. No debería ser sometido a algo así.

—Bañera, por favor.

La bajó con sorprendente suavidad, luego asintió una vez y salió del baño.

Cuando llegó al umbral, miró por encima del hombro y dijo:

—Solo grita si necesitas ayuda.

—Mamá, de verdad desearía que pararas con esto. —Carraspeé cuando solo estábamos las dos, quitándole la camisa manchada de vómito y luego los pantalones—. Te estás matando.

—Ya estoy muerta —murmuró, inclinando el cuerpo hacia adelante—. El amor mata, cariño.

Tragué saliva y me puse a limpiarla. No tenía sentido discutir con ella ni intentar hacerle ver que solo se estaba haciendo daño a sí misma. No era la primera vez que me encontraba en esta situación, y no sería la última.

Después del baño, la sequé y luego la vestí con pijamas limpias, aunque solo eran las dos de la tarde. Teniendo en cuenta cuánto había bebido, probablemente dormiría toda la noche y hasta mañana.

La sostuve erguida al salir del baño, deteniéndome de golpe al ver lo que teníamos enfrente. Mis ojos recorrieron cada superficie de la habitación reluciente y, a través de la puerta abierta, pude ver que la sala estaba igual de impecable. No había rastro de vómito, el desinfectante limpio dominaba el hedor a alcohol.

Parpadeé, con mis ojos ardiendo por las emociones.

Aiden estaba sentado en el sofá, tecleando en su teléfono, probablemente ocupándose de algún asunto de mafiosos que no discutiría conmigo, cuando levantó la cabeza y me encontró de pie en medio del dormitorio de mamá. Nuestras miradas se cruzaron mientras yo parpadeaba profusamente, intentando evitar que las lágrimas aparecieran.

Me dedicó una sonrisa cálida, me guiñó un ojo y volvió al trabajo.

Después de darle de comer caldo y pan tostado seco, la fui acostando con cuidado. No pasaron ni dos minutos después de que su cabeza tocara la almohada cuando ya roncaba.

De camino a casa, ninguno de los dos habló.

Ahora, mientras esperaba a que él despertara, miraba su rostro pacífico, acariciándole el cabello y preguntándome cómo había tenido tanta suerte en medio del caos de los acontecimientos recientes.

Culpé a Athena de mi nueva obsesión. Desde que empezó a recomendarme novelas de romance (bueno, eróticas), desarrollé una fascinación por los gestos románticos. Y las acciones de Aiden ayer fueron de las más amables que alguien me había hecho en mi vida.

También puede ser que este hombre no haya hecho más que ser amable desde que me arrastró a su elegante *penthouse*. Y su boca experta y sus caricias que hacían que mi piel ardiera de la mejor manera posible, desde luego, no estaba de más.

Aunque seguía siendo virgen, no dudaba de que él se encargaría de que eso dejara de ser así. Esperaba que pronto.

El brazo de mi esposo rodeaba mi cintura, mi cara estaba enterrada en su pecho, e inhalé su aroma único. Era fuerte, profundo y cálido, con un toque de cuero. En el plazo de dos semanas, se convirtió en mi fragancia favorita.

Pasé mis dedos por su pecho duro como una roca y me detuve mientras los diamantes del anillo de bodas brillaban bajo el sol de la mañana. Por centésima vez, luché por aceptar que estaba casada.

No sabía cómo seguir adelante.

Si bien me había dado su tarjeta de crédito, no sabía qué hacer con ella. Mis planes se habían descarrilado, y una parte de mí resentía al destino. Mis amigas estaban al otro lado del mundo, ya más cerca de Francia, y yo estaba aquí. Mi corazón de diecinueve años quería ir a París, y…

—*Mmmm.* —La voz somnolienta y ronca de Aiden me hizo levantar la cara y encontrarme con sus ojos azules—. Esta es mi forma favorita de despertarme, esposa. —Sonrió.

Tuve que resistir la tentación de mirar detrás de mí cuando dijo *esposa*. Seguro que no podía ser yo, pero desde luego lo era.

—B-buenos días —tartamudeé, aún sin poder referirme a él como *esposo*—. ¿Dormiste bien?

Se detuvo, buscando en mi rostro.

—¿Tú no?

Negué con la cabeza.

—No. —Frunció el ceño y me corregí rápidamente—. Quiero decir, sí. Dormí bien.

—¿Estás molesta por tu madre? —Me miró fijamente—. Vi que te mandó un mensaje.

De alguna manera, no me sorprendió. Poco parecía pasar desapercibido para él. No podía decirle que ella me había escrito preguntando si podía ir sola a su casa mañana. Su mensaje fue breve, aunque los demás no eran nunca extensos, mas me puso nerviosa. Dijo que necesitaba hablar conmigo con urgencia, y me preocupaba si era sobre mudarme de ciudad o por otra cosa completamente distinta.

No quería que mamá se mudara, y en secreto deseaba que la protección de Aiden pudiera extenderse también a ella. Quizás podría echar raíces, desplegar sus alas y encontrar un sentido de propósito e incluso algunos amigos. Sin embargo, no sabía cómo mencionarlo, ni cuánto decir. Después de todo, no había entendido del todo por qué se había estado mudando tan implacablemente durante los diecinueve años de mi vida.

—No estoy precisamente contenta por lo que pasó —admití—. Es un poco vergonzoso.

—Sácalo de tu cabeza —declaró, con voz firme, mientras me acariciaba la mejilla—. Lo que nuestra familia haga o deje de hacer no es culpa nuestra.

Me mordí el labio inferior, sabiendo que tenía razón, pero también dándome cuenta de que no era tan sencillo. Ahora estábamos casados y, aunque todos decían que eso venía con confianza, no podía ignorar el peso que eso había puesto sobre mí. No podía admitirle que nuestro "matrimonio" se sentía como un muro entre mis sueños y yo. Y, fuera justo o no, le echaba la culpa. No pasaba un día sin que me maldijera por presentarme temprano en mi turno en *Velvet Desire*. Y lo peor era que cada vez que me arrepentía de las decisiones que me habían llevado por ese pasillo oscuro, recordaba que no habría conocido a Aiden si hubiera sido diferente. Nunca habría sentido la intensidad de su mirada ni la ternura de sus caricias.

No podía entenderlo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Podríamos intentar visitarla otra vez? ¿O quizá pueda ir a verla sola, prepararla un poco para la noticia?

Se detuvo, acariciándome la mejilla.

—¿Sola?

—Podrías esperar afuera —solté—. Solo creo que sería mejor si la introdujera poco a poco en esto… nosotros… El matrimonio.

Pasaron dos latidos antes de que respondiera.

—Bien. Si crees que eso ayudará.

—¿De verdad? —Me costó ocultar mi sorpresa.

—Sí, de verdad. —Inclinó la cabeza—. Esto es cosa de dos, y para que funcione, es importante que compartas tus pensamientos y sentimientos. Iba a sugerir que encontráramos un lugar para tu madre más cerca del *penthouse*, pero solo si quieres.

Abrí la boca para decirle que ella no podía costearlo cuando él me ganó.

—Yo me encargaré de todos los gastos.

—¡Dios mío! —Le agarré la mano y la apreté. Si hablaba con ella a solas, podría hacer que viera que Aiden podría ayudarla—. Gracias, gracias, gracias.

Aiden se incorporó, mirándome con tristeza.

—No hace falta que me des las gracias. Eres mi esposa, es mi trabajo asegurarme de que seas feliz.

Sus palabras me apretaron el corazón y no pude evitar la sonrisa que se extendió por mi rostro.

—Vaya, debes de ser popular entre las chicas, *¿eh?*

De hecho, con tanta generosidad, probablemente tenía a las mujeres haciendo fila en la calle. No pude evitar sentir un poco de celos.

—No estoy seguro, aunque ya no es de interés —pronunció despacio—. Ahora eres la única que importa.

¿Cómo iba una chica a resistirse? Aunque él era mucho mayor que yo. Lo que le comenté el otro día fue en serio; la edad era solo un número.

Me incliné hacia adelante y lo besé, sintiendo gratitud y algo más que no me atrevía a nombrar.

—Raven. —Su voz era suave pero cargada de advertencia—. Ahí vas otra vez, jugando con fuego.

Puse los ojos en blanco.

—Pensé que estaba jugando con mi esposo.

Hizo una mueca, negando con la cabeza.

—Eso suena mal en muchos niveles.

—Tienes razón. ¿Estaría mal si dijera que muero por pintarte desnudo?

—Jesucristo —refunfuñó—. Esto es demasiado.

—¿Por qué eres tan tímido? —pregunté—. Puede que sea virgen, pero desde luego no soy inocente. Te lo dije, ya he visto porno antes. Más de una vez. Así que he visto mi cuota de hombres desnudos.

—Podría encontrar a esos hombres y matarlos —gruñó.

Mis labios se entreabrieron en protesta, pero antes de que pudiera decir una palabra, su boca estaba sobre la mía. Nuestros labios se fusionaron y él deslizó su lengua adentro.

Un gemido burbujeó en mi garganta y él lo tragó, sus caderas presionando contra mi centro caliente, cada movimiento de sus caderas contra mi hendidura enviando una descarga de placer a través de mí.

Mis ojos se pusieron en blanco por el placer que me recorrió. Las estrellas explotaron tras mis párpados, y rodeé su cuello con mis manos, agarrando su camisa, acercándolo más. Necesitando más de él.

Me alzó en brazos y mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura. Sus dedos se clavaron en mi trasero mientras me frotaba contra él, el deseo encendiendo mi vientre bajo. Cuando frotaba su longitud contra mí, perdí todo el control. Su cuerpo era como mármol bajo mi toque. Gemí, hundiendo mis garras en él, necesitando mucho más.

Me mordió el labio inferior con fuerza antes de calmar el dolor con una lamida. Grité por más, frotando mi cuerpo descaradamente contra el suyo. Deslizó su mano entre nosotros, jalando mis *shorts* hacia abajo y destrozándolos en pedazos.

Debió leer mi expresión porque se alejó un poco y dijo.

—Te compraré más.

—Oh, bueno, entonces continúa destrozando —murmuré contra sus labios.

Apartó mis bragas antes de deslizar dos dedos dentro de mí. Un ruido obscenamente erótico llenó la habitación, y eso por sí solo casi me hizo perder el control. Ese ruido venía de *mí,* de lo *mojada* que estaba.

Gruñó, murmurando palabras que no podía comprender en mi estado actual de excitación. Solo necesitaba que él llegara hasta el final. Un gemido involuntario escapó de mis labios cuando él hundió sus dedos más en mí. Cada vez que los metía, los enroscaba y alcanzaba mi punto G.

Sacó sus dedos y un gemido necesitado se me escapó. Se quedó quieto, y abrí los párpados para encontrarlo mirándome con un brillo oscuro en sus ojos que hizo que mi alma temblara por sus oscuras promesas.

Su otra mano subió hasta mis pechos, torciendo un pezón bruscamente a través de la fina tela de mi blusa. Volvió a meter los dedos en mi coño, tocándome... provocándome.

—Eres codiciosa, pequeña esposa —pronunció arrastrando las palabras, subiendo los dedos y untando mi deseo por mi labio inferior—. ¿No es así?

—Sí —suspiré—. No. —No podía pensar con claridad—. Nunca he hecho esto antes.

—Bien, porque soy el único que puede probar tu dulzura. —Pasó su boca por mis labios, la línea de mi mandíbula y luego bajó hasta mi cuello—. Soy el único que puede verte así.

Ignorando mi inexperiencia, bajé mi mano hacia su bóxer. Empujé mi palma contra su enorme polla y jadeé de sorpresa.

No había manera de que cupiera. Empecé a negar con la cabeza, a punto de suplicarle que parara.

Debió de ver el pánico en mi cara porque ronroneó.

—Te prometo que no te voy a follar. Todavía no. Pero lo que voy a hacer te hará gritar de placer.

Parecía un buen trato.

Deslizó otro dedo dentro de mí, llenándome hasta el punto de un placer doloroso. Mis músculos internos palpitaban y mi coño dolía, necesitando más. Siguió bombeando, tragándose mis gemidos con besos sucios, hasta que mi orgasmo me atravesó como un rayo. Me corrí por toda su mano, escalofríos recorriendo mi columna, mi cuerpo se convirtió rápidamente en puré.

Aiden me sostuvo firme, tomando mi barbilla entre sus dedos y cruzando nuestras miradas.

—Apenas hemos empezado —gruñó—. ¿Estás lista para la siguiente ronda?

Lo observé con los ojos entrecerrados y murmuré con voz ronca.

—¿Hay más?

Sonrió.

—Mucho más.

Pareció satisfecho con mi asentimiento, sus ojos fijándose en mí.

—Ahora voy a comerte el coño. —Luego sonrió con arrogancia—. Y tú, *mo cuishle,* respirarás y gemirás mi nombre.

Me colocó suavemente sobre el colchón y luego se arrodilló. De un solo movimiento, me bajó las bragas por las piernas y las tiró a un lado. Echó una de mis piernas por encima de su hombro y me metió la lengua.

—Santo Dios. —Respiré, apretando los ojos. Lamió y chupó, rodando la lengua alrededor de mi clítoris como si fuera una paleta —. Ay, Dios mío… ¡*Aiden*!

Su risa ronca vibró hasta mi interior mientras mis caderas se arqueaban hacia su boca por voluntad propia. Luego empezó a follarme con la lengua.

Enredé mis dedos en su cabello y lo agarré como si nuestra cordura dependiera de ello.

Había tenido suerte con este hombre, y lo que significara para mi futuro estar con él, nada me detendría de hacer estas pequeñas cosas sucias con él.

Mi cabeza rodó contra la almohada mientras la boca de Aiden me devoraba, cada ruido de su garganta me acercaba cada vez más a otro orgasmo. Apreté mis muslos alrededor de su cara, frotándome contra él como una descarada. Los sonidos que hacía vibraban a

través de mí, haciéndome pensar que quizá realmente disfrutaba comiéndome el coño.

Yo... *Dios mío*. Sentí la presión aumentar desde la punta de mis pies hasta los cabellos en mi cabeza. Fue como una descarga eléctrica, mandando ondas por todo mi cuerpo y enviándome al paraíso.

Cerró los labios sobre mi clítoris hinchado y sensible y lo succionó con fuerza.

—¡Aiden! —grité, todo mi cuerpo temblando violentamente—. Demonios… ¡Aiden!

Mis pies tocaron el edredón, la frescura contrastando fuertemente con mi piel caliente.

Lo observaba bajo mis pestañas, respirando con dificultad mientras él se arrodillaba sobre mí.

—Tienes unos abdominales muy *sexys* —murmuré, mis ojos recorriendo su abdomen.

Luego se bajó el bóxer y mis ojos se abrieron de par en par, mirando la obra de arte más magnífica.

Se me hizo agua la boca al contemplarlo. Nunca había visto a un hombre desnudo en la vida real, pero estaba segura de que era uno de los hombres más bellos que habían caminado por esta tierra.

Me lamí los labios.

—Quiero lamer cada centímetro de tus músculos duros. —Carraspeé, con mi mirada fija en su longitud.

—Lo harás. —Mierda, eso me excitó—. Pero primero, haremos que esto sea bueno para ti.

—Bueno, pues —suspiré, con la anticipación vibrando bajo mi piel —. Pero lo que dije fue en serio —musité, alzando mi mirada llena de lujuria hacia la suya—. Cada. Centímetro.

Su dedo recorrió mis pechos, torciendo un pezón y luego el otro. Arqueé la espalda bajo su toque, su aroma almizclado y a cuero abrumándome.

—Súbete más a la cama —ordenó con voz baja y ronca que hizo que mi voz se entrecortara.

Me deslicé hacia atrás, observándolo acercarse como un depredador listo para devorar a su presa.

—Abre las piernas.

Abrí las piernas, un leve hilo de excitación bajando por mis muslos internos mientras me apoyaba en la montaña de almohadas.

—¿Y ahora qué? —pregunté perezosamente, con mi voz más ronca de lo que jamás la había oído—. ¿Estás seguro de que tu corazón geriátrico puede soportar otra ronda?

Los labios de Aiden se curvaron divertidos, luego levantó una rodilla y se arrastró hacia mí.

—A ver cuánto puedes aguantar *tú.* —Ronroneó, el deseo en sus ojos oscuros ardiendo antes de enterrar su cara en mi coño.

Me comió como un hombre hambriento que sabía que esta era su última comida. Otra vez. Me pellizcó el pezón, y un escalofrío me recorrió.

Este hombre era un dios; su boca y sus manos, un milagro.

La humedad me cubría los muslos, y cada roce de su lengua en mi clítoris hipersensible provocaba otro escalofrío necesitado. Mi centro se contrajo y jadeé, necesitando más que su boca en mi coño.

Me metió dos dedos dentro. Dentro, fuera, entraba, salía, cada vez más rápido hasta que mi orgasmo estaba a punto de llegar. Se acumuló en la base de mi columna antes de explotar.

Y así, de pronto, estaba absoluta y completamente enamorada de mi esposo mafioso.

QUINCE

AIDEN



Mentiría si dijera que no me sentía engreído viendo a mi esposa volver en sí, con las mejillas sonrojadas y el pecho agitado.

Y cuando murmuró, "Tu boca fue como el paraíso", estaba completamente perdido. Fue refrescante ver una reacción tan sincera. Había tenido muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero siempre sentí que tenían una agenda diferente. Como si supieran lo que podía ofrecer, basándose en mi apellido.

Pero con Raven, era completamente diferente. Era eso, o mi esposa me había hechizado.

—¿Puedo… corresponder? —Las palabras entrecortadas de Raven, combinadas con la forma en que sus largas pestañas aleteaban contra sus mejillas, casi me hicieron venirme en los pantalones.

Jesucristo, ¿las vírgenes solían ser tan audaces?

—Aiden, ¿estás… sonrojándote?

Me pasé la mano por el cabello. Estaba seguro de que no me había sonrojado en treinta y un años. Hasta que esta mujer, con sus charlas sobre porno y reciprocidad, se metió en mi vida. Que Dios o el diablo me ayudaran.

—¿Y qué es exactamente lo que ofreces? —pregunté, apoyándome en las almohadas. La observé mientras miraba al techo, considerando su respuesta.

—¿Pues podría hacerte una mamada, obviamente, o quizá podríamos probar la posición sesenta y nueve? —Jesucristo, carajo. Moriría de un infarto antes de vivir hasta los treinta y cinco—. O podrías frotarte contra mí —continuó con tono serio—. Aunque, para ser sincera, preferiría chuparte la polla porque nunca lo he hecho. Frotarse está sobrevalorado y ya estoy harta de eso.

Solté un suspiro sardónico. Demonios, ya era demasiado viejo para estas cosas.

—Raven, vamos a poner algunas reglas.

Se giró de lado y apoyó su mejilla en el hueco de su codo.

—Claro, siempre que no me prohíbas hacerte una mamada.

—Oh, una mamada definitivamente está en tu futuro. —Sonreí con suficiencia al ver cómo sus mejillas se sonrojaban aún más—. Sin embargo, si mencionas el nombre de otro hombre…

—Chicos —interrumpió—. Solo he estado con chicos.

Suspiré.

—Bien, si mencionas el nombre de otro chico, no tendré más remedio que cazarlo y matarlo.

—Parece un esfuerzo desperdiciado, teniendo en cuenta que ninguno dejó huella. —Se encogió de hombros, ajena al efecto que sus palabras estaban teniendo en mi presión arterial—. Bien, ¿eso significa que puedo…? —Carraspeó, bajando su mirada hacia mi verga visiblemente erecta—. ¿Podemos pasar a las mamadas?

Debía de haber perdido la cabeza porque me oí decir:

—Sí.

Sonrió.

—¿Puedes darme instrucciones? —Debí haber muerto y me fui directo al cielo. No había otra explicación para esto—. Al menos hasta que aprenda a hacerlo como te gusta —añadió tímidamente.

—Señor —gruñí, con mis bolas adoloridas—. Me llamarás *Señor.*

Sus ojos se abrieron de par en par, pero se recompuso bastante rápido.

—*Bieeeen* —agregó—. ¿Puede darme instrucciones, *Señor*?

Inhalé fuerte por la nariz, reprimiendo mi deseo de tomarla aquí y ahora, y metí mi pulgar en su boca.

—Chupa.

Durante unos segundos solo me miró, pero luego con cautela pasó su lengua por mi dedo y lo chupó entre sus labios carnosos. No fingía su inexperiencia, pero maldita sea si su entusiasmo no lo compensaba con creces.

—Mírame mientras me chupas —demandé con calma.

Se movió para montarme, soltando mi dedo con un suave *chasquido*.

—Bien, creo que estoy lista para el auténtico.

Mi polla se estremeció de emoción, dura y reluciente con líquido preseminal.

Su boca se abrió y no pude evitar imaginarla alrededor de mi miembro. La agarré por la nuca, jalándola hacia adelante. Con la otra mano, agarré mi polla y la arrastré lentamente por sus labios, manchando la humedad sobre ellos.

Se humedeció los labios, con la mirada hambrienta, y me sentí cada vez más duro.

—Si es demasiado, tócame el muslo. —Le agarré una mano y la llevé a mi pierna—. ¿De acuerdo? —Me miró y asintió. Fue todo el permiso que necesitaba.

—Abre esa boca descarada —gruñí y ella obedeció.

Empujé todo lo que pude, pero aun así no fue suficiente para meter toda mi longitud adentro. Mantuve mi polla en su lugar, esperando a que ella se ajustara o me tocara el muslo, mas no lo hizo.

En cambio, levantó su mirada hacia mí y chupó, moviendo su cabeza arriba y abajo.

Carajo.

Enrollé sus mechones oscuros alrededor de mi puño, una, dos veces, y luego moví mis caderas, golpeando la parte trasera de su garganta. Se atragantó, cada centímetro de su piel expuesta se puso roja, pero aun así no me apartó.

En el fondo de mi mente, había destellos de advertencia para que me lo tomara con calma.

Me retiré y ella balbuceó, respirando hondo antes de cerrar su boca alrededor de mí de nuevo. Gimió, la vibración me recorrió la

espalda y mi control se desvaneció. Intentando recuperarlo, embestí hasta el fondo, atascándole la garganta.

Mantuve inmóvil la mano en su nuca mientras follaba su boca, dentro y fuera, como un loco. Y aun así no pidió parar. En cambio, su entusiasmo alcanzó nuevas alturas incluso cuando las lágrimas corrían por su rostro. Incluso cuando tenía arcadas.

—Joder, eres perfecta —gruñí—. Justo así, y mantén tus ojos puestos en mí.

Ella aflojó su mandíbula, sin apartar la mirada. Lamió mi polla, tarareando a su alrededor, la fricción de sus labios y el más leve roce de sus dientes me hicieron perder el control.

Me corrí en tiempo récord, derramándome en su boca mientras me miraba, dejándome abusar de su garganta como si le gustara aún más que a mí.

Le sujeté la mandíbula, rozando con reverencia su piel suave con mi pulgar.

Mía.

Esta mujer era toda mía, maldición.

Se atragantó, mi semen goteando por su barbilla. Me observaba fijamente, esperando lo que venía después y, aunque la parte primitiva de mí quería que se tragara cada gota, sabía que algunas mujeres preferían no hacerlo.

—No tienes que tragar.

Ella arqueó una ceja y tragó saliva, luego se humedeció los labios. *Joder.* Ahora sí que tenía muchas ganas de follármela.

—Sabe… raro —murmuró, aún mirándome—. ¿Yo también tengo un sabor raro?

—Sabes mejor que cualquier postre que haya probado.

Sus ojos verdes se iluminaron.

—¿Quizá puedo saborearme a mí misma?

Metí la mano entre sus muslos para encontrarla empapada de excitación, luego pasé el dedo por su coño mojado. Ella gimió y le metí el dedo en la boca, dejando que lo chupara hasta dejarlo limpio.

—¿Ves? Te lo dije —pronuncié con voz gutural—. Más dulce que cualquier postre.

Su mirada se oscureció y frotó sus piernas.

—Estoy empapada por tu polla, Aiden.

Mierda. A este ritmo, la follaría hasta dejarla en carne viva y hasta el olvido antes de que pudiera decir *por favor*.

—No hay prisa. —Ella hizo un puchero, pero yo simplemente sonreí y le aparté un mechón de cabello detrás de la oreja—. Tenemos mucho que hacer antes de que te folle.

La coloqué para que estuviera pegada a mi lado antes de que mi polla decidiera hacer alguna tontería.

Cerró los ojos y murmuró:

—No me hagas esperar demasiado. Me gusta mucho más el sexo que el porno.

—¿Raven?

—¿Mmm?

—No más ver porno. No sin mí.

Un suave ronquido llenó el espacio entre nosotros y solté un resoplido exasperado. Esta mujer sería mi perdición.

DIECISÉIS

RAVEN



Aiden hacía tiempo que se había ido al trabajo, pero mi piel seguía calentándose cuando pensaba en todo lo que habíamos hecho desde el amanecer. No era de extrañar que mi mejor amiga leyera tanto contenido erótico. Si era la mitad de bueno que jugar con Aiden, estaba decidida a pedirle más recomendaciones a Athena.

Mi esposo dejó las llaves de varios de sus vehículos en el garaje, dándome la opción de elegir entre los que tenía, pero mis habilidades para conducir eran peores que mis habilidades para cocinar, así que opté por un Uber.

El conductor me llevó al banco donde saqué una cantidad considerable de dinero; aún estaba por determinar el gasto y, justo antes del mediodía, llegué al edificio de mamá en *Brownsville*, *New York*. Desde afuera parecía triste, pero desde adentro era aún peor. Necesitaba desesperadamente ser demolido. Había una razón por la que éramos los únicos residentes, con las otras tres unidades vacías desde que mamá se mudó hacía casi dos años. A pesar de sus problemas estructurales (y estéticos), había servido de hogar para nosotras, pero no lo sería por mucho más tiempo.

Gracias a Aiden, nos iríamos de aquí para siempre.

Por primera vez en mi vida, entré al edificio más ligera que nunca. Prácticamente subí volando las escaleras y luego abrí la

puerta de golpe, lista para contarle la noticia a mamá. Seguramente, después del *shock* inicial de mi repentino matrimonio, estaría encantada de mudarse a un lugar mejor. Quizás esto significaría que por fin podríamos echar raíces.

Todavía me sentía dividida, de un modo que me dolía el pecho. Cada pensamiento de Aiden despertaba calidez, un tirón que no podía negar, pero a la vez había un anhelo inquieto por París y la vida que había imaginado con mis amigas, compartiendo con ellas la experiencia de los años universitarios. Cuanto más pensaba en dejarlo todo, más se retorcía un extraño pánico dentro de mí. Él me gustaba mucho, de verdad, quizás incluso lo quería, pero también me encantaba la idea de perseguir mis sueños, de vivir una vida de la que no me arrepintiera. Y en esa contradicción, me sentía pequeña, egoísta y completamente humana, atrapada entre dos deseos que ambos exigían mi corazón.

Sin embargo, había un consuelo: saber que mamá estaría segura y cómoda, tal y como Aiden había prometido. Eso por sí solo hizo que renunciar a mis planes para Europa valiera la pena.

Resuelta y decidida, entré en el apartamento y me quedé paralizada al ver la cara de mi madre.

Estaba de pie en medio de la sala, con la piel pálida como la muerte y las manos apretadas en puños a los lados. Me miró con una expresión de puro terror. *¡Ay, carajo!*

—Uh, yo… —Me quedé en silencio, sin saber qué decir.

—Pensé que te había enseñado a mantenerte alejada de los hombres peligrosos.

Bueno, entonces, ella lo sabía.

—P-pasó tan de repente —dije débilmente, sin molestarme en señalar que realmente no me había contado mucho cuando estaba sobria—. Pero Aiden, él… Ese es mi esposo. Quiere ayudar.

—Lo dudo —lanzó con sequedad—. Cierra la puerta y siéntate.

Fue como un *déjà vu* desde la noche en que acabé casándome. Solo esperaba que ese día no terminara con el encubrimiento de un funcionario del gobierno asesinado. Un crimen del que, ahora que lo pienso bien, técnicamente era cómplice.

La puerta se cerró de golpe tras mí. Me arrastré hasta el sofá y me senté, sorprendida por lo raro que era ver a mi madre sobria, estable e inconfundiblemente al mando. Pero fue la energía turbulenta que disparaba rayos de sus ojos lo que me inquietó. Era casi como si estuviera viendo a una persona completamente diferente en su cuerpo.

Cuando no dijo nada y siguió viéndome con esa mirada dura, me retorcí incómoda en mi asiento.

—Realmente no tenía elección.

—Yo también pensé lo mismo una vez. —Me dedicó una sonrisa amarga y empezó a pasear de un lado a otro—. Es como ver el pasado repetirse y, lo peor de todo… Ahora estamos expuestas.

—¿Expuestas? —repetí con voz ronca—. ¿Qué quieres decir?

—Se suponía que debíamos pasar desapercibidas —murmuró, pasándose la mano por el cabello—. Él pensaba que estábamos muertas y ahora…

Caminó por la sala, mirando debajo del sofá y las sillas, alrededor del mueble de la televisión, de las lámparas, por todas partes.

Quizá me equivoqué y ella estaba borracha. O peor aún, había recurrido a las drogas.

—Mamá, ¿qué haces?

No dejó de revisar, y con cada segundo que pasaba, mi pecho se apretaba más. Era como si hubiera perdido la cabeza.

—Por favor, para —pedí—. Me estás asustando.

Finalmente se detuvo delante de mí y me lanzó una mirada fulminante.

—Bien. Debes tener miedo, porque ahora que tu padre sabe que estamos vivas, nunca se detendrá. —Apretó los puños—. Tenemos que desaparecer otra vez. O, mejor dicho, tú necesitas desaparecer. Hoy. Tu padre no puede ponerte las manos encima.

Me costaba procesar sus palabras, el significado de ellas flotando en el aire, cortante e irreal. La miré fijamente, esperando que dijera que bromeaba o ver señales de que estaba borracha. Pero definitivamente no lo estaba. Sus ojos eran demasiado claros y su expresión en extremo sombría.

Se me hundió el estómago al asentarse el significado: iba en serio.

Parecía que todas mis sospechas sobre mi padre eran ciertas y mucho peores, a juzgar por el terror en el rostro de mamá.

—¿Por qué? —susurré, sus palabras avivando poco a poco el pánico dentro de mí—. ¿Qué quieres decir con desaparecer?

—Es sobre tu padre…

—¿Qué hay con él? —pregunté, teniendo dificultad para seguirla.

—Que se joda ese bastardo. —Me estremecí ante el odio que impregnaba su voz—. Lo envié a la cárcel hace mucho tiempo, y ahora… nos encontró gracias a los Callahan. Viene tras nosotras, Raven.

Parpadeé, sin entender. Era como si hablara en griego.

—¿Qué… De qué hablas?

—Nos ha estado persiguiendo durante años. Cariño, había una razón para mudarnos constantemente. Todo fue por su culpa. Me va a *matar*, Raven, y quién sabe qué te hará a ti.

Negué con la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Tu padre es un lunático! —gritó.

—Debes estar bromeando.

—¿Te parece que estoy bromeando?

Giré la cabeza rápidamente, revisando cada superficie en busca de botellas vacías, *cualquier cosa* que pudiera hacerme entender su comportamiento. No había nada, pero mi mente seguía luchando por encontrar una solución sencilla. Cualquier cosa que indicara que no estábamos en una situación grave.

—Eso no puede ser verdad porque… porque… —Me quedé en silencio, necesitando creerlo por el bien de las dos. Mamá tenía que estar perdiendo el control porque estaba preocupada por mi matrimonio con alguien como Aiden Callahan. Sí, tenía que ser eso —. Mi padre está muerto —dije, y luego añadí, titubeando—: ¿N-no es así?

—¿De verdad crees eso? —chilló—. ¿Por qué crees que nos hemos mudado tanto a lo largo de los años? ¿Por qué nunca hicimos

amigos ni tuvimos familia? —Me quedé paralizada—. El internado fue mi condición para la DEA cuando delaté a tu padre.

—¿Qué…? —La miré como si fuera una extraterrestre—. ¿Por qué tendrías un trato con la DEA?

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Porque sabía que necesitarías algo de estabilidad. Mudarse constantemente era duro para un adulto, y mucho más para una niña. Querían encerrar a tu padre por sus negocios de drogas, y yo exigí doce años de internado y colegiatura pagada a cambio.

Todo esto parecía demasiado para asimilar.

—Si está en la cárcel, ¿por qué tenemos que huir? —seguí preguntando.

Una risa amarga escapó de sus labios, aguda y sin humor, mientras sus ojos seguían reflejando terror.

—Fue liberado hace diez años. —Se rio entre dientes—. Parece que el mafioso escocés fue liberado por buen comportamiento y volvió a Escocia para gobernar su imperio mientras sus matones me buscaban por todo el mundo.

Poco a poco, su miedo empezó a tener sentido.

—¿Lo entregaste porque era un… mafioso?

La palabra sabía extraña, anticuada, demasiado pequeña para el daño que describía. Quizá mis valores estaban distorsionados, pero yo no lo habría hecho. La sangre y el miedo eran más densos que la justicia, al menos para mí. Y si ella realmente lo había delatado, entonces Aiden no tenía ninguna oportunidad.

—Lo delaté porque era un bastardo que me maltrataba y tarde o temprano iba a matarme. Y a ti… Te usaría para ganar más poder. —Un alivio me invadió por el bien de Aiden y por mí. Si mi padre era abusivo y le hacía daño, ella tenía todo el derecho a traicionarlo—. Y ahora te casaste con un maldito mafioso que está más que dispuesto a usarte de la misma manera, así que has firmado tu sentencia de muerte.

—No, Aiden me protegerá… a *nosotras* de todo. —Levanté mi dedo—. Mira, me dio un anillo.

—Todos son iguales, y su tío Jack fue muy claro. La única razón por la que no te mataron es porque eres una Lyons, pero esa

protección no se extiende a mí.

—No… —Exhalé, mi corazón latiendo tan fuerte que no podía oír nada más.

—¿Por qué me mentiste, hija? —La voz de mamá no estaba cargada de acusación, solo de resignación—. ¿Por qué ibas a trabajar a un club de *striptease* que pertenecía a la Mafia Irlandesa?

Mis hombros se hundieron, la culpa clavándose en mí.

—Pensé que sería una forma más rápida de ganar dinero —admití—. Pero no estaba… desnudándome, y llevo dos semanas sin trabajar allí.

Soltó una risa amarga.

—Desde la noche en que te casaste con Aiden Callahan.

—Sí. —Tragué saliva—. De verdad pensé que estaba haciendo lo correcto. Lo siento mucho, mamá.

—Es mi culpa —musitó mientras retomaba su paseo de un lado a otro—. Estaba tan empeñada en olvidar, y te fallé.

Negué con la cabeza.

—No me fallaste, mamá. Lo has estado haciendo todo sola y yo… —Metí las manos en mi cabello, jalándolo como si fuera a surgir una idea que nos salvaría de este aprieto—. ¿Quizá podamos negociar? Vi a los Callahan matar a un alcalde, así que usamos eso para mantenernos a salvo las dos.

—¿Los chantajeamos?

—Sí.

—Raven, no podemos chantajear a los mafiosos —alegó exasperada—. Es una forma concreta de acabar muerta. Yo ya estoy muerta, pero tú… Tenemos que salvarte.

—No, no, no —protesté—. Apelaré a Aiden y le haré ver que la única forma de tenerme es asegurándome de que estés a salvo y con nosotros. —Eso funcionaría. Tenía que. Después de todo, hasta este momento, había sido muy considerado—. Él mencionó mudarte a un lugar mejor, más cerca de su *penthouse*.

—¡A una puta tumba!

Me daban demasiada información y me costaba procesarla.

—Dijiste Lyons. ¿Qué quisiste decir?

—Ese es nuestro apellido, Raven. —Un sollozo se le atoró en la garganta y las lágrimas le corrieron por la cara—. Soy la esposa de Duncan Lyons, el mafioso más famoso de Glasgow, y tú eres su hija.

—N-nunca he oído ha-hablar de él —tartamudeé—. Y creo que sabría si mi apellido fuera Lyons.

—Bajo el programa federal de protección a testigos, nos dieron nuevas identidades. ¡Pero tu estúpido matrimonio nos ha vuelto a poner en el radar! Nos condenaste a ambas.

Iba a vomitar.

Mamá se paró frente a mí y puso sus manos en sus caderas.

—Tienes que largarte de aquí antes de que aparezca Duncan, maldita sea.

—Pero él no sabe dónde vivimos, ¿verdad? —Tomé su mano entre las mías—. Podemos explicárselo todo a Aiden y él se asegurará de que su familia mantenga el secreto.

—Es demasiado tarde. ¿Por qué crees que Aiden Callahan se casó contigo? Quieren las conexiones con la Mafia Lyons que vienen como tu derecho de nacimiento.

Negué con la cabeza.

—No, él no sabe…

—Sí, lo sabe —me interrumpió—. Jack Callahan vino a visitarme. —Clavó sus uñas en mi piel—. Ya contactó a tu padre para trabajar en aprovechar tu matrimonio con su familia. Jack sabe que fui yo quien envió a Duncan a la cárcel. Delatar es el peor tipo de traición en la mafia. Los Callahan no me protegerán.

Mis hombros se hundieron.

—Pero…

—Reacciona de una puta vez, Raven. Son criminales igual que tu padre, y no dudarán en matarnos cuando consigan lo que quieren.

—¿Qué…? —Cerré los ojos de golpe y tomé mi cara entre mis manos, reprimiendo el sollozo que quería escapar. No entendía ni un poco toda esta información, era demasiado.

—Tienes que huir, Raven. Desaparecer. Estar muerta para el mundo. —Mis hombros se tensaron y las lágrimas empezaron a correr por mi rostro—. Sé que debería haberlo hecho mejor. No fui

una buena madre, lo sé, pero eres la persona más importante para mí. Prométeme que, pase lo que pase, te alejarás de todos ellos.

—¿Quién… qué…? —Me agarré el pecho, intentando calmar el dolor que se formaba ahí—. ¿Cómo?

Las palabras salieron de mis labios en un susurro, sin saber qué me estaba pidiendo.

—Tendrás que morir —susurró—. Empezar de nuevo, pero esta vez no puedo ir contigo.

—Pero… Pero… No puedo dejarte.

—Tendrás que hacerlo. ¿Recuerdas nuestro *P.O. Box*? Ve allí, toma el dinero. Hay documentos para viajar…

—No.

—No tenemos tiempo para discutir, cariño. —Me acarició las mejillas, su rostro manchado de lágrimas suavizándose por primera vez desde que entré al apartamento. Todo el fuego la había abandonado—. Yo ya viví mi vida y…

—Para nada —repliqué—. Eres joven. Todavía tenemos mucho que hacer y ver juntas. No puedo dejarte.

—Dame tu anillo —exigió, con la mirada fija en mi dedo anular.

—¿Qué? —Pero ya se lo estaba dando.

Me agarró del codo y me ayudó suavemente a ponerme de pie, inestable.

—Tienes que irte antes de que tu padre termine el trabajo que empezó hace diecinueve años.

Me costó procesar lo que acababa de descubrir. Mi padre quería matar a mi madre y usarme. Los Callahan me dejaron con vida solo porque de alguna manera se enteraron de mi conexión con Duncan Lyons, un hombre del que nunca había escuchado antes. Y lo que más hizo que me doliera el corazón… Aiden Callahan me usó para beneficio de su familia.

Todo se estaba desmoronando.

Se me revolvió el estómago y tropecé, cayendo de rodillas.

—Contrólate, hija —comentó mamá, con la voz temblorosa igual que todo mi cuerpo.

—No puedo… no puedo hacer esto sin…

Mis palabras se vieron interrumpidas por un fuerte *tic-tac*. Lo último que sentí fue el cuerpo de mi madre encima del mío.

Y entonces… *¡Boom!*

DIECISIETE

AIDEN



New York

Presente (cinco años después)

La ciudad fuera de la ventana de mi oficina era una extensión de acero y sombra: torres grises que atravesaban un cielo sin color, calles abajo tragadas por el zumbido de los motores y la indiferencia. Incluso las nubes parecían cansadas, descendiendo sobre el horizonte como si la monotonía las sobrecargara.

Luca King DiMauro, mi cuñado, que se mantenía en su mayoría en Sicilia, estaba en altavoz, ofreciendo un monólogo completo sobre una gala de moda en París donde todos los líderes de la *Omertà* planeaban reunirse. El hombre tenía una opinión sobre todo, especialmente sobre Enrico Marchetti, el jefe de la *Omertà* al que despreciaba a muerte. Siempre que surgían asuntos "oficiales", Luca confiaba en mí para hacer de suplente por el bien de la paz.

¿Pero esto?

Esto no sonaba para nada oficial. Solo otra excusa para poder desahogarse y desearle la muerte a Enrico Marchetti.

Así que lo dejé desahogarse, sus palabras desvaneciéndose en el murmullo de fondo de la ciudad mientras mi mente volvía a mis

propios problemas, los contratos acumulándose, los cargamentos perdidos, el trato que empezaba a pudrirse por dentro.

Cada trato que había tocado en los últimos años llevaba el mismo moretón invisible: Duncan Lyons. Su nombre colgaba sobre cada negociación como una maldición, envenenando la confianza incluso antes de que pudiera respirar.

Y, aun así, nada de eso se comparaba con la herida que nunca se cerraba.

Cinco años y el dolor seguía viviendo en mi pecho como un parásito que se negaba a morir. Cinco años desde que esa explosión arrancó una vida inocente.

Habían pasado cinco años desde que Raven murió en esa explosión, cinco años desde que vi todo lo bueno en mi vida arder en llamas. Fui yo quien la atrajo a este mundo, quien pensó que podía protegerla de él. La arruiné. La culpa tiene la capacidad de resurgir en los momentos de silencio, enroscando sus dedos helados alrededor de mi garganta hasta que no puedo respirar.

Seguir adelante se sentía como una traición, como borrarla. Especialmente después de enterarme de cómo tío Jack se había acercado a Blair, lo que había dicho, lo que le había ofrecido. Esa verdad sigue ardiendo, pudriéndose bajo cada trato, cada apretón de manos, cada victoria vacía.

Un temblor empezó en mis dedos y presioné mi otra mano sobre él, pero no se detuvo. Algunas cosas no se podían estabilizar: dolor, culpa, fantasmas.

—*Entonces, ¿qué dices?* —La voz de Luca cortó mis pensamientos.

Parpadeé, volviendo a enfocarme.

—¿Sobre qué?

—*Sobre asistir* —replicó, con impaciencia en cada sílaba.

Fruncí el ceño.

—¿A dónde?

—*A París* —soltó bruscamente—. *¿No has estado escuchando?*

Suspiré y me pellizqué el puente de la nariz.

—Sí. Pero por lo que describiste, suena más a circo social que a un asunto de la *Omertà*.

Cinco minutos después, tenía una reservación para París. Maldito sea. Luca King DiMauro podría convencer al diablo de convertirse en un ángel.

Me recosté en el asiento, con la mirada fija en el horizonte, pero parecía que la paz no era para mí hoy. La puerta de mi oficina se abrió de golpe y mi tío entró tranquilamente.

—Escuché que otro de nuestros cargamentos desapareció. —La voz de tío Jack se deslizó desde la puerta, tan suave como siempre. Tío Jack se había jubilado tras un infarto y me dejó a mí para lidiar con este lío que empezó cuando insistió en una alianza matrimonial, y después Duncan Lyons nos culpó de la muerte de mi esposa—. No podemos tolerar cargamentos perdidos en nuestra propia ciudad —continuó—. ¿Qué vas a hacer al respecto, sobrino?

No me molesté en voltear.

—La última vez que revisé, ya no eras el jefe de nuestra familia —pronuncié, encendiendo un cigarrillo—. Además, la culpa es tuya por precipitarte con Duncan Lyons hace cinco años.

Las raíces del imperio criminal de Lyons se originaron en Escocia como una pequeña red de contrabando dirigida por los antepasados de Duncan Lyons a lo largo de la escarpada Costa Norte, antes de evolucionar hacia una de las redes clandestinas más influyentes. Operando desde una urbanización fortificada a las afueras de Glasgow, el sindicato Lyons controlaba una vasta red de empresas ilegales, desde el tráfico de armas y el lavado de dinero hasta el robo de arte exclusivo y el fraude digital.

Aunque exteriormente se presentaban como un negocio legítimo de transporte marítimo e importación, sus operaciones abarcaban múltiples continentes, con presencia en Europa, Asia y América. La familia en sí era tanto la fuente de la fuerza de Lyons como su mayor vulnerabilidad. Su hermana, que alguna vez fue su confidente más confiable, se había mostrado cada vez más reacia a ayudarle tras la reacción de Duncan con su esposo. A pesar de su vacilación, seguía envuelta en los asuntos de la organización, unida por la sangre y los secretos que podrían destruirlos a todos.

—De verdad disfrutas recordándome que tú mandas, ¿verdad? —Soltó una risa seca y sin humor que me puso los nervios de punta—.

Y no puedes seguir culpándome de todo lo que pasó con Duncan. ¿Cómo demonios iba a saber yo que reaccionaría así?

Finalmente volteé, mi silla crujió mientras lo veía de frente. Su traje estaba hecho a la medida, su sonrisa educada y sus ojos más fríos que una maldita losa de morgue.

—¿Hay algún motivo para tu visita? —pregunté—. ¿O viniste a molestarme?

Avanzó más en la oficina y tomó una silla frente al escritorio.

—Sobrino, tienes que dejar las cosas atrás. En algún momento, quizá quieras volver a comenzar a vivir.

Se me tensó la mandíbula.

—*Estoy* viviendo —reproché con calma.

—¿Ayudar a tu cuñado con la *Omertà* realmente nos beneficia? —Ignoré su pregunta. Estaba fuera, y se quedaría fuera. Por desgracia, no captó la indirecta y continuó—: Así que, ¿qué tipo de asuntos estás manejando para ese bruto encantador con el que se casó Margaret?

Apagué mi cigarrillo y me levanté, enderezando mis mancuernillas.

—No es asunto tuyo.

Se rio, pero vi un destello de irritación.

—¿Sigues culpándome por lo de Raven?

—No empieces. —Mi voz salió baja y cortante, cortando el aire como una navaja.

—Tienes que dejar ese asunto atrás —respondió suavemente, casi como si me compadeciera.

—Sí, lo sé —repliqué—. Igual que tú tienes que mantenerte fuera del negocio. No creas que ya se me olvidó que fue tu afán por obtener beneficios lo que la mató.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, más pesadas que la tormenta que presionaba contra las ventanas. Su sonrisa titubeó apenas un instante. Lo vi. Qué bueno.

—Fue un accidente —protestó débilmente.

—Puede ser, pero no puedo evitar pensar que, si no hubieras visitado a su madre y la hubieras amenazado esa mañana, Raven no

se habría quedado allí. Habría sacado a su madre de allí y me la habría traído para que pudiera ayudarla.

—¿Crees que quería eso? —preguntó en voz más baja—. Ella estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—No —pronuncié con calma—. Estaba con su madre, probablemente aterrorizada por su seguridad, porque no pudiste controlar tu codicia con la Familia Lyons.

Jack suspiró, dirigiendo la mirada al horizonte.

—Ese Duncan Lyons es un cabrón desquiciado.

—Lo es —solté con brusquedad—. Y tú lo llevaste directamente hasta ellas. Mi esposa confiaba en mí para protegerla. *Protegerlas.* Y les fallé.

—Hice lo que era necesario para nuestra organización —dijo finalmente.

Por un momento, reinó el silencio. Podía sentir la rabia hirviendo justo bajo mi piel. Era la misma rabia que me había poseído durante los últimos cinco años.

Di un paso más hacia él.

—Y ahora yo haré lo que es mejor, y tú, en el negocio y en la organización, no lo eres.

Vi el tic en su mandíbula.

—Ten cuidado, sobrino. Tenemos que mantenernos unidos, ahora más que nunca.

Reí, amargado y vacío mientras pasaba junto a él, agarrando mi abrigo.

Mi pulso latía con fuerza, pero mantuve mi voz firme cuando devolví:

—Tengo asuntos que atender. ¿Y, Jack?

Alzó una ceja.

—¿Sí?

—La próxima vez que te presentes aquí sin invitación, no seré tan educado.

Me fui antes de que pudiera responder.

Las puertas del ascensor se cerraron, sellándolo dentro con sus fantasmas.

Y mientras el metal descendía, vi mi reflejo en el espejo. Ojos fríos. Traje elegante. Ningún rastro del hombre que a Raven le gustaba y posiblemente podría haber amado en el futuro.

Solo otro Callahan. Solo otro monstruo al que odiaría si estuviera viva.



El sonido del bajo me llegó incluso antes de que abriera las puertas. Era una melodía profunda y lenta, como un latido que había intentado olvidar.

El letrero de neón rojo sangraba sobre el pavimento mojado, parpadeando como una herida que no se cerraba. Me quedé allí un segundo de más, dejando que la lluvia me picara la cara, intentando convencerme de que esto era solo negocios. Pero nunca lo fue. No aquí. No en este lugar donde todo comenzó.

Velvet Desire se había convertido en el imperio de mis hermanos, sin embargo, era mi propio infierno personal. Odiaba venir aquí, pero aun así entré.

El fantasma de mi esposa me golpeó inmediatamente. Su cabello negro ondeaba en los pasillos que llevaban al escenario mientras sus tacones yacían abandonados en el pasillo a la par que corría hacia la libertad.

Sacudí sutilmente mi cabeza, avanzando más dentro del edificio.

El perfume denso me envolvía. La música creció, las luces parpadearon y los cuerpos se movieron en una lenta y ensayada tentación. Pero no los vi. Nunca lo hacía.

Solo la veía y pensaba en *ella*.

Se me apretó la garganta. Casi podía oírla susurrar: *Deberías haberme dejado escapar, Aiden.*

Tenía razón. Si la hubiera dejado escapar, quizá seguiría respirando. Quizá no estaría arrastrando fantasmas por este lugar cada maldita vez que viniera aquí.

Me moví entre la niebla, ignorando a las bailarinas que sabían que no debían detenerme. Se separaron como sombras, con

susurros siguiendo mi paso. El olor a *whiskey* y humo se metía bajo mi piel.

La oficina estaba escondida al fondo, lejos de la música y de las mujeres. Cuando llegué, la puerta estaba medio abierta. La voz de Kyran se coló, aguda con impaciencia, mientras Tyran reía con esa voz baja y arrogante que solía volver loca a nuestra madre. Llevaba casi cinco años lejos, pero casi podía escuchar su suspiro al oír el sonido.

Empujé la puerta.

Montones de dinero cubrían el escritorio mientras una botella de algo costoso estaba entre mis hermanos. Tyran levantó la vista primero, entrecerrando los ojos. Kyran se recostó en su silla, sonriendo como si fuera dueño del mundo.

—Miren quién decidió salir arrastrándose de la tumba —expresó Tyran—. No pensaba que aún recordaras dónde estaba *Velvet Desire*.

No me molesté en comentar. En cambio, ladré:

—Nos vamos a Francia.

—¿Nos vamos? —Kyran arqueó una ceja—. ¿Por qué?

—Negocios de la *Omertà* —respondí con frialdad.

Eso mató el humor. Amaban a nuestra hermana, pero estaban cansados de lidiar con la *Omertà*.

—¿Qué tipo de negocios? —preguntó Kyran.

—De esos que no esperan —opiné, optando por no dar más detalles sobre el hecho de que era un desfile de modas ridículo. Podrían matarme en París.

Tyran se encogió de hombros.

—Supongo que podemos combinar sus mierdas con las nuestras, ya que tienes algunos cargamentos desviados por Francia.

—Entonces los veré a ambos en dos horas en la pista del aeropuerto. No lleguen tarde.

Me giré para irme, y mi mirada se enfocó en una joven mujer de cabello largo negro azabache sirviendo mesas. Por un segundo, juré que era ella, pero parpadeé y la figura desapareció.

Tragué saliva con dureza, forzando el aire en mis pulmones mientras el fantasma susurraba acusadoramente: *Debiste haberla*

dejado escapar.

Quizás si lo hubiera hecho, no me perseguiría en cada respiración que tomaba.

DIECIOCHO

RAVEN



París, Francia
Presente

El fuego estaba por todas partes. No era solo a mi alrededor. Estaba dentro de mí, tragándose el aire, devorando cualquier sonido excepto el rugido de su propia hambre mientras mis oídos zumbaban por la explosión.

Los restos de nuestro apartamento yacían esparcidos a mi alrededor y encima de mí, mientras el sabor a humo cubría mi lengua y me arañaba la garganta con cada respiración. Mis pulmones ardían como si el fuego hubiera encontrado la forma de entrar.

—¡Raven!

La voz de mi madre cortó el caos, débil y rota.

Giré hacia el sonido, tosiendo tan fuerte que sentí que el pecho se me iba a abrir.

—¡Mamá!

Mi voz se quebró, tragada por el rugido. Avancé tambaleándome, con los ojos llorosos y manos extendidas.

—¡Recuerda qué hacer! —gritó—. Aléjate de Aiden Callahan. Deja que piense que estás muerta.

Y entonces un retumbido bajo sacudió la casa. Me apartaron segundos antes de que el techo se agrietara.

Un rugido ensordecedor, una oleada de calor y luego nada. El mundo se volvió negro.

Mi cuerpo se incorporó de golpe antes de darme cuenta de que estaba despierta. Un grito salió de mi garganta, áspero y cortante, resonando en la oscuridad.

Las visiones me golpearon todas juntas, destellos de aquella noche, la explosión, el humo, la luz del fuego lamiendo las paredes, la voz de mi madre atravesándolo todo.

—¡Raven!

Su grito seguía resonando en mis oídos, demasiado real, demasiado cerca.

—¡Raven, despierta de una puta vez!

El mundo volvió a su lugar. Un rostro apareció enfocándose entre el torbellino del pánico. No el de mi madre, sino el de mi amiga. Sus manos se aferraron a mis hombros, firmes y cálidas. Por un segundo, no podía respirar. No podía distinguir dónde estaba.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas como si quisiera salir. Mi piel estaba resbaladiza del sudor; las sábanas se enredaban en mis piernas, húmedas y asfixiantes.

—A-Athena. —Carraspeé, el nombre pegándose como lija en mi garganta. Mi mente seguía en esa casa. Todavía escuchándola. Todavía perdiéndola.

—Jesucristo, me asustaste —susurró Athena, abrazándome.

—Pensé… —No pude terminar ese pensamiento. Las palabras se quebraron en mi boca, sustituidas por respiraciones superficiales y entrecortadas.

—Solo fue un sueño —murmuró, apretando su abrazo hasta que pude sentir su corazón latir contra el mío—. Estás en París. Estás a salvo.

París. Un continente de distancia de todo eso. Y de él. Aiden Callahan.

Presioné una mano temblorosa contra mi pecho, sintiendo el ritmo salvaje bajo este. Mi camisa se pegaba a mí, empapada. Una gota de sudor resbaló por mi sien, enfriándose contra la fiebre de mi piel.

Afuera, el viento suspiraba contra el cristal de la ventana, suave, fantasmal, como voces lejanas que llamaban a través de la noche.

—Cinco años —musité. Mi voz se quebró al pronunciar las palabras—. Han pasado cinco años.

Cinco años desde aquella noche. Desde que hui. Desde que dejé todo atrás, incluyéndola a ella y a mi esposo. Pero los recuerdos no habían permanecido enterrados. Me siguieron hasta aquí, en cada sueño. Su advertencia seguía resonando en los rincones de mi mente.

—Quizá deberías hablar con alguien —sugirió Athena suavemente, apartándome el cabello de la cara—. Sigues cargando con eso, Raven. Después de todo este tiempo… Deberías estar sanando, no… sangrando del mismo lugar —vaciló—. Sin mencionar que ese mafioso irlandés te rompió el corazón.

Sus palabras cayeron como piedras. Me aparté, encogiendo las rodillas contra mi pecho y escondiendo mi cara entre las manos.

—No es nada. Solo sueños tontos —expliqué, aunque no lo creía —. Los terapeutas no pueden detenerlos. Sería inútil.

Athena no discutió. Solo me lanzó esa mirada, mitad lástima, mitad paciencia, pero se quedó callada.

Desearía poder quitarme el pasado de encima como si fuera ropa mojada. Olvidar las llamas, los gritos, a él.

Aiden Callahan. Mi esposo.

Por muchos años que pasaran, no podía escapar ni de los muertos ni de los vivos.

DIECINUEVE

AIDEN



Hoy tuvimos suerte y detuvimos a un culpable de un cargamento desaparecido. Un secuaz perteneciente a la organización de Duncan Lyons.

Los productos desaparecidos se habían vuelto algo usual desde que comenzó nuestra guerra con los Lyons hacía cinco años. Esos hijos de putas lograron interceptar nuestras rutas sin importar dónde estuviéramos en el mundo. Empezaban a afectar nuestros beneficios.

Llegué al muelle propiedad de Enrico Marchetti en *Le Havre* y encontré al escocés colgado del techo por los tobillos, colgando a casi dos metros del suelo.

Sangraba por múltiples heridas de navaja, probablemente resultado de las habilidades de tortura de Kingston Ashford. Kingston, también conocido dentro de la *Omertà* como *Ghost*, era uno de los mejores rastreadores que existían. Había conseguido el nombre y su historial de vida en los primeros cinco minutos tras su captura. Nadie extraía información como él, salvo quizá mis hermanos. Los gemelos entendían la anatomía humana mejor que un cirujano y sabían exactamente dónde cortar, para que la víctima se desangrara, lenta y dolorosamente, dejando tiempo suficiente para descubrir lo necesario.

—Debí haber sabido que habría alguna masacre con ustedes tres juntos —murmuré, lanzando una mirada curiosa a Kingston.

Se apoyó en la columna de concreto, vestido con *jeans*, botas de combate y una chaqueta de cuero. No había ni una gota de sangre en él mientras mis hermanos presumían camisas manchadas de rojo. Disfrutaban demasiado de la sangre, demonios, a pesar de que Kyran a veces usaba la pobre excusa de que la sangre lo mareaba. Cada vez que decía eso, básicamente significaba que no quería ensuciarse.

—No paraba de hablar en gaélico escocés —informó Tyran con frialdad—. Es imposible de entender.

—Y molesto también —añadió Kyran.

—Es mejor que el ruso —agregó Kingston con tono arrastrado—. El ruso me vuelve completamente loco.

—Amigo, ya estás completamente loco —gruñó Tyran—. El ruso no tiene nada que ver.

Me quedé inexpresivo, con las manos en los bolsillos, mientras estudiaba la escena. Ya casi no torturaba. Solo cuando había que demostrar algo.

—Entonces aún no me has visto completamente loco —respondió Kingston con tono seco.

—Por lo que veo, ustedes tres están completamente desquiciados —protesté mientras atravesaba el charco de sangre. Me detuve ante el cuerpo inconsciente del escocés colgado.

Esto era lo que le pasaba a cualquiera que fastidiara nuestros cargamentos, y la mayoría de las veces, era uno de los hombres de Lyons. Sin embargo, eso nunca les impidió volver. Aparentemente, Duncan Lyons tenía mucha gente de sobra, o simplemente no le importaban sus vidas.

Mi mano golpeó el cráneo del escocés, impactándolo tan fuerte que su cabeza se echó hacia atrás mientras un grito doloroso escapaba de sus labios.

—Oh, disculpa, ¿te desperté de un sueño agradable?

Las pupilas del hombre se dilataron de terror mientras sus ojos enrojecidos se dirigían hacia mí, luego por encima de mi hombro

hacia donde Kingston y mis hermanos estaban de pie con una postura casual.

Una sonrisa siniestra se dibujó en mis labios mientras me giraba hacia ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva colgado boca abajo? Me enfureceré si se muere demasiado pronto.

Tyran se encogió de hombros.

—Un minuto o dos.

—O quizás una hora —murmuró Kyran.

—Lo suficiente —intervino Kingston. Claramente, a ninguno le importaba si moría en el siguiente minuto o no.

Me giré hacia el hombre y le pregunté:

—¿Estás listo para hablar?

—No sé nada —gimoteó.

—Entonces empezaremos despacio —dije con tono arrastrado—. ¿Quién dio la orden de confiscar mi cargamento?

Sabía la respuesta, pero quería confirmación. En nuestro trabajo, las suposiciones te mataban.

—Duncan… Lyons.

—Bien, te graduaste. Ahora, ¿dónde está mi cargamento?

—Yo… No… lo sé.

Le agarré el cabello, asegurándome de jalarlo casi arrancándolo de su cuero cabelludo.

—¿Dónde carajos está mi producto? Sé que aún no podría haber llegado a Duncan.

Tosió algo de sangre y luego gritó.

—¡No lo sé!

Tyran se rio a mi lado.

—Debe sufrir de amnesia.

Miré por encima de mi hombro.

—Kyran, ¿quieres intentarlo otra vez? ¿O deberíamos cederle el honor a Kingston?

Antes de que terminara la frase, Kyran ya estaba a mi lado con un cuchillo en la mano.

—Puedo con este.

Me aparté y observé con expresión indiferente cómo mi hermano lo manejaba con destreza. Los gritos rebotaban en la pared, y le llevó apenas diez minutos soltar todo.

—¡Mañana por la mañana sale de París! —exclamó—. Está en la pista privada del aeropuerto de *Le Bourget*.

—¿El número de matrícula del avión programado para transportar mis mercancías?

Él recitó los números y yo les lancé una mirada a mis hermanos.

—Nos encargamos —aseguró Tyran al marcharse.

Saqué mi Glock G19 negra mate y apunté, y al siguiente instante, un disparo resonó a través de los muelles.

—¿Hay alguna posibilidad de que te interese matar a un escocés hoy? —le pregunté a Kingston mientras guardaba mi arma.

—Hoy no.

Mantuve mi mirada en él, estudiando su expresión estoica.

—¿Aunque dijera que el dinero no es problema?

Se encogió de hombros.

—No necesito dinero. Tengo más de lo que sé qué hacer con él. —Tampoco estaba presumiendo—. ¿Duncan sigue culpándote por la muerte de su hija?

Su hija. Raven. *Mi esposa*. La mujer a la que no pude proteger.

Un peso se asentó en mi pecho mientras imágenes pasaban por mi cabeza. Ella era inocente y apenas había empezado a vivir cuando me la arrebataron.

—No respondas a eso. Obviamente, así es —indicó Kingston—. Nada de esto fue culpa tuya, Aiden. Debes saberlo.

Kingston era un hombre de pocas palabras, y nunca se andaba con rodeos, así que el hecho de que ofreciera consuelo vacío ahora me sorprendió.

—Lo sé —pronuncié con voz fría, aunque en el fondo no podía sacudirme la culpa.

Él asintió.

—Tengo que encontrar la manera de acabar con esta enemistad —declaré—. Antes de que me cueste todo lo que he construido.

VEINTE

AIDEN



A la noche siguiente, los faros de la calle bañaban París con un suave resplandor dorado, parpadeando sobre los adoquines mientras me acercaba al salón de Marchetti donde iba a comenzar el desfile de modas de Reina Romero. El aire nocturno estaba impregnado del aroma del jazmín lejano, del humo de los coches y de ese cóctel parisino único de piedra envejecida y humo de cigarrillo.

Mis zapatos resonaban contra el pavimento al acercarme al local de los Marchetti, sabiendo perfectamente que esto iba a ser una pérdida de tiempo, mas lo hacía como un favor a mi hermana y a su esposo.

Como cabeza de la Familia DiMauro, Luca se había convertido en un miembro de facto de la *Omertà*, pero su mala sangre con Enrico Marchetti lo llevó a permanecer en Sicilia y gobernar desde su isla. Le ayudé con las relaciones con la *Omertà* mientras dirigía la Mafia Callahan, y en ambos casos, el único juramento que contaba era el que se dio a la Mafia.

En las últimas décadas, la *Omertà* había cambiado y se había adaptado, permitiéndole florecer. Las cinco Familias gobernantes: Marchetti, DiMauro, Agosti, Romero y Leone, habían desarrollado un sentido de lealtad muy afinado entre sus ciudadanos, pero también habían hecho poderosas alianzas con los irlandeses, concretamente

con la Mafia Callahan, a través de mí. Mas no se detuvo ahí. También se hicieron alianzas con rusos, brasileños, griegos y, a través de Kingston, el infame *Ghost*, con los Ashford.

Entré al edificio y vi que el espectáculo ya había comenzado. El perfume se mantenía en el aire mientras la música flotaba por el espacio y los focos cortaban la tenue neblina, resaltando la pasarela improvisada.

Eligiendo una esquina vacía, me apoyé en la pared, metiendo mis manos en los bolsillos y acomodándome como un observador desinteresado.

Mujeres jóvenes desfilaban mostrando la colección de la chica Romero. Rubia. Pelirroja. Rubia otra vez. Cada una se movía como si hubiera nacido para ser adorada, mas no podía obligarme a que me importara. Solo había un tono que me gustaba.

Cortando el hilo de mis pensamientos, cambié a pensar en la lista de revisión para mañana: una reunión para discutir un cargamento de un producto, resolver los problemas que habíamos tenido con uno de nuestros contactos griegos y una entrega a Albania. Estaba a mitad de mi auditoría mental cuando otra ronda de aplausos estalló en el aire.

Reprimí un bostezo, mirando la hora en mi reloj Patek Philippe.

«Que me jodan, carajo», pensé, dándome cuenta de que solo habían pasado cinco minutos. Esta noche iba a ser aburrida, pero sabía que las apariencias importaban y algunos negocios salían mejor en eventos como este que en oficinas.

Mi mirada recorrió la sala y vi a Amon Leone a solo unos metros de distancia, observando el escenario como si se le fuera la vida en ello.

Me despegué de la pared y me acerqué.

—Amon.

Se giró con una sonrisa rígida.

—Callahan.

—Me sorprende verte aquí —comenté, manteniendo una mirada atenta a mi entorno. Nunca se podía ser demasiado precavido, ni siquiera entre aliados; podrían convertirse en enemigos en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo mismo digo.

Me encogí de hombros.

—Luca llamó a esto un desastre —expuse, mirando al escenario, justo cuando una mujer de cabello negro azabache se colocaba en la luz del escenario—, así que claro que pensó que querría verlo.

Ella giró la cabeza, solo un poco, y mi corazón se aceleró.

No, no podía ser. Mis ojos y mi mente me estaban jugando una mala pasada otra vez.

La luz estaba afectando mi cabeza. Ese color de cabello no era *tan* raro.

La misma forma de la mandíbula, la sutil plenitud de su boca y ese paso ardiente y decidido. Un zumbido bajo llenó mis oídos, ahogando todo lo demás. El estómago se me retorció en un nudo tan fuerte que dolió.

No, no era posible. Mi esposa estaba muerta. Había visto los restos, me había parado sobre las cenizas, enterrado lo que había quedado.

Se me secó la boca mientras me daba un discurso motivador.

Y, sin embargo…

Me temblaban las manos, inútiles a mis costados. Me dije a mí mismo que apartara la mirada, que dejara de imaginarla. La gente se parecía a otros todo el tiempo.

Y entonces volteó, mirándome, y mi corazón se detuvo.

Era *ella*.

No era un sueño. No era un fantasma. No era una alucinación cruel desenterrada por el dolor.

Era mi esposa. Viva. Respirando. De pie allí, orgullosa y feliz, como si la tumba nunca la hubiera reclamado.

Casi me fallaron las rodillas ante la imposibilidad absoluta; mi corazón me latía tan fuerte que pensé que me podría desgarrar el pecho. Cada recuerdo, cada noche de duelo, cada promesa que susurré a la oscuridad se rompió en un instante.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar aquí, viva, cuando había visto su ataúd descender en la tierra fría?

VEINTIUNO

RAVEN

El desfile de modas de Reina estaba en marcha. La música retumbaba en la sala, el bajo zumbando bajo en mi pecho mientras las luces tallaban arcos brillantes a través de la neblina ahumada.

Salí a la pasarela, la madera pulida haciendo clic bajo mis tacones. A mi alrededor, los ojos estaban pegados a cada uno de mis movimientos. O eso suponía.

Y entonces lo sentí.

Un cosquilleo en la nuca. Era esa sutil conciencia que me hacía enderezarme, advirtiéndome de que alguien me estaba observando. Era el tipo de presencia que hacía que se te erizara el vello de los brazos, aunque la fuente estuviera oculta, escondida tras el resplandor de las luces del escenario.

Sin embargo, toda la sensación me resultaba extrañamente familiar.

Me sacudí ese pensamiento, centrándome en el ritmo, el movimiento de mis caderas, el vaivén de la tela que estaba modelando. Mas la sensación persistió con terquedad.

La multitud aplaudió en los momentos justos, los destellos de las cámaras quemando mi visión. Seguí caminando, sonriendo, actuando, pero la advertencia seguía ahí. En este momento estaba

en mi pecho, un latido que se sentía extraño mientras un peso oprimía el fondo de mi mente.

Una calidez familiar se retorció con inquietud. Las tablas del suelo bajo mis tacones parecían demasiado afiladas, el aire demasiado denso, como si estuviera cargado de expectativa.

Intenté sacudir ese sentimiento, recordándome que los ojos que me observaban pertenecían a las familias de mis amigas y sus socios. Pero fue precisamente eso lo que me inquietó. Después de mi experiencia hacía cinco años, era bastante normal, pero aun así me ponía paranoica el estar cerca de gente que no conocía. Era la razón por la que siempre era reservada con las familias de mis amigas, mientras me escondía a plena vista, como mamá me dijo que debía hacer.

Hasta el momento me había servido bien. Y, sin embargo… había una atracción que no podía explicar. Una sensación que hizo que mi pulso se acelerara, que hizo que mis movimientos fueran un poco más bruscos, un poco más cuidadosos.

Con cada paso que daba en la pasarela, la advertencia me subía por la espalda y se enroscaba en mi estómago. Las luces me cegaban, pero de alguna manera no podían disminuir el peso de la mirada de alguien sobre mí.

Seguí caminando. Y en el fondo de mi mente, enterrada bajo la música y los aplausos, una pregunta susurraba, temblaba y suplicaba ser respondida:

«¿Quién me está observando?»

VEINTIDÓS

AIDEN

El recuerdo de hacía cinco años me golpeó como un tren de carga.

Acababa de enterrarla o lo que quedaba de ella. Me había parado al borde de la tumba y había visto el ataúd descender a la tierra abierta, el sonido de cadenas tintineando y tierra removiéndose, resonando en mi cráneo. La voz del sacerdote era un murmullo bajo y hueco, tragado por los lamentos y el ruido a mi alrededor.

No podía sentir nada.

De vuelta en el penthouse, *el silencio me recibió, pesado e inmóvil. Me presionó contra el pecho, justo cuando el anillo de bodas de mi esposa se clavó en mi palma y la culpa se hundió en mi corazón.*

La casa estaba quieta, demasiado quieta, como si contuviera la respiración.

Las cosas de Raven estaban por todas partes, intactas y casi congeladas en el tiempo. Su suéter colgaba del respaldo de la silla, un pálido fantasma de su calidez. Su taza favorita estaba junto al fregadero, con el leve anillo de café seco en el fondo. Su perfume seguía impregnado en el aire, recorriendo la habitación como un recuerdo que se negaba a desvanecerse.

Verlo todo me revolvió el estómago. Me dolía tanto el pecho que sentía que las costillas se me iban a romper. Odiaba poder olerla aun cuando ya no estaba.

Dos cortas semanas.

Eso fue todo lo que necesitó para grabar su nombre en mis huesos. Dos semanas de risas, de sonrisas burlonas, de susurros nocturnos que de alguna manera importaban más que cualquier otra cosa.

Ahora, solo había ausencia.

¿Cómo podía alguien volverse tan esencial en tan poco tiempo? Quizás era culpa. Quizás era algo más profundo, algo que no estaba preparado para admitir. No lo sabía, y no podía soportar averiguarlo.

Giré hacia la ventana, hacia la ciudad que sangraba naranja y dorado bajo el sol moribundo. La luz golpeaba el cristal, nítida y cegadora, pintando la habitación de tonos fundidos. Casi parecía fuego.

Y entonces mi teléfono vibró.

Le eché un vistazo. Era tío Jack.

Por un momento, pensé en ignorarlo. No quería escuchar su voz. No quería que me arrastraran de nuevo al negocio y a la sangre. No este día.

No obstante, la costumbre ganó. Deslicé para contestar.

—Duncan jura que la explosión no tuvo nada que ver con él*. —Fue su saludo. Su voz era áspera, tensa—.* Dice que fue una fuga de gas*.*

—¿De qué demonios estás hablando? —Mi voz se quebró, fina y cortante.

—Nos culpa por la muerte de Raven *—continuó Jack tras una pausa, el sonido de un encendedor parpadeando débilmente de fondo—.* Y está amenazando con una guerra*.*

Agarré la encimera para estabilizarme.

—Aseguraste que esperarías antes de acercarte a él.

—Sé lo que dije *—murmuró, con voz baja—.* Pero no lo hice. Y ahora, me contó cosas. Sobre la madre de Raven.

Las palabras me golpearon como un mazo.

—¿Qué quieres decir?

—Esa mujer hizo un trato con la DEA. Ella es la razón por la que Duncan fue a prisión. No quería creerle, así que fui a verla esa mañana.

—Tú, ¿qué? —siseé, cada palabra raspando como cristal mientras el mundo se inclinaba.

—Tenía que estar seguro *—pronunció en voz baja—.* Y ella lo admitió. Lo traicionó. No podíamos arriesgarnos a que ella se volviera en contra nuestra después. Se lo dije la mañana de la explosión.

Las palabras calaron poco a poco, una a una, hasta que la habitación pareció cerrarse a mi alrededor.

Imágenes de Raven pasaron por mis ojos, su suave sonrisa, la forma en que cuidó de su madre el día que la visitamos juntos. La forma en que me miró la mañana que la vi por última vez. El día que supe que iría sola a visitar a su madre.

Si su madre había confesado… si ella se había puesto nerviosa… si Jack las había confrontado…

¿Raven se enteró? ¿Se había dado cuenta en esos últimos segundos de que fuimos nosotros (nuestra familia, nuestro mundo) quienes la habíamos condenado?

Mis rodillas se debilitaron al sentir que la culpa me invadía.

—Es tu culpa que mi esposa esté muerta —gruñí, las palabras apretadas entre los dientes—. Y no descansaré hasta que pagues por su muerte.

El teléfono se me resbaló de la mano, el estruendo resonando por el penthouse *vacío mientras me hundía en la silla y presionaba las palmas de mis manos contra mi cara.*

Después, me enteré de que tío Jack sufrió un infarto tras esa llamada, pero nada de eso hizo que Raven volviera.

Durante cinco años, luché contra fantasmas y contra el mafioso escocés. Cada noche, veía su rostro en mis sueños. A veces gritando, a veces sonriendo. A veces acusándome.

Y ahora, parada aquí, cinco años mayor, cinco años más fría, estaba viva.

Mi pecho ardía de rabia y traición.

Si ella estaba aquí… entonces, ¿a quién demonios le había estado llorando todo este tiempo?

VEINTITRÉS

AIDEN



Cinco años pasé tratando de atrapar fantasmas, hablando con una lápida, suplicando respuestas que nunca llegaron. Cinco años deseando un desenlace diferente a aquel fatídico día.

Había memorizado cómo quedaba su nombre tallado en granito, trazándolo con dedos temblorosos hasta que se me entumecía la piel.

Nunca esperé esta verdad.

No estaba enterrada bajo la húmeda tierra de *New York*. Ella había estado ahí afuera todo este tiempo. Respirando y viviendo. Posiblemente incluso burlándose.

Se me oprimió el pecho, el aire cortando mis pulmones como cristal. Todo lo que había construido para sobrevivir a su pérdida: la terapia, el *whiskey*, las garantías vacías de que el tiempo lo curaba todo, se desmoronó por completo. El dolor que había aprendido a acunar se volvió salvaje, desgarrándome hasta que solo quedó furia.

Mis nudillos se pusieron blancos, un temblor recorrió mi brazo. Cinco años. Cinco malditos años de noches sin dormir, odiándome por no haberla salvado. Ella me los había robado todos: cada momento, cada lágrima, cada pesadilla que me hizo despertar sudando frío.

No solo fingió su muerte.

Ella me enterró a mí en su lugar.

Y yo ya estaba harto del duelo. La tristeza y el sufrimiento fueron sustituidos instantáneamente por rabia y la necesidad de hacerla pagar.

La mujer me debía cinco malditos años de angustia, autodesprecio y pesadillas.

—¿Y así fue? —preguntó Amon, llamando mi atención de nuevo con una ceja levantada. Tardé un segundo en procesar la pregunta, recordando de qué carajos estábamos hablando. Ah, cierto, estábamos hablando de Luca y su idea de que yo debería venir a este desastre en vez de él.

Más lento que la melaza, aparté la mirada de mi esposa y exhalé por la nariz.

—Tal vez. —Me costaba hablar y no mirar hacia el escenario—. En realidad, me alegro de haberte encontrado solo.

Alzó una ceja.

—¿Y eso por qué?

Mi mirada volvió a Raven. Estaba radiante y feliz, y eso me enfadó aún más. Mientras yo la lloraba, ella siguió adelante.

Amon carraspeó y me di una bofetada mental. Tenía que dejar de mirar a esa mujer antes de que alguien se enterara. Así que me giré para mirarlo, manteniendo a Raven en mi visión periférica.

—Margaret me dijo que la ayudaste a encontrar a Luca cuando Marchetti lo secuestró. —Luca y Enrico tuvieron un desacuerdo, y este último insistió en un acuerdo matrimonial entre mi sobrina y su propio hijo. No hacía falta decir que era un tema delicado entre nuestras familias—. No lo olvidaré.

—Preferiría que lo olvidaras —respondió con expresión impasible.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté distraídamente, observándolo un instante más antes de que cierta modelo en el escenario llamara mi atención.

Aunque Amon desvió la conversación con una pregunta propia.

—¿Dónde están tus hermanos? No creo haberte visto nunca sin ellos a tu lado.

—Probablemente causando problemas en alguna parte.

Cambié de tema, sabiendo exactamente qué lo distraería de mis asuntos.

—¿Conoces a las chicas Romero?

—No realmente. —Apretó la mandíbula. Estaba mintiendo, mas no me importó lo suficiente como para confrontarlo—. Disculpa —dijo, pero no le lancé ni una mirada.

Mi atención ya había vuelto al escenario y a la esposa que había salido de entre las cenizas.

Rechinando mis dientes y fulminándola con mi mirada desde las sombras como si mi vida dependiera de ello, ya estaba tramando cómo hacerla pagar.

VEINTICUATRO

RAVEN



Mis mejores amigas, Isla, Reina, Phoenix, Athena y yo vivíamos en París y finalmente nos encontramos en un punto en el que las cosas se sentían relativamente normales. El evento de Reina fue un gran éxito, y a principios de esta semana incluso vendí algunas de mis pinturas.

Sin cadáveres de que preocuparse. Sin amenazas. Aunque aún teníamos corazones rotos. Sin embargo, ya había aprendido que era imposible tenerlo todo.

La vida era buena, y sabía que estaba exactamente donde debía estar.

Lejos de *New York* y de la Familia Callahan.

Después del desfile de modas, las chicas y yo nos encontramos celebrando en un club cercano. Sentadas alrededor de la mesa, brindamos con nuestras copas de cristal y bebimos alcohol como si fuera agua. Entre tragos, incluso habíamos encontrado tiempo para bailar.

Esta noche se trataba de nuestros logros.

Athena me dio un golpecito en el hombro.

—¿Crees que Isla está teniendo sexo?

La perdimos en el último bar. Decidió entretener a un hombre que usaba un traje italiano como si fuera su segunda piel.

—Deberíamos haber conseguido su información —gruñí—. Se veía como pecado y peligro a la vez. Eso nunca es buena señal.

—Ya está grandecita. —Athena no estaba equivocada, pero él desprendía vibras que me recordaban a otro. *Mi esposo.* Rápidamente lo empujé al rincón más oscuro de mi mente, decidida a no pensar en él, igual que no lo había hecho en los últimos cinco años.

—Bailemos —sugerí, tomando la mano de Athena.

Encontramos un sitio en la pista de baile entre la multitud y dejamos que nuestros cuerpos se danzaran al ritmo de la música, moviendo las caderas y riendo cada vez que alguien intentaba acercarse.

Athena se excusó para ir por un trago, mientras yo seguía bailando.

Dejando que mis manos se deslizaran por mi cabello, me empapé de la atención. Nunca les lancé más que una mirada prolongada, pero me hacía sentir despreocupada y deseable. No había daño en un poco de coqueteo inocente.

Mi mirada se desvió hacia la siguiente víctima masculina. Se me cortó la respiración y mi cuerpo se congeló mientras mi mirada se cruzaba con las profundidades del océano que me devolvían la mirada con oscuridad.

Aiden Callahan.

Parpadeé, luego volví a parpadear, convencida de que era un producto de mi imaginación. Volví a cerrar los ojos, conté hasta cinco y los abrí, pero la imagen de mi esposo se negaba a desvanecerse. Se quedó allí como una nube oscura, amenazando con tragarme de entre la multitud.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, la figura alta y de cabello oscuro se acercó a mí. Mi cerebro se puso en marcha demasiado tarde.

Me di la vuelta y apenas di dos pasos en dirección contraria cuando una mano fuerte se cerró alrededor de mi muñeca.

—Veo gente muerta, *esposa*.

El pánico me apretaba el pecho, pero me mordí el interior de la mejilla y enderecé los hombros. Solo quedaba una cosa por hacer:

fingir ignorancia. Habría tiempo para desmoronarse más tarde.

Me giré muy despacio para mirarlo mientras controlaba mi expresión.

Para Aiden Callahan, me habían enterrado hace cinco años junto con las cenizas de mi madre.

Había dejado esas cenizas atrás, y de la muerte y la destrucción surgió alguien completamente distinto. Una nueva Raven. Tenía un pasaporte nuevo. Nuevo pasado. El dinero que había tomado de Aiden ayudó. También la distancia.

Viví en París, manteniéndome mayormente alejada del foco de atención a lo largo de los años. Por supuesto, algunos eventos, como exposiciones en galerías con exhibiciones propias de mis obras, eran imposibles de evitar.

Cada día había sido un delicado equilibrio entre permanecer invisible y fingir vivir libremente. Había construido muros con el arte, una vida aparentemente fácil y las mujeres que se convirtieron en mi familia. Las cuatro chicas que siempre me apoyarían, igual que yo las apoyaba. Y rodeada de mis amigas, me escondía a plena vista.

Este desfile de modas fue un ejemplo de eso. No fue un evento grande, sino pequeño y financiado de forma privada gracias a un socio del padre de Reina.

—Tienes mucho que explicar. —La voz de Aiden irradiaba rabia, y la tormenta en sus ojos igualaba el trueno en su tono.

—No sé quién es usted —comenté con frialdad, mi corazón latiendo contra mis costillas como un martillo—, pero le aseguro, señor, que no soy su esposa.

Su mandíbula se tensó.

—Mientes, Raven.

—Creo que me confundió con otra persona —alegué, forzando una risa ligera y ensayada—. Ocurre cuando los hombres beben demasiado. Los rostros se confunden.

Se acercó, su aroma dolorosamente familiar se filtró en mis pulmones y casi hizo que cayera de rodillas.

—¿Crees que puedes engañarme? —declaró, con voz baja y peligrosa—. ¿Después de hacerme pasar por un infierno durante los

últimos cinco años dejándome creer que estabas muerta? Un engaño muy cruel, maldita sea.

Le devolví la mirada con desafío.

—Está alucinando.

Se rio, el sonido carente del calor que yo recordaba.

—Puede ser, pero si es así, vas a alucinar conmigo porque no te dejaré ir. Y, Raven, te lo advierto. —Su mano rozó mi brazo, enviándome una descarga directa—. Tengo cinco años de rabia y abstinencia que compensar.

Tragué saliva con dificultad, el aire y el significado de sus palabras lanzando chispas entre nosotros. ¿De verdad quiso decir…? Negué con la cabeza. No, no podía ser.

—Por favor, usted, tú… estás equivocado.

Tragué saliva mientras la música retumbaba a nuestro alrededor, ajena a la guerra que se libraba entre los dos.

Me costaba mantener la máscara de indiferencia entre nosotros, y su cercanía no ayudaba. Entonces su agarre se aflojó y aparté mi mano de él, necesitando desesperadamente espacio entre nosotros.

Jesucristo, se me había olvidado lo hermoso y aterrador que era su rostro.

Su cabello oscuro caía sobre sus penetrantes ojos azules, pero no era su color único lo que me fascinaba. Era la intensidad con la que me veía, casi como si estuviera contemplando dentro de mi alma. Y no me atrevía a mirar su boca carnosa y sensual, una que sabía que me podía dar un mundo de placer.

Había algo fascinante en su mandíbula afilada. Las curvas y bordes de su rostro eran implacables. Entre esos pómulos despiadados y la barbilla cuadrada había una boca capaz de decir tantas cosas sucias.

Nadie estaba formado como este hombre alto y fuerte, con abdominales sólidos como una roca, hombros que te hacían sentir tan pequeño y necesitado de su protección, y luego estaban sus manos.

Dios mío, ese hombre podía hacer cosas malvadas con sus manos y la boca. Aiden Callahan, mi esposo, era el hombre más atractivo que había conocido. Y el más aterrador.

Forcé una sonrisa, ocultando el miedo tras el veneno.

—Déjeme ir o grito.

—No juegues conmigo, Raven —gruñó.

Parpadeé, decidida a no romperme. Tenía que mantener la compostura como le prometí a mi madre.

—No estoy jugando con usted, *señor.* —Mi voz se quebró en la última palabra mientras los recuerdos de nuestro tiempo fugaz juntos se acercaban. Él apenas se había abierto conmigo y me había mostrado su lado más oscuro y atrevido antes de que todo se viniera abajo.

«No pienses en eso, no pienses en eso», repetía en mi mente.

Moví la mano como si no me importara y dije con firmeza:

—No soy su esposa.

Puede que hayamos hecho muchas cosas, pero no habíamos consumado nuestro matrimonio. Además, estaba el pequeño hecho de que fingí mi muerte y llevaba media década huyendo…

La sombra de una sonrisa cruzó sus labios, sus hoyuelos amenazando con convertir mi estómago en una cálida sustancia, pero la oscuridad que se deslizaba por su expresión la extinguió de inmediato.

—Vendrás conmigo —advirtió fríamente—. Y vendrás por las buenas.

—De nuevo, no soy su esposa —bromeé, mirando a mi alrededor en busca de mis amigas—. Y desde luego no tengo intención de ir a ningún lugar con usted. Ya sabe lo que dicen: cuidado con los extraños. No deseo morir.

Movió el brazo bruscamente, la manga de su chaqueta subiendo mientras miraba su reloj *vintage* de aspecto costoso.

—¿Cómo podrías morir si ya estás muerta? —reflexionó con un brillo peligroso en los ojos—. Ahora, vendrás a casa conmigo o habrá consecuencias muy graves. Quizás empiece por tus amigas.

Oh. Mi. Bendito. Dios.

Podría intentar abrirme paso a la fuerza en el club abarrotado, pero mis posibilidades de escapar de Aiden eran casi nulas. Y mi intento tonto podría costarle la vida a mis amigas y a otros inocentes. No podía permitir que eso pasara.

—Vamos, *esposa*. —Extendió la mano, esperando que yo la agarrara.

—No. Soy. Su. Esposa. —Su mirada se clavó en mí y me retorcí incómoda—. ¿Se le ha ocurrido que, si estoy muerta y si me ve, entonces usted también está muerto? Parece bastante simple.

Diarrea verbal.

Nunca entendí realmente qué significaba hasta ese mismo momento. Jesucristo, ¿de verdad salieron esas palabras de mi boca? Si hubiera una pared cerca, en ese segundo me estaría dando cabezazos contra ella.

—No me jodas, Raven —reviró, con una sonrisa más fría que un invierno siberiano. Intenté apartar su mano de un golpe, pero la atrapó y la agarró con su palma, su calor se filtró instantáneamente en mí y se extendió hasta los dedos de mis pies.

Su sonrisa se volvió depredadora mientras se inclinaba hacia adelante, con los labios cerca de mi oído, y susurraba:

—Me debes cinco años. Te lo haré bien, y recuerdo lo ansiosa que estabas por corresponder. —Él sonrió con arrogancia y yo jadeé, mis bragas humedeciéndose entre mis muslos—. Pero primero, tenemos que aclarar algunas cosas.

Pasó su pulgar por la columna de mi garganta. Un simple toque, pero hizo que mi cuerpo se descontrolara. Me recorrieron escalofríos y toda la piel en mi cuerpo se erizó.

Como si no hubiera pasado el tiempo.

VEINTICINCO

RAVEN



El trayecto hasta nuestro destino fue de diez minutos, pero pareció una eternidad mientras mis recuerdos me transportaban al pasado. El día en que los secretos salieron de los labios de mi madre y la última vez que la vi con vida.

Mis oídos zumbaban con gritos y tardé un rato en darme cuenta de que eran míos. Cuando por fin abrí los ojos, encontré las mejillas cubiertas de ceniza de mi madre y sus ojos llenos de terror sobre mí.

La mano de mamá me tapó la boca.

—Shhh, R-Raven.

Me quedé quieta, mirándola. Nunca la había visto así. Eso sí, nunca habíamos estado en una explosión antes.

—¿Q-q-qué está pasando?

—Shhh.

Fue entonces cuando los escuché. Voces duras resonando en algún lugar lejano. ¿O era cercano?

—Tienes que huir —susurró con una voz tan baja que no supe si le estaba leyendo los labios o escuchando sus palabras.

—¿J-juntas?

Su expresión se llenó de angustia y negó con la cabeza, con lágrimas aferradas a sus pestañas.

—No, tienes que hacerlo sola. Es la única manera. Yo los retendré.

Antes de que terminara la frase, ya le arañaba la mano. Debió de moverse para taparme la boca cuando estalló la explosión.

—No, no. Juntas —musité contra su palma.

—No voy a lograrlo, cariño. —Su mano libre se agarró el costado, y cuando la levantó, el carmesí empapó cada centímetro de su palma. Jadeé, bajando mi mirada al lugar que ella sostenía, viendo cómo la sangre goteaba de ella como agua de un grifo.

Lentamente, levanté la cabeza, viendo la destrucción amontonada a mi alrededor. Era como una escena de una pesadilla.

Nuestro apartamento, o lo que quedaba de él, era irreconocible. Reducido a un montón de escombros.

—Prométeme que vivirás, Raven —pronunció mamá—. Aléjate de los Callahan y de tu padre. Te destruirán.

Su voz estaba llena de terror, sus ojos llorosos se derramaban para trazar dos caminos por sus mejillas cubiertas de hollín.

Me agarré a su mano, aún colocada de forma floja, sobre mi boca.

—Tengo miedo, mamá.

—Lo sé, pero eres fuerte. Lo lograrás —musitó, aunque temblaba —. Encontraste buenas amigas, escóndete detrás de ellas. Pasa desapercibida. Y vive de una forma que yo no pude. ¿B-bien? No cometas los mismos errores que yo, no recurras a la bebida para atenuar tu dolor.

La rodeé con los brazos y la abracé con fuerza, notando cómo se estremecía. Temblé contra ella, con mi cara pegada a su cuello mientras mi corazón retumbaba en mi pecho.

Las sirenas sonaron a lo lejos y de repente se acercaron unas voces, hablando con un extraño acento inglés.

Mamá se tensó, un sollozo escapó de sus labios.

—Ya casi llegan.

—¿Quiénes? —Carraspeé, con la mirada fija en su estado, sangre enmarañada en su cabello y cortadas que marcaban su rostro que antes era hermoso. Uno que se parecía tanto al mío. Debió usarse como escudo para protegerme.

—Los hombres de tu padre.

Contuve la respiración, un grito burbujeando en mi garganta.

—¿Nos matará?

—No voy a permitir que eso pase. —Me acarició la cara con suavidad, humo y el olor metálico de la sangre se filtraban en mis pulmones—. Pensará que moriste en la explosión. Los Callahan también. Es tu oportunidad de empezar de nuevo.

—No quiero empezar de nuevo sin ti —lloré.

—Tienes que hacerlo —animó, sus labios perdiendo color minuto a minuto—. Arrástrate hacia la ventana —me indicó, levantándose de encima de mí. Me puse de rodillas poco a poco—. No me has prometido que no volverías con los Callahan. No puedes mirar atrás, cariño, y no puedes buscar a tu padre. —Lo único que podía hacer era temblar y gemir—. Prométemelo, Raven.

—Lo prometo, mamá.

Luego me empujó hacia adelante con una fuerza que no sabía que tenía mientras yo me arrastraba entre los escombros que solían ser mi vida, dejando atrás a mi madre.

Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá hubiera venido conmigo. Y a veces, deseaba haber muerto con ella.

¿Estuvo mal que dejara que Aiden pensara que estaba muerta? Sí, probablemente, pero mi madre había perdido la vida por mi culpa, y me negué a desperdiciar su sacrificio volviendo.

Me llevó años aprender a dejar de mirar por encima de mi hombro después de la explosión. Seguía viviendo con la culpa de haber sobrevivido, seguía atormentándome, pensando en mis últimos momentos con ella.

No es que no hubiera imaginado este momento antes. Lo había hecho. De hecho, había vivido incontables veces escenarios de enfrentamientos con mi esposo, en la seguridad de mi mente, donde podía controlar el resultado. Pero la vida real no venía con advertencias ni aterrizajes suaves.

Durante cinco años, me entrené para existir, no para vivir. Para pasar desapercibida, para construir una vida que no llamara la

atención. París se convirtió en mi jaula y mi santuario a la vez, lo suficientemente llena para desaparecer, lo bastante distante para mantener alejados a los fantasmas.

La mayoría de los días me convencía de que estaba a salvo.

Terminé la universidad, trabajé duro y aprendí a sonreírles a desconocidos sin verlos realmente. Pero esta noche… esta noche salí de ese pequeño círculo que había dibujado a mi alrededor. Lo hice para apoyar a mi mejor amiga.

Tal vez el destino finalmente perdió la paciencia y me empujó justo al camino de Aiden.

Mi esposo, que pertenecía al mundo que había enterrado. Aiden, que hizo que todos mis años en los que cuidadosamente pasé huyendo, se sintieran insignificantes.

No estaba lista, porque había dejado de creer que alguna vez tendría que estarlo.

Y ahora, tenía que idear un plan, y rápido.

Mi cerebro repasaba las opciones en un bucle frenético e inútil. Podía huir, esperando de alguna manera poder escapar de él, pero la posibilidad era casi nula.

Podía gritar hasta que alguien me escuchara y llamara a la policía, pero el mundo al que pertenecía Aiden no seguía la ley y a menudo la usaba en su propio beneficio. Aunque por algún milagro la policía lo detuviera, me seguiría como un sabueso una vez que saliera.

Además, la idea de pedir ayuda me desgarraba de vergüenza: arrastrar a otra persona a mis fantasmas me parecía una traición a la que no podía arriesgarme.

Pensé en suplicarle a mi marido que tuviera piedad de intentar salir de esto con engaños y mentiras, pero cada mentira que pudiera contar solo me daría segundos como mucho.

Busqué con ojos febriles a mi alrededor y en las calles que pasábamos, pero no encontré nada.

Mi pecho se apretó con un frío reconocimiento: la valentía no me salvaría esta noche. La fuerza bruta no lo haría. La astucia por sí sola no podría deshacer cinco años de huir ni borrar mi existencia de este hombre.

Sentí el viejo terror familiar, pequeño, práctico, implacable, apoderarse de mí. La supervivencia siempre había exigido compromiso y un pensamiento, nauseabundo y simple, seguía surgiendo a la superficie.

Dalila había deshecho a Sansón con una caricia y una promesa. Había usado los trucos o los atributos, de una mujer para derrotarlo. La historia me sabía amarga en la boca, pero su lógica era brutal y clara.

Si no podía correr más rápido que él, ni luchar más que él, quizá podría maniobrar mejor que él de la única forma que me quedaba: usando la intimidad como armadura, la actuación como arma. Se sentía como una traición a mí misma, al recuerdo de mi madre, a todo lo que fingía seguir creyendo que era, aunque también era un camino que podría llevarme a mi libertad.

Solo había una idea que seguía rondando por mi cabeza, la que hacía que se me cayera el estómago y que me temblaran las manos por su inevitabilidad: *«tener sexo con mi esposo y usarlo para recuperar una fracción de control».*

Me odiaba por siquiera pensarlo. Me odiaba aún más por sentir un poco de excitación al pensarlo. Pero odiarlo no cambiaba esa desesperación.

El plan era tan peligroso como emocionante. Mi experiencia con el sexo se limitó a juguetear con Aiden hacía cinco años y a los libros eróticos de Athena.

Por el lado negativo, quizá tendría que improvisar y probablemente no dejaría boquiabierto a mi marido. Por el lado positivo, esta noche tendría sexo y, sinceramente, ¿quién mejor que mi esposo para darme placer y quitarme la virginidad? Ya era hora de perder mi maldito himen.

Luego, cuando llegara la mañana, desaparecería. Otra vez.

No podía quitarme de la cabeza la idea de que todo este asunto iba a salir mal. No es que tuviera otra alternativa cuando prácticamente me arrastró fuera del club y me metió a toda prisa en su coche lujoso.

Salió frente al *Diamant Sur le Parc*, un edificio residencial renovado que perteneció a Pierre Balmain. Me recordó al set de

Emily en París con la *Opera Garnier* ubicada a una calle enfrente y a un vistazo de la Torre Eiffel a lo lejos.

Salió del coche y lo rodeó, sin apartar su mirada de mí mientras abría la puerta del pasajero.

—¿Preocupado de que desaparezca? —pregunté con ironía.

Sonrió con fuerza y me ofreció su mano.

—Más bien no quiero que pienses que *puedes* huir, esposa.

—Oh, cómo me hieres con tu falta de fe —respondí sarcásticamente, apretando los dientes mientras pisaba el adoquín —. Y deja de llamarme así.

No quería admitirme a mí misma, y mucho menos a él, que cada vez que me llamaba su esposa, la culpa me carcomía.

Sonrió fríamente.

—Eres mi esposa, y te llamaré así mientras ambos vivamos, a pesar de que durante los últimos cinco años me engañaste haciéndome creer que ya estabas muerta.

Mis hombros se encorvaron, admitiendo la derrota.

—Si te hubiera engañado, no me estarías arrastrando por París como si fuera tu prisionera —comenté, ladeando la cabeza mientras intentaba disimular el temblor en mi voz—. Además, no finjas que te importa. No querías casarte conmigo más de lo que yo quería casarme contigo.

—De alguna manera lo dudo, *mo cuishle*. —Me tambaleé al escuchar ese apodo, y me habría caído de narices si él no me hubiera agarrado del codo—. Fíjate por dónde pisas, carajo. No voy a permitir que mueras ahora que te he encontrado de nuevo.

Su agarre en mi brazo se hacía más fuerte con cada palabra que apretaba entre dientes, y de repente temí haber cometido un error.

Sin embargo, ya era demasiado tarde, porque entramos en su elegante *penthouse*, con vistas a la ciudad brillante recibiéndonos mientras cerraba la puerta con llave tras nosotros.

Mis rodillas temblaban bajo el vestido coqueto que me caía justo más allá de las rodillas. Mis tacones resonaban contra el suelo de mármol, y entrecerré los ojos para asimilar todo lo posible del espacio tenuemente iluminado. Una suave música francesa se colaba por las ventanas abiertas, llevada por una brisa otoñal. Este

apartamento era el lugar ideal para solteros seductores, y de pronto parecía un golpe de suerte no habernos cruzado antes de esta noche.

—¿Cuánto tiempo has tenido este lugar? —pregunté.

—Dos décadas.

Jesucristo.

París había sido mi hogar durante cinco años. Había recorrido estas calles innumerables veces y nunca lo había visto. Y, sin embargo, él siempre estuvo aquí, prosperando y manejando su negocio criminal, viviendo en un *penthouse*, con un chofer, llevando una vida que nunca debería haberse entrelazado con la mía.

—Te gustará —continuó con ironía—. A la mayoría de las mujeres les gusta.

De repente sentí unos celos irracionales y le lancé una mirada llena de veneno.

—Estoy segura de que así es, pero no soy *la mayoría de las mujeres*, imbécil.

—Créeme que lo sé, esposa.

Dios, de verdad desearía que dejara de llamarme así. Me irritaba cada fibra o quizás era el saber que él traía mujeres aquí.

—Adiós a cinco años de abstinencia —refunfuñé—. Qué mentiroso de mierda.

No me importaba lo que hiciera Aiden ni con quién se acostara.

Soltó una risa que carecía de humor.

—Oh, nunca mentiría sobre eso, así que prepárate para que te folle completamente.

Mis mejillas se incendiaron. Mis muslos internos palpitaban con un dolor que no sentía desde hacía tanto tiempo, no desde que escapé de él cinco años atrás. Y mi estúpido corazón se aceleró.

Maldito fuera mi esposo y sus palabras directas y sucias.

Me negué a dejar que me afectaran de alguna forma. Hacía esto porque… bueno, me había encontrado y necesitaba tiempo para idear un plan.

Aunque una pequeña parte de mí odiaba admitirlo, estaba cansada de autocomplacerme. Además, no había nada raro en que

una joven de veinticuatro años tuviera un encuentro de una noche con su esposo.

Dios, ni yo misma me lo creía.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a mis excusas débiles, entramos a una enorme habitación iluminada por la luna con detalles de caoba por todas partes.

En un solo movimiento violento, la mano de Aiden se aferró a mi cuello. Luego me bajó el vestido por el cuerpo, el sonido del hilo amenazando con estallar en las costuras resonando en el silencio.

De pie, solo con un sostén y bragas, lo miré fijamente. La oscuridad en sus ojos amenazaba con tragarme, y algo en esa maldad apenas disimulada me hizo estremecer. Pero para mi horror, no fue por miedo.

Mis muslos internos palpitaban, la excitación empapando mis bragas.

Aiden me sujetó bruscamente a la pared por los hombros.

—¿Tienes idea de lo que me has hecho?

—¿Qué…?

—No te di permiso para hablar. —Su voz bajó a un tono aterrador —. ¿Cómo te atreves a fingir tu muerte? ¿Cómo carajos te atreves a dejarme así? ¿Tienes idea de lo que has desatado en mí?

—E-esas son muchas p-preguntas —tartamudeé débilmente—. Además, ¿qué esperabas? Me obligaste, a alguien apenas mayor de edad, a casarme contigo.

Soltó un suspiro áspero.

—*Ahhh*, ¿así que dejamos de fingir que no eres mi esposa, eh?

—Dios, eres jodidamente lento. —Levanté las manos, frustrada —. Ese matrimonio nuestro debería ser anulado. Me lo impusieron con amenazas de muerte. Me chantajeaste, y estoy bastante segura de que eso es una base válida para una anulación o divorcio.

—No juegues a ser la víctima, Raven. Te dije desde el principio que nuestros matrimonios son "hasta que la muerte nos separe", así que sabías exactamente en lo que te metías. —Cada palabra suya era un latigazo de hielo, dejándome en carne viva—. Me apuñalaste tanto por la espalda como por el pecho después de que te ofreciera amabilidad, un trato justo y honestidad.

—¡No lo hice! —Mierda, ¿lo hice?—. No fue mi intención —justifiqué.

—No importa. Harás lo que te ordene, o tus amigas pagarán el precio de tus pecados. ¿De verdad quieres eso?

—Bastardo —solté de golpe—. No te han hecho nada. Si fueras siquiera remotamente amable, o justo, las dejarías fuera de esto

Gruñó, bajo y amargo.

—He pasado cinco años a merced de mi culpa y mi dolor. ¿Quieres que sea justo? Solo tú puedes controlar eso. Ríndete. Es justo que ahora estés a *mi* merced. Quiero tu cuerpo y tu alma, Raven, y me los vas a dar.

—No quiero hacer esto, Aiden. —Carraspeé, aunque mi cuerpo palpitaba con la anticipación de sentir sus manos sobre mí. Dios, ¿por qué no podía simplemente ser fría?

—Lo que quieres dejó de importar en el momento en que me traicionaste.

Abrí mucho los ojos.

—No te traicioné. ¡Tú y tu familia me traicionaron a mí! —Apretó la mandíbula y sus ojos se oscurecieron como obsidiana.

—Tendremos que estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo. —Me desabrochó el sostén y jaló mis bragas—. ¡Quítatelas! —exigió, su cambio de tema me dio un latigazo cervical.

—Te las arreglaste perfectamente con mi sostén —acusé con un tono extrañamente ronco—. ¿Por qué no puedes quitarme también las bragas?

—Quítatelas. Ahora.

Me tragué la reacción instintiva de discutir con él, pero sabía que no había forma de ganar una discusión y mucho menos de dominarlo. Además, por la forma en que mi cuerpo respondía a nuestras discusiones y su miembro duro presionando contra mi vientre bajo, me inclinaba a sospechar que era algún tipo de juego previo enfermizo.

Con mi sangre palpitando en mis oídos, enganché los pulgares en la tela, deslizándola lentamente por mis piernas. Se acumularon a mis pies y salí de ellas, dejándolas en el piso de madera.

—Dámelas.

Fruncí el ceño, aunque en lugar de cuestionar su extraña petición, recogí la tela y se la ofrecí.

Las llevó a su nariz e inhaló profundamente, una sonrisa arrogante estirando sus mejillas.

—Qué asco. —Respiré, aunque no podía negar lo increíblemente erótica que era la escena.

Las guardó en su bolsillo y dio un paso atrás.

—Arrodíllate.

—No lo haré.

—No me jodas, Raven. No te gustará el resultado.

Le creí. Así que, apretando los dientes, me arrodillé. Mi trasero descansaba sobre las correas de piel de mis tacones, el material frío mordiendo mi piel.

Dio un paso atrás, luego otro, hasta que la parte trasera de sus piernas chocó con una silla. Observé, sin saber a dónde iba esto, cuando empezó a desabrocharse el cinturón lentamente y a liberar su polla.

Se sentó en la silla como si fuera un rey, y luego demandó:

—Arrástrate hacia mí.

Me sonrojé de vergüenza, dándome cuenta de que mi coño palpitaba ante su petición degradante. Mis rodillas temblaban por la necesidad de hacer lo que él exigía, pero me obligué a quedarme quieta.

Tragando saliva, lo miré y luego al suelo.

—¿Pero qué carajos, Aiden? No voy a jugar a tus juegos estúpidos.

Aunque estaba bastante segura de que jugar era lo último en lo que pensaba Aiden.

Permaneció en silencio, esperando pacientemente mientras yo luchaba con mi zorra interior, que estaba más que dispuesta a jugar su juego y complacerlo.

—Tú también me deseas, Raven —señaló con tono arrastrado—. No tiene sentido fingir lo contrario.

—Tu confianza no es para nada excitante. —Mi voz tembló, traicionando la mentira. La verdad era que siempre me había encantado su confianza y me costaba resistirme.

—Seamos sinceros el uno con el otro, porque puedo oler tu excitación desde aquí. Ahora, ponte en cuatro.

Sonrojada, me incliné hacia adelante, las palmas de mis manos cayendo sobre el suelo de mármol, mi coño adolorido y desesperado. Me mordí el labio inferior y empecé a gatear lentamente.

—¿Tu coño está hinchado y necesitado, esposa? —Me quedé paralizada, mis ojos se fijaron en su mirada hambrienta—. Carajo, hueles tal y como lo recuerdo —halagó, y sentí su gruñido profundo en mis huesos—. Sigue gateando.

Mis rodillas se movieron, mis muslos se frotaban mientras mis ojos se fijaban en su polla reluciente. El recuerdo de su sabor me hacía salivar y me odiaba por ello.

Cuando la distancia se acortó entre nosotros, ordenó.

—Abre la boca.

Entreabrí los labios, sin apartar mi mirada de él mientras guiaba la punta sobre mis labios, untando su líquido preseminal. Mi lengua se me escapó, necesitando saborearlo, y cerré los ojos lentamente.

Mi coño palpitaba y cerré la boca alrededor de su miembro, gimiendo mientras él me provocaba con la cabeza palpitante un centímetro dentro, luego un centímetro afuera.

—Si necesitas respirar, toca mi pierna.

—Sobreestimas…

Me la metió toda en la garganta, haciéndome tener arcadas hasta quedarme en silencio. Gimió, dejando caer su cabeza hacia atrás mientras mis ojos se me llenaban de lágrimas. Tragué alrededor de su longitud y empecé a mover la cabeza.

¿Estaba loca por querer esto? ¿Por excitarme con su dominación?

Su mano se posó en mi cabeza, agarrando un puñado de cabello. Controlaba el movimiento mientras me follaba la garganta, sus embestidas eran duras y rápidas.

Me costaba respirar, pero me negaba a rendirme, decidida a seguir adelante, y a perseguir mi propio placer.

—Demonios —se quejó por lo bajo, su ritmo se estabilizó y nuestras miradas se cruzaron mientras se hundía en mi boca, golpeando la parte trasera de mi garganta.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y él me ayudó a retroceder, un hilo de saliva deslizándose de mi boca hasta la punta. Apenas había tomado un respiro en mis pulmones ardiendo cuando volvió a embestir hacia mi garganta.

Mi lengua recorrió sus venas abultadas y su polla se hinchó más gruesa entre mis labios.

—Qué buena esposa. —Ronroneó, su agarre en mi cabello al borde del dolor—. Joder, Raven. Estás tomando cada centímetro, tal y como te enseñé.

Embistió profundo. Con fuerza. Rápido. Me atacaba como una bestia vengativa, y eso debería haberme asustado. En cambio, me quedé clavando los dedos en sus muslos para no arrastrarlos hasta mi centro.

—¿Alguien más te ha probado? —Gemí, una vibración profunda en mi garganta sacando más semen de él. Me jaló la cabeza hacia atrás, su polla resbalando de mis labios con un chasquido—. Respóndeme. —Parpadeé, con la saliva resbalando por mi barbilla, e intenté concentrarme en lo que me preguntó—. ¿Alguien más ha probado a mi esposa? —repitió.

—N-no. —Abrí la boca, resistiéndome a su firme agarre—. Quiero seguir chupando tu polla. Por favor.

Sonrió con dureza, con un brillo implacable en sus ojos.

—Buena chica. Ahora dale la bienvenida a mi polla a su casa, Raven. Chupa cada centímetro.

Volvió a embestir, sus testículos golpeando mi barbilla. Mis sonidos de arcadas se mezclaban con gruñidos, y él reanudó sus movimientos, usando mi boca. Me folló más rápido y con más fuerza, el chapoteo húmedo de cada embestida formando la sinfonía más obscena.

Envolví mi mano alrededor de su verga gruesa, pero mi agarre vaciló mientras él empujaba más profundo. En cambio, alcancé sus testículos y los masajeé a la par que más saliva se me escapaba de la barbilla y la excitación resbaladiza se acumulaba entre mis piernas.

Y entonces se corrió en mi boca. Me atraganté, a punto de escupirlo, cuando me detuvo con una mano presionada contra mi

nuca.

—¡Traga! —exigió. Me detuve, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Cada. Jodida. Gota.

Pasé saliva, mi pecho subiendo y bajando mientras el semen ligeramente salado y dulce llenaba mi boca. Con su mirada sobre mí, tragué lentamente.

Mi recompensa fueron las palabras guturales de Aiden.

—Buena esposa.

Se retiró y yo jadeé buscando aire. Antes de que pudiera limpiar el desastre que habíamos hecho en mi barbilla, me levantó de un jalón y me puso en su regazo.

Introdujo una mano entre nosotros y metió un dedo dentro de mí. Gimoteé y arqueé la espalda, necesitando más, necesitando que él me llenara.

—Tan mojada. —Carraspeó, enroscando su dedo, metiéndolo dentro y fuera de mi coño apretado—. Es mi coño, ¿verdad?

Añadió un segundo dedo.

—S-sí. —Debería avergonzarme de lo fácil que me dejé llevar por él, pero mi cuerpo y mi mente estaban demasiado absortos en el placer como para importarme. Mañana reconsideraría mis acciones.

—Y este culo… También es mío. ¿No es así? —Otro dedo encontró mi agujero trasero y él empujó contra él, presionando muy despacio. Jadeé y temblé cuando empezó a follar a ambos. Me agarró del cabello con la mano que tenía libre, inclinando mi cabeza para mirarlo—. ¿De quién es ese culo, esposa?

Me froté contra él.

—Tuyo —gimoteé.

Soltó mi cabello y un golpe cayó en mi nalga, mi coño se contrajo por el dolor punzante.

—Claro que sí.

Retiró los dedos, y me dejó jadeando, salvaje por más, mis paredes apretándose alrededor del aire.

Su boca chocó con la mía para un beso duro.

—Aiden, necesito… —gemí contra él, apretando su polla y bombeándola despacio—. Te necesito.

Mi pulgar rozó su punta sensible, haciendo que su polla se estremeciera en mi mano mientras yo movía mis caderas contra su muslo musculoso.

—Has sido una esposa muy, muy mala, Raven —gruñó, empujándose hacia mi mano—. Tienes que ser castigada.

—Entonces castígame —suspiré—. Azótame. Úsame. Fóllame.

Dios mío, ¿de dónde salió todo eso? *«Cinco años de abstinencia tras probar placer, de ahí».*

Antes de que pudiera empezar a cuestionar las tonterías, Aiden me tomó en brazos y me colocó en su silla antes de acomodarse, abrochándose los pantalones a medias.

—Abre las piernas y enséñame tu coño necesitado —ordenó, arrodillándose.

Mis dedos temblaban mientras accedía, separando mis labios hinchados y revelando mi centro húmedo y adolorido.

Él se quedó mirando mientras yo me mantenía abierta, luego deslizó las palmas por debajo de mi trasero, agarrándome las nalgas tan fuerte que estaba segura de que sus uñas dejarían marcas.

Se inclinó hacia adelante, cubriendo mi muslo interior de besos. Su agarre era brusco. Cada caricia ardía con una furia silenciosa, pero llevaba una suavidad que hacía que me doliera el pecho. Era una prueba frágil de que, incluso después de que desapareciera y fingiera mi muerte cinco años atrás, una parte de él seguía igual.

Su ira y anhelo se entrelazaban en cada movimiento, dejándome mareada de miedo, confusión y un anhelo que apenas podía nombrar. ¿Cómo podía estar tan enfadado y cariñoso a la vez?

Como si leyera mis pensamientos, me mordisqueó la piel y mi espalda se arqueó, ansiosa por sentir su boca en mi centro. En la siguiente respiración, tomó mi clítoris entre sus dientes y todos mis pensamientos desaparecieron.

Clavé mis dedos en su espeso y oscuro cabello y me agarré mientras su boca rodeaba mi clítoris con su lengua aterciopelada. Puede que haya muerto y me haya ido al paraíso.

—Engancha tus piernas sobre mis hombros.

Hice lo que me exigió, abriéndome aún más a él. Gruñó, luego enterró su cara entre mis muslos, devorándome como si fuera un

hombre poseído. Me froté descaradamente contra su boca, buscando mi orgasmo mientras él mordisqueaba mi clítoris y luego introducía su lengua en mi entrada.

—Eché de menos tu sabor, *mo cuishle* —admitió contra mi centro. Me dejó inmóvil con su mirada ardiente mientras yo me movía contra su boca, y un calor enroscado comenzó en la base de mi columna.

No obstante, antes de que llegara mi orgasmo, Aiden se puso de pie, levantándome junto a él, y mis muslos se enroscaron alrededor de su cintura. Su boca volvió a encontrar la mía mientras yo me retorcía contra su polla, la fricción enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Me perdía en la sensación mientras caminaba, nuestros labios fusionados, su lengua conquistando cada rincón de mi boca. Me agaché para trabajar en sus pantalones medio abrochados y conseguí liberar su polla.

Ajustó su agarre sobre mí y luego me arrastró hacia abajo hasta que su corona hinchada se deslizó por mi entrada empapada.

Gemí en su boca, llena de sensaciones.

—Joder, qué apretado está —dijo con voz gutural.

Mi espalda golpeó el colchón mientras el peso de Aiden cubría mi cuerpo.

Me metió la polla con fuerza y solté un grito ahogado por el dolor agudo. Se quedó quieto, levantando la cabeza, con su mirada llena de preguntas.

—¿Sigues siendo virgen?

—No te hagas ilusiones —mentí, clavando mi mano en su cabello —. Ya fóllame.

Inclinó la cabeza y me estudió con esa mirada azul penetrante, pero no le di oportunidad de preguntarme más. Arqueé el torso, frotándome contra su pelvis mientras él deslizaba su polla dentro y fuera.

Fue su perdición. Subió mi pierna hasta su hombro y me embistió, mi espalda subiendo poco a poco por la cama, golpeándome más profundo y fuerte en ese ángulo.

Gruñó. Jadeé.

Dolió más de lo que pensaba, y no ayudó que Aiden fuera tan… grande. Dotado como un maldito alienígena. Jadeaba, mis muslos temblaban mientras intentaba adaptarme a él dentro de mí y sus dedos se clavaban en mis caderas, seguramente dejando marcas en mi piel.

—Aiden… No puedo… —Sin embargo, la reverencia y la posesividad en sus ojos hacían que el pulso entre mis piernas latiera, calmando el ardor.

—Me tomarás completo, esposa —ordenó, retirándose solo para embestirme de nuevo salvajemente, llenando mi estómago de calor.

Ya no estaba la ternura que experimenté hacía cinco años. No nos tomamos nuestro tiempo. Me embistió con una fuerza que me hizo poner los ojos en blanco. Mis pechos rebotaban con cada embestida, un calor delicioso acumulándose en el fondo de mi estómago mientras me follaba hasta dejarme sin sentido.

—Oh… Dios… Oh… Dios. —Jadeé, alcanzando alturas que no creía posibles.

—Aquí no hay ningún maldito Dios. Grita mi nombre —protestó, bajando el codo junto a mi cabeza—. ¿Ahora quién te está follando?

Busqué apoyo, mis manos resbalando de su piel reluciente mientras movía mis caderas contra las suyas, a la par de cada embestida suya.

—¡Aiden! —exclamé mientras el placer me recorría, enroscándose en la base de mi columna—. Oh… Ohhh… ¡Sí…! ¡Síííí…!

Su boca tragó mis gritos mientras un calor abrasador recorría cada centímetro de mi cuerpo. Su polla gruesa me embistió una y otra vez, penetrando mi punto sensible.

Hundí mis dientes en su labio inferior y luego calmé la piel con una lamida mientras otro orgasmo se acercaba. Me follaba sin descanso, casi como si quisiera imprimirse en cada rincón de mi ser con embestidas dominantes que me hacían ver estrellas.

Mis paredes se apretaron a su alrededor como una prensa mientras gruñía contra mis labios.

—Me debes cinco años, esposa. Voy a follarte hasta dejarte sin sentido por ellos y tú me vas a dejar hacerlo, ¿verdad?

Mis tobillos se enroscaron alrededor de sus muslos para atraerlo más profundamente.

—S-sí… Por favor… —Lo dejaría hacer cualquier cosa solo para que esto sucediera—. Solo no pares.

—Carajo, tu coño está tan apretado —dijo entre dientes, agarrando mis caderas con tanta fuerza que me dejaría moretones —. Dime quién te tocó. Los quiero muertos a todos.

—Nadie. —Estaba temblando—. Yo… Eres el primero.

—Joder. —Bajó la mirada hacia donde estábamos conectados antes de volver a mirarme a los ojos—. ¿De verdad? —Asentí—. Pero antes, hiciste que pareciera…

—Mentí. —Nuestros latidos palpitaban a toda velocidad. La tensión irradiaba de él mientras cada músculo de su cuerpo estaba tenso—. No le des tanta importancia, solo fóllame.

No necesitó que se lo repitiera dos veces. Me folló, la sensación de tenerlo dentro de mí era tan extraña y, sin embargo, tan increíblemente correcta. La parte trasera de mis ojos ardía y me aferré a él, mi cuerpo derritiéndose contra el suyo.

—Sí, estrangula mi verga mientras gritas para mí. —Sonaba al borde de perder el control.

Arrastró su boca húmeda por mi mandíbula, mi garganta, lamiendo lentamente mis pechos antes de morderme el pezón.

Mi orgasmo volvió a crecer, esta vez lanzándome al espacio. Mis extremidades temblaban mientras me follaba y las estrellas explotaban en mi visión.

Se me entreabrieron los labios.

—Ohhhh… A-Aid…

Gimió en mi boca, inclinando su cabeza para profundizar el beso mientras mi orgasmo alcanzaba su punto fuerte.

—Voy a correrme dentro de ti —declaró Aiden mientras seguía penetrándome.

Otra embestida y un beso torpe y luego se quedó quieto, su polla palpitando dentro de mí mientras soltaba un gutural "Carajooo" y me llenaba con su semen.

Ambos nos desplomamos, respirando con dificultad. Mis oídos zumbaban de placer, y él me rodeó con sus brazos, presionando mi

rostro contra su pecho musculoso.

Nuestros cuerpos sudorosos seguían siendo uno cuando cerré los ojos, escuchando su corazón latir al compás del mío. Lo escuché preguntar.

—¿Te lastimé?

Pero el sueño profundo me arrastró antes de que pudiera responder.

VEINTISÉIS

RAVEN



Necesitaba un libro de "Encuentros de una noche para *Dummies*" que aclarara si estaba experimentando una caminata de la vergüenza en ese momento. Si le preguntara a Aiden, sin duda diría que fue una *traición.* De cualquier forma, no iba a quedarme para averiguarlo.

—Mierda, es tan confuso —murmuré entre dientes mientras el aire fresco de la mañana me mordía la piel.

Las aceras pavimentadas de la *Ciudad de la Luz* daban la bienvenida al golpeteo de mis Jimmy Choos superaltos. Miré alrededor y crucé los brazos sobre mi pecho, intentando decidir cuánto debía avergonzarme por mi aspecto desaliñado.

Ajusté mi vestido, asegurándome de que no se me resbalara por el desgarre que había causado mi esposo.

—Cinco años —susurré, las palabras con un sabor amargo en mi lengua mientras se me erizaba la piel—. Cinco años tirados por la borda.

Los pasé luchando para salir de la desesperación y la pérdida, obligándome a seguir adelante a pesar de perder tanto a mi madre como al hombre del que me había enamorado. Y todo desapareció en el momento en que volví a ver a Aiden.

Con una maldita mirada, todo se vino abajo.

Me llevó años borrar su recuerdo de mis sueños. Y, sin embargo, con un encuentro, lo desenterró todo.

Y, en este instante, mi traicionero corazón volvió a latir. Con anhelo, con dolor, con una culpa tan aguda que me robaba el aliento.

Odiaba que una parte de mí aún anhelara algo real con ese hombre. Pero el amor no era lógico. Persistió, incluso cuando mi mundo se vino abajo a mi alrededor.

Él y su familia llevaron a mi despiadado padre directamente hasta nosotras, directamente hasta mi madre. Mejor hubieran firmado su certificado de defunción. Y por mucho que le diera vueltas a los acontecimientos de hacía cinco años, no podía olvidarlo, de ahí la culpa.

Aiden solo se casó conmigo por el acceso y el poder que le daba mi apellido. Yo era un medio para un fin para su Familia.

Y, aun así, no podía quitarme de encima la sensación de que había algo real desarrollándose entre nosotros antes de la traición.

Quizás eso fue lo que más dolió mientras ponía cada vez más distancia entre nosotros. La idea de lo que podría haber sido y nunca sería.

Aceleré, literalmente huyendo del pasado, antes de que mi mirada se fijara en una figura familiar a lo lejos. Sonreí y reduje el paso, el alivio era tan palpable que lo saboreé en mi lengua. Por lo que parecía, Athena también había tenido una noche salvaje. Me acerqué a ella, saludando como una tonta y esperando a que me viera.

Cuando no lo hizo, salí corriendo, ignorando la protesta de mis muslos y pies, y le rodeé la cintura por detrás con las manos.

—¡Demonios! —siseó, girándose y llevándose una mano al corazón. Suspiró al darse cuenta de que era yo—. Me asustaste, Raven.

Le lancé una expresión juguetona.

—Quizá deberías tener miedo. Te he estado acechando los últimos cinco minutos y no lo notaste.

—Ahora vas a dedicarte a acechar, *¿eh?* —dijo, entrecerrando los ojos mientras me estudiaba—. Por cierto, ¿de dónde vienes?

Me encogí de hombros.

—Me encontré con… Alguien y decidí satisfacer una necesidad.

Alzó una ceja, esperando que le explicara, y vi el momento en que se dio cuenta, sus rasgos desmoronándose.

—No con Aiden Callahan —susurró, pero la mirada en mis ojos fue su respuesta.

No les había contado a mis amigas sobre el matrimonio corto y caótico ni sobre las decisiones imprudentes que le siguieron. Sin embargo, siempre habían sabido que había partes de lo que ocurrió en *New York* que guardé para mí. Lo que sí compartí con mis mejores amigas fue mi necesidad de desaparecer. Tras la muerte de mi madre, no tuve fuerzas para valerme por mí misma. Se convirtieron en mi salvavidas, las únicas personas en las que confiaba lo suficiente para ayudarme a salir adelante cuando apenas podía mantenerme fuerte.

Cuando el dolor golpeaba con fuerza, eran ellas quienes se quedaban. Se sentaban conmigo durante las noches en las que no podía respirar, cuando el silencio pesaba más que mi propia piel. No intentaron arreglarme; simplemente me dieron espacio para romper y reconstruir.

Durante los últimos cinco años, me habían cubierto cuando era necesario. Con el tiempo y entre desamores, confesiones nocturnas y risas a medias, dejé escapar fragmentos de la verdad de mi tiempo con Aiden. Lo justo para que supieran que era demasiado peligroso para mí volver a tener algo con él.

Y, aun así, nunca habían dudado en su amistad. Estuvieron a mi lado, incluso cuando estaba hecha un desastre y era una tormenta con una carga que no necesitaban.

Quizá no debería haberles contado el lado más experimental de ese capítulo, pero ¿qué clase de amiga habría sido si me hubiera guardado algo tan escandaloso para mí? Además, se habían ganado mi honestidad. Se habían ganado cada parte desordenada y complicada de mí.

—Jesucristo, anoche debió de haber luna llena —añadió por lo bajo.

Entrelacé mi mano con la suya y reanudamos la caminata.

—¿Por qué? ¿Tú también te acostaste con un mafioso?

Su mirada irónica fue mi respuesta.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí que lo hiciste!

—¿Por qué suenas tan orgullosa? —suspiró.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—No lo sé. Quizá me haga sentir mejor conmigo misma.

—Vaya, gracias.

—¿Y qué tal fue? *¿Quién* era? —insistí, desviando la atención hacia mi mejor amiga y alejándola de mí misma. Así era más fácil escapar de mi realidad. Pero Athena tardaba demasiado en responder, así que solté—: Carajo, me duelen los pies y mi coño está destrozado.

Intercambiamos una mirada y luego estallamos en carcajadas.

—Supongo que sé cómo fue tu noche —comentó, sonriendo—. Y antes de que pidas más detalles, la mía fue más o menos igual que la tuya. Malditos mafiosos. Juro que deben alimentar a esos hombres de algo que los vuelve irresistibles.

Le di un golpecito en el hombro.

—Bueno, quizá sea la inspiración que has estado buscando.

Un suspiro melancólico escapó de sus pulmones.

—No tienes ni idea.

Me reí.

—No puedo esperar a leerlo todo.

—Por cierto, ¿recibiste un mensaje de Reina?

Se me encogió el estómago. Por supuesto, lo ignoré por mi inesperado encuentro con mi marido, que me creía muerta. Además, amenazó a mis mejores amigas, así que pensé que era mejor no responder al mensaje de Reina.

Sin embargo, no pensé que admitir que mi marido amenazó a todas mis amigas fuera a ser bien recibido, así que simplemente murmuré.

—Sí, pero luego Aiden me besó y me olvidé de ella. Diablos, ese hombre sabe lo que hace.

No era exactamente una mentira. Sus besos y caricias eran de otro mundo. Y sí, mentirles estaba mal, lo odiaba, pero ¿de qué serviría preocuparlas? Podía manejar a Aiden. Sus amenazas iban

dirigidas a mí, y ya sabía que haría lo que me pidiera si eso significaba mantenerlas a salvo.

—Es tan bueno, ¿eh? —preguntó, sonriendo.

—Tan bueno que podría llegar al orgasmo solo con su lengua, y joder, él también la usa de muchas maneras.

Soltó un suspiro exasperado.

—Bueno, no te imaginas el ridículo que hice. —Le lancé una mirada curiosa mientras continuaba—: Me entusiasmé mucho y le dije a mi hombre que quería montarlo como en un rodeo.

Parpadeé, el significado de sus palabras calando poco a poco antes de estallar en una carcajada, con lágrimas en mis ojos.

—No te preocupes, yo también me reiría —murmuró—. Deberías haber visto cómo me miraba boquiabierto.

Me sequé las lágrimas y dije:

—Lo siento, me lo estoy imaginando y…

Más risitas burbujeaban en mi pecho y estallaban de mis labios. Siempre podía contar con mis amigas para animarme en cualquier situación.

—Supongo que no era americano —señalé con una sonrisa, aún recuperando el aliento.

Puso los ojos en blanco.

—No, italiano. Ahora me doy cuenta de que probablemente los rodeos no existan allí.

—Aparentemente no.

Athena ladeó la cabeza, estudiándome con su mirada aguda y probablemente viendo más de lo que yo quería. Me agarró el brazo y lo apretó suavemente.

—¿Crees que es inteligente involucrarte con el jefe de la Mafia Callahan? —preguntó con seriedad—. Los problemas siguen a los mafiosos adondequiera que van. Y todas sabemos cómo terminaron las cosas la última vez.

No sabía exactamente cómo terminó todo, solo que yo estaba destrozada. Aiden fue mi primer amor, aunque no estaba del todo segura de poder llamarlo amor. ¿Quizás un gran cariño? No lo sabía, mas tenía la certeza de que no había ninguna posibilidad de que pudiera admitir todo eso, maldición. Y desde luego no podía decirle

que me obligó a salir del bar con él. No es que me hubiera resistido mucho, y mierda, no tenía fuerzas para arrepentirme de mi noche de sexo con él.

Le picoteé un costado y sonreí, deseando cambiar de tema.

—Se supone que tú eres la romántica.

—Sí, pero tienes que preguntarte si Aiden Callahan es un hombre con quien puedas tener sexo sin compromiso.

Dios, ya era demasiado tarde para eso, maldición.

—No volveré a enamorarme de él —musité, y luego moví las cejas—. No puedo evitar que esté obsesionado con mi coño de oro.

Athena sonrió.

—Sí, ¿qué pasa con estos mafiosos obsesionados con nosotras?

Me mordí el labio, incapaz de resistirme a bromear con ella.

—Probablemente sea por todo tu discurso de montar un burro.

Ella resopló.

—No dije burro.

Agité la mano, desestimando sus palabras.

—Un detalle sin importancia.

Soltó una risa entrecortada.

—Por lo último que supe, no había burros en el rodeo.

—Pero hay muchos *asnos* que lo frecuentan.

Sonrió.

—No me digas que tienes algo en contra de los vaqueros.

Me encogí de hombros, negando con la cabeza, y ella me lanzó una mirada arrogante.

—Prefieres a los mafiosos.

—Por lo visto, tú también —opiné con intención—. Por como te ves, te dieron duro, apuesto a que volverías a tener otra ronda con tu mafioso italiano.

Nos reímos, aunque tenía la sensación de que esos mafiosos serían los que reirían al final.

Phoenix, Athena y yo estábamos acurrucadas en el sofá, aún con la ropa de anoche, bostezando como sobrevivientes de habernos divertido demasiado. La única que aún faltaba de las celebraciones de anoche era Isla.

Un suave tintineo de llaves rompió la neblina matutina, y todas giramos la cabeza hacia la puerta, medio esperando que simplemente apareciera en la sala y desviara la atención maternal de Reina de nosotras. No hubo suerte.

En cambio, Reina, que parecía demasiado responsable para su edad y a pesar de sus *shorts* y camiseta de tirantes, se levantó del sofá y fue a abrirla. La vimos abrir la puerta de par en par y quedarse cara a cara con Isla.

—¿Dónde has estado? —exigió Reina, fulminando con la mirada a nuestra compañera de apartamento.

Resultó que todas menos Reina habíamos desaparecido anoche.

—*Oh*, hola. —La voz algo tímida de Isla era resultado de la expresión preocupada de Reina.

Nuestra amiga y compañera de apartamento más joven se había dedicado a cuidarnos como una madre y, aunque todas lo agradecíamos, echábamos de menos su antigua forma de ser algo rebelde.

Después de lo que había pasado con Amon, había cambiado. Teníamos la esperanza de que la despreocupada y perpetuamente sonriente Reina regresara, pero con el paso de los días, meses y años, decidí enfrentarme a la realidad: la Reina de antes podría haberse ido para siempre.

—¿Qué pasa con que todas desaparecieron una por una anoche y luego llegaron una por una al amanecer?

—¿Phoenix también? —La sorpresa de Isla era difícil de ignorar.

Claramente no podía vernos desde donde estaba. O tal vez seguía en la dicha que experimentó la noche anterior.

—Sí, ella también —gruñó Reina—. Estaba muy preocupada.

Hice una mueca de dolor. Era lo último que cualquiera de nosotras quería hacer. Reina ya había soportado mucho, y lo último que necesitaba era más preocupación. Como la más joven del grupo,

todas la protegíamos, pero de alguna manera conseguía ser la más responsable.

—Ahora me siento fatal —murmuró Athena entre dientes.

—Igual yo —susurré—. Conciencia culpable, supongo.

Isla, aún sin poder vernos, soltó una risa ahogada antes de preguntar.

—Perdón. ¿Entonces todas están durmiendo?

Ojalá, pero Reina había convocado una reunión familiar, así que aquí estábamos, esperando la reprimenda.

—Bien, tenemos que establecer algunas reglas —anunció Reina, haciendo señas mientras hablaba por el bien de Phoenix. Se sentó en el reposapiés redondo junto a la ventana, de espaldas a ella. Los rayos del sol parpadeaban en su cabello, tiñendo tonos dorados y haciéndola parecer un ángel enfadado.

—Estuve toda la puta noche preocupada por ustedes cuatro. Les mandé un mensaje, intenté rastrear tus teléfonos. Casi llamo a la policía.

—Dios, estás llevando esto de madre sobreprotectora demasiado lejos —refunfuñé entre un bostezo, luego señé perezosamente, mirando a Phoenix a los ojos y poniendo los ojos en blanco con complicidad—. Prometemos que, la próxima vez, si es que la hay, enviaremos un mensaje a mitad del sexo para asegurarnos de que sepas que estamos a salvo.

Todas menos Reina soltamos una risa ahogada.

—¿Te lo imaginas? —murmuró Athena, reprimiendo un bostezo —. Por favor, pausa tu eyaculación, tengo que enviarle un mensaje a mi amiga para avisarle que, si muero, es por un orgasmo. No porque me degollaron.

Siguió otra ronda de risitas.

—Todas, paren —reprendió Reina, usando su voz más severa—. No pido nada tan drástico. Pero un mensaje diciéndome que estaban con alguien habría estado bien. Me dejaron completamente sola, y luego ver a…

Se interrumpió, abriendo un poco los ojos. Lo que la tenía alterada debía de haber pasado anoche.

—Lo siento, Reina. —Isla se sentó recta y todas estudiamos a nuestra amiga—. Cuéntanos qué pasó. Claramente estás alterada. Queremos ayudar.

Sus hombros se encorvaron.

—Papá arregló un matrimonio entre Dante y yo. —Su voz era apenas un susurro mientras sus manos temblorosas se alzaban para seguir sus palabras—. Amon también estaba allí.

—¿Él… Amon…? ¿Dijo algo? —preguntó Isla mientras me dolía el corazón por Reina. Si se casaba con Dante, se vería obligada a ver a su hermano todo el tiempo.

Un silencio denso nos apretó la garganta, ahogándonos.

—¿Vas a hacerlo? —pregunté—. ¿Teniendo en cuenta lo que pasó?

—No tengo elección —confirmó.

—*¿Eso no es ir demasiado lejos?* —Phoenix señó, sus mejillas sonrojadas, indicio claro de que había estado llorando.

—¿Quieres matarlo? —Reina desafió a su hermana—. Porque es la única alternativa.

—*No más matar*. —Gracias a Dios, porque las pesadillas del último cuerpo del que nos vimos obligadas a deshacernos todavía me atormentaban.

Reina suspiró.

—No voy a matarlo, Phoenix. Me casaré con Dante. Te dije que acepté.

Reina estaba más tensa que una liga elástica. Su cara estaba pálida, y si no lo supiera mejor, diría que sus ojos hinchados tenían que ver con algo más que su noche larga.

—¿Qué está pasando realmente? —inquirió Isla, expresando mi sospecha—. Hay algo más en juego aquí. Una de ustedes está ocultando algo. Y será mejor que me digan qué, o juro por Dios que se los sacaré a la fuerza.

—*No es nada.* —Acabó respondiendo Phoenix.

—No, no me vengas con eso. Somos amigas. Una familia. Hemos matado juntas, y maldita sea, también lloraremos juntas.

—¿Por qué no podemos ser felices todas juntas? —murmuré.

—O comer juntas —intervino Athena—. Siempre tiene que ser "matar juntas", como si eso fuera todo lo que hacemos.

—*Quizá seamos pecadoras como nuestro padre.* —Señó Phoenix, y sus palabras me dieron directo en el corazón. ¿Era una pecadora como mi padre? ¿La misma persona de la que mi madre me había protegido toda mi vida?

Reina se cubrió la cara, y fue difícil de ver.

Isla se acercó a ella, se hincó y la abrazó.

—¿Sabes lo que siempre dice Illias? —pronunció Isla suavemente mientras Athena traducía en señas a Phoenix—. La fuerza es silenciosa. Tu resistencia es estelar, y he visto tu determinación. No te rindes, Reina Romero. Así que, si te casas con Dante Leone o no, dale tu silencio a ese cabrón. Mi hermano tiene razón, quizá por primera vez en su vida. Tu fuerza es lo que te hace la mujer que todas sabemos que eres. La mejor respuesta ante quienes no te merecen es la indiferencia.

—¿Cómo me caso con Dante mientras quiero a su hermano al mismo tiempo? —La pregunta de Reina casi me rompió el corazón.

—Fácil. Finges que no lo quieres hasta que empieza a parecer real. Enséñale a Amon lo que perdió, demonios.

Las palabras me llegaron y resonaron más de lo que estaba dispuesta a admitir.

VEINTISIETE

AIDEN



—Jesucristo —gruñó Kyran—. ¿Empezó la Tercera Guerra Mundial aquí mismo, en este barrio de mierda?

Miré los restos que solían ser la casa de Raven a lo lejos, frenando en seco y golpeando la acera en el proceso.

—Dudo que pase algo tan importante aquí —dijo Tyran, poniendo los ojos en blanco. Salí del coche, ignorando sus discusiones, mientras el miedo se acumulaba en mi estómago.

Mis hermanos me flanquearon mientras corría calle abajo, acercándome al caos.

—Debería haber venido con ella —murmuré para mí mismo.

—No te estreses —expresó Tyran, mirando la escena con el ceño fruncido—. Estoy seguro de que Raven y su madre están bien.

Ni siquiera él creía sus propias palabras.

—Aiden… —Incliné lentamente la cabeza hacia Kyran y encontré duda marcada en su expresión—. Deberías saber que tío Jack vino a hablar con la madre de tu esposa antes.

Carajo. Carajo. ¡Carajo!

Me detuve.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Quería darle la bienvenida a la familia.

Lo agarré por el cuello de su camisa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Puede que haya traído a nuestros enemigos hasta aquí.

—Whoa, whoa. *—Tyran me agarró la mano y la apretó—. No saquemos conclusiones precipitadas.*

Los aparté a ambos de un empujón y corrí hacia adelante.

El caos dominaba cada rincón de esta calle sin salida. El edificio de mierda era irreconocible, sus cimientos se inclinaban como la Torre Inclinada de Pisa. Los restos del suelo y muebles de madera estaban manchados de negro y sucios por el humo.

Patrullas y ambulancias se amontonaban, aunque a juzgar por la escena, no quedaba mucho por salvar. Los bomberos gritaban, dando órdenes mientras intentaban apagar las llamas restantes.

El zumbido en mis oídos alcanzó su punto máximo, y avancé casi como si estuviera rodeado de una niebla. Mis entrañas eran un desastre, el terror dentro de mí crecía con cada paso que daba.

Mis pies se movían mientras observaba a todos a mi alrededor, esperando, deseando ver a Raven en cualquier momento.

«¿Por qué la dejé venir sola?» *Mi mente repetía la pregunta una y otra vez.*

Debería haberlo sabido. ¡Joder!

—Señor… Señor… —Un policía de estatura baja y corpulento se puso delante de mí, pero cuando lo esquivé, se puso frente a mi cara—. ¿Vive aquí, señor?

—Mi esposa… —Maldita sea. Hacía dos semanas, la idea de llamar a alguien mi esposa era tan jodidamente extraña—. Mi esposa está aquí. Tengo que encontrarla.

—Lo siento. —Me agarró del brazo y me jaló hacia atrás. Sus ojos se movieron detrás de mí—. Puede que necesitemos que identifique… un cuerpo.

El dolor atravesó mi pecho mientras miraba el punto calvo en su cabeza, el zumbido agudo en mis oídos hacía imposible procesar sus palabras. El tipo estaba equivocado.

Dos paramédicos que llevaban una camilla cubierta con una sábana blanca aparecieron en mi visión periférica y mi corazón se me cayó a los pies. Un leve temblor empezó en mis extremidades y se estiró hacia afuera.

No, no, no.
No podía ser, maldita sea.

Me desperté de golpe, empapado en sudor, una humedad quemándome los ojos.

Ese fue el peor día de mi vida. Tuve que identificar un cuerpo carbonizado, quemado hasta estar irreconocible, con solo una pista reconocible: el anillo de bodas en el hueso ennegrecido de mi esposa. O quien pensaba que era mi esposa.

Estiré mi mano a ciegas en las sábanas buscando a Raven, pero no encontré más que tela fría.

—Raven —llamé, mi voz resonando por el *penthouse* parisino que casi nunca usaba. Silencio. De esos que te oprimen el pecho hasta que te duele respirar—. ¡Raven! —rugí, con la voz quebrándoseme.

Se fue, carajo. ¿Cómo se atrevió a irse otra vez?

Mi mundo se tambaleó, igual que aquel día en que no encontré más que cenizas y restos carbonizados tras lo que los investigadores concluyeron que fue una fuga de gas o un cableado defectuoso. En resumen, fue bastante inconcluso.

Algo tan pequeño que había borrado una vida inocente y provocado una guerra de cinco años con Duncan Lyons. El hombre nos había culpado por no haberle avisado antes de la presencia de su familia en *New York*. A su vez, tío Jack responsabilizó a Lyons, alegando que él y sus hombres tenían la culpa por haberlo seguido.

Y yo… Quería matarlos a ambos, joder.

Está viva.

Tenía muchísimas preguntas. Pero primero, tenía que idear un plan que asegurara que Raven nunca pudiera dejarme de nuevo.

Decían que, si amabas algo, deberías dejarlo libre. No sabía a quién se le ocurrió esa tontería, pero yo no estaba para nada de acuerdo. Si amabas algo, lo encerrabas en la torre más alta para que nadie pudiera tocarlo ni quitártelo.

Y tenía toda la intención de hacerlo con Raven. No más huir ni desaparecer, ni despertarse con sábanas frías y fantasmas.

Colgué mis piernas al borde de la cama, agarré el teléfono y llamé a mi hermano. Sonó una vez.

—*¿Sí?* —La voz de Kyran se escuchó, aturdida pero alerta.

—Raven está viva.

El silencio se alargó, y luego.

—*¿Estás seguro?*

—Sí, estoy jodidamente seguro —solté entre dientes.

—*¿Dónde estás? ¿Qué pasó con ese desfile de modas que organizó Enrico Marchetti?*

—Ahí la vi. En carne y hueso, joder. —Pasé mi mano por el cabello—. Vino conmigo al *penthouse*, pero esta mañana… Se fue, carajo.

Hubo una pausa.

—*¿Y estás seguro de que es Raven?*

—Por el amor de Dios, maldición, Kyran —gruñí—. Estoy seguro. Pasamos la noche juntos.

Escuché un movimiento al otro lado.

—*Jesucristo, ¿de quién era el cuerpo encontrado entre las cenizas, entonces?*

—No tengo ni puta idea ni me importa —dije—. Lo único que sé es que mi esposa está viva y necesito tu ayuda.

—*Anotado* —suspiró—. *Sabes que Tyran y yo haremos cualquier cosa.*

—Necesito que investigues a todas las mujeres del espectáculo de anoche. Averigua dónde se esconde Raven. Después mantente vigilándola.

—*¿Por cuánto tiempo?*

—El tiempo que haga falta. Y que quede solo entre nosotros. No quiero que nadie más se entere de esto.

—*Hecho.*

Colgué y le escribí un mensaje a *Ghost*.

Yo: Te envío una foto. Necesito un informe detallado de todo lo que ha hecho esta mujer, los lugares en los que ha estado… todo… durante los últimos cinco años. Cueste lo que cueste.

Si alguien estaba a la altura de hacerlo, era Kingston.

La respuesta fue inmediata.

Ghost: Estoy en ello.

Dejé caer el teléfono sobre la cama y luego la cabeza entre mis manos.

Me llevó años resignarme a una vida sin ella, pero ahora que sabía que estaba viva, me negaba a contemplar una vida sin ella nunca más. Era mía, y si era necesario, realmente la encerraría en una torre y tiraría la llave.

Una sonrisa fría curvó mis labios.

Usaría cualquier ventaja que fuera necesaria.

Si pensaba que podía desaparecer de nuevo, se equivocaba. La encontraría, la traería de vuelta y me aseguraría de que entendiera que me pertenecía.

Esta vez, para siempre.

VEINTIOCHO

RAVEN



Habían pasado semanas, y justo cuando empezaba a convencerme de que probablemente mi esposo había decidido darme por muerta, vi a los gemelos Callahan en *Red Dog*.

No los había visto en años, pero en cuanto nuestras miradas se cruzaron, sentí un sobresalto de reconocimiento. Sin embargo, para mi sorpresa, no había ninguno en el suyo. Miraron justo más allá de mí, sus rostros no mostraban ni rastro de reconocimiento.

Y por un momento, me pregunté si todo era solo una coincidencia.

Al fin y al cabo, *Red Dog* no era uno de nuestros lugares habituales. Era un bar de mala muerte, aún más sórdido por sus clientes, que se enfrentaban en peleas frecuentes. Nuestro sitio habitual, un restaurante local de *sushi*, había estado cerrado durante el día. Parecía la opción viable solo para esta vez, y estaba a solo unas pocas calles de nuestro apartamento.

Quizá fue una casualidad, una breve superposición de mundos, pero la sensación de que algo no estaba bien me carcomía. Ninguno de los gemelos me pareció que fuera alguien que olvidara un rostro.

Estábamos apretadas en un *stand* de vinilo descascarado, el camarero nos lanzaba miradas fulminantes cada vez que pedíamos otra ronda de margaritas horriblemente costosas.

Cada sorbo me relajaba.

—No puedo creer que Dante te haya traído aquí, de todos los lugares —murmuró Isla, mirando a su alrededor—. Quiero decir, está bien para quedar con amigos o para ver un partido, pero no para una cita.

Isla, que estaba felizmente casada con Enrico Marchetti y pensaba que era el más carismático del mundo, creía que todas se merecían un Príncipe Azul. Por supuesto, ella elegía ignorar el hecho de que su hombre italiano la había secuestrado y obligado a casarse con él, todo por los increíbles orgasmos que el hombre aparentemente le ofrecía.

—Por favor, ¿podemos no hablar de Dante Leone ni de mi próximo compromiso? No quiero vomitar sobre la mesa. —Reina no bromeaba.

—¿Phoenix está bien? —solté de golpe. Había notado que desde que Reina anunció su compromiso, su hermana se había vuelto distante. No sabía qué le inquietaba, pero me preocupaba por ella.

El ceño delicado de Reina se frunció con la misma preocupación que la mía.

—No lo sé —admitió—. Me ha estado evitando.

—¿Se lo has preguntado? —inquirió Isla. Había volado para la próxima fiesta de compromiso de Reina, así que estaba prácticamente desconectada.

Reina asintió.

—Simplemente me ignora.

Apreté suavemente su mano a través de la mesa.

—Te lo contará cuando esté lista. Solo quiero asegurarme de que está bien.

—¿Quizás un mafioso italiano pueda secuestrarla y darle orgasmos alucinantes también? —bromeó Isla, intentando aligerar el ambiente.

Puse los ojos en blanco.

—Honestamente, creo que estos criminales deberían ser un poco más creativos.

—Qué exigente, maldición —gruñó Isla—. No sabes lo que te estás perdiendo.

—Se acerca el cumpleaños de Athena —declaré, cambiando de tema. Era mejor que admitir que sabía exactamente de lo que me perdía—. Deberíamos hacer algo loco.

Reina levantó la vista de su bebida y murmuró sarcásticamente.

—¿En vez de no estar locas?

—Madre mía, ¿quizá podamos hacerle una fiesta estilo disco? —exclamó Isla, con sus ojos brillando de esperanza—. ¡Pedrerías, luces de discoteca y un pastel con forma de una enorme polla alienígena!

—¿Qué te pasa a ti con los penes alienígenas últimamente? —refunfuñé, negando con la cabeza.

—Sí —estuvo de acuerdo Reina—. Has estado un poco obsesionada con ellos.

Isla se encogió de hombros.

—Bueno, cuando *a ustedes* se las follen con una polla enorme, a ver si pueden olvidarlo. Juro por Dios que la polla del papi italiano era algo fuera de este mundo. Mi vibrador ya no satisface mis necesidades.

Me quejé.

—Dios, Isla… Por favor, no nos hagas esto. Realmente no necesitamos detalles.

Eso provocó una ronda de risas, lo suficientemente fuerte como para recibir miradas acusatorias de la mesa de al lado.

Reina apoyó sus codos en la mesa, inclinándose y ladeando la cabeza pensativa.

—Quizá ese sea nuestro tema. Pornografía y romance alienígena.

Aplaudí con entusiasmo.

—¿Qué tal si vamos a una librería y la abastecemos de sus libros? La que está a la vuelta de la esquina de nuestro apartamento.

Isla hizo una mueca.

—Esa rechazó sus libros, ¿recuerdas?

Sonreí e hice un chasquido con la lengua.

—Pero si entramos fuera de horario, no podrían objetar.

Amigas inteligentes habrían rechazado esa idea, pero yo tenía buenas amigas en su lugar.

—Bueno —expresó Isla, bebiendo el resto de su margarita—. Parece que vamos a irrumpir en una librería.

Durante los siguientes treinta minutos, comimos papas fritas grasientas y bebimos bebidas diluidas mientras ideábamos un plan y un espacio en la estantería para los libros de Athena. Probablemente nos arrestarían, pero al menos estaríamos juntas.

Estábamos terminando de concretarlo todo, embriagadas por nuestros planes y el tequila, cuando la cuenta llegó a nuestra mesa. La agarré sin pensarlo.

—Yo invito —expresé antes de que alguien pudiera discutir.

Dos pares de ojos se clavaron en mí con sospecha e indignación simultáneas.

—Así no es como funcionamos —apuntó Reina.

—Es una ocasión especial. Vendí dos piezas a principios de esta semana —comuniqué, encogiéndome de hombros, aunque mi estómago daba un pequeño vuelco cada vez que lo decía en voz alta. El dinero que había retirado de la cuenta de Aiden el día de la explosión y la reserva de emergencia que mamá tenía en *P.O. Box* ayudaron a iniciar mi desaparición y una nueva vida, pero finalmente conseguí un trabajo en una galería de arte mientras estudiaba en la universidad.

Fue una suerte que el dueño de la galería hubiera visto mis obras y estuviera deseando exponerlas en su galería bajo el seudónimo *Cuishle*.

Poco a poco, llegaron compradores y también mi fuente de ingresos.

Se inclinó hacia adelante, con sus ojos brillando de orgullo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué maravilloso!

—Y no es de extrañar —añadió Isla—. Tu arte es increíble, Raven.

Sonreí, sintiendo cómo una calidez florecía en mi pecho. Por un breve y perfecto momento, todo fue como debía ser. Éramos chicas normales, disfrutando de papas fritas, intrigas de bajo nivel y nuestra juventud.

Pero no podía ignorar los ojos que sentía que me quemaban la nuca.

Tomé la cuenta cuando Reina e Isla se levantaron, poniéndose las chaquetas.

—Adelántense —sugerí, señalando la fila de gente que esperaba para pagar al frente—. Ya las alcanzo.

—¿Estás segura? —preguntó Isla—. No nos importa esperar.

—Segura. Nos vemos en casa.

Se miraron antes de salir tambaleándose al frío aire otoñal, sus risas desvaneciéndose cuando la puerta se cerró tras ellas.

Me puse en la fila, con la cuenta en mano, y de inmediato percibí la presencia de dos figuras imponentes. No necesitaba darme la vuelta para saber que eran los gemelos Callahan.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es nuestra cuñada fallecida —indicó uno de ellos con tono arrastrado.

—Y yo que pensaba que Aiden había perdido la cabeza —replicó el otro.

¡Demonios, esperaba que no se acercaran!

Se me apretó el pecho. Debería haber sabido que Aiden no iba a rendirse.

Me giré lentamente, encontrándome cara a cara con mis cuñados, sin poder reconocer quién era quién.

—Kyran, a tu servicio. —El gemelo hizo una reverencia burlona, y yo luché contra el impulso de poner los ojos en blanco.

Los labios de Tyran se curvaron en una media sonrisa inquietante.

—¿Cómo estás, Raven? Aparte de estar vivita y coleando.

Los ojos del otro se clavaron en los míos con una expresión sombría.

—Te pasaste con lo que le hiciste.

Su presencia absorbía la luz de la habitación. Tenían un aire inconfundible que hablaba de demasiadas cosas que habían visto y hecho en su vida.

—No me llames así. —Miré a mi alrededor, pensando en salir corriendo sin pagar, pero el castigo si me atrapaban sería duro. Además, nunca podría volver a aparecerme por aquí—. ¿Qué quieren?

—Ahora hieres mis sentimientos —dijo Tyran despacio—. ¿No te alegras de vernos?

Entrecerré los ojos.

—¿Puedes notarlo?

Kyran sonrió fríamente, sus ojos glaciares inquebrantables.

—Deberías agradecer a los dioses, porque nos necesitas.

Me burlé.

—Como a una bala en la cabeza.

—¿Planeas entrar a la fuerza a una librería? —preguntó Kyran, ignorando mi indirecta—. Podemos ayudar con eso.

Fruncí el ceño mientras lo miraba con desconfianza. ¿Cómo diablos nos había escuchado?

—¿Por qué iba a querer su ayuda?

—No necesitamos que te encierren en la cárcel.

—No se preocupen por mí —respondí, con la voz demasiado ligera—. A menos que estén dispuestos a decirme con sinceridad lo que ustedes dos y Aiden quieren conmigo.

Tyran sonrió con arrogancia.

—¿Por qué crees que queremos algo?

—A menos que hayas hecho algo malo y te preocupen las repercusiones de tus actos —intervino Kyran.

Decidí que después del cumpleaños de Athena, tendría que desaparecer. Los Callahan definitivamente estaban tramando algo, y no iba a quedarme para averiguar qué.

—Ya que quieren ayudar, quizá puedan ser útiles y encontrar la manera en que podamos entrar en la librería sin llamar la atención no deseada —propuse en su lugar.

—¿Cuándo? —exigió Tyran.

—La próxima semana. —Le recité la fecha y la dirección, y él asintió.

—Siempre un placer, Raven —anunciaron justo cuando era mi turno de pagar—. Ve tras tus amigas, nosotros nos encargamos de esto.

No me lo tuvieron que decir dos veces, salí disparada como si el diablo estuviera pisándome los talones.

Cuando llegué al apartamento, no les dije nada a las chicas. Porque, en serio, ¿cómo explicaría mi matrimonio secreto con Aiden Callahan? ¿O el hecho de que me había creído muerta durante los últimos cinco años?

No, me lo guardaría para mí. Ya tenían bastantes problemas.

VEINTINUEVE

AIDEN



El imperio Callahan se construyó sobre sangre, drogas y alianzas del tipo matrimonio arreglado. Mi boda con Raven fue la excepción, y debido a ese compromiso en particular, nuestro imperio se estaba desmoronando.

No pude evitar culpar a mi tío.

En cuanto supimos que Raven era hija de Duncan, debimos haber negociado un acuerdo que no terminara con mi matrimonio con la mujer. Había ignorado mi intuición y ahora nos estaba costando un cargamento cada tantos días. Sin embargo, en medio del compromiso forzado y los días juntos, nos encontramos.

Así que seguiría siendo mi esposa.

Desde la jubilación de tío Jack hacía cinco años, había tomado decisiones calculadas para asegurar que el imperio Callahan no colapsara debido a las constantes incautaciones de cargamentos por parte de los Lyons. Aliarnos con la *Omertà* el año pasado, aunque fue para ayudar a mi hermana y a mi cuñado, fue una de ellas. Trabajar con los Ashford, Kian Cortes y los *Reyes Multimillonarios* fue otra.

Me dejó anonadado que Raven hubiera conseguido pasar desapercibida. De todo el bajo mundo criminal. Eso sí, ninguno de ellos sabía de ella ni de nuestro matrimonio, y yo no estaba buscándola exactamente porque pensaba que estaba muerta.

Pero ya sabía que estaba viva, tendría ventaja sobre ella y la usaría sin piedad.

En este minuto, sentado en la oficina de mi *penthouse* parisino, con el informe en mano cortesía de Kingston, por fin la había encontrado.

—¿Estás seguro de esto? —le pregunté a Kingston, aunque a juzgar por su expresión estaba seguro. Después de todo, había pasado el último mes desenterrando todo lo relacionado con Raven —. ¿Tienes pruebas?

—Sí y sí.

Tyran silbó, leyendo el documento por encima de mi hombro. Si no confiara en él con mi vida, habría tenido que matarlo.

Kingston se dirigió al pequeño bar en la esquina de mi oficina, se preparó un trago, luego volvió al escritorio y me entregó un vaso de *whiskey*. Negué con la cabeza, así que lo puso en el portavasos frente a mí antes de beberse el suyo de un sorbo.

Leí el expediente y descubrí los detalles de un asesinato del que mi esposa y sus amigas habían salido impunes.

—No puedo creer que hayan matado a Angelo Leone —murmuró Tyran.

—Yo tampoco. —siseé. Quería tener algo con qué presionarla, pero esto… Esto era explosivo.

—Es lo que buscabas, ¿verdad? —comentó Kingston—. Querías ventaja, y la conseguiste. También te enviaré las grabaciones de video por si necesitas pruebas adicionales.

Mi teléfono pitó y abrí el mensaje. Las imágenes borrosas mostraban a Raven y sus amigas cortando un cuerpo y sacándolo a escondidas de un apartamento. Pero no era cualquier cuerpo. Era el cuerpo del viejo Leone, padre de Dante y Amon.

¡Carajo!

—Eso es simplemente… enfermizo. —Tyran tuvo arcadas antes de tragar saliva y preguntar—. Aunque brillante. Me pregunto cómo se salieron con la suya.

—Aparentemente, uno de los Konstantin —los hermanos de Isla —, borró todo rastro de eso, pero de alguna manera se olvidaron de la vigilancia del apartamento —respondió Kingston con tono seco—.

Eres el único que tiene estas grabaciones ahora. Lo borré de todas las bases de datos, incluyendo la mía.

Tyran carraspeó.

—¿Supongo que fue Maxim, el hermano Konstantin muerto, quien puso vigilancia en su casa? Illias no cometería un error de novato.

Kingston asintió.

—Nadie sabía de esa vigilancia en su apartamento, y siguió funcionando tras la muerte de Maxim.

Era realmente un milagro que Illias Konstantin, o cualquier otro criminal del bajo mundo, no se hubiera enterado. Contratar a Kingston fue sin duda la decisión correcta, y le debía mucho.

—¿Cuánto te debo?

Los detalles ya no importaban en este momento. Solo teníamos que asegurarnos de que nadie viera esto, y entonces podría usarlo para que Raven volviera conmigo.

El silencio se alargó y Kingston finalmente respondió.

—Corre por mi cuenta.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Prefiero no estar relacionado con esto, y conociendo a ese bastardo enfermo, seguro que se lo merecía.

No se equivocaba; el jefe de la Familia Leone había sido un hombre cruel y todos en la *Omertà* respiraron más tranquilos cuando sus hijos tomaron su lugar. Debería haber pagado por sus pecados hacía décadas. Casi parecía injusto usar esa información para chantajear a Raven. Casi.

No necesitaba que mi conciencia me estropeara la fiesta en este momento.

—Si alguien más intenta sacar información sobre tu esposa, probablemente hará la conexión, Aiden. Quizá quieras poner tu casa en orden. O dejar que el mundo siga pensando que está muerta. Demonios, es increíble que haya conseguido mantenerse invisible con las amigas que tiene y sus lazos.

Tenía razón.

Había escuchado de esas chicas de una u otra forma a lo largo de los años, pero el nombre de Raven nunca salió a relucir. Phoenix y Reina Romero eran hijas de Tomaso Romero, prácticamente criadas como hijas de la *Omertà*. Athena Kosta tenía vínculos indirectos con el mafioso griego Lykos Costello. Y luego estaba Isla, hermana de Illias Konstantin, el *Pakhan* de la *Bratva*.

Y luego estaba mi esposa.

—La protegeré —pronuncié, una promesa hecha tanto para mí mismo como para cualquiera. Era mía para arruinarla y volver a recomponerla. Mía para protegerla.

Le envié un mensaje a Kyran, que ese día se dedicó a vigilarla.

Yo: No la pierdas de vista. Pronto iré a recogerla.

Kyran: Ya era hora. Cuidar de ella y de sus amigas me provoca querer arrancarme los ojos.

Tyran se rio a mi lado, sus dedos volando por la pantalla.

Tyran: Deja de quejarte.

Kyran: Se disfrazaron de payasos y van hacia la fiesta de compromiso de Reina Romero.

—Mierda, nosotros también deberíamos estar ahí —gruñí, aunque era el último lugar donde quería estar. Pero Raven estaría en ese sitio y podría ser una oportunidad perfecta para robármela.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tyran. Podía sentir sus ojos inquisitivos sobre mí.

—Tengo un plan —anuncié.

Kingston negó con la cabeza.

—Me iré antes de que lo compartas.

Tyran soltó un suspiro nostálgico.

—Ojalá yo tuviera esa opción, pero teniendo en cuenta que es mi hermano y el jefe de nuestra familia…

Mi hermano habló con total indiferencia, pareciendo casi aburrido. O quizá tenso. A veces era difícil saberlo.

—Buena suerte, Aiden. —Asentí mientras Kingston salía por la puerta.

—Tengo la sensación de que necesitaré otro trago para aguantar este plan —murmuró Tyran mientras agarraba la bebida que Kingston me había servido, y la bebía de un trago antes de acomodarse en una silla.

Mi mirada se posó en la ventana, donde se desplegaba el horizonte de París. Desde ese punto de vista, apenas podía distinguir los campanarios de Notre-Dame elevándose solemnemente sobre los tejados, y más allá de ellos, el Sena serpenteando su camino eterno por esta ciudad atemporal, casi sagrada.

Y, sin embargo, tenía la sensación inquietante de que lo que estaba a punto de hacer dejaría una marca, aunque fuera débil.

Giré mi cabeza y me encontré con la mirada de mi hermano.

—Voy a usar esta información y la obligaré a quedarse conmigo.

Tyran soltó un suspiro de alivio.

—Eso no es tan malo. Al menos no la matarás.

—¿Por qué iba a hacer eso? Es mi esposa y voy a hacer que sea la madre de mis hijos.

Una sorpresa brilló en su mirada.

—*Wow*, ya veo, te mueves rápido. No te juzgo para nada, solo me sorprende que no planees castigarla por dejarte creer que estaba muerta todo este tiempo.

Sonreí con crueldad.

—*Oh*, voy a hacer que pague.

Por supuesto que a ella le gustaría, pero yo lo disfrutaría más.

TREINTA

RAVEN



Pasó un mes, seis semanas, para ser exactos, desde la noche en que vi a Aiden por última vez. La noche que me llevó a su *penthouse* y le di, o quizá me quitó, mi virginidad, casi no parecía real. Podría convencerme fácilmente de que era un sueño, si no fuera por la preocupación persistente por mi periodo retrasado.

La verdad era que me sorprendió que me hubiera dejado en paz, pero en el fondo sabía que nuestra historia no había terminado porque veía a sus hermanos en los lugares más inesperados, y una o dos veces juré que incluso vi al mismísimo Aiden en persona.

Lo que no entendía era por qué me había dado espacio. O tiempo.

Ahora, Isla y su familia acababan de dejarme a mí y a Athena en el apartamento después de la fiesta de compromiso de Reina, y me encontré yendo directo a mi habitación, anhelando tranquilidad.

Me dolían los pies por los tacones que llevaba y, francamente, también me dolían los ojos. Las chicas y yo intentamos rebelarnos contra su matrimonio vistiendo prendas de todo tipo de colores brillantes y llamativos. Por supuesto, no funcionó y parecíamos payasos.

La persistencia del prometido de Reina me apretó el pecho de simpatía por ella. Pero esa simpatía pronto se volvió hacia dentro, pensando en mi propio esposo, el hombre que había dejado

pensando que estaba muerta. Solo pensarlo hacía que mi ansiedad se disparara. Estaba furioso, lo sentía, y fuera lo que fuera esto… Era su manera de hacerme pagar.

¿Era esto un castigo? ¿O algo más oscuro que no sabía definir? ¿Qué se suponía que debía hacer con él ahora?

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras imágenes sucias no deseadas, o eso era lo que me repetía, llenaban mi mente.

—Contrólate, Raven —murmuré, quitándome los tacones. Cayeron al suelo con un golpe sordo mientras yo empezaba a pasear por el perímetro de mi habitación.

Sabía lo que tenía que hacer, pero lo había estado posponiendo durante cinco días, rezando y esperando que mi cuerpo arreglara todo por sí solo. Cinco días de excusas.

Le echaba la culpa al estrés, a la emoción, a todo menos a la verdad. Mi esposo y yo.

Maldito Aiden.

Maldita fuera la forma en que me hizo perder el control.

Maldito fuera él y esos orgasmos increíbles y sexo sin protección.

¿Cómo pude ser tan tonta como para olvidarme de usar protección? Aun así, no podía ignorar la tensión en mi pecho ni las náuseas que me revolvían el estómago.

Me dirigí al baño, moviéndome rápido antes de poder convencerme de no hacerlo. La luz dura del techo zumbaba, proyectando ángulos afilados sobre los azulejos. Mi reflejo en el espejo me devolvía la mirada, pálida e insegura.

Busqué en el botiquín bajo el lavamanos hasta que mis dedos se cerraron alrededor de la caja delgada que las chicas y yo teníamos abastecidas. Empezó como una broma, pero cada tantos meses necesitaba reabastecerse. Ahora, era más bien una situación de "no preguntes".

Se me revolvió el estómago al abrirla, desplegar las instrucciones arrugadas y obligarme a leer cada línea como si fuera un documento legal que pudiera decidir mi destino.

—Bien —musité, siguiendo los pasos al pie de la letra, con las manos temblorosas a pesar de mi esfuerzo por mantener la calma.

Un minuto después, rompí la tapa del palo, sellando cualquier verdad que contenía, y volví a la habitación. Metí el examen en una vieja bolsa de artículos de aseo personal que llevaba tiempo queriendo tirar.

—Cinco minutos —susurré en la habitación silenciosa, mirando con furia la cosa como si me hubiera traicionado personalmente—. Cinco minutos para descubrir lo estúpida que eres, Raven.

Reanudé mi andar ansioso, mis pies descalzos susurrando contra las tablas del suelo. Mi corazón latía demasiado fuerte en la habitación silenciosa. Intenté concentrarme respirando con calma, pero no terminaba de funcionar.

«Piensa positivamente. No, piensa en negativo». Solté una risa aguda.

—Claro. Negativo. Definitivamente negativo.

¿Cuáles eran las probabilidades de quedarme embarazada la misma noche que perdí la virginidad?

Un minuto menos. Quedaban cuatro.

Los minutos se alargaron, llenos de demasiadas incógnitas.

Quizá debería huir. Mi instinto me advertía que Aiden tramaba algo, y peor aún, temía que mi libido pudiera estar de acuerdo. Y eso simplemente no podía ser.

Estaba procesando varios escenarios de fatalidad cuando oí un leve golpe. Me quedé paralizada, escuchando, y di un leve movimiento de cabeza. *«¿Ahora también paranoica, Raven?»*

Pero entonces lo volví a escuchar.

Venía de la ventana. Una persona inteligente habría salido corriendo en dirección contraria, pero la idiota que aparentemente era se acercó a la ventana, con mi corazón rebotando en mi pecho. Me quedé allí observando cómo la silueta de una sombra aparecía en la puerta estilo francés.

Me di la vuelta para salir corriendo, pero llegué demasiado tarde. Las puertas de cristal se abrieron de golpe, impactando la pared con un choque sordo, y una mano se cerró alrededor de mi cintura.

Jadeé, un grito subiendo por mi garganta.

—No lo recomendaría —susurró Aiden.

—¿Qué estás haciendo? —Respiré con mi voz quebrada.

—Recuperando lo que me pertenece.

Me quedé paralizada, ignorando mi instinto de darle una patada en los testículos.

Poco a poco, Aiden me giró, su mirada fija y su agarre firme en mi cintura.

Esa última y dulce noche que pasamos juntos justo antes de que la explosión pasara ante mis ojos, tantos "lo que pudo haber sido" y los felices para siempre perdidos en una serie de eventos inimaginables.

La muerte de mamá dejó un costo, y vivir los últimos cinco años mirando por encima de mi hombro no fue fácil. Sí, hubo muchos eventos por los que mis mejores amigas y yo pasamos que fueron imprudentes y estúpidos. Pero en el fondo de mi mente, el miedo de intentar huir de los fantasmas seguía presente.

El vacío que dejó la muerte de mi madre amenazaba con abrirse. La presión exprimía el oxígeno de mis pulmones, amenazando con asfixiarme. La ansiedad se apretaba en mi garganta, y tuve que empujarla hacia un rincón oscuro de mi alma donde vivían mi dolor y terror punzantes.

—No soy tuya. —Carraspeé, con mis oídos zumbando por la adrenalina—. Nunca he sido tuya.

Los labios de Aiden se curvaron en una sonrisa cruel.

—Nuestra acta de matrimonio dice lo contrario.

—Me obligaste a casarme contigo —siseé—. Tú eras… *eres* demasiado viejo para mí. De hecho, a estas alturas ya eres bastante antiguo. No tenemos nada en común. Nunca estuvimos destinados a estar juntos.

—Verás, no estoy de acuerdo, porque tu cuerpo me dice que estamos más que destinados a estar juntos.

—Estás delirando.

—Llámalo como quieras. De cualquier manera, eres mía.

Su aliento caliente acarició mi cara, haciendo que mis muslos temblaran. Solo sirvió para enfurecerme.

—No te pongas tan pegajoso, Aiden —siseé—. No te queda nada bien.

Apretó la mandíbula, el sonido de sus dientes rechinando rompió la tensión.

—No soy pegajoso. Solo tengo ganas de encerrarte en mi casa y atarte a la cama, porque la última vez que te dejé ir a cualquier lugar sola, desapareciste durante cinco malditos años.

Me estremecí ante la vulnerabilidad en su voz y la traición grabada en su rostro. Pero ¿cómo se atrevía? Él fue quien me traicionó. No perdió a alguien a quien amaba. Yo, en cambio, perdí a la única familia que había tenido.

Aiden metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Escribió su código y luego me mostró la pantalla. Se reprodujo un video mostrando a mis amigas y a mí con el cadáver de Angelo Leone, desmembrándolo y luego sacándolo del apartamento.

—¿Cómo…? —No encontraba las palabras ni entendía cómo había conseguido algo así desde el interior de nuestro apartamento.

Se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Ven conmigo y no tendrás que preocuparte por eso.

—No puedes enseñárselo a nadie —susurré. ¿Pensaba que maté a Angelo Leone, o había más imágenes y sabía que fue Reina? Dios, si se lo enseñara a Amon o a Dante Leone… No me atrevía a pensar qué pasaría—. Aiden, júrame que nadie más tiene estas grabaciones.

Me estudió, con su mirada firme y fría.

—Soy el único que tiene estas grabaciones, y seguirá siendo así si vienes conmigo.

TREINTA Y UNO

AIDEN



Raven era lista y sabía que no había otra opción que venir conmigo. ¿Debería sentirme culpable por haberla forzado? Quizás, pero no lo estaba. Ni siquiera un poco.

—Somos tú y yo, *mo cuishle* —añadí con arrogancia—. Probaste tu libertad, pero ahora nos vamos a casa.

Sus hombros se hundieron y vi cómo la delicada piel de su garganta se movía mientras tragaba.

—¿Dónde es casa?

—*New York*, pero primero… Tendremos nuestra luna de miel.

Apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—No quiero una maldita luna de miel.

—No obstante, la tendremos. Como dijiste, soy viejo y ya es hora de que me des un heredero.

Una inquietud cruzó su rostro antes de que la controlara en una máscara neutra.

—Jesucristo, ¿cómo puede alguien ser tan atractivo y a la vez tan demente? —murmuró.

Sonreí, extrañamente satisfecho. Al menos ella me encontraba atractivo. Era un buen comienzo. Quizá si la follaba hasta el olvido, la convencería de que tenía todas mis facultades.

—Vamos a salir de este apartamento —ordené, extendiendo la mano—. Vendrás voluntariamente y con más que ganas, y te

prometo que nadie verá ese video jamás. Pero si me jodes…

Por la forma en que apartó mi mano, supo exactamente a qué me refería.

—¿Puedo al menos pasar al baño antes de irnos? —soltó enojada.

Entrecerré los ojos, estudiándola con desconfianza. Acababa de salir del baño.

—No —respondí finalmente, sin querer arriesgarme a que se me escapara de las manos—. Como acabas de salir del *baño*, seguro que puede esperar hasta que lleguemos a mi casa.

Me fulminó con la mirada y siseó.

—Te vas a arrepentir, Aiden.

Luego pasó junto a mí con la cabeza en alto. Sonreí, siguiéndola mientras salía del dormitorio. Mi mirada se detuvo en la hermosa curva de su trasero, a pesar del vestido feo que llevaba. Era imposible no admirar cómo su ropa ceñía sus curvas, especialmente su cintura y sus caderas.

Hizo que mi polla temblara y no podía esperar a follarla. Lo haría sin parar y la cansaría con mi lengua y mi polla, luego escucharía sus gemidos hasta que estuviera tan obsesionada conmigo como yo con ella.

Se me ocurrían muchos métodos, todos demasiado sucios, para conquistarla.

Por suerte, no nos encontramos con nadie, y cuando llegamos a mi SUV estacionada al frente del edificio, mis hermanos bajaron del vehículo.

—Por fin —gruñó Tyran—. ¿Qué hicieron ahí arriba ustedes dos? Probablemente reflexionar sobre sus elecciones y malas decisiones.

—Probablemente se echaron un rapidín. —Fue la brillante réplica de Kyran mientras abría la puerta para Raven y le ofrecía su mano como un caballero.

—Ja, ja… qué gracioso —refunfuñó Raven, lanzándole una mirada fulminante.

—Ponte al volante —ordené, dándole un golpe en la mano y cerrando la puerta antes de que Raven pudiera entrar.

Luego abrí la puerta del asiento trasero y le hice un gesto a Raven para que entrara.

—¿En serio? —Me lanzó una mirada exasperada y luego se colocó en el asiento. La seguí, observando cómo se alejaba lo más posible de mí. Fue como un *déjà vu*, y juré que sería la última distancia que tendría de mí.



Cuando nos dejaron en mi casa, envié a mis hermanos de vuelta al apartamento de Raven para que recogieran todas sus cosas, indicándoles que también pararan en la galería donde trabajaba y recogieran su equipo de pintura. No iba a interponerme en su pasión, pero no había manera de que la dejara volver allí.

Desde la noche que pasamos juntos hacía seis semanas, había montado un estudio para ella aquí. Todavía tenía el de mi *penthouse* de *New York*. Estaba terminado tras la explosión, mas no podía soportar convertirlo en otra cosa. Y ahora me alegraba de no haberlo hecho.

En cuanto se fueron, tomé a mi esposa en brazos.

—¿Qué haces? —chilló, con su mano en mi pecho.

—Dormitorio —gruñí.

Saciaría esa intensidad ardiente que había entre nosotros. Quería oír mi nombre coreado en sus labios una y otra vez mientras se desmoronaba debajo de mí. O encima de mí, me daba igual, carajo.

Lo único que sabía era que estaba cayendo en espiral rápidamente y que la quería en este torbellino conmigo. Maldita sea, quería su amor porque ni de broma iba a estar solo en esto, carajo. Me enterraría tan profundamente dentro de ella que nunca más pensaría en dejarme.

La acosté suavemente en la cama, con emociones violentas retorciéndose en mi pecho, mientras sus ojos se fijaban en mí. Me picaban las manos por tocarla por todas partes.

Incapaz de resistirme, recorrí su cuello delgado con las yemas de mis dedos y bajé la cabeza para darle un beso allí, justo donde latía

su pulso.

Inhalé profundamente, absorbiendo su aroma femenino en mis pulmones, mientras un escalofrío sacudía su cuerpo. Pero ella yacía inmóvil.

Rocé mi boca contra su oído, mis dientes raspando el costado de su garganta.

—Te voy a follar —solté con voz áspera y oscura—. Y voy a hacer que te corras una y otra vez. No pararé hasta que me lo supliques.

Se estremeció, su gemido bajo ensordecedor en el silencio. Dios, los ruidos que hacía serían mi perdición.

—Nunca suplicaré.

Me reí.

—Ya veremos.

De un solo movimiento, le arranqué el horrible vestido, dejándola solo en bragas. Mi mano bajó por su cuerpo, acariciando su pecho desnudo, y ella se arqueó encima de la cama. La visión de su figura era digna de admirar.

Seguí bajando por su vientre suave, quitándole las bragas. Yacía desnuda en la cama, como una *Madonna* lista para ser pintada. Lástima que mataría a cualquier maldito artista que se atreviera a pintarla desnuda.

—Este coño es mío —murmuré en su cuello, deslizando mis dedos entre sus pliegues mojados—. Tu cuerpo es mío.

Enrosqué mis dedos dentro de su coño caliente y su cabeza se agitó contra la almohada.

—Quiero verte desmoronarte por mí. —Ronroneé, frotando su clítoris hinchado mientras movía los dedos dentro y fuera de ella.

—Solo recuerda —gimió, lamiéndose los labios—, solo estoy aquí porque tú estás… estás chantajeándome.

Ignoré sus palabras, fijándome en su boca. Quería sus labios carnosos rodeando mi polla, pero no pude resistirme a que sus preciosos pechos lo hicieran primero. Además, tenía toda la intención de hacerla gritar y suplicar para acabar.

Bajando mi boca por su cuerpo, metí un pezón tenso en mi boca y lo chupé, provocando la punta endurecida con mis dientes. Sus gemidos resonaban por toda la habitación.

—Solo tendrás un orgasmo por mí —ordené—. Tu cuerpo es mío para hacer con él lo que yo quiera.

Su dulce coño se apretó alrededor de mis dedos, palpitando con codicia, y su piel se sonrojó de carmesí. Observé fascinado cómo se extendía por su piel pálida.

—Aiden. —Jadeó, aferrándose a las sábanas—. Yo… Tú…

Su voz tenía un matiz de deseo y el bastardo que llevaba dentro de mí lo disfrutaba. Añadí un tercer dedo, estirando sus paredes apretadas para acomodar mi polla. Pero antes, quería que se desmoronara por mí.

—¿Me esperaste? —La pregunta surgió de la nada y sus ojos entrecerrados y lujuriosos se cruzaron con los míos—. ¿Por eso seguías siendo virgen?

Joder, tenía tantas ganas de que dijera que sí, y peor aún, esperaba que dijera que había soñado conmigo durante los últimos cinco años.

Sin embargo, no lo hizo.

En cambio, su abdomen inferior se arqueó mientras abría las piernas, dejándome ver sus muslos cubiertos de excitación.

—Mi esposa —gruñí, moviendo mis dedos dentro y fuera. Sus jadeos se hacían cada vez más fuertes, sus movimientos bruscos al seguir el ritmo de mis dedos, embestida por embestida—. Vas a romperte por mí, y luego te voy a follar hasta que me supliques que pare.

Eso fue todo. Sus labios formaron una O, su centro se tensó y gritó. Echó el cuello hacia atrás mientras su orgasmo la recorría y sollozos entrecortados salían de su deliciosa boca, mi nombre no era más que un susurro en sus labios. Deslicé mis dedos y mantuve su mirada a la par que los lamía para limpiarlos. Un pequeño temblor escapó de sus labios en tanto el deseo brillaba en sus ojos.

Me levanté y empecé a quitarme la ropa cuando ella respiró.

—Más despacio. —Alcé las cejas en señal de pregunta—. Si vas a desnudarte, hazlo de una forma que la disfrute.

Mis labios se curvaron en una sonrisa satisfecha y arrogante. Adiós a: "estar aquí solamente porque la había chantajeado". Sin embargo, sería un tonto si lo señalara en este instante. En cambio,

accedí y me tomé mi tiempo para quitarme la camiseta, luego los *jeans*, e incluso me quité cada calcetín de una manera molesta y lenta.

Pero no había manera de que parara mientras ella me miraba con esa expresión hambrienta, mordiéndose el labio, carajo.

Una vez desnudo, me subí por su cuerpo.

—Abre las piernas para mí —decreté mientras acariciaba mi polla adolorida y goteando. Obedeció sin dudar—. Ahora usa tus dedos para abrir ese bonito coño rosado y muéstrame lo mojada que está mi mujer.

Un suave gemido escapó de sus labios, un rubor se extendió por su cuello hasta el pecho. Sus dedos temblaban mientras seguía mis instrucciones, y no había algo que me excitara más que ver a mi esposa tan abierta conmigo, tan lista.

—Qué buena esposa —la elogié, con la mirada en su coño hinchado y brillante. Mis manos se posaron en sus caderas mientras la atraía hacia mí. Como si no pudiera resistirse, levantó las caderas —. Mi mujer codiciosa —tarareé.

Cerré un puño alrededor de mi polla, guiándola hacia su coño resbaladizo, y empujé solo la punta contra su entrada caliente. Su calor me hizo sisear entre dientes. Apenas había deslizado una fracción, y estaba a punto de abandonar todo control.

—Por favor, Aiden —sollozó, con las palabras entrecortadas—. Te necesito ya.

—Tengo que follarte duro —gruñí, mi control vacilando mientras embestía su vagina apretada, llenándola hasta el fondo. Luego me retiré, dejando la punta presionando su entrada que se apretaba a mi alrededor.

—Oh, Dios mío. —Jadeó, su cabeza golpeando las almohadas mientras levantaba las caderas de la cama—. Dámelo. Duro.

Toda mi arrogancia de hacía un rato se evaporó y me quedé con un anhelo salvaje y un deseo descontrolado. Mis dedos se clavaron en su piel y la atravesé de una sola embestida brusca. Casi perdí la cabeza cuando su calor y humedad me envolvieron. Ambos gritamos del intenso placer.

—¿Quién te está follando? —Mi siguiente asalto fue más duro.

—¡T-tú!

—Di mi nombre —ordené bruscamente—. ¿Quién?

—Aiden —gimió.

Force mi lengua entre sus dientes, follándole la boca y el coño al mismo tiempo. La bestia dentro de mí exigió que la reclamara con fuerza, para que no quedara ningún recuerdo de su deseo de dejarme.

La penetré con fuerza, una y otra vez, empujando su cuerpo contra el colchón.

—Aiden… Aiden… *¡Aiden!* —gritó, sus gemidos al ritmo de cada una de mis embestidas.

—¡Ah, carajo!

—Sí… sí… sí… No pares, demonios —cantó contra mi boca, fuera de sí, consumida por la necesidad.

Me estaba llevando a un frenesí de deseo por ella. Arqueó la espalda y enroscó sus piernas a mi alrededor. Me movió aún más profundo hasta que todo su cuerpo tembló debajo de mí y mi siguiente embestida me clavó profundamente dentro de ella. No era suficiente. Por mucho que la follara, nunca sería suficiente. Mi boca se aferró a su cuello y rocé su piel suave con mis dientes.

Esta vez, todo el mundo sabría que era mía porque marcaría cada centímetro de ella.

Raven Callahan era toda mía, carajo. Agarré sus caderas mientras la embestía sin pensar, apareando como una bestia. Reclamándola.

—Aiden —gimoteó—. Oh… Dios… Yo…

—¡Córrete para mí! —rugí, apartando mi boca.

Exclamó mi nombre, forcejeando y temblando contra la fuerza del clímax que la atravesaba.

Embestí su vagina apretada mientras ella se desmoronaba a mi alrededor, mi frente pegada a la suya, mi propio orgasmo haciéndome girar hacia el vacío, donde no había nada salvo nosotros. Mi esposa y yo.

Me corrí más fuerte de lo que nunca lo había hecho, eyaculando dentro de ella y llenándola con mi semilla.

Una paz desconocida se apoderó de mí, tomándome desprevenido mientras rodaba hacia un lado, llevándola conmigo. Su respiración era pesada y nos quedamos pegados, con el pulso acelerado. Noté su cuerpo suave y flexible cuando salía suavemente de ella.

Le mordisqueé el cuello con cariño, su pecho subía y bajaba, y sentía cómo me ponía duro.

—¿Otra vez? —preguntó sorprendida, hundiendo su rostro en mi cuello—. Pensé que los hombres viejos no aguantaban tanto.

Me reí, gimiendo mientras ella acariciaba mi cabello y mi cuero cabelludo con sus uñas.

—Voy a hacer que pagues por eso.

Mi verga estaba dura, la sed de ella insaciable. Tenía que ser el hecho de que había soñado con ella durante cinco años, la había llorado, y ahora… Ella estaba aquí. Muy viva y lista para entregarse a mí.

—Antes de que lo hagas, ¿puedo ducharme? —murmuró con una expresión satisfecha, con los ojos cerrados.

Una parte de mí quería prohibirle que se duchara para que oliera a mí. Mierda, estaba perdiendo la razón.

—Buena idea —dije rápidamente—. Nos ducharemos juntos.

Moviéndome ligeramente, me reí al verla envolver la sábana sedosa de color crema antes de levantarse.

Me lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué es tan gracioso?

—Te he visto desnuda, Raven. No hace falta que escondas tu cuerpo de mí.

Puso los ojos en blanco.

—Eres imposible.

Se movía por la habitación, murmurando sobre su esposo insoportable y cómo necesitaba sus productos de cuidado de la piel.

—¿Cuánto tardarán tus hermanos en traer mis cosas? —preguntó mientras se giraba, sus ojos verdes oscureciéndose por el deseo, y me quedé quieto mientras ella recorría mi cuerpo con su mirada. Raven era una mujer desenfrenada y yo estaba más que agradecido por eso.

—Si son listos, no volverán esta noche —pronuncié con tono arrastrado—. Si no, tendré que matarlos, porque aún no he tenido suficiente de ti.

—Quizá me salga con la mía y cumpla mis fantasías perversas *contigo* —replicó, sonrojada.

No pude evitar deleitarme con el hecho de que mi esposa se desconcertara por su hambre de mí. Para mi pesar, en vez de seguir con su manera de ser perversa, se dirigió al baño.

Me levanté de la cama y estaba detrás de ella en un abrir y cerrar de ojos.

—Aiden —se quejó, aún de espaldas a mí—. ¿Puede una chica tener un poco de privacidad?

—Una chica puede. Mi esposa no —gruñí, tomando su muñeca y obligándola a mirarme.

—Bien —siseó—. Entonces mira mientras me ducho, pervertido.

Mi agarre en su muñeca se aflojó y tomé su otra mano, la que sujetaba la sábana contra su pecho, y aparté sus dedos, observando cómo el material se deslizaba de su cuerpo y caía al piso de azulejos.

Iba a follármela otra vez.

—Aiden, no puedes…

Apreté mis labios contra los suyos, silenciándola mientras sujetaba su culo. Sus piernas se enredaron a mi alrededor y nos metimos en la ducha. El sensor de movimiento activó el cabezal y los chorros de agua a temperatura ambiente cayeron sobre nosotros.

Nuestras lenguas se enredaron, la necesidad lo consumía todo por completo. Empujándola contra el azulejo, deslicé mis labios por su cuello mientras ella echaba la cabeza hacia atrás, dándome mejor acceso.

Mi polla palpitaba ante su muestra de sumisión.

Mordí su piel suave, una mano aún sosteniéndola por el culo. Por impulso, llevé mi otra mano libre a su boca, mi dedo recorriendo sus labios carnosos. Como por instinto, sus labios se entreabrieron y su boca se cerró sobre mi dedo, su lengua deslizándose por la punta.

—De rodillas. —La exigencia áspera salió de mi boca y, en lugar de indignación, se deslizó hasta el suelo. Joder, cómo me gustó eso.

—Me complaces, esposa —halagué mientras me miraba con adoración, sus ojos brillando de deseo—. Envuelve esos labios carnosos alrededor de mi polla.

—¿Quiere follarme la boca, Señor? —susurró, con la piel sonrojada de nuevo. Fue tan excitante, carajo. Llegué a la conclusión de que mientras hablara sucio, mi esposa me dejaría follarla todo el día.

—Sí, así es. Ya no hables. —Carraspeé—. Toma mi verga como sé que quieres.

—Sí, Señor. —Mis labios se curvaron en una media sonrisa. Debía tener la última palabra, ¿no? Pero antes de que pudiera castigarla, su mano agarró la base de mi longitud, haciendo que se estremeciera al tocarla.

Me tomó profundamente en su cálida boca y un gemido escapó de mí mientras me deslizaba hasta el fondo de su garganta, bombeando su mano suave arriba y abajo por mi miembro. No podía apartar mi mirada, memorizando cada segundo de ella así: la cabeza moviéndose de un lado a otro a la par que lamía y chupaba.

Justo como la vez anterior, no esperaba durar mucho.

Mi mano rodeó su nuca y deslicé mis dedos en su cabello, apretándolo con el puño. Lo jalé suavemente, asegurándome de que sus ojos estuvieran puestos en mí mientras chupaba.

Mi polla se deslizó de su boca y sus ojos se alzaron, con titubeo en su mirada oscura.

—¿Pasa algo? —inquirió mientras gotas de agua caían sobre mi espalda, cubriéndole la cara.

—No, todo es perfecto —murmuré—. Tu boca se siente demasiado bien.

Sus manos llegaron a mis muslos y guie mi polla de vuelta a su boca. Su lengua giró alrededor de la punta y yo moví las caderas hacia adelante.

—Sí, demonios… Justo así. Qué buena esposa —elogié.

Ella hizo un pequeño sonido de *mmmm* , como si también lo estuviera disfrutando, y eso lo hizo aún mejor para mí. El movimiento de su cabeza se ralentizó y extendí la mano, entrelazando mis dedos en su sedoso cabello negro.

—No te detengas. No pares hasta que te lo diga, maldita sea.

Sus ojos se fijaron en mí, y sus gemidos mandaron vibraciones a través de mi espalda.

—Así es, *mo cuishle* —dije con voz áspera—. Carajo, justo así. Tómame todo.

Fui a sacar mi polla de su boca antes de correrme por toda su lengua y por su garganta. Aunque era exactamente lo que quería hacer, quería untar mi semen en cada parte de ella.

Pero Raven se negó a dejar que mi polla se deslizara de sus labios, chupándome más fuerte, lamiendo, hasta que me derramé por su garganta. La vi batallar para tragársela y luego su lengua se deslizó por su labio, tomando cada gota.

La levanté y apreté mis labios contra los suyos, saboreándome a mí mismo.

—¿Te gustó que te follara tu bonita boca?

—Sí, Señor.

—Tu boca es el paraíso. No puedo esperar a hacerlo de nuevo…

Gimió, apretando sus muslos, y se dejó caer contra mí.

—Eso me encantaría —susurró.

Y luego la follé una y otra vez. El sol estaba saliendo en el horizonte cuando me suplicó que le diera un respiro.

TREINTA Y DOS

RAVEN



Desperté con la sensación del calor de Aiden, mi cuerpo acurrucado contra él y mi rostro en su pecho, su corazón firme latiendo bajo mi mejilla. El aroma familiar del cuero lo impregnaba, terroso y reconfortante, y me acurruqué más cerca, queriendo con ansias llenar mis pulmones.

A la suave luz de la mañana, sus rasgos no estaban en alerta y parecía diez años más joven. Las líneas duras que normalmente marcaban sus rasgos habían desaparecido, sustituidas por una calma rara que hizo que me doliera un poco el corazón.

Por un momento, me quedé quieta, memorizándolo así. O quizá recordando cómo era antes de que mi vida cambiara para siempre en esa explosión.

Sin querer volver a los fantasmas de los que había estado huyendo durante los últimos cinco años, me obligué a moverme, centímetro a centímetro, asegurándome de no despertarlo. Esta vez no escaparía, no sin poner en peligro la vida de mis amigas.

Me aparté de debajo de las sábanas. El colchón se hundió y crujió bajo mi peso, ruidoso en el silencio, mas no me detuve. Mis pies sonaban contra el suelo frío mientras agarraba su camisa tirada y mis bragas.

Una vez vestida, salí del dormitorio y me encontré directamente con dos caras conocidas.

—Buenos días, cuñada —saludó Tyran con una sonrisa demasiado satisfecha para tan temprano en el día.

Suspiré, frotándome los ojos para quitarme el sueño.

—¿Ustedes solo están parados así allí? De verdad es perturbador.

Los gemelos no se movieron. Simplemente se quedaron uno al lado del otro en el pasillo, observándome. Me jalé la camiseta más abajo de las rodillas y crucé los brazos sobre mi pecho.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté.

—Acabamos de volver —respondió Kyran.

Bien, suponía que eso fue un punto a favor. Cuando no se movieron, solté un suspiro exasperado.

—Bueno, nos vamos a quedar aquí en el pasillo, ¿o qué?

Los gemelos se miraron y luego se rieron.

—No debiste dormir mucho, teniendo en cuenta lo gruñona que estás —comentó Tyran con una ceja arqueada.

Puse los ojos en blanco.

—¿Ustedes practican el ser raros o les sale de forma natural?

Ignorándolos lo mejor que pude, con mis mejillas ardiendo de vergüenza, pasé de largo y me dirigí a la sala. Deseaba encontrar una salida, o al menos un espacio para respirar.

Pero en el momento en que crucé el arco, me quedé helada.

La enorme sala, con sus techos altísimos y su candelabro brillante, había sido completamente transformada. El confeti brillaba como pequeñas estrellas sobre el piso pulido, captando la luz. En el centro de la sala se encontraba una mesa redonda cubierta de lino blanco impecable, coronada con un impresionante arreglo de rosas rojas. La hiedra se extendía delicadamente alrededor del jarrón, enrollándose hacia arriba como si sujetara las flores en un abrazo suave.

Una música suave flotaba en el aire, clásica, quizás, o algo parecido, llenando el espacio con una calidez que no esperaba.

Parpadeé, dando un paso titubeante hacia adelante.

—¿Qué… Qué es esto?—Respiré, con mis ojos muy abiertos mientras lo absorbía todo.

Kyran se encogió de hombros.

—Pregúntale a tu esposo.

—Está durmiendo, así que se los pregunto a ustedes —susurré, incapaz de apartar la vista de la escena.

—Aiden quería sorprenderte —informó Tyran, con un tono inusualmente cálido.

—Creo que lo llamó "empezar de nuevo" —murmuró Kyran, con los brazos cruzados—. Aunque, si fueras mi esposa, no habría forma de empezar de nuevo. Te estrangularía.

—Kyran —replicó enojado Tyran, lanzando una mirada cortante a su hermano.

—¿Qué? —contesto Kyran, levantando las manos con una inocencia fingida—. Legalmente, ya está muerta de todas formas.

Entrecerré los ojos.

—Imbécil.

—Claro que lo soy, maldita sea —dijo sin perder el ritmo, endureciendo su expresión—. No estuviste allí para ver cómo tu muerte… —Hizo comillas en el aire alrededor de la última palabra—. Lo destrozó. Se culpaba a sí mismo, bebía hasta casi morir y se lanzaba a situaciones peligrosas a diario.

—Y no olvidemos —añadió Tyran en voz baja—, la guerra que tu desaparición desató entre nuestras familias.

Abrí la boca para protestar, pero Tyran levantó una mano.

—No tienes que defenderte ante nosotros —interrumpió rápidamente—. Aiden quiere empezar de nuevo y lo apoyaremos, pero dejemos algo en claro: si vuelves a lastimar a nuestro hermano, tendrás que lidiar con nosotros.

Tragué saliva, la culpa y posiblemente la admiración por su amor y lealtad hacia su hermano llenando mi pecho.

—Es mejor hombre que yo —agregó por lo bajo Kyran, apartando la mirada—. Pero está bien. Un nuevo comienzo y mejor que el anterior.

Miré a ambos hombres, las palabras atascadas en mi garganta. No había nada "mejor" en esto, y temía que saliera peor que la última vez.

Pero me guardé esas palabras y me di la vuelta, me dirigí a la sala y me lancé al sofá. Los cojines cedieron debajo de mí, pero no suavizaron el peso que me oprimía.

TREINTA Y TRES

AIDEN



Me desperté de golpe, con el corazón golpeando contra mis costillas ante la ausencia de la suave figura de mi esposa.

Por un segundo, el miedo me apretó tanto la garganta que apenas podía tragar. Pero entonces escuché las voces. Escuché el gruñido grave de Tyran, el sarcasmo de Kyran y la suave risa de Raven. Suspiré, pasándome una mano por la cara.

La habitación olía a mi esposa y a sexo. Me faltaba la camisa, pero el vestido de Raven yacía hecho bola en el suelo y mis *jeans* estaban tirados en la silla por mi *striptease*.

Me los puse y salí a la sala.

Debería haberme despertado antes que Raven, dejar que viera la sorpresa desde el primer parpadeo. Después de que se durmió, había arreglado la sala y el comedor de una manera que pensé que podría apreciar. No era buen decorador, pero busqué en tutoriales de YouTube y pensé que lo había hecho bien.

Lo que importaba era la intención, y este sería el desayuno como celebración de bodas que nunca habíamos tenido en realidad. Algo que debí haber hecho la primera vez.

No era demasiado tarde, tenía que creerlo. Había leído sobre cosas románticas que les gustaban a las chicas, así que aquí estábamos.

Crucé el umbral de la sala, contemplando la escena.

El candelabro proyectaba un halo cálido sobre mi esposa, el confeti crujía bajo sus pies mientras se movía. Estaba sentada en la mesa redonda, sus dedos rozando los pétalos de rosas mientras sonreía de la misma manera que hacía cinco años: suave, tímida, resplandeciente.

La escena me dejó sin aliento. El hecho de que mis hermanos fueran la causa de todo eso me robó la cordura. ¿Cómo se atrevían a hacerla sonreír así? Yo era el que había estado despierto toda la puta noche, no ellos.

Estaban parados como idiotas, rondando a su alrededor. Kyran tenía la expresión de alguien que se divertía y estaba harto a la vez. O quizás estaba molesto porque se divertía. La expresión de Tyran era más contenida, pero la diversión brillaba en sus ojos.

Los ojos de Raven encontraron los míos y se abrieron de par en par, un rubor subiendo por su piel de marfil. Joder, a este ritmo estaríamos pasando muchísimo tiempo en la cama y, aunque no me importaría, necesitábamos hablar y aclarar algunas cosas.

Les lancé a mis hermanos una mirada de desprecio, y tal vez un poco de celos. Naturalmente, me ignoraron.

—Ustedes dos —dije, con voz baja y feroz—. Espero que se hayan comportado.

—*Oh,* claro que lo hicimos —replicó Kyran. No estaba dispuesto a confiar en él, pero Raven no parecía exactamente molesta, así que esta vez lo dejé pasar.

Tyran cruzó los brazos.

—Como decidiste dormir hasta tarde, le hicimos compañía a tu esposa.

—¿Qué clase de novio duerme hasta tarde en su desayuno de bodas? —señaló Kyran con tono arrastrado—. No uno muy bueno, si me preguntas.

Ignorando a mis hermanos, crucé los últimos metros y, sin pensar mucho más allá de preservar la vista de su sonrisa, la levanté de la silla y la senté en mi regazo.

Chilló sorprendida.

—¿Qué estás haciendo?

—Sosteniendo a mi esposa —repliqué.

—¡Tus hermanos están aquí! —protestó, su rubor igualando las rosas del jarrón.

—Si les molesta, que se vayan. —Mis dedos encontraron la parte baja de su espalda, retorciéndose en la tela de mi camisa. Su cabello olía a rosas y lluvia, un aroma que me había perseguido durante cinco años—. Siempre deberías ponerte mis camisas.

Kyran hizo un sonido de broma como si estuviera a punto de vomitar.

—*Ugh.* Ten piedad.

Tyran puso los ojos en blanco, pero su sonrisa era sincera.

—No estropees esto. Aiden no lo olvidará y sabes que la venganza es una perra.

Raven levantó la cabeza, estudiándome.

—Todo esto… Es demasiado.

—No lo es —comenté, mientras mi pulgar trazaba un círculo perezoso en la base de su columna—. Ya era hora.

La culpa y algo más cruzaron su expresión, pero desaparecieron tan rápido como aparecieron. No me gustó, pero confirmó que los dos teníamos mucho, cinco años, de conversación por tener.

Kyran aplaudió una vez, sarcásticamente.

—*Aw.* ¿Podemos vomitar todos ahora?

Tyran dio un paso adelante y me dio una palmadita en el hombro, apretando en señal de apoyo.

—Ignóralo. No ha hecho más que hablar de decoración de bodas durante las últimas veinticuatro horas.

—No es cierto —protestó Kyran—. En fin, hay un tema más importante que tratar.

Se me alzaron las cejas.

—¿Cómo qué?

Sus ojos se fijaron en Raven.

—El estado de tu apartamento.

Se tensó y enderezó la espalda.

—¿Qué quieres decir? Estaba bien cuando me fui.

Kyran se encogió de hombros.

—Parecía como si un tornado lo hubiera arrasado.

Los ojos de Raven se entrecerraron al mirar a mis hermanos.

—¿Vieron a mis amigas?

Tyran negó con la cabeza.

—El lugar estaba vacío.

—Dios mío, ¿y si les pasó algo? —Raven salió corriendo, claramente angustiada por sus amigas. Sus ojos iban de mis hermanos a mí—. ¿Podemos ir a revisar?

—Estoy seguro de que están bien —razoné, ya tomando mi teléfono y escribiéndole un mensaje a Kingston—. Haré que vean cómo están tus amigas.

—Seguro que sí —afirmó Tyran—. No había señales de sangre por ningún lado.

Los ojos de Raven se clavaron en los míos, y supe que debía estar pensando en Angelo Leone. Las chicas habían hecho un buen trabajo borrando cualquier evidencia de lo que habían hecho.

Mi teléfono pitó y lo desbloqueé, escaneando el mensaje.

—Todas las chicas están vivas y bien —notifiqué, manteniéndolo vago. No había manera de que le dijera que: Reina había sido secuestrada, que Phoenix había desaparecido y que Athena aparentemente estaba con Manuel Marchetti, aunque estaba en debate si era por voluntad propia o no.

—Bien, ahora que lo hemos aclarado, nos vamos —anunció Kyran —. Hemos pasado nuestro tiempo con tu esposa, Aiden. Ahora ustedes dos pueden arreglar sus asuntos. Supongo que no nos necesitas para eso.

—Acertaste —respondí con sequedad.

El confeti crujía bajo sus botas mientras se daban la vuelta y se marchaban, ninguno nos dedicó una mirada de despedida.

Observé a mi esposa y la forma en que estaba acurrucada contra mí, con una expresión reservada. Sus pequeñas palmas estaban apoyadas en mi pecho, el latido constante de mi corazón aprendiendo a alinearse de nuevo con el suyo.

Y mientras tanto, no podía evitar preguntarme qué pasaba por su mente. ¿Estaba planeando en silencio su próximo movimiento o cuestionando en silencio este matrimonio?

TREINTA Y CUATRO

RAVEN



Estaban sucediendo tantas cosas demasiado rápido.

La prueba de embarazo sin revisar que seguía en mi apartamento. Mis amigas estaban desaparecidas, o tal vez era solo yo, no podía decidir. Mis pensamientos iban a mil por hora y me costaba seguir el ritmo. Necesitaba un momento de tranquilidad para respirar y averiguar dónde demonios estaba parada en todo esto.

El peso de nuestro pasado compartido pendía mucho, y por más que intentara quitármelo de encima, no podía olvidar la promesa que le hice a mamá. Pero luego estaba lo de la noche anterior. Una cantidad significativa de resistencia había sido eliminada, o debería decir sacada de mí con sexo.

No sabía qué hacer a partir de aquí.

Sentí que me habían dejado en una realidad alterna donde las reglas no valían y los sentimientos tenían peso.

—¿Y ahora qué? —susurré.

Podía notar que había más cosas en su cabeza.

—Tenemos nuestro desayuno de bodas y la luna de miel.

Parpadeé.

—¿No crees que ese barco ya ha zarpado?

Se encogió de hombros como si acabara de compartir la noticia de que el cielo era azul.

—Nunca es demasiado tarde, y yo estoy al mando. Tómalo como un gesto de buena voluntad. Un nuevo comienzo.

«¿Nunca es demasiado tarde? ¿Un nuevo comienzo?» Debía de estar loco.

—Aiden, me chantajeaste y me obligaste a venir. Otra vez. No hay nada nuevo en esto.

—Es lo que nosotros queramos que sea —insistió—. Podríamos seguir mirando al pasado y perdernos en él. O podemos elegir mirar hacia adelante.

—Hay demasiadas cosas que nos pesan a los dos como para olvidar el pasado —objeté en voz baja.

Negó con la cabeza.

—No lo creo. Ambos nos mantuvimos fieles. Tú, pensando que nunca me volverías a ver, y yo, creyendo que estabas muerta. Nuestro comienzo fue duro, quizás incluso forzado, pero sacamos lo mejor de él. ¿No es así?

—Quizá —respondí vagamente, incapaz de superar la muerte de mi madre y la explosión que la mató. Empezó y terminó con los Callahan, que llevaron a mi cruel padre hasta nosotras. No pensé que esto pudiera ser una de esas cosas que había que perdonar y olvidar, pero mi tonto corazón quería *perdonarlo*. *Tenerlo*.

Mi mente luchaba por ponerse al corriente, pero cuanto más lo pensaba, más sentía que me ahogaba en contradicciones. ¿Cómo iba a aceptar esto si la última vez que terminaron las cosas entre nosotros, me quitaron a mi madre? Y luego estaba el hecho de que nos tenía amenazadas a mis amigas y a mí. Sí, esto no parecía un nuevo comienzo, sino una repetición del anterior.

Me acomodé en su regazo para poder mirarlo.

—Aiden… —Me quedé en silencio, sin saber qué decir que no me arriesgara a más caos. No quería acusarlo de empujarme en la dirección que él quería que tomara.

—Ya hemos estado aquí antes. Hemos hecho este baile y no funcionó. ¿No crees que deberíamos…?

Me quedé paralizada cuando su cuerpo se tensó debajo de mí, el cambio en su energía tan repentino que parecía una corriente mortal entre nosotros.

—No te atrevas a decir "acabar con esto", Raven —renegó, su voz baja y peligrosa, la intensidad de su mirada convirtiendo mi sangre en hielo. No había duda de la advertencia en sus ojos—. Te juro por Dios que no me haré responsable de lo que pase después.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, pero no fue solo su voz lo que me inquietó. Era la crudeza en su tono, el filo de algo oscuro lo que hacía que mi corazón diera un vuelco y mi cuerpo ardiera.

Y maldita sea, volví a lo único que sabía que aseguraría que olvidara lo que acababa de decir.

Golpeé mi boca contra la suya, preparándome para el rechazo, pero fue lo que siguió lo que me hizo desmoronarme.

Aiden me besó como si estuviera muriendo y yo fuera lo único que podía mantenerlo con vida. Le rodeé el cuello con los brazos, pero él rápidamente tomó el control.

Profundizó el beso, animándome a deslizar lentamente mi lengua contra la suya, y mi cuerpo se derritió contra él.

Su brazo alrededor de mi cintura se apretó, acurrucándome contra él, y sentí lo duro que estaba. El recuerdo de lo bien que se sentía su polla me volvía codiciosa. O quizá demente. Porque… *Quería* que me follara.

Monté su muslo y él gimió en respuesta, mordisqueando mi labio inferior, la larga línea de mi cuerpo encajando contra el suyo, ancho y musculoso.

Aiden estaba duro por todas partes y, aunque sus manos fuertes y anchas podían dar mucho placer, también sabía que podían matar. ¿Llegaría alguna vez al punto de querer matarme? No quería descubrirlo.

Era un hombre violento, criado en un entorno igual de violento, y yo estaba a su merced.

Aiden debió de notar mi ansiedad porque me agarró la barbilla entre el pulgar y el índice y me ladeó la cabeza, inclinándome para que nuestro beso se volviera sensual, romántico y quizá incluso emocional.

Con cuidado, me moví, mis piernas rodeándolo mientras me montaba sobre él, quedando completamente abierta y empujando

contra su erección.

Parecía que intentaba una seducción lenta, llevando esto al siguiente nivel, lo cual era una idea absurda ya que yo era su esposa. Sin embargo, el esfuerzo me estaba afectando, atravesando mis muros, y una alarma sonó en el fondo de mi mente.

Le agarré los brazos y clavé mis uñas en sus bíceps. Quizás para castigarlo, posiblemente para marcar.

Los labios de Aiden bajaron por mi cuello mientras me arrancaba la camisa.

—Oye —protesté débilmente.

—Es mía —gruñó, inclinando más la cabeza y llegando a mis pechos—. Tengo muchas más.

Dondequiera que su boca tocaba, mi piel ardía. Moví las manos hacia arriba, pasando mis dedos por su espeso cabello, mientras sus labios rozaban la curva de mi pecho.

—Quiero que me folles —demandé. ¿Fue inteligente? Probablemente no. ¿Solucionaría alguno de nuestros problemas? De nuevo, no. Pero en ese momento, no me importaba.

Me estremecía con una necesidad que solo él podía apagar, y hoy decidí darle la vuelta a la situación.

—Quiero la polla de mi marido dentro de mí —gemí.

Tuve que haber dicho lo correcto, porque Aiden sonrió.

—Estoy más que encantado de complacer a mi esposa.

Me levantó y luego me bajó las bragas por las piernas, dejándolas amontonarse alrededor de mis pies descalzos. Salí de ellas, pateándolas lejos. Pero entonces Aiden me sorprendió. Me sentó en la silla mientras se arrodillaba.

Colgó una pierna sobre su hombro y frotó su nariz en mis pliegues, inhalando profundamente.

—Estás empapada por mí.

—Todo por ti —murmuré.

Jadeé cuando su lengua cálida rozó mi clítoris ya sensible, y luego deslizó dos dedos dentro de mí mientras lamía de nuevo mi clítoris.

—Ay, Dios mío… Aiden —gemí, mi voz bajando a un quejido. Me encantaba su rudeza y la forma en que me estiraba con los dedos,

empujando dentro de mí.

Él movió sus dedos dentro y fuera mientras su lengua dibujaba patrones en mi clítoris que me hacían ver estrellas. La tensión crecía en mi columna y mis piernas temblaban, el placer amenazando con estallar en cualquier momento.

Mi visión se nubló cuando él enroscó sus dedos, buscando el ángulo justo para hacerme gritar. Le agarré el cabello mientras sentía que me acercaba al clímax.

Pero justo cuando estaba a punto de llegar, apartó los dedos y su boca de mí.

—No —me quejé—. Estaba tan cerca.

Sonrió con oscuridad.

—Vas a correrte con mi polla dentro de ti.

Se desabrochó los pantalones y se me hizo agua la boca al ver su grueso y duro miembro. Me agarró, colocándome para que volviera a montarlo.

Me penetró con una embestida fuerte.

—Ahora, esposa, grita mi nombre.

Y que Dios me ayudara, lo hice.

TREINTA Y CINCO

AIDEN



Raven dormía en el sofá, acurrucada en los cojines, usando otra de mis camisas, y joder, me encantaba. Se sentía bien, como una confesión tácita de que me pertenecía.

La cubrí con una manta y luego me senté en una silla frente a ella, escuchando sus respiraciones lentas y profundas, sus brazos abrazándose como si fueran su escudo.

No podía apartar mi mirada de ella, la luz de la mañana le reclamaba la piel.

Mi esposa.

Estaba aquí, en mi casa y bajo mi protección, durmiendo plácidamente, y no había manera de que la dejara marcharse.

Sabía que teníamos que hablar de muchas cosas, empezando por, por qué huyó hace cinco años.

Raven me distrajo iniciando el sexo antes, y no había sido lo bastante fuerte para resistirme. Era como si supiera exactamente cómo atraerme, presionar su boca contra la mía, enredar sus dedos en mi cabello como si estuviera tan desesperada por mí como yo por ella. Como si me necesitara. Y quizá así era, pero no de la manera que respondiera a ninguna de mis preguntas.

Mi teléfono vibró sobre la encimera de la cocina, su pantalla parpadeando. Me apresuré a silenciarlo antes de que la perturbara.

Ni siquiera se movió.

Le lancé una última mirada y salí al balcón. El aire otoñal mordía mi piel, fresco y cortante, oliendo levemente a humo lejano de chimenea y al susurro húmedo de las hojas cayendo.

—¿Ya me echas de menos? —dije, con voz baja.

—*Ya quisieras* —replicó Tyran, seco como siempre—. *En realidad quería contarte algo. Algo que vi en la habitación de Raven.*

Me quedé quieto, apretando la barandilla con la mano.

—¿Qué es?

—*De alguna manera se le escapó a Kyran, lo cual ya es un milagro por sí solo*. *Pero yo la vi.* —Hizo una pausa el tiempo justo para alargar el silencio, y se me retorció el estómago—. *Una prueba de embarazo* —continuó—. *Positiva*.

Con una sola palabra, mi mundo entero se detuvo. Resonó, retumbando en mis oídos como una oración. *Positiva*.

Me apoyé en la barandilla, con la respiración atrapada en mi pecho, incapaz de hablar.

—*¿Me escuchaste?* —insistió con cautela.

—Sí —murmuré.

¿Estaba seguro de que le pertenecía a Raven? Al fin y al cabo, cinco chicas vivían en ese apartamento. Pero mi hermano dijo que la encontró en su habitación. No tendría la prueba de embarazo de otra persona en su espacio…

¿Iba a decírmelo? Hasta ahora no lo había hecho.

«Quizá planea huir de nuevo», mi mente se burlaba mientras miraba el borrón de árboles y la ciudad más allá.

Mi corazón latía con fuerza, mis palmas resbaladizas. Un bebé. Me llené de alegría y esperanza, pero también de terror. Especialmente sabiendo el peligro en que estarían ella y nuestro bebé si el contenido de ese maldito video llegara a filtrarse.

No. Perderla a ella, *a ellos*, no era una opción. Le mostraría que quedarse conmigo significaba seguridad y protección. Quizás eso sería algo que la anclaría a mí para siempre. Nuestro bebé cerraría la puerta a cualquier conversación sobre terminar nuestro matrimonio. Nuestro bebé la tendría siendo mía, no solo en unos momentos, sino por completo, para siempre.

—Gracias por avisarme —le mencioné a mi hermano—. Mantenlo entre nosotros por ahora, ¿de acuerdo?

—*Hecho.*

La línea se cortó y revisé mi archivo comprimido donde guardé el video, borrándolo de cada copia digital para que nadie lo encontrara jamás.

Este era mi primer paso para garantizar la seguridad de mi familia. La pregunta era, ¿cuál sería el paso de Raven?

Me giré hacia el apartamento silencioso donde ella seguía durmiendo en el sofá, sin darse cuenta de la tormenta que se gestaba dentro de mí.

TREINTA Y SEIS

RAVEN



Abrí los ojos y el techo se enfocó, una cúpula blanca abovedada con molduras de techo demasiado intrincadas para ser otra cosa que costosas. Estaba en el *penthouse* de Aiden.

Estirándome, escaneé la habitación mientras la cegadora luz de la mañana entraba por las ventanas francesas.

Miré el reloj de pie y me quedé boquiabierta.

—Jesucristo, dormí casi todo el día —susurré, atónita.

Me incorporé de golpe, mirando a mi alrededor con furia.

—¿Aiden? —llamé, notando el leve dolor en la parte baja de mi espalda al ponerme de pie. La manta se me resbaló y cayó al suelo en un charco de cachemir.

—Aiden. —Intenté de nuevo, con el estómago encogido por la incertidumbre.

No hubo respuesta.

Caminé despacio por la sala, mirando cada rincón, y luego pasé a la cocina. Probé en la oficina, luego en una de las habitaciones libres, antes de acabar en el dormitorio de Aiden.

No había rastro de él. Estaba sola.

Si bien me invadió una pesadez, la ignoré mientras seguía hacia la puerta principal, un escalofrío, quizás ansiedad, susurrando sobre mi piel. Jalé el cuello de la camiseta extragrande de Aiden, encontrando consuelo en su aroma a cuero. Olía a él.

Llegué a la puerta principal e intenté abrirla de un jalón, pero me encontré con resistencia.

Vi una consola y busqué en el cajón y la canasta de arriba, pero no encontré ninguna llave.

Debía haberme encerrado desde afuera.

Imbécil.

Paseé un poco, mordiéndome el interior de la mejilla.

Esto no debería haber pasado así. Me susurró cosas al oído, me tocó e incluso se esforzó en hacer un gesto grandioso, solo para dejarme. Pero ¿qué demonios?

Una parte de mí gritaba que debería estar agradecida, pero la otra se sentía un poco… decepcionada. Jesucristo, ¿qué me pasaba?

Un poco de tiempo a solas podría ser justo lo que necesitaba para despejar mi mente.

Debería encontrar la manera de volver a mi apartamento.

No podía quedarme y traicionar los últimos deseos de mi madre. Era lo mínimo que le debía a ella y a su memoria. Ella lo había sacrificado *todo* por mí. Había hecho un desastre enorme. Mamá estaría decepcionada de mí en muchos niveles.

Las paredes parecían cerrarse, presionando contra posibilidades que no estaba preparada para afrontar: la prueba de embarazo.

Seguía en mi apartamento, sin revisar y esperando en silencio… pero más fuerte que cualquier grito. Mi estómago se me revolvió de ansiedad y algo parecido al temor. No estaba preparada para esto. No estaba lista para traer un niño al desastre que era mi vida. Un inocente no merecía nacer en este caos. Mi madre y yo éramos el ejemplo perfecto de por qué era una mala idea.

Y luego, esa vocecita cruel en mi cabeza susurró: *«¿Entonces por qué no usaste protección anoche?»*

Me estremecí.

No tenía respuesta.

Quizás una parte de mí había sido imprudente. Quizás una parte de mí se había estado aferrando a algo peligroso y reconfortante. Mi esposo. Quizás su fuerza y poder pudieran protegerme de las consecuencias. Era un mejor hombre que mi padre.

Maldita sea, estaba envuelta en confusión, un nudo enredado de culpa, miedo y algo que me aterraba nombrar.

Presioné una mano temblorosa contra mi estómago mientras mi mente giraba como un tornado. Las probabilidades de ya estar embarazada eran casi nulas. Tenían que serlo. Tenía problemas mayores que abordar, concretamente la evidencia de mis mejores amigas y mi implicación directa en la muerte de Angelo Leone.

—Si sale a la luz ese video de mis amigas y yo desmembrando a Angelo Leone, necesitaremos toda la protección posible —musité, aunque haría todo lo posible para que ese video nunca saliera a la luz. El mundo no podía saber lo que hicimos. Necesitaba un plan, pero me preocupaba que, fuera cual fuera el camino que eligiera, alguien saldría herido.

Volví a su oficina, esperando encontrar una *laptop* o una computadora que me permitiera localizar el archivo y deshacerme de él. Era un plan espantoso, pero era todo lo que tenía.

Me acerqué al enorme escritorio de caoba y empecé a buscar en los cajones, aunque no encontré nada. Las estanterías detrás del escritorio estaban cubiertas de libros encuadernados en cuero, y parecían ser en su mayoría clásicos decorativos.

No sabía qué hacer a partir de ahí cuando un tono de llamada me sobresaltó. Parecía que Aiden había cargado mi teléfono.

Siguiendo el sonido, lo encontré en la encimera de la cocina.

La pantalla mostró el nombre de Athena y respondí rápidamente.

—*¿Dónde demonios estás?* —soltó, yendo directo al grano.

Me apoyé en el borde de la encimera, frotándome la sien.

—Una mejor pregunta es, ¿dónde demonios estabas anoche? —repliqué—. ¿Y dónde está Phoenix?

Hubo una pausa y se me encogió el estómago, esperando malas noticias.

—*Se fue* —contestó finalmente Athena.

—¿Qué? ¿Por qué?

—*Supongo que para buscar a Reina. Amon la secuestró.*

Se me cortó la respiración.

—Jesucristo. —Estos malditos mafiosos siempre recurrían a los secuestros. De alguna manera, parecía que todo se estaba

desmoronando. Nuestro grupo de amigas, nuestra cordura, todo nuestro maldito mundo.

Sin embargo, la voz de Athena me arrancó de mis pensamientos.

—*¿Dónde estabas anoche?*

Mierda. No tenía una respuesta para ella. Tendría que esquivar sus preguntas.

—¿Dónde estabas *tú*? —indagué, entrecerrando los ojos hacia la ventana—. ¿Y por qué el apartamento estaba tan destrozado?

—*No estás ahí, ¿verdad?*

—No. Me estoy quedando con… —Dudé, no queriendo revelar la verdad—. Un amigo. —Hubo una pausa antes de que añadiera—: Entonces, ¿dónde estás, Athena? ¿Con tu papi italiano?

Ella no era promiscua, así que si estaba con un hombre, estaría con el mismo que mencionó esa mañana en que ambas experimentamos la caminata de la vergüenza.

—*Me embarazó un papi italiano* —soltó de repente.

Me quedé paralizada.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—*Ojalá fuera así.*

Se me abrió la boca de la sorpresa.

—Santos cielos, Athena. ¿Cómo pasó esto?

Suspiró antes de responder.

—*Creo que sabes la respuesta.*

No tenía derecho a juzgarla ni a cuestionarla. Después de todo, mi propia prueba de embarazo que me hice seguía en nuestro apartamento saqueado. Maldita sea, ¿qué probabilidades había de que las dos estuviéramos embarazadas?

Me estremecí, apartando ese pensamiento de mi mente, tal y como había estado haciendo durante las últimas veinticuatro horas.

—Así que… ¿Te quedarás con el bebé? —pregunté despacio, aunque sospechaba la respuesta—. ¿Vas a casarte con el padre de tu bebé?

Me senté en el taburete de cuero y apoyé mi codo en la encimera fría.

—*Dios, estás haciendo un montón de preguntas para alguien que está ahí afuera guardando secretos.*

Resoplé.

—*Pfft.* Tu mierda es más emocionante. Vas a hincharte como un globo.

¿Qué carajos me pasaba?

Se quejó.

—*Vaya, gracias. Qué bueno es contar con tu apoyo. Tengo que irme.*

—¿Por qué? —bromeé—. ¿Vas a tener sexo salvaje y sin protección? Oh, espera, ya hiciste eso bastante.

Declaraciones como esta seguramente tentarían a la suerte y me saldría el tiro por la culata. Acabaría inflada como un globo. Sí, el karma era una perra. O quizás mi conciencia culpable estaba jodiendo conmigo.

—*¿Tú lo harás?* —replicó ella, con el tono más agudo—. *Déjame adivinar, ¿Aiden Callahan?* —Me puse tensa, las emociones girando en mi pecho, y de repente quise llorar. Por mis amigas y por este mundo cruel y jodido. Por el hombre que me cambió para siempre. Y porque ya nada era simple—. *Escucha, lo siento…*

—Me tiene encerrada en su *penthouse* —admití.

Eso le llegó.

—*¿Eh? Que te tiene ¿qué?*

Solté un suspiro pesado, apartándome un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Anoche me encontré con Aiden. —Era una mentira inocente. No quería decirle que entró a la fuerza a mi habitación y me chantajeó con un video que nos mostraba a todas como cómplices del asesinato de Angelo Leone. Si Athena se lo contaba al mafioso italiano padre de su bebé, todo sería un desastre. De vez en cuando estaba bien contar mentiras piadosas—. Y ahora… Me tiene prisionera. La única razón por la que sé lo del apartamento es porque envió a alguien a recoger mis cosas.

—*¿Quieres que llame a la policía?*

—Y decir ¿qué? Este loco mafioso irlandés secuestró a mi amiga, ¿pero no hay pruebas de ello? —Me salió una risa amarga. Eso ni siquiera cubría el hecho de que legalmente era su esposa—. Y, aunque encuentren alguno, nunca se acercarán a él.

Mi estómago rugió y eché la cabeza hacia atrás con un gemido silencioso. Ahora estaba furiosa *y* hambrienta. Las cosas iban *tan* bien. Estaba muerta para el mundo. Tenía a mis amigas, mi libertad, mi carrera empezó a despegar y era independiente económicamente. Luego tuve que ser estúpida juntándome con las familias mafiosas de mis amigas. Me volví descuidada y claramente me consideraba invencible.

Y ahora las cosas se complicaron y se pusieron peligrosas. Regrese justo donde estaba, donde todo empezó.

—*Jesucristo, ahora creo que yo conseguí el mejor trato* —refunfuñó Athena.

—Yo también lo creo. —Sollocé, para mi horror. Estas emociones se estaban descontrolando y no estaba acostumbrada a ellas. Normalmente, yo no era la sensible del grupo—. ¿Y, Athena?

—*¿Sí?*

—Serás la mujer embarazada más hermosa —dije suavemente.

—*Gracias. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?*

Negué con la cabeza, luego recordé que no podía verme.

—No. Tendré que salir sola de este lío.

—*¿Estás segura? Quizá pueda conseguir que Manuel pelee contra Aiden.*

Me reí, contenta de no haber mencionado el video. Eso *sin duda* habría desatado una guerra entre ellos.

—Dejaríamos que ambos se mataran. No es un mal plan. —Mierda, era tan horrible porque la sola idea de que Aiden estuviera muerto hacía que me doliera el pecho—. No, estoy bien —dije rápidamente—. Esto con Aiden iba a ocurrir tarde o temprano. No puedo seguir huyendo de él.

—*Hazle la vida imposible esta vez* —animó Athena, como siempre, la amiga solidaria.

—*Oh,* lo haré, maldición. El hombre me suplicará que me vaya cuando termine con él.

La pregunta era más bien qué *haría* cuando terminara con él, pero no podía preocuparme por la semántica. Mis amigas tenían sus propias dificultades y cosas de qué preocuparse. No las angustiaría con las mías.

—*Esa es mi chica* —elogió. Charlamos un poco más, y cuando colgamos regresó el silencio.

Me senté a solas durante horas, viendo cómo el cielo cambiaba de azul pálido a cobalto profundo mientras las primeras estrellas empezaban a salir. A estas alturas, ya había revisado todos los armarios, escritorios, gabinetes, cajones, buscando algo, lo que fuera, mas no encontré nada.

Entonces la puerta principal hizo clic y corrí hacia ella, con mi corazón acelerado.

Aiden entró, con los brazos llenos de bolsas de compras de marcas de diseñador, Givenchy Baby, Kenzo Baby, Chloé Baby, Billieblush, y un enorme osito de peluche casi del tamaño de un coche pequeño.

—¿Qué demonios es todo eso? —pregunté, parpadeando con fuerza. ¿Se enteró de que Athena estaba embarazada y se alocó comprando regalos para el *baby shower?* No sabía mucho sobre *baby showers*, pero esto parecía… excesivo.

Aiden me lanzó una mirada que gritaba que era obvio.

—Es para nuestro bebé.

Mis cejas se alzaron tanto que prácticamente se unían a mi línea del cabello.

—Perdona, ¿qué?

—Estás embarazada —pronunció, como si fuera el dato más casual del mundo.

Y así, de repente, la sala se inclinó hacia un lado.

TREINTA Y SIETE

AIDEN



Raven me miró con los ojos muy abiertos, una gama de emociones cruzando su expresión mientras el silencio se extendía entre nosotros.

—No —habló finalmente con un tono plano—. Eso no es… no. No, no, no. —Tuve la sensación de que intentaba convencerse más a sí misma que a mí—. No pudo haber pasado tan rápido. No, no, no estoy embarazada.

—¿Quieres ver la prueba de embarazo? —Ofrecí—. ¿O quizá podamos volver a hacerla? Me detuve y compré tres diferentes.

—En verdad deberías aprender a meterte en tus asuntos, Aiden —replicó con brusquedad—. Además, estás mintiendo. Sé que lo haces.

Me dirigí a la sala y dejé las bolsas en el sofá con un fuerte golpe. El oso de peluche se desplomó hacia adelante como si no fuera bienvenido aquí.

Apreté la mandíbula.

—Raven. Vi el positivo de la prueba de embarazo que dejaste en tu apartamento.

Sus pupilas se dilataron mientras seguía mirándome.

—¿Husmeaste entre mis pertenencias privadas?

—Mi hermano la encontró mientras empacaba tus cosas —repliqué con calma. Claramente estaba en *shock* y no necesitaba que

yo también perdiera los estribos.

—Así que sí, ¿husmearon entre mis cosas?

—No fue husmear. Sabías que volvieron a tu apartamento para recoger *tus* cosas y traerlas aquí. ¿Por qué me ocultaste el embarazo?

Abrió la boca, pero no salió nada. Prácticamente podía oír los engranajes rechinando mientras ella inventaba una excusa.

—Raven —gruñí, la rabia retorciéndome las entrañas.

—No la vi —admitió con voz aguda, pasando las manos por sus mechones y agarrándolos como si fuera su cordura—. Acababa de hacérmela cuando entraste de golpe a mi habitación. Ni siquiera llegué a ver el resultado.

—Debiste haberme dicho que te la habías hecho para empezar —objeté, sabiendo que estaba siendo irracional.

—¿Fue positiva? —susurró, negando con la cabeza como si eso pudiera cambiar el resultado—. Los falsos positivos ocurren.

Me acerqué más. Dio dos pasos atrás, con sus manos temblorosas a los lados.

—No usamos protección —le recordé, con voz baja, casi tragada por el denso silencio entre nosotros—. Ni la primera vez ni anoche.

Sus ojos se abrieron de par en par, vidriosos y desenfocados, como un ciervo atrapado en las luces. El color se le desvaneció de su rostro hasta que parecía casi translúcida con la tenue luz.

—Quizá no es… tuyo —susurró, cada palabra temblando en sus labios.

Tomé una respiración profunda, luchando por mantener un tono firme.

—Eras virgen antes de que durmiéramos juntos —señalé con suavidad pero firme—. Y soy el único hombre que te ha tocado desde entonces.

Negó con la cabeza, mechones de cabello cayendo sobre sus ojos.

—No, no, no… No puede ser. —Llevó sus manos a su boca, temblando—. No quiero esto. —Su voz se quebró en la última palabra, cruda y frágil—. No ahora. No así.

El aire entre nosotros se volvió denso, demasiado pesado, demasiado lleno de cosas para las que ninguno de los dos estaba preparado para afrontar. En algún lugar afuera, el viento cambió, rozando el cristal como un susurro de algo inevitable.

Mi corazón dio un vuelco, el pánico inundó mis sentidos. Primero me dejó pensar que estaba muerta, ¿y ahora esto? Por el amor de Dios, ¿cómo podía ser tan despiadada? ¿O realmente me odiaba tanto…

—Debiste haberlo pensado antes de que tuviéramos sexo. —Mi voz salió demasiado cortante.

Echó la cabeza hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada.

—*Wow.*

—No, no me vengas con "wow" —solté con brusquedad—. Hay consecuencias por tener sexo sin protección y sabías incluso hace cinco años que eventualmente querría herederos.

Se encendió.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio —lancé con dureza.

Apretó la mandíbula.

—No me diste elección. ¡Prácticamente me arrastraste a tu cama!

Me eché atrás, mis dedos entumecidos a los lados.

—¿Perdón?

—Me escuchaste. Estaba bien antes de que aparecieras en mi vida —reviró, con la voz temblorosa de rabia—. Pero tuviste que abrirte paso a la fuerza, destruyendo tanto mi paz como la promesa que le hice a mi madre.

Mi pecho se quedó hueco.

—¿Así que todo es culpa mía?

—No dije eso.

—Lo insinuaste —gruñí—. ¿Y qué promesa?

Se estremeció.

—No puedes hacerte la víctima, Aiden.

—*Oh,* eso es el colmo viniendo de ti.

El silencio cortó como una navaja entre nosotros.

—No puedo tener un bebé, no después de mi promesa. Además, soy prueba directa de lo mal que puede acabar eso.

Se quedó callada.

Me detuve, apenas asimilando sus palabras.

—Te pregunto de nuevo, ¿después de qué promesa?

—Olvídalo.

—Dime.

—No.

—¡Dime! —rugí.

Ella se estremeció, con los ojos desorbitados, pero luego enderezó los hombros y me fulminó con la mirada.

—¡Después de la promesa que le hice a mi madre! —exclamó—. Es por tu culpa y la de tu familia que ocurrió la explosión. Ustedes lo trajeron de vuelta a nuestras vidas. Hubo una razón por la que mi mamá lo dejó cuando quedó embarazada de mí.

El tono de su voz aumentaba con cada palabra y sus mejillas se sonrojaron, mas era un rubor de rabia que me heló el corazón.

—Tú y tu familia son la causa de que esté muerta.

—¿*Ella*? —exigí, sin entender lo que decía.

—¡Sí, ella está muerta por su culpa! —exclamó.

Las luces de la habitación de repente se sintieron demasiado brillantes. No tenía derecho a enfadarse conmigo después de engañarme. Sí, había vivido con la culpa durante los últimos cinco años y culpaba a mi tío por precipitarse con Duncan Lyons, pero ella también había cometido errores. Así que, si yo podía superar eso, mi esposa también debía hacerlo.

—Tu tío Jack visitó a mamá aquel día… el día en que… —continuó mientras inhalaba unas cuantas respiraciones, aún agarrándose el pecho mientras luchaba por pronunciar las palabras—. Culpo a los Callahan por la explosión y la muerte de mi madre.

Abrí la boca, pero no salió nada.

—Tu familia no puede destruirme como destruyeron a mi madre —siseó—. Durante los últimos cinco años, he revivido esa explosión una y otra vez. No sabes lo que es tener que fingir que estás muerta y ni siquiera asistir al funeral de tu madre.

Me acerqué, mi sombra fluyendo sobre ella como una nube de tormenta. No se echó atrás. En cambio, echó la cabeza hacia atrás y me fulminó con la mirada.

—Tu madre —dije despacio—. No murió en esa explosión.

Raven se quedó paralizada, el color desapareciendo de su rostro.

—¿Qué dijiste?

—Tu mamá no murió en esa explosión hace cinco años. Está viva.

Sus labios se entreabrieron, mas no salió ningún sonido. Luego respiró profundamente, con los labios temblorosos al abrirlos.

—Eso no es… —Su voz se quebró—. Eso es cruel incluso para ti. ¿Cómo puedes mentir sobre eso?

—No miento. Está viva, Raven. —Se me apretó la garganta—. Tu padre estuvo allí después de la explosión y Blair se fue a Escocia con él. Ha estado viviendo con Duncan Lyons los últimos cinco años.

Se le cortó la respiración y el horror entró en sus ojos.

—No… —susurró, negando con la cabeza violentamente—. Eso no es posible. Eso es aún peor.

Fruncí el ceño.

—Te lo juro por la vida de mis hermanos —dije, con la voz áspera —. Te estoy diciendo la verdad.

—Estás mintiendo —repitió. Sus ojos recorrían mi rostro, y no podía saber si esperaba que fuera mentira o verdad—. Tiene que ser eso. Cinco años… Es horrible… Mentiroso…

—Mírame, Raven —declaré entre dientes, acariciándole las mejillas. Podía sentir el temblor de su pulso bajo mis pulgares—. Tu madre está viva.

El silencio que siguió fue pesado. Sus pupilas se dilataron, volviéndose desenfocadas. Parpadeó una vez, dos veces.

—Raven —murmuré con voz ronca—. Di algo.

Su cuerpo se tambaleó, sus rodillas cedieron y se desplomó.

La atrapé antes de que su cuerpo tocara el suelo, inerte en mis brazos y el aire denso por el *shock* de los muertos volviendo a la vida.

TREINTA Y OCHO

RAVEN



Una voz amortiguada nadaba a mi alrededor, cortando la niebla en mi cerebro.

Mis párpados se sentían pesados, negándose a abrirse. No sabía si estaba soñando o flotando. Mis pensamientos eran un caos.

Embarazada. Aiden. *Mamá*.

Las palabras resonaban en mi cráneo, desgarrándome de par en par.

Sentía como si el mundo se viniera abajo con recuerdos del humo, la explosión y la sangre. Recordé cómo me había empujado justo antes de que ocurriera la segunda explosión. Recordaba el olor a humo y ceniza, el sabor a hierro en mi boca.

Era difícil vivir con esa culpa y aún más desgarrador seguir adelante después de todo eso, y ahora Aiden decía que ella estaba viva.

No, no podía ser.

Me picaban los ojos, las lágrimas ardiendo en ellos. Aiden estaba siendo cruel. Esto tenía que ser su venganza enfermiza, una forma de vengarse de mí.

—Raven, vamos. Abre los ojos.

Forcé mis párpados a separarse y la habitación se deformaba, entrando y saliendo de foco.

Aiden se encontraba arrodillado en el suelo, con un brazo alrededor de mi espalda y el otro sujetándome la cara. Sus pupilas estaban dilatadas, su pecho agitado.

—Gracias a Dios —murmuró con voz ronca. Intenté levantarme, pero me lo impidió—. No, no te muevas. Dale un minuto.

—¿Qué…? ¿Qué pasó? —Mi voz se sentía como lija.

Tragó saliva con fuerza.

—Te desmayaste. Yo… No debí alterarte.

No lo soñé. Me dijo que mamá estaba viva.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —Mis labios temblaban y las lágrimas corrían por mi rostro.

Su agarre se hizo más fuerte.

—Lo siento mucho, *mo cuishle*. Debí haber sido más delicado al decírtelo.

Le empujé el pecho.

—No, no deberías haberme contado una mentira tan cruel.

Se quedó paralizado, aunque no me soltó.

—Raven, no mentí.

—Mientes —musité, más para mí misma que para él—. Tiene que ser así. Yo la vi…

Mi voz se quebró, incapaz de decir esas palabras en voz alta. Se sentía como transportarse al día de la explosión. Sentía que estaba perdiendo a mi madre otra vez.

Me solté de él y me arrastré hacia adelante. Necesitaba espacio, pero pronto el mundo se inclinó, manchas negras aparecieron en mi visión.

Aiden me miró con expresión destrozada.

—Lo juro por mi vida, Raven. Sobrevivió. Está viva en Escocia con Duncan.

Una risa histérica se me escapó de la garganta.

—¿En Escocia con ese imbécil? Ella hubiera preferido morir antes que volver allí con él.

No respondió de inmediato, el silencio se alargó, su expresión sombría y sinceridad me hicieron sentir aún peor. Si mamá estaba viva y estaba con mi padre, tenía que estar sufriendo.

—No sé por qué volvió con él —dijo con firmeza—. Pero te juro que ella sobrevivió a la explosión y se fue a Escocia con él. Quizá se fue, pensando que estabas muerta.

Negué con la cabeza.

—No, ella me apartó. Ella sabía… —Todo esto me estaba mareando—. Me hizo prometer que me alejaría de ti y de la mafia. Que me mantendría oculta de Duncan Lyons.

—Raven, la vi salir del hospital. Ella se fue con él voluntariamente. Si no lo hubiera hecho, yo habría intervenido.

—¿Crees que tus buenas intenciones hacen que todo esté bien? —bramé—. No tienes ni idea de lo que tuvo que soportar. Ninguno de nosotros lo sabe. ¿Por qué crees que nos mudamos tan a menudo? ¿Por qué bebía hasta perderse casi todos los días? Ese hombre la arrastró a eso.

Mi respiración se aceleró, se volvió irregular. Sentía que las paredes se cerraban sobre mí.

—Dime cómo puedo ayudar, Raven. —Su voz era áspera, su súplica sincera—. Por Dios, joder, estoy intentando hacer lo correcto. Quiero ayudar.

—Ya ni siquiera sé qué es real —susurré—. Tú, ella, esto… —Presioné una mano temblorosa contra mi estómago.

Tragó saliva, con la voz ronca cuando finalmente habló.

—Yo soy real. Confía en mí. Puedes odiarme todo lo que quieras, Raven, pero todo lo que siempre quise fue hacer lo correcto para ti.

Me dejé caer sobre mi trasero y me llevé una mano temblorosa a la boca.

—Estoy tan confundida. No sé qué hacer a partir de aquí.

Todo lo que podía ver era la cara de mi madre, su angustia, la forma en que intentaba ahogarse en alcohol, luego… fuego. Pero sobrevivió. ¿Estaba sufriendo? Dios, ¿cómo es que no lo supe? Debería haberla salvado como ella me salvó a mí.

Me estaba desmoronando rápido y con fuerza, incapaz de aceptar todo lo que acababa de averiguar.

—Simplemente no sé qué hacer —repetí en un susurro, abrazándome mientras me mecía de un lado a otro.

Aiden vino hacia mí y me sentó en su regazo, rodeándome con sus manos.

—Entonces déjame ayudarte. Déjame abrazarte mientras te desmoronas, y luego te volveré a recomponer.

Lo miré entre lágrimas, con mi pecho tan adolorido que apenas podía respirar.

—No lo sabía —comenté con la voz temblorosa—. La dejé con ese monstruo cuando debería haberla salvado.



Puede que Aiden me hubiera obligado a volver a sus brazos y a este mundo criminal, pero a medida que avanzaba el día, no estaba muy segura de por qué quería resistirme.

Me bañó con gentileza, luego me alimentó y se sentó conmigo, sus brazos me sujetaron fuerte, evitando que me desplomara. Su calor se filtraba en mi piel, pero no podía borrar el frío de los fantasmas recientes que habían regresado al mundo de los vivos. La culpa me carcomía: por mi madre, por el daño que le había hecho a Aiden, y egoístamente, incluso por mí misma.

Aiden no habló, pero podía sentir su latido constante contra mi espalda, anclándome y recordándome que respirara.

¿Era egoísta depender de su fuerza y absorberla? Probablemente. Pero no era lo bastante fuerte para manejarlo sola. Y ahora, estaba embarazada, y maldita sea, quería, necesitaba, su protección. No podía hacer esto sola, y no debería tener que hacerlo.

No pensaba que mi esposo fuera tan cruel como mi padre. Mejor dicho, sabía que no lo era. Desde nuestro primer encuentro hacía cinco años, había sido una fuerza para tener en cuenta, pero nunca cruel. De hecho, siempre fue considerado e intentó facilitarme las cosas.

Al bajar la cabeza, vi que sus dedos fuertes estaban extendidos sobre mi vientre bajo, casi como si ya estuviera protegiendo al bebé.

Dios, estaba tan confundida.

Sí, había atracción ahí, siempre la había habido. Pero antes de irme, dejando a los Callahan y a los Lyons creyendo que estaba muerta, había comenzado a enamorarme de él. Sería una tonta si no lo admitiera.

Mis dedos temblorosos y fríos encontraron los suyos cálidos, y los entrelacé suavemente con ellos. Apretó suavemente, su recordatorio silencioso de que estaba aquí para mí.

Dios, ¿desperdicié cinco años de nuestras vidas mientras él intentaba estar ahí para mí todo este tiempo? Un peso enorme se asentó en mi pecho ante esa idea, porque sabía que era verdad. Les fallé tanto a mi madre como a mi esposo.

—He cometido tantos errores —susurré, la culpa carcomiéndome.

—Todos cometemos errores. —Aiden era demasiado comprensivo y amable. No me lo merecía.

Solté un suspiro frustrado.

—No como los de este tipo.

—Te sorprenderías. —Su voz era baja y cargada de emociones—. ¿Recuerdas que te dije que tengo una hermana? —Asentí y él continuó—: Se casó con un hombre, dio a luz y luego desapareció durante años con la bebé. Es mi hermana y siempre estaré de su lado, pero su marido no merecía que le robaran los primeros años de vida de su hija.

Giré la cabeza para estudiar su expresión y no encontré más que franqueza.

—¿Él la perdonó?

—Sí, lo hizo. —Tragué saliva al ver la expresión oscura en el rostro de Aiden—. Pero yo no lo habría hecho, así que te lo ruego, Raven, no me hagas eso. Quemaré cada centímetro de esta tierra para encontrarte a ti y a mi hijo, y luego… No te mataré, pero tampoco te perdonaré.

—Te prometo que no me iré con tu… nuestro bebé —prometí—. Todo está pasando demasiado rápido y todavía estoy intentando asimilarlo, pero te lo juro. No quiero que nuestro bebé crezca solo como lo hice yo y, aunque entiendo que mamá tuvo que hacerlo para que ambas sobreviviéramos, reconozco que no tengo que tomar ese camino.

Al pronunciar las palabras en voz alta, supe que eran verdad. Aiden no se parecía en nada a mi padre y siempre protegería a su hijo.

—Bien —dijo Aiden, con un destello de alivio en los ojos—. Entonces construimos a partir de aquí. No puedo prometer que seré el esposo o el padre perfecto, pero juro por Dios que lo daré todo.

Ese era el juramento que importaba. El que debimos haber hecho cuando estábamos en la estrecha sala del apartamento descuidado de mamá. No teníamos amor en ese entonces, pero quizá teníamos algo más duradero.

Un pinchazo me atravesó el corazón, los sueños juveniles de amor se rompieron, pero no tenía sentido regodearse en el arrepentimiento. Tendríamos que conformarnos con la pasión y el respeto.

Maldita sea, ¿entonces por qué lo quería todo?

—¿Sabes qué me pregunto? —reflexionó Aiden—. Si el cuerpo que tuve que identificar no era tuyo, ¿entonces de quién era?

—Siempre supuse que era mi madre —admití—. El periódico decía que una fuga de gas causó la explosión, pero no podía ser. A mamá no le gustaba cocinar con gas y se negaba a tener un tanque de gas en cualquier parte de la casa.

Aiden asintió como si confirmara sus sospechas.

—Sospecho que Duncan lo organizó, y lamento decir esto, pero tío Jack probablemente lo llevó directamente a casa de tu madre. Sin embargo, tu padre cometió un error.

—¿Cual? —pregunté—. Y, por favor, no lo llames mi padre. Solo Duncan, o imbécil, bastará.

—El imbécil de Duncan —empezó, y le lancé una sonrisa agradecida—, no contaba con que visitaras a tu madre ese día.

Solté un suspiro pesado.

—Debería haber vuelto al lugar de la explosión —murmuré.

—No tiene sentido arrepentirse del pasado. No se puede cambiar.

Su pulgar rozó el dorso de mi mano en un gesto relajante, y sentí la firmeza de su presencia incluso mientras mis entrañas se retorcían de dolor al pensar en que mi madre estaba en las garras de Duncan.

Negué con la cabeza, sintiendo el peso de la situación calándome.

—Quiero salvarla, Aiden. Cinco años probablemente la cambiaron, pero no podré vivir conmigo misma si no lo intento.

El agarre de Aiden se apretó ligeramente, apoyando su barbilla en la parte superior de mi cabeza.

Durante mucho tiempo permaneció en silencio, pero sus siguientes palabras hicieron que mi corazón se llenara de alegría:

—Entonces salvémosla.

TREINTA Y NUEVE

RAVEN



Cinco años atrás

El aire seguía sabiendo a fuego, cada aliento saliendo de mis labios raspando mi garganta hasta dejarme en carne viva. La pequeña bolsa que mamá me metió en las manos se arrastraba por el suelo mientras yo gateaba a ciegas hacia la ventana trasera, con los brazos temblando y las rodillas golpeándose con el yeso roto.

El apartamento era irreconocible. La pared de la cocina había desaparecido, y el olor a gas se mezclaba con algo metálico.

—¡Mamá! —intenté gritar, pero salió como un graznido. Me seguían zumbando los oídos.

—Sigue —gimió desde algún lugar, su voz débil justo cuando el techo emitió otro sonido tembloroso y el mundo se dobló sobre sí mismo.

Quería volver. Dios, quería hacerlo. Pero el calor me impulsaba hacia adelante, el humo arañaba mis pulmones hasta que no podía ver, no podía respirar. Así que seguí avanzando.

Me arrastré por el agujero irregular donde antes estaba la ventana, deslizándome y cayendo sobre el pavimento duro y caliente. El silencio contrastaba con el caos interior, y por un

momento me quedé desorientada, mi mirada moviéndose alrededor, nerviosa, en pánico.

Afuera, el cielo estaba azul y el aire húmedo, el calor era tan abrasador como el aire dentro del edificio. Alcé la mirada esperando que mamá estuviera justo detrás de mí, pero no estaba. Me quedé allí, con los pies pegados al suelo, aterrorizada de irme sin ella.

Pero entonces el sonido de sirenas a lo lejos se hizo notar.

—No mires atrás, Raven. Prométemelo. —Fueron sus últimas palabras, sus ojos demasiado tranquilos para el caos que me rodeaba.

Se lo prometí, pero no sabía si podría cumplirlo.

Le eché un último vistazo a la ventana, medio esperando ver su silueta allí, pero la encontré vacía. Me dolía el pecho y me ardían los pulmones mientras me daba la vuelta. Tropezaba por las estrechas calles traseras, mirando por encima de mi hombro a cada paso, hasta que la ciudad me tragó por completo y me convertí en otra sombra entre millones.

Ahí estaba yo, caminando por las calles, con humo aún en mi cabello y ceniza en mi piel. La gente miraba al frente, como solían hacer en las grandes ciudades, fingiendo no verme. Ese día me sirvió.

Cada paso alejándome de ese edificio parecía una traición. No dejaba de ver la cara de mi madre, cómo me instaba hacia la ventana y la libertad, cómo no me seguía. La culpa era un ser vivo dentro de mí, pesada y aguda. Debería haberla arrastrado conmigo. Debería haber luchado más.

Toda mi vida, de alguna manera ella sabía cuándo era hora de huir, y ahora yo tenía que seguir huyendo.

Llegué a la oficina de correos, mi reflejo en la puerta me saludó. Mostraba a una desconocida, con la mirada vacía y aterrorizada, con manchas de ceniza en la mejilla.

Me temblaban tanto los dedos que apenas podía buscar en la bolsa la llave del P.O. Box*. Encajarla en la cerradura fue un reto aún mayor.*

Por fin hizo clic y abrí la casilla.

Lo primero que vi fue un sobre marrón, con mi nombre garabateado con la letra de mi madre. Se me cerró la garganta hasta quedarme sin aliento.

Saqué el sobre y abrí la nota con dedos temblorosos. Adentro había documentos, dinero y una hoja de papel doblada.

Si estás leyendo esto, significa que tu padre nos encontró y yo ya no estoy. Tendrás que seguir sola. No dejes que te encuentren.

En esta caja encontrarás todo lo que necesitas para ayudarte a desaparecer: dinero, documentos, contactos para tu nueva vida.

Ten cuidado en quién confías.

Escóndete a plena vista.

Eres más fuerte de lo que crees.

Por favor, quiero que sepas que me has hecho sentir muy orgullosa. Más de lo que crees.

Te quiero muchísimo,

Mamá

El papel se difuminó mientras mis lágrimas caían sobre la tinta. Presioné la nota contra mi pecho, deseando que aún pudiera tener la calidez de sus manos.

Me quedé allí de pie, durante mucho tiempo, mirando la nota. Quería desmoronarme, hundirme en el suelo y dejar que el peso de todo me aplastara. Pero no pude. Ya habría tiempo para eso más tarde.

Guardé la carta y todo su contenido en la bolsa, y luego salí.

Fue mi primer paso para volverme invisible.

CUARENTA

RAVEN



Presente

Podría jurar que cocinar sería mi perdición algún día. Lo que ponía en la estufa siempre parecía empeñado en vengarse.

—¿Qué me llevó a intentarlo de nuevo? —murmuré, parpadeando contra el escozor del humo. Se enroscaba desde la sartén en cintas grises fantasmales, lo suficientemente gruesas como para difuminar la luz de la tarde que entraba por la ventana de la cocina. Me ardió la garganta y se me humedecieron los ojos hasta que el mundo brilló. La mantequilla que había derretido hacía unos minutos se había ido y su promesa dorada se había reducido a una costra negra y pegajosa chamuscada.

Agarre una cuchara de madera, tocando el desastre como si pudiera resucitarse. Siseó en respuesta, un sonido rencoroso que me hizo estremecerme. Moví la mano frenéticamente bajo el detector de humo, rezando para que no…

—París o *New York* —dijo una voz familiar a mi espalda, calmada y divertida—. Hay cosas que nunca cambian.

Me giré y vi a Aiden apoyado en la columna que separaba la cocina de la sala, con sus mangas dobladas hasta los codos, brazos cruzados y una sonrisa ladeada asomando en su boca. La tenue luz

azul de la televisión parpadeaba detrás de él, un contraste silencioso con el caos que se desarrollaba allí.

Como si se ofendiera por su indiferencia, el detector de humo se encendió con un chillido ensordecedor que hizo que me estremeciera.

—¡Oh, vamos! —vociferé por encima del ruido, arrebatando una toalla y agitándola salvajemente, como una bandera blanca de rendición—. Sabía que no debía intentarlo.

La sartén crujió de repente, la mantequilla explotando como fuegos artificiales en miniatura. Una llama saltó, lamiendo el borde de la sartén. Grité y me tambaleé hacia atrás, casi tropezando con una espátula que de alguna manera había caído al suelo. El olor acre a grasa quemada llenaba el aire, pesado y punzante.

Aiden suspiró, luego se apartó de la pared y se acercó a mí con una calma irritante.

—Ayuda —dijo—, si primero apagas la estufa.

Le lancé una mirada fulminante.

—Ya iba a hacerlo.

No se molestó en responder. Con lo que pareció un movimiento rápido, apagó el fuego, tomó la sartén y tiró su contenido en el fregadero. El siseo que siguió al golpear el agua sobre el metal caliente llenó el aire, dejando salir una nube de vapor.

Me apoyé en la encimera, mi pecho agitado, mi cabello pegado a la frente, la cocina ahora oliendo a mantequilla quemada y humillación. La habitación brillaba con el calor residual.

—Evitamos el desastre —pronunció, enjuagando la sartén—. Pero por favor, por el amor de Dios, no cocines más, Raven.

—Con gusto. —Solté una risa temblorosa, deslizándome por el armario hasta sentarme en el frío piso de loseta—. Aunque, no sé cómo voy a alimentar a un bebé si no consigo hacer algo tan simple como derretir mantequilla.

Se agachó a mi lado, la diversión suavizándose en su expresión mientras me pasaba un brazo por los hombros. Su calor contrastaba con el frío del piso bajo nosotros.

—El bebé solo necesita leche durante los primeros seis meses —indicó con ligereza—. No hay que cocinar nada.

Le di un golpe en el brazo con la poca dignidad que me quedaba.

—Eso lo sé.

—Bien —murmuró, besando mi sien—. Y después de eso, cocinaré para los dos.

El detector de humo emitió un último chillido desafiante antes de quedarse en silencio misericordiosamente, y no pude evitar reírme. La cocina era un desastre, yo también, pero de alguna manera, con él allí, no se sentía tan mal.

Se dejó caer a mi lado por completo, apoyando la espalda en los armarios inferiores. Sus brazos me rodeaban mientras ambos estábamos sentados en el suelo de la cocina con las piernas estiradas, la espalda apoyada en la madera, en tanto el olor a mantequilla quemada se desvanecía poco a poco en el aire.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló hasta que él me dio un golpecito en la rodilla con la suya.

—Sabes —habló con voz baja y casual—, me gusta mucho el seudónimo *Cuishle* que usas para tu arte.

Jadeé.

—¿Cómo te enteraste de eso?

Estudió mi rostro, con expresión suave.

—Ahora que te he encontrado, estoy decidido a descubrir todo lo que me he perdido en los últimos cinco años.

Tragué saliva.

—Puede que no te gusten algunas cosas.

Se encogió de hombros.

—Puede ser, pero no cambiará lo que siento por ti. —Dudé, luego me apoyé suavemente en su hombro y su brazo se apretó a mi alrededor—. Espero que no cambies tu seudónimo ahora que ya no te escondes.

—No lo haré.

Sonrió.

—¿Por qué elegiste ese?

Le lancé una sonrisa tímida.

—Me hacía pensar en ti. O quizá fue mi forma de devolver esa suma sustancial de dinero que retiré de tu cuenta antes de desaparecer.

—Mi dinero es tuyo. Ha sido tuyo desde el momento en que nos casamos.

Me reí.

—Las palabras que toda mujer adora escuchar.

—No me importan las demás mujeres ni lo que piensen —respondió con tono seco—. Solo tú.

Giré la cabeza para poder ver mejor su cara y expresión.

—¿Aiden?

—*Hmmm.*

—Siento no haber confiado en ti en aquel entonces —confesé—. Debería haber confiado en que nos protegerías a mamá y a mí en vez de desaparecer y dejar que creyeras que estaba muerta. Fue cruel, y te mereces algo mejor.

Negó con la cabeza, con la voz áspera al pronunciar sus siguientes palabras.

—No voy a mentir y decir que no me afectó, pero no estoy enfadado. Ya no. Entiendo por qué lo hiciste. —Mis hombros se hundieron de alivio—. Lo que no entiendo es cómo lograste permanecer invisible y seguir viviendo con normalidad.

Respiré profundamente y solté la respiración lentamente.

—Bueno, ya sabes que mi madre fue la razón por la que Duncan acabó tras las rejas durante una década. —Él asintió, con la mirada fija en mí—. Increíblemente, tenía toda nuestra vida asegurada por si las cosas se complicaban —continué—. Resulta que negoció algún tipo de acuerdo de contingencia con el programa de protección de la DEA. Si Duncan alguna vez venía tras nosotras, activarían un protocolo para borrar nuestros datos, nuestra huella digital, todo. Como si nunca hubiéramos existido.

—¿Qué? —Parecía sorprendido, o quizás impresionado—. ¿Usaron el *software* de Nico Morrelli?

Me encogí de hombros.

—Realmente no conozco los detalles —admití—. Mamá me dejó instrucciones. Las seguí. Llamé a un número y después de eso, ellos se encargaron del resto.

—Vaya, estoy impresionado.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Mi madre se encargó de todo, así que se merece todo el crédito.

—Me sorprende —murmuró—. Pensé que te había fallado cuando, en realidad, se aseguró de protegerte desde el principio.

—Sí. Es increíble, pero Duncan la lastimó.

La peor parte era el miedo que me arañaba las costillas. El pensar que él también le estaba haciendo daño *en este momento*. Fue suficiente para vaciarme por dentro, desgarrándome viva. Sin embargo, no podía caer en la desesperación. Confiaba en que Aiden la recuperaría, y gracias a sus hermanos y a mis interminables preguntas, sabía que ya estaba tramando un plan.

—La recuperaremos, Raven —prometió Aiden, y le creí.

Tras un instante, se enderezó y se levantó, ofreciéndome su mano.

—Vamos, salgamos a comer algo.

—No voy a discutir contigo —repliqué, tomando su mano—. Nada de humo, nada de explosiones… Debería haberlo sugerido yo misma.

AIDEN

Afuera, el aire transportaba el leve zumbido de un acordeón que bajaba desde algún lugar de la calle. Dentro de *Le Petit Chardon*, conversaciones, risas y el suave tintinear de los cubiertos se entretejían en la cálida neblina de la luz de las velas.

El bistró olía a ajo asado y pan recién hecho, reconfortante, familiar y a calles de distancia del caos que habíamos dejado en la cocina del *penthouse*. Raven exhaló al entrar, sus hombros finalmente relajados, las luces doradas reflejándose en su cabello oscuro.

—Tal vez queme comida todos los días si eso significa que me llevarás a lugares como este —expresó, lanzándome una mirada de reojo—. ¿Cómo conseguiste una mesa aquí? Este lugar no tiene reservaciones en todo el año.

Sonreí y la conduje a nuestra mesa. Jalando su silla, le dije:

—El dueño es amigo mío.

—Gracias a Dios por eso —comentó, hundiéndose en el asiento —. Los restaurantes te dan comida sin quemarla. A diferencia de mí.

Extendí la mano sobre la mesa y aparté un mechón de cabello de su mejilla.

—Con gusto me comeré tu comida quemada —dije suavemente —, porque significa que estás aquí para prepararla.

Su sonrisa titubeó cuando una sombra cruzó su rostro, sus hombros volvieron a caer.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Tragó saliva con dificultad, su garganta se agitaba alrededor de las palabras.

—Empiezo a darme cuenta del dolor que causé por mi supuesta muerte.

Y en ese instante apareció el camarero, en el momento oportuno y con lino blanco impecable, dejando nuestras bebidas y tomando nuestra orden. Esperé a que se fuera antes de contestar.

—Ahora estás aquí —señalé—. Eso es lo que importa.

—¿Así como así? —susurró—. ¿Olvidamos el pasado?

Sacudí despacio mi cabeza.

—El pasado es parte de nosotros, pero no tiene por qué definirnos. Tú y yo… Nuestra historia empezó mal. Pero encontramos algo raro, algo invaluable. Llamas algo dentro de mí, Raven. Siempre lo has hecho. Porque tú me perteneces, y yo te pertenezco.

Frunció el ceño, la comisura de su boca se levantó incrédula.

—¿Así nada más?

—Así, nada más. —Me encogí de hombros levemente—. Mi padre solo amó a una mujer. Estoy seguro de que será igual para mí.

Sus ojos se abrieron de par en par, la incertidumbre brillando allí. Quizá no era fácil para un hombre, un criminal despiadado como yo, decir algo así. ¿Pero de qué servía fingir lo contrario?

—¿Tus padres estaban muy enamorados? —inquirió, con voz vacilante.

Apreté la mandíbula y mi expresión se endureció.

—Mi madre traicionó a mi padre —detallé en voz baja—, y eso le costó la vida.

Sus ojos se suavizaron.

—Lo siento.

Negué con la cabeza.

—Esa es su historia. No la nuestra.

Sonrió levemente, pero la pregunta seguía rondando.

—Pero ¿no te preocupa? ¿Que podamos acabar como ellos? Las historias de nuestros padres son tragedias. Es difícil, algunos incluso dirían imposible, encontrar almas gemelas de verdad.

—No creo que las almas gemelas nazcan —declaré tras un momento—. Creo que la gente se convierte en ellas con el tiempo, a través de las decisiones que toman. Se trata de estar presentes, elegirse unos a otros, estar juntos pase lo que pase.

Su voz bajó a un susurro.

—Pero yo no lo hice. Te abandoné… y a mi madre.

—Eso es el pasado —repetí, esta vez con más firmeza—. Nos queda el resto de nuestras vidas por delante. La única pregunta es: ¿estaremos juntos?

Su pequeña mano se deslizó sobre la mesa para posarse sobre la mía.

—Sí —confirmó simplemente y sin dudar.

Algo dentro de mí se removió al escuchar eso. Su mano, pequeña, desnuda, sin anillos, descansaba sobre la mía, y mi pecho me dolía con una sensación que admitiría con ganas en voz alta si no pensara que asustaría a Raven. Jesucristo, ¿me estaba convirtiendo en un tonto sensible con la edad?

Sí. Así era.

Metí mi mano en mi bolsillo del pecho y saqué el anillo de bodas que había tomado del cadáver. Su anillo.

—Entonces déjame devolver esto a donde pertenece —pedí, deslizándolo de nuevo donde debería haber estado durante los últimos cinco años—. Quiero que el mundo sepa que eres mía.

Sus labios se entreabrieron, sus ojos muy abiertos, las lágrimas brillando a la luz de las velas.

—¿Qué… dónde…? —Parpadeó rápidamente, buscando palabras —. No sé qué me está pasando. De repente me siento tan sensible.

—Es porque estamos *embarazados* —dije, con una sonrisa arrogante asomando en mis labios.

Ella se rio, una lágrima resbalando por su mejilla.

—¿Lo guardaste todo este tiempo? —indagó, rozando suavemente con la yema del dedo el anillo que le había regalado hacía cinco años.

—No podría desprenderme de él —admití.

Sus ojos se cruzaron con los míos, suaves y llenos de remordimiento.

—Me hace sentir como una perra sin corazón. Estabas de luto… y yo estaba viviendo.

—Estabas viviendo —repetí—. Pero también sobreviviendo. Ambos lo estábamos. Y quizá tenía que ser así. Creciste, te hiciste más fuerte, aprendiste a volar. Además… —me acerqué, bajando la voz—, aun así, me guardaste algo.

Frunció el ceño, confundida.

—¿Qué?

Deje que mis labios rozaran su oreja.

—Tu virginidad. Todas tus primeras veces son mías.

Sus mejillas se sonrojaron de un color carmesí, pero antes de que pudiera responder, el camarero regresó con nuestra comida, rompiendo el hechizo.

Comimos, hablamos y reímos. Durante un tiempo, el mundo se redujo solo a nosotros, buena comida, la luz de las velas, el suave zumbido de París afuera. Y después…

—¿Aiden?

La voz sonó a través del restaurante, aguda y familiar.

Raven se quedó paralizada a mitad de su respiración, con el tenedor suspendido justo encima del plato. Mis hombros se pusieron rígidos, el calor entre nosotros desapareció al instante.

Giré la cabeza lentamente, los músculos de mi mandíbula tensándose al encontrarse con la suya.

Tío Jack.

De todas las malditas personas con quienes cruzarme en París.

—Aiden —llamó arrastrando las palabras, acercándose a nuestra mesa con esa confianza presumida y perezosa que siempre había odiado—. No esperaba encontrarte aún en París.

Dejé mi copa con una calma deliberada.

—¿Qué haces aquí?

Levantó una mano en un gesto despreocupado, sus mancuernillas doradas captando la luz.

—Celebrando mi aniversario. Años de felicidad conyugal.

Al otro lado de la habitación, mi tía nos saludó con la mano, casi disculpándose, antes de volver a su vino, lo suficientemente diplomática como para saber que no debía meterse en lo que fuera que estuviera pasando.

Los ojos de Jack finalmente se posaron en Raven y, por primera vez en su vida, se quedó paralizado. El color se le desvaneció de la cara cuando la comprensión, o la incredulidad, se hizo presente.

—Pero ¿qué carajos…? —Respiró, bajando la voz. Su mirada iba de uno a otro entre nosotros—. ¿Quién…? ¿Quién demonios es esta?

Raven no se inmutó. Su mandíbula se tensó, sus manos se cerraron sobre la mesa, pero su mirada era tan afilada que cortaba el cristal.

Me recosté en la silla, con un tono engañosamente calmado.

—Probablemente deberías volver a tu mesa antes de montar un escándalo.

Él estaba allí, al borde de nuestra mesa, mirando entre Raven y yo como si el mundo se hubiera resquebrajado bajo sus pies.

—Jesucristo —murmuró—. Se supone que debería estar muerta.

La expresión de Raven era inescrutable, aunque podía ver la tormenta formándose tras sus ojos. Dejó su servilleta sobre la mesa con una calma precisa, cada movimiento deliberado.

—Aparentemente no —siseó en voz baja.

La boca de Jack se abrió y luego se cerró de nuevo. Por una vez, no tenía una broma preparada. Nunca lo había visto sin saber qué decir. Era casi satisfactorio.

—¿Qué es esto, Aiden? —exigió finalmente, señalando entre nosotros—. ¿Algún tipo de broma de mal gusto? ¿Es esta tu venganza porque acudí a Duncan sin ti, sobrino?

—No soy tan mezquino como tú —concreté.

—Tú… No tienes idea de lo que has hecho. —Señaló a mi esposa con un dedo, a punto de tocarla, cuando le agarré la muñeca y

luego me levanté de la silla. Sus ojos se clavaron en los míos—. Lo sabías —acusó—. Sabías que estaba viva.

—Esto no te concierne —repliqué simplemente—. Y no le vas a mencionar a Raven a nadie. ¿Me entiendes?

—Esa pequeña zorra…

—Cuidado con lo que dices, tío —advertí, manteniendo la voz baja pero firme—. Estás a punto de arruinar tu propia cena de aniversario.

Jack dio un paso más cerca, con la voz áspera.

—¿Tienes idea de lo que su desaparición le hizo a nuestro negocio? Duncan nos ha estado atacando durante cinco años.

—Ya no es asunto tuyo —recalqué.

—¿Y qué hay de mí? —Su voz se elevó con ira—. Me dio un puto infarto por el estrés.

A nuestro alrededor, la conversación continuaba, los camareros se movían entre las mesas, ajenos a lo que pasaba. Pero en nuestro rincón de *Le Petit Chardon*, el aire se había vuelto cortante como una navaja.

—Tío, te lo advierto.

—Su muerte arruinó nuestro negocio. ¡Me dio un puto infarto!

Raven se levantó entonces, su silla raspando suavemente contra el suelo.

—No te atrevas a hacer que esto sea sobre ti —siseó—. Y me importa un comino tu corazón o tus estúpidos negocios, imbécil codicioso. Arruinaste la vida de mi madre.

—Tu madre es una soplona y…

—No lo hagas —advertí.

Mi tío me fulminó con la mirada, pero ahora podía ver la incertidumbre que había allí.

—No sabes por qué mi madre hizo eso —contradijo Raven.

—¡¿Estás del lado de esta mocosa antes que de tu propia familia?! —gritó.

—Sí. Y esta es tu última advertencia, tío. —Me interpuse entre ellos antes de que fuera más allá, antes de que el pasado pudiera estallar en medio de este restaurante. Mi mano fue a la parte baja de su espalda, anclándola—. Cuida cómo le hablas a mi esposa.

La mano de Jack se apretó alrededor del respaldo de la silla vacía a nuestro lado.

—Veo que ambos harán que los maten. Que Dios los ayude a los dos —opinó—. Porque nadie más lo hará.

—Ya es suficiente —demandé, con un tono bajo y definitivo.

Raven salió del restaurante y yo me puse frente a la cara de mi tío.

—¿No te dije que volvieras a tu mesa, carajo?

—Pero…

—Nada de peros, joder.

Saqué un montón grueso de billetes de mi cartera y los lancé sobre la mesa. El sonido rompió el aire tenso como una puntuación.

—Dios te ayude si mi esposa está afuera llorando —amenacé, con la voz lo suficientemente baja como para hacer que se estremeciera.

Luego me di la vuelta y salí del restaurante, la furia y la adrenalina empujándome hacia adelante antes de que la razón pudiera alcanzarme.

La noche me golpeó como un aliento que no sabía que estaba conteniendo, fresca, cortante, viva con el aroma de la lluvia y el zumbido lejano de la ciudad.

Y ahí estaba ella.

Justo frente a *Le Petit Chardon*, de pie bajo la luz dorada del toldo, abrazándose a sí misma. Verla ilesa, esperando, sacó el aire de mis pulmones.

El alivio me invadió tan rápido que casi dolió.

Exhalé despacio, forzando a que mi respiración se calmara, luego me acomodé las mancuernillas y me acerqué a ella.

—Raven —llamé, esta vez más suave.

Levantó la cabeza y, en sus ojos, el caos de la noche seguía ardiendo, un destello de dolor y desafío.

—Lo siento —se disculpó en voz baja—. No quería hacer un escándalo.

—No lo hiciste —aseguré, tomando su mano—. Él lo hizo.

Sus hombros se relajaron ante eso, la lucha en ella se desvanecía poco a poco. Dio un pequeño paso más cerca hasta que su frente

descansó contra mi pecho, su aliento cálido a través de la tela de mi camiseta.

—¿Y si tu tío…? —Empezó a decir.

—Mi tío no hará nada —la interrumpí suavemente—. No es el jefe de la *Familia Callahan*. Yo lo soy.

Se quedó quieta contra mí, pero continué, mi mano deslizándose por su brazo hasta que mis dedos encontraron los suyos.

—Ahora que sé que mamá está viva, tengo miedo de que algo salga mal y la pierda antes de llegar a ella. Y la última vez, tu tío le dejó claro que no iba a estar protegida.

—Tu madre estará bajo mi protección.

—Tu tío no estará de acuerdo.

—No importa. Además, mi tío conoce las reglas si se pasa de la raya. —Me detuve, luego suavicé mi tono—. Pero no lo hará. Me aseguraré de ello.

Raven levantó la cabeza, buscando mi mirada, intentando leer la verdad allí. Tras un largo y silencioso instante, ella asintió.

—Confío en ti.

Acaricié sus nudillos con mi pulgar.

—Salvaremos a tu madre —alenté—. Y lo que venga después, lo afrontamos juntos.

Sus labios se curvaron levemente, un susurro de convicción en su voz.

—Siempre juntos.

Me incliné, cerrando la última distancia entre nosotros y la besé. La ciudad se desvaneció junto con el zumbido del tráfico, las risas que salían del restaurante, la música tenue flotando por la noche.

Solo estaba ella: su aliento, su calor y la promesa en sus labios.

CUARENTA Y UNO

AIDEN



Las cosas habían mejorado entre Raven y yo durante la última semana, incluso mientras mis hermanos y yo planeábamos discretamente la infiltración en el castillo de Duncan Lyons en Glasgow.

A pesar de la necesidad de volver a *New York,* aún no podíamos ir. Le había hecho una promesa a Raven y estaba decidido a cumplirla. Parecía un momento crucial y un primer paso importante hacia nuestro futuro juntos.

Un ritmo se instaló entre nosotros, constante y reconfortante. Cada mañana, se levantaba conmigo, por muchas veces que le dijera que no tenía por qué hacerlo. El médico le había dado el visto bueno para tomar una taza de café al día, y ella lo disfrutaba, bebiendo despacio para prolongar su antojo mientras me veía vestirme. Ella charlaba en voz baja sobre sus planes para el día en tanto yo me abrochaba la camisa o me ataba los zapatos.

Supe lo que venía después y sonreí al incorporarme, viendo su mano extendida con la taza de café para mí. La tomé, la taza aún caliente, y los dos caminamos desde nuestro dormitorio hasta mi oficina en casa, donde mis hermanos ya me esperaban.

—Nos vemos en la comida —murmuró, sonrojada mientras se ponía de puntitas y me daba un beso ligero en los labios. Era una

tontería, pero cuando ella iniciaba el beso, me sentía como un maldito superhéroe.

Enrosqué mi mano alrededor de su cintura y la besé con fuerza. Una vez que ella jadeaba, la soltaba.

—Diviértete pintando.

La vi marcharse hacia su mundo de color y lienzo. Mis hermanos y yo habíamos convertido una de las habitaciones de huéspedes en un estudio improvisado de arte para ella. Tenía buena luz y una excelente ventilación. No era tan extravagante como el de mi *penthouse*, pero no dije eso. Decidí mantenerlo en secreto para cuando rescatáramos a su madre y regresáramos a casa.

Cuando desapareció en su estudio, cerré la puerta y me dirigí a mi escritorio.

—Verlos a los dos es como ver una comedia romántica —gruñó Kyran, pero no tenía ningún tono cortante en sus palabras—. Me da asco.

—¿Puedes al menos traer palomitas? —sugirió Tyran en tono de broma.

Me senté detrás del mostrador, ignorando sus burlas.

—¿Tenemos los planos del castillo?

Mi hermano asintió.

—No será fácil.

—Pero será divertido —comentó Kyran con ironía—. Demonios, igual hasta podemos bombardear una o dos habitaciones.

Puse los ojos en blanco.

—Nada de explosivos. No sabemos quién más vive allí, y quiero reducir al mínimo el número de víctimas.

Kyran resopló.

—A Duncan no le preocupaba esa mierda cuando voló el apartamento de la madre de Raven.

Cuando mis hermanos supieron la razón por la que fingió su muerte, su postura hacia ella cambió y poco a poco la aceptaron como parte de la familia. Después de todo, como mi esposa, formaba parte de nuestro núcleo familiar, y sabía que la protegerían con sus vidas.

—No somos como él —dije—. Ahora, ¿pudimos asegurar contactos que nos ayuden a entrar a Escocia sin que él se entere?

—Sí, lo tenemos todo planeado para la semana que viene. Luca se ofreció a ayudar.

Negué con la cabeza.

—No, es mejor que lo hagamos nosotros mismos. Además, él y Margaret tienen mucho que resolver sin esto.

—Eso es lo que yo le dije también —indicó Kyran—. Así que solo nosotros tres, entonces.

—Como los tres mosqueteros —murmuré.

—Oh, *yupiii* —replicó Tyran con ironía—. Uno para todos y todos para uno. Menos mal que estamos en Francia.

—No funcionará cuando aterricemos en Escocia —se burló Kyran.

—Dios me ayude con ustedes dos. —Me metí la mano en el cabello, recostándome en la silla—. Tyran, mándame el plano del castillo y la ruta una vez definida. Kyran, ¿has sabido más de ese cargamento perdido?

Me lanzó una mirada exasperada.

—Te daré dos intentos de adivinar qué salió mal.

Solo hacía falta uno, y Tyran y yo dijimos al unísono.

—Lyons.

—Capturamos al culpable y está vivo —continuó Kyran—. Y nos va a ayudar a usar unas viejas cuevas piratas para entrar en el castillo sin que nos vean.

Me senté más derecho.

—¿Por qué demonios no empezaste con eso?

Sonrió.

—La cereza del pastel y todo eso.

Durante las siguientes horas, expusimos los planes A y B, pero tenía muchas esperanzas de que el plan A funcionara.

Tyran miró la hora y se incorporó de un salto.

—Hora de almorzar.

Ni siquiera nos esperó, simplemente se dirigió a la puerta. Se había convertido en un ritual. Raven, mis hermanos y yo hacíamos tiempo para reunirnos en la cocina para comer todos los días.

Pero las noches eran mis favoritas.

El *penthouse* quedó en silencio, tan alejado del pulso de París. La ciudad brillaba con luces parpadeantes mientras la Torre Eiffel se alzaba sobre los tejados, todos los cuales tuvimos el placer de contemplar desde las ventanas de la sala.

El mundo se ralentizó en esas horas, dejando a Raven y a mí redescubriéndonos en el silencio.

Me recordó al principio, pero tal como le dije a mi esposa, no servía de nada vivir en el pasado. Teníamos que seguir adelante.

Cada día compartía pequeños fragmentos de su vida. Era fácil escucharla y aprender más sobre ella. Nos sentábamos cerca de la encimera de la cocina o a veces acurrucados en el sofá, con sus piernas apoyadas sobre las mías, la cabeza echada hacia atrás riendo. Como esta noche.

Estaba contando una aventura caótica que implicó entrar a la fuerza en una librería para reorganizar las estanterías, todo para que las novelas de romance de su amiga Athena estuvieran en el centro para su cumpleaños.

Sus ojos brillaban mientras hablaba, moviendo las manos animadamente.

—Y lo conseguimos —narraba orgullosa—. Por supuesto que olvidamos las cajas afuera, pero Kyran las trajo por la puerta principal. ¿Te dijo que se golpeó el coxis contra la estantería de erótica?

Me reí, imaginando la escena.

—Nunca me lo contó —repliqué, negando con la cabeza—. Debió de ser un golpe demasiado grande para su ego.

Sonrió, apoyándose en mí.

—Fue un día realmente bueno.

—Ojalá hubiera podido estar allí.

—Te prometo que, de ahora en adelante, compartiremos esos momentos. O, si no, otra cosa, estarás ahí para salvarme de problemas.

La rodeé con el brazo y le di un beso en su cabeza.

—Hecho.

Suspiró.

—Aunque, con el pequeñito en camino, sospecho que mis días salvajes han quedado atrás. Esperemos que se parezca a ti.

Me reí.

—Si no es así, yo también estaré allí para salvarlos. Al fin y al cabo, ese es mi trabajo.

CUARENTA Y DOS

RAVEN



Me desmoronaba, poco a poco, con cada día que pasaba. Cada hora se sentía como un hilo que se soltaba, y sentía cómo me deshilachaba por los bordes.

Aiden y sus hermanos estaban planeando cómo infiltrarse en la propiedad de Duncan y sacar a mi madre de la pesadilla en la que estaba atrapada. Pero no compartieron los detalles, y eso me carcomía.

No es que no confiara en ellos, lo hacía. Pero un temor, profundo en mis huesos, no me dejaba en paz.

Hacía preguntas y me respondían, no obstante, sus miradas privadas y cómplices solo aumentaban mi inquietud y miedo.

Tenía miedo de lo que podría salir mal, de que alguien saliera herido, pero también de lo que pudiéramos descubrir. Mi madre había estado bajo el control de Duncan durante cinco años. ¡Cinco malditos años!

Si bien no había hablado mucho de él durante los primeros diecinueve años de mi vida, lo poco que había compartido era suficiente para atormentarme.

¿Y si Duncan la hubiera roto por completo? ¿Y si Aiden y sus hermanos salían heridos por mi culpa?

Aiden y yo nos habíamos acercado. Hablábamos a menudo, pasábamos aún más tiempo enredados en las sábanas, pero había

lugares a los que no íbamos. Conversaciones que evitábamos. Como nuestros sentimientos o lo que podríamos enfrentar una vez que llegáramos a Glasgow.

Los días se volvían más fríos y cortos. Aiden y sus hermanos se habían ido después de comer, y el apartamento se sentía más vacío que nunca. Después de compartir apartamento con mis mejores amigas durante tanto tiempo, estaba acostumbrada al alboroto constante. Ahora, el aislamiento se sentía aún más solitario.

El crepúsculo se había instalado sobre la ciudad, proyectando largas sombras sobre las paredes de los dormitorios. Me senté acurrucada en el alféizar de la ventana, con el último libro de Athena abierto en mi Kindle.

Leer nunca me había resultado fácil, aunque siempre me esforcé por leer los libros de Athena. ¿Cómo no iba a hacerlo? Las amigas nos apoyábamos entre nosotras. Pero en ese momento no podía concentrarme y seguía atascada en la página dos, incluso después de una hora. Finalmente, me rendí y dejé que mi mirada se desviara hacia las calles de abajo.

Debajo de mí, París latía con adrenalina y la gente corría a casa, a un bar o a lo que fuera que estuvieran haciendo. Las chicas y yo solíamos ser esas personas, pero en los últimos meses, una a una habíamos sido arrastradas a vidas completamente diferentes.

Pensé en llamar a Athena o a Isla para preguntar si había noticias sobre Phoenix y Reina, pero me detuve. Me harían demasiadas preguntas y yo no estaba lista para responderlas. No quería arriesgarme a que desviaran su atención hacia mí.

Dondequiera que estuvieran Phoenix y Reina, recé para que estuvieran a salvo. Eran feroces y podían soportar una tormenta. Como si fuera una señal, aquella fatídica noche con Angelo Leone vino a mi mente.

Las llaves tintineaban, afiladas contra el silencio del pasillo. Nuestras respiraciones empañaban el aire mientras Isla luchaba con la cerradura. La celebración de Año Nuevo había salido bastante bien,

pero las risas seguían sonando vacías, porque no era lo mismo sin Reina.

Nos reímos cuando Isla por fin consiguió abrir la puerta y nos dirigimos a la cocina, solo para detenernos bruscamente en la escena frente a nosotros. La cocina parecía un campo de batalla. Reina estaba sentada en el piso manchado de sangre, su rostro un lienzo de moretones mientras frente a ella estaba un cuerpo tendido en el charco de sangre.

El silencio, ominoso y amenazante, se extendió hasta que Isla lo rompió.

—¿Qué… demonios…?

La expresión de Reina, pálida como la muerte, se alzó y susurró.

—Yo lo maté. —Entonces sus ojos encontraron los de su hermana —. No lo siento.

—¿Quién carajos es ese? —Carraspeé, con los ojos pegados al bulto en el suelo mientras imágenes de otro cadáver se reproducían en mi mente. No vi el cadáver de mi madre. ¿Se veía tan aterrador y horrible como este?

—¿Él te…? *—Phoenix tragó saliva audiblemente mientras sus manos temblaban mientras señaba—.* ¿Te tocó?

Reina negó con la cabeza.

—¿Cómo entró? —Athena dijo con dificultad, pareciendo un ciervo atrapado por las luces de un auto.

—Abrí la puerta. Antes de que pudiera cerrarla, él se metió — informó Reina. Parecía extrañamente tranquila, o quizás estaba en estado de shock.

Isla miró el cuerpo con expresión horrorizada antes de girarse para mirarme.

—¿Quién es? —inquirió Isla, repitiendo mi pregunta anterior.

—Angelo Leone *—respondió Phoenix—.* El padre de Dante y Amon*.*

El nombre quedó en el aire, el apartamento parecía cada vez más pequeño. El padre de Dante y Amon representaba a la Familia Leone en la Omertà*. Mi madre me había dicho que me escondiera a plena vista, pero esto… Dios mío, esto no constituiría esconderse.*

Negué con la cabeza mientras un temblor recorría mi columna.

No había tiempo para el pánico. Mis compañeras de apartamento estuvieron ahí para mí cuando las necesitaba, y ahora me necesitaban. Reina nos necesitaba. Si actuábamos con inteligencia, nos alejaríamos de esta situación y yo seguiría siendo invisible para el bajo mundo.

Me desconecté de su intercambio mientras intentaba idear un plan para mantenernos a todas a salvo.

—Primero lo primero. —Empecé con un tono calmado y sereno mientras un torbellino rugía dentro de mí. Señalé con el dedo a Reina—. Necesitas ducharte. Luego tenemos que pensar en ideas sobre qué hacer con este cuerpo.

—¿Por qué no te estás alterando? —murmuró Athena.

—¿Has matado antes? —musitó Isla, medio en broma y mitad en serio.

Negué con la cabeza.

—¿Recuerdan que les dije que vi a un mafioso matar y deshacerse de un cuerpo antes? —Todas me miraron fijamente, y yo moví la mano, ya sin saber si se los dije o si pensé en decírselos—. Es una larga historia, y no tenemos tiempo para eso en este momento. Todas vamos a cambiarnos a ropa negra.

—¿Por qué negra? —susurró Isla.

—Es más fácil pasar desapercibida en la noche —respondí—. Creo, en cualquier caso.

—Ahora me estás asustando —gruñó Athena.

—¿No deberíamos tener miedo del cadáver en medio de la cocina? *—Phoenix interrumpió sus tonterías.*

—Antes de que la policía llegue a nuestra puerta —añadí.

—Estoy realmente asustada —intervino Isla—. ¿Y por qué Reina solo se le queda mirando?

Reina murmuró que deberíamos despedazarlo, y la parte oscura de mí, quizá la pequeña onza que pertenecía a mi padre, disfrutaba la idea de hacer pagar a este criminal, incluso en la muerte. Angelo Leone, al igual que mi propio padre, merecía ser diezmado.

—Bien, ya tenemos la primera parte resuelta —dije con naturalidad—. Lo cortaremos.

Me movía, lenta y metódicamente, y todas me siguieron igual. Movimos el cuerpo, lo levantamos, lo arrastramos, nuestro pequeño apartamento se llenó de gruñidos bajos y la fina banda sonora de arcadas y órdenes susurradas. Mantuve las manos firmes. Me puse los guantes como una armadura. Mi mente compartimentada. Y mis labios cantaban cosas que había que hacer: cortar, picar, ducharse, enterrar las partes del cuerpo en las catacumbas.

Aquella noche, la justicia olía a cloro. Esa noche, éramos juez, jurado y verdugo. Mi madre no se lo merecía, pero este hombre desde luego que sí, y no pude evitar desear el mismo destino para mi propio padre y Jack Callahan.

Pero, aun así, no podía desearle el mismo destino a mi esposo.

La voz de Aiden cortó los recuerdos de aquella noche.

—*Mo cuishle*, ¿qué haces todavía despierta?

Alcé la vista y vi su enorme figura llenando el marco de la puerta del dormitorio. Sus anchos hombros estaban tensos bajo el traje negro de tres piezas que aún no se había cambiado.

—¿Todo bien? —pregunté suavemente, notando su aspecto y mandíbula tensa.

—Solo un día largo —murmuró—. No respondiste a mi pregunta.

—No podía dormir sin ti —admití.

—¿En qué estabas pensando hace un momento?

—Estaba pensando en las hermanas Romero y… —Me quedé en silencio, aún conteniendo ciertas partes de mí. El video que me mostró Aiden no captaba el asesinato en sí, solo las consecuencias: las cinco, destazando el cuerpo de Angelo Leone como si fuera sacado de una película de terror. *«¿Qué pensará de mí?»*

Sin decir palabra, cruzó la habitación, me levantó sin esfuerzo del alféizar y se hundió él mismo conmigo en su regazo. El calor de su cuerpo se fundió con el mío.

Estar en sus brazos… Se sentía como en casa.

—Me deshice de él.

—¿Qué? —Me giré para mirarlo, la confusión nublando mis pensamientos— ¿Te deshiciste de qué?

—Del video contigo y las chicas cortando y picando —expresó con ironía.

—Pero… ¿Por qué?

Se encogió de hombros, con una expresión inescrutable.

—Quiero que te quedes conmigo voluntariamente. Además, no voy a arriesgarme a que ese video se filtre y ponga en peligro a la madre de mi hijo y a nuestro bebé por nacer.

Mi mano se extendió instintivamente, acariciando su mejilla. La aspereza de su barba raspó mi palma y se formó un nudo en mi garganta.

—Gracias —susurré, inclinándome para besar el costado de su cuello mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos—. Muchas gracias. No traicionaré tu confianza.

Era mi voto sagrado para él.

Presionando un beso justo debajo de su pulso, mis manos se deslizaron bajo su chaqueta, rozando el frío metal de su pistola. Aún no se la había quitado.

—Carajo, me haces ser codicioso —murmuró, moviendo su mano para acunarme la nuca. Él inclinó mi rostro y luego estrelló sus labios contra los míos, su hambre igualando la mía.

Entreabrí los labios, dejándolo entrar, su lengua bailando con la mía y el dolor entre mis muslos intensificándose.

—Tú y yo… Nos habríamos encontrado en cada vida —pronunció contra mi boca.

Mi corazón dio un vuelco con sus palabras mientras sus labios tomaban los míos para otro beso: suave, dulce y desgarrador.

Intenté desabrochar su corbata, besándolo suavemente. Nos lo tomamos con calma, saboreando cada segundo. Pasé mi lengua por su labio inferior y luego mordisqueé suavemente. Su lengua tomó el control, entablando un duelo febril con la mía. Chupó, su erección se notaba contra mi abdomen.

La excitación se acumulaba entre mis piernas, empapando mis bragas. Desechando su corbata, trabajé en deshacerme de su chaqueta y luego batallé con los botones de su camisa, deseando tocar su piel. Nuestros besos lentos se intensificaron y se

convirtieron en una necesidad hambrienta. Nos besamos como si fuera nuestra primera vez, nuestra última vez.

«Te amo».

Las palabras se rompieron en mi mente y ardieron en mis labios, queriendo salir. No tenía idea de dónde venían. ¿Era siquiera posible? Tal vez estaba confundiendo la lujuria con el amor.

—Necesito probarte —dijo con voz gutural, sus manos fuertes desgarrando mi, su, camiseta. Se había convertido en una costumbre usar su ropa para dormir.

Lo observé con los párpados pesados, jadeando. Mi sostén le siguió, y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en charcos grises.

—Tus tetas, esposa —señaló, levantándose conmigo en sus brazos y dirigiéndose a la cama—. Tu cuerpo. Todo mío.

Me puso de pie, la parte trasera de mis rodillas golpeando el marco. Él estaba allí parado, todo fuerza masculina, la reverencia en sus ojos quemando mi alma.

El contorno de su erección se tensaba contra los pantalones de su traje. Le quité la camisa, mostrando sus magníficos abdominales por completo.

Sus ojos nunca se apartaron de mí, ardiendo de deseo y encendiendo los míos como un volcán.

De un solo golpe, me rompió las bragas.

—Inclínate sobre la cama —ordenó.

Sin dudarlo, hice lo que me pidió, mis pechos rozando la tela fresca. Se me erizó la piel y giré la mejilla hacia la izquierda, observándolo detrás de mí. El hambre oscura inflamó mis sentidos y presioné mis palmas planas, apretando las sábanas mientras esperaba.

Mi cuerpo dolía de necesidad mientras Aiden trazaba un solo dedo por mi columna.

—¿Vas a follarme o solo vas a mirarme el culo? —me burlé, sintiendo cómo mi excitación resbalaba por mis muslos internos.

Smack.

Mi cuerpo se sobresaltó hacia adelante ante el movimiento inesperado.

—No seas insolente —reprendió.

Moví los labios para no sonreír y sacudí mi trasero.

Smack.

—Oh, mierda —gemí, apretando las piernas.

—Ábrelas —gruñó.

Y lo hice, mostrando mi trasero por completo mientras contenía la respiración anticipando lo que venía después. Miré por encima del hombro justo a tiempo para verlo arrodillarse.

—Jesucristo, Raven —murmuró—. Me haces caer de rodillas cada maldita vez.

Su mirada estaba fija en mi sexo brillante, algo en la posición tan erótico que temía arder en llamas.

En el momento en que su lengua caliente lamió mi centro, un orgasmo me destrozó.

—Oh… Mi… Ahhh, Dios mío —susurré, presionando contra su lengua, cabalgando la ola.

Luego, Aiden se puso de pie y metió dos dedos entre mis pliegues, y al instante me convulsioné alrededor de sus dedos, necesitando más de él.

—Mi esposa está tan mojada —murmuró—. ¿Es por mí?

—Sí. —Jadeé—. Dios, Aiden… Por favor, fóllame.

Retiró los dedos de mi coño, trazando hacia atrás, deteniéndose sobre el agujero prohibido. Me aparté, pero él me reprendió rápidamente con un fuerte golpe.

—No te muevas.

Me quedé quieta al instante y su dedo empezó a masajear mi humedad en la piel suave de mi entrada trasera. Su dedo se deslizó dentro de mí y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me aparté de nuevo.

Smack.

Me ardía la nalga, pero él lo calmó en la siguiente respiración, frotando la palma sobre el escozor.

Volvió a deslizar su dedo por mi entrada trasera. Su dedo era demasiado grande, pero se sentía increíble.

Smack.

—¡Demonios, Aiden! —grité. *Smack.*—. Solo fóllame ya. Ya no puedo esperar más.

Él se rio con tono oscuro, su dedo deslizándose más profundo, y mi cuerpo respondió de la misma manera, abriéndose más para él. Miré por encima del hombro, el cuerpo duro de mi esposo apoyado detrás de mí.

Él seguía vestido, por el amor de Dios, y yo estaba jadeando, frotando mi culo contra su dedo.

—Te gusta mi dedo en tu culo —canturreó—. Hacer el amor con dulzura no es lo tuyo, esposa.

—Tu polla sí, así que, por favor… Dámela —gimoteé, con escalofríos recorriendo mi espalda.

Me agarró del cabello y jaló mi cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos. Mi cuero cabelludo protestaba de dolor, pero a mi cuerpo no le importaba. Estaba ansioso por obedecer.

Su cuerpo enorme cubría el mío y me estiró aún más el cuello, presionando un beso fuerte en la comisura de mi boca.

—¿Esa fue una orden? —preguntó.

Negué con la cabeza y dije con voz ronca.

—No.

Soltó mi cabello y rodeó mi cuerpo para rodear mi clítoris.

—Qué pena.

Deslizó dos dedos en mi centro, hundiéndose en mi humedad y luego extendiéndola hacia abajo y hacia arriba por mi entrada mientras su dedo volvía a entrar y salir de mi agujero oscuro.

—*Ahhhh…* —gemí.

—Quiero cada latido tuyo, cada respiración, porque carajo, ni de chiste estaré en esto solo, esposa.

No tenía idea de lo que decía, estaba perdida en su control.

El sonido de una cremallera cortó el ambiente y me hizo detenerme, conteniendo la respiración.

—Aiden —supliqué, incapaz de controlar esa hambre—. Te necesito. Por favor… Fóllame.

Me metió la polla muy profundo, y el dolor punzante se intensificó al instante.

Duro e implacable, cada embestida lo llevaba a nuevas longitudes, alcanzando mi punto G.

—¡Sí… Sí…! —canté.

No había nada más en ese momento, solo nosotros y este placer. Sus potentes embestidas sacudían mi cuerpo hacia adelante, las sábanas rozando mis pezones sensibles. El delirio nadaba por mi cerebro y me sentía intoxicada.

—Dame tu boca —exigió, con la voz ronca. Giré la cabeza y me moví a tientas. El beso fue desordenado, torpe y hambriento mientras su cuerpo seguía.

El placer crecía cada vez más. Mis músculos abdominales se tensaron, mi coño se contrajo y mi orgasmo me destrozó.

—¡Oh… Sí…! —grité.

Aiden gimió largo y profundo en mi oído, follándome durante el orgasmo. Me desplomé hacia delante, y sus caderas se sacudieron mientras se derramaba dentro de mí.

Sus brazos soportaban su peso mientras se apoyaba en mí, con la frente apoyada en mi hombro. Nuestra respiración se mezclaba en el silencio. Su aliento caliente atravesó mi piel, marcándome. El aire a nuestro alrededor olía a sexo y sudor, y nuestros corazones latían al unísono.

—Mía. Eres toda mía, esposa.

—Tuya —murmuré, apenas consciente de las manos fuertes que me limpiaban antes de que el sueño me arrastrara.

CUARENTA Y TRES

AIDEN



Todo estaba listo. Esta noche iríamos a Escocia.

La luz de la oficina zumbaba sobre nosotros mientras repasábamos el plan con detalle, cubriendo cada contingencia.

Viajaríamos en helicóptero y caeríamos en el helipuerto de mi superyate, a 64 kilómetros de Glasgow, en el mar de Irlanda. Desde el yate, nos iríamos en bote bajo el manto de la noche, con nuestro prisionero encadenado mientras entrábamos a la boca de una cueva.

Si resultaba que Sam había mentido, le metería una bala en su cerebro traicionero y dejaría que el mar se lo tragara.

Mis hermanos y yo estábamos vestidos con ropa de combate negra, con chaquetas cubiertas de armadura oculta.

La puerta de la oficina se abrió de golpe, golpeando la pared trasera.

Raven estaba parada en el marco con *jeans* que se ajustaban a sus largas piernas, un suéter de cuello alto negro que ocultaba su cuello pálido y unos Converse negros altos. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta.

—¿Es tu versión de equipo de combate? —La voz de Kyran estaba cargada de humor que no me pareció del todo gracioso.

—¿Por eso me preguntabas qué nos ponemos cuando hacemos mierda de la mafia? —preguntó Tyran, apoyándose en la mesa y sonriendo.

La observé, con mi pecho apretado. Esto me daba miedo, y era precisamente por eso que le había contado pocos detalles. No podía soportar la idea de llevarla al peligro.

Cruzó la habitación despacio, con la mirada fija en mí, y supe cuáles serían sus siguientes palabras.

—No irás —declaré antes de que pudiera decirlas.

Ella inclinó la barbilla con terquedad.

—Sí, lo haré.

—Raven —advertí.

—No puedes dejarme aquí sola —siseó—. Necesito estar ahí cuando rescates a mamá.

—Te llamaré en cuanto la tenga.

Ya estaba negando con la cabeza.

—No, tengo que estar allí.

—*Mo cuishle*, estás embarazada y es demasiado peligroso.

—No me vengas con *mo cuishle*, Aiden. Me encanta ese apodo, pero no me hará cambiar de opinión.

—*Whoa, whoa.* ¿Embarazada? —intervino Kyran—. Santo Dios, Joder. Ustedes dos trabajan rápido.

Raven le lanzó una mirada fulminante.

—Deja de hablar, Kyran. —Se puso delante de mí, mirándome con furia—. Sí, iré, Aiden. Ella me necesitará y…

—No —interrumpí.

Soltó un suspiro frustrado.

—Mamá no querrá ir contigo. Recuerda que ella fue quien me hizo prometer que huiría lejos de ti y de tu familia. La que me hizo fingir mi muerte.

Me detuve, reflexionando sobre sus palabras, y Raven lo tomó como una oportunidad.

—Ella piensa que los Callahan son como Duncan. Me *necesitas* allí.

¡Carajo!

—Puede que tenga razón —intervino Tyran, repitiendo mis propios pensamientos—. No queremos que su madre se resista.

—Y tendremos refuerzos respaldándonos —agregó Kyran, y solté un gruñido exasperado. ¿Cuándo se convirtieron mis hermanos en

sus caballeros? Los refuerzos a los que se refería mi hermano eran hombres de la empresa *Blackhawk Security* con experiencia en combate militar y misiones de rescate.

Pero nada de eso me convencía de que fuera seguro acercar a mi esposa tan cerca del peligro, y Duncan Lyons era sinónimo de peligro, especialmente para ella.

El temor se acumuló en el fondo de mi estómago mientras mis instintos se activaban. Proteger a Raven era mi prioridad, y llevarla a la guarida del león sería la antítesis.

—No voy a jugar a ser la heroína —continuó Raven, poniendo su mano en mi pecho—. Me pegaré a ti como pegamento y solo hablaré cuando vea a mamá.

Joder, joder, joder.

Me liberé de su cálido tacto y fui a mi caja fuerte, sacando un cuchillo pequeño y una pistola.

—*Whoa,* ¿le vas a dar una pistola a tu esposa? —preguntó Kyran —. ¿Estás seguro de que eso es inteligente?

Lo ignoré y me giré hacia ella, luego empecé a mostrarle cómo usar el arma.

—Sueltas el seguro y luego pones el dedo en el gatillo. —Guie su dedo hacia él y la dejé sostenerla—. Esto es solo para emergencias. Si la situación se complica, disparas a todo lo que se mueva y sales de ahí.

Tomé la funda y se la enganché en los hombros.

—Me siento como una mafiosa. —Intentó sonreír, pero sus labios temblorosos fallaron.

—Te quedas a mi lado —exigí—. Úsame como escudo si hay disparos.

—Pero…

—Maldita sea, nada de peros, Raven —gruñí—. Protégete a ti y a nuestro bebé, y te largas de ahí de una puta vez.

—D-de acuerdo.

Nos quedamos de pie, mirándonos mientras yo luchaba contra mis demonios internos que exigían encerrarla en una torre y protegerla. Pero sabía que esa no era la solución a nuestro matrimonio.

—¿Tengo tiempo para tomar mis vitaminas prenatales? —preguntó, y asentí. Se dio la vuelta y salió deprisa.

En cuanto el sonido de los Converse se desvaneció por el pasillo, Tyran respondió con tono seco.

—La amas.

—Sí, así es —respondí sin dudar.

A pesar de ver lo que el amor les hizo a mis padres, la amaba. Me aterrorizaba porque significaba que tenía algo que perder.

No tenía sentido fingir. Debería habérselo dicho. De hecho, debería gritarlo a los cuatro vientos, pero ahora no era el momento. No antes de que nos dirigiéramos a una misión.

El momento importaba, y prefería declarar mi amor cuando esto de Duncan y su madre haya quedado atrás.

—Creo que ella también te ama —concluyó Kyran con sequedad y los brazos cruzados—. Cuando me estaba interrogando sobre nuestro código de vestimenta, empezó a hablar de tu trasero en *jeans*. Con lujo de detalles gráficos.

Tyran emitió un sonido como si se ahogara.

—¿Qué?

Puse los ojos en blanco.

—Lo estás inventando.

Hizo un sonido de *pfft.*

—Claro que no, carajo. Ella dijo, y cito: "Espero que se ponga *jeans* ajustados porque me encanta su culo en ellos", y luego se puso a divagar sobre cómo te hacen parecer un delincuente buscado al que quiere devorarse. Vomité un poco en mi boca.

Parpadeé.

—¿Ella dijo eso?

—Oh, sí —dijo Kyran, asintiendo con gravedad—. Y que le encanta cuando llevas funda y espera que algún día la uses desnudo. Luego me señaló con los dedos como pistolas. Fue jodidamente perturbador.

Tyran no podía respirar de la risa, medio doblado sobre el borde de la mesa.

—Lo siento, pero esto es lo mejor que he oído en toda la semana. Enséñame otra vez cómo te señaló con los dedos, Kyran.

Tyran lo ignoró.

—Creo que está intentando establecer dominancia psicológica a través del sexo o algo así. O ha perdido la cabeza por tu trasero criminal.

—Bueno —murmuré, frotándome la nuca—. No se equivoca. Soy bastante *sexy* en *jeans*.

—Dios mío, está de acuerdo. —Tyran se carcajeó, prácticamente llorando de la risa—. Lo siguiente que hará será repartir fotos de su foto policial.

—Cállate —lancé, pero no podía dejar de sonreír.

—En serio —comentó Kyran—. Ustedes dos dan asco. Es como ver a dos humanos emocionalmente estreñidos.

Exhalé por la nariz, negando con la cabeza.

—No puedo esperar a que te cases.

Hubo una pausa, y luego Kyran añadió con un pequeño encogimiento de hombros.

—Vas a esperar mucho tiempo. Hasta entonces, por el amor de Dios, dile a tu esposa que la amas.

Observé el pasillo por el que había desaparecido, registrando el leve sonido de que lavaba un plato.

—Después de recuperar a su madre sana y salva —manifesté.

Tyran me dio una palmada en la espalda.

—Así se habla. Nada dice romance como sobrevivir a un ataque a su padre y salir con traumas.

—Exacto. —Kyran asintió—. Un cuento para los nietos. Suponiendo que vivas lo suficiente para tener alguno. O, ya sabes, admite tus sentimientos como un humano normal.

—¿Viniendo de ti? —Alcé una ceja.

—Estoy profundamente emocionalmente inaccesible —respondió Kyran—. Pero no les hago pistolas con los dedos a la gente cuando me gustan.

Tyran hizo un sonido de *pew pew* y guiñó un ojo.

—¿Seguro? Es bastante *sexy*.

—Los odio a ambos —murmuró Kyran.

CUARENTA Y CUATRO

RAVEN



El viaje había sido bastante tranquilo, salvo por los gemelos Callahan contando chistes de mal gusto y Aiden rondándome como un guardaespaldas con sobredosis de cafeína, revisando mi funda y el cuchillo al menos una docena de veces.

Su protección se pasó, pero lo agradecía. Eso demostraba que le importaba.

Sin embargo, todo cambió en cuanto bajamos del barco y pisamos tierra firme, donde nos esperaban tres hombres. Hombres que parecían acabados de salir de una zona de guerra, y la mirada en sus ojos confirmaba que habían visto batallas y más. Eran hombres que habían visto demasiado y llevaban esas historias tras la mirada que nadie se atrevía a preguntar.

Sin embargo, eso no quitaba nada a lo impactantes que eran, guapos de una manera peligrosa y ruda, con un aire de misterio que hacía imposible apartar la mirada.

—Hola, River —lo saludó Aiden, extendiendo la mano para estrechársela. Luego volteó hacia los otros dos hombres—. Astor, Darius. Esta es Raven, mi esposa.

—Callahan. Señora Callahan —reconocieron los tres, el título haciéndome sentir vieja y… bueno, casada. Luego miraron a los gemelos.

—Espero que ustedes dos no vayan a jugar a ser vaqueros —indicó Darius, pareciendo como si los hubiera visto hacer alguna tontería en el pasado.

Kyran sonrió.

—No jugamos, Darius. Ya deberías saberlo.

—Después de todo, la última vez arrasamos con el enemigo —comentó Tyran.

River puso los ojos en blanco y Astor refunfuñó.

—Y con una aldea.

—Enfoquémonos en esta misión —interrumpió Aiden, y luego repasó el plan una vez más. El objetivo era entrar y salir sin ser detectados, pero estábamos preparados para lo peor—. ¿Alguna pregunta? —Todos negaron con la cabeza—. Bien, pues vamos.

El ambiente se volvió serio. Los gemelos guardaron silencio, con expresiones más agudas mientras revisaban sus armas. Aiden se puso delante de mí sin decir palabra, uniéndose a sus hermanos para formar una barrera protectora mientras River, Astor y Darius se quedaban detrás de mí.

Frente a los hermanos Callahan, nuestro guía renuente, el prisionero, avanzó con paso firme en la oscuridad.

La cueva olía a mar y a decadencia. Cada paso resonaba en las paredes, tragados por las estalactitas que apenas podía distinguir. El agua goteaba constantemente en algún lugar a lo lejos, creando un ritmo que igualaba el retumbar de mi corazón.

Caminamos durante lo que parecieron horas, cada vez más profundo, el tenue resplandor de nuestras luces proyectando largas y retorcidas sombras sobre la piedra dentada. El camino se estrechaba, las paredes de roca caían tanto en algunos puntos que tuvimos que agacharnos. Aiden se mantuvo cerca, protegiéndome con sus hombros anchos.

De vez en cuando, los pasos del prisionero se ralentizaban y uno de los gemelos le daba un empujón no tan suave para que siguiera avanzando.

Luego, sin previo aviso, se detuvo por completo.

—Sigue avanzando —gruñó uno de los gemelos.

Pero el hombre no cedió. Simplemente se giró, lento y deliberado, y entonces una sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Qué…? —susurré, pero mis palabras se interrumpieron cuando sonó un estruendo.

Aiden se pegó a mí de inmediato, empujándome hacia atrás. Estabilizó su arma y disparó una ronda de tiros. Sus hermanos hicieron lo mismo. Disparos, gritos y el estallido del acero contra la piedra impactaron a mi alrededor mientras entrecerraba los ojos, incapaz de descifrar quién era quién en medio del alboroto.

Mi corazón retumbaba dolorosamente, el miedo apretándome el pecho, tanto por lo desconocido como por la vida que crecía dentro de mí. Mi cabeza giraba de un lado a otro cuando recordé el arma. Me preguntaba si ya era el momento adecuado para sacarla y empezar a disparar. Pero Aiden y los gemelos estaban cerca, y me aterraba poder herirlos accidentalmente, o algo peor.

Pero entonces la escuché.

—Cariño, no hagas nada.

Era el gemido de mi madre, rebotando contra las paredes de la cueva.

Sentí el golpe en la parte trasera del cráneo y mi mundo se tambaleó, dándome cuenta de que habíamos caído directamente en una trampa.

Me desperté con el hedor a podredumbre húmeda, sangre y moho. Me habría atragantado si no fuera por el agarre invisible en mi garganta, como si unos dedos de acero estuvieran aferrados allí, sujetándolo todo.

El dolor latía por toda mi cabeza y me bajaba por el cuello, llenando mi cuerpo de un terror frío.

Abrí los ojos y me encontré con la oscuridad absoluta. Tenía la cara mojada y pegajosa. Levanté una mano temblorosa, las yemas de mis dedos rozando la nuca, y encontré la fuente: una zona

sensible e hinchada. En cuanto la toqué, un dolor ardiente estalló y siseé entre dientes.

—Ah, por fin nos conocemos, Raven Lyons.

Me incorporé de golpe, el colchón gritando debajo de mí, sus resortes gimiendo. El escozor del aire frío golpeaba cada centímetro resbaladizo de piel.

Al encontrar la fuente de donde provenía la voz, un hombre sentado en la silla, me estiré hacia la funda y la encontré vacía.

El pánico me subió por la garganta.

—¿Q-qué quieres? —tartamudeé—. ¿Quién eres?

Un clic sonó en algún lugar arriba, y luego una luz blanca atravesó mis párpados. Los apreté hasta que el brillo se suavizó, cada parpadeo era un pequeño ataque.

—Yo, querida… —Fumó su puro, el aroma revolviéndome el estómago—. Soy tu padre. Duncan Lyons.

El nombre fue como un puñetazo en el estómago.

Giró la cabeza y su mirada pasó por encima de mí. La seguí y encontré a una mujer al otro lado de la habitación, acurrucada sobre sí misma, con su barriga redonda sobresaliendo de sus caderas.

Mi pecho se comprimía como si alguien me hubiera clavado una barra de hierro en las costillas.

—Mamá —grité.

No respondió, sus labios temblorosos pálidos.

Me lancé de la cama y me desplomé sobre ella, con mis rodillas golpeando el suelo. Su cuerpo estaba cálido y frágil, y su piel olía a tabaco.

—Mamá, soy yo. —Carraspeé, con lágrimas corriendo por mi rostro.

Le acaricié la mejilla, obligándola a verme, no obstante, su mirada era plana y vacía, como un espejo sin reflejo.

—¿Qué le hiciste, bastardo? —solté con brusquedad, mirándolo con furia por encima del hombro.

Duncan se rio, pero no había ligereza en ello.

—Me dijo que estabas muerta. Te *robó* de mí. —Se encogió de hombros y se humedeció los labios—. Así que me debía un hijo nuevo.

Continuaba fumando su puro, el humo se desplegaba y se extendía por la habitación fría.

—Primero, tuvo que dejar de beber como una alcohólica —añadió.

Mis lágrimas dejaban surcos calientes por mi cara, cada una con sabor a sal y a algo amargo y metálico. Era mi dolor, y con él venía la lenta y nauseabunda realización de todo lo que ella había soportado estos últimos cinco años.

Mi pecho se quedó vacío, cada inhalación entrecortada era más fuerte que la anterior.

—Lastimaste a mi madre —siseé, las palabras raspando fuera de mi garganta irritada.

Se rio.

—No seas estúpida, Raven. Me la follé.

Ella pasó todos estos años soportando su crueldad, y yo no la salvé. Maldita sea, la culpa me carcomía el pecho, amenazando con colapsar hacia dentro.

Sin embargo, no le fallaría en este momento. La salvaría y me encargaría de los demás, y acabaría con este animal por haberle puesto una mano encima.

Mis ojos se posaron en el cabrón retorcido que se atrevía a llamarse mi padre.

Duncan se recostó en la silla, fumando su puro. Una pistola estaba en su regazo, y no había nada que deseara más que quitársela y meterle una bala en la boca.

Pero primero lo haría pagar por haberle hecho daño a mamá. La necesidad de verlo sufrir me subía por la garganta como bilis. Incluso con la autorepulsión que me invadía, el impulso se sentía correcto, y sabía lo que tenía que hacer.

El pensamiento sediento de sangre me dio como un golpe físico, pero no me parecía mal. De hecho, parecía inevitable.

—Sabes, le daré su libertad si te quedas —sugirió con tono arrastrado, completamente ajeno a mis pensamientos.

Mis labios se curvaron con desagrado, pero no respondí. Mi silencio parecía agitarlo, su cabello plateado se despeinaba mientras pasaba una mano impaciente por él. Finalmente gritó:

—¡Tu madre te mantuvo alejada de mí!

—No, mi madre me salvó de ti. —No me importaba si era lo último que hacía en esta tierra, lo mataría—. ¿Dónde está mi esposo?

—¡Eres mi hija! —rugió. La ira brotaba de él a raudales—. Ella es mi esposa. Se supone que ustedes deben obedecerme.

Me sobresalté ante su arrebato, pero me negué a acobardarme.

—¿Dónde están mi esposo y mis cuñados? —Se rio de forma demente, negándose a responder—. Morirás si les haces daño —reviré, el odio ardiendo como ácido en el fondo de mi estómago.

Él moriría de todos modos, pero no necesitaba saberlo todavía.

—Al menos heredaste mi fuerza —elogió como si estuviera orgulloso. Delirante. El hombre debería estar en una unidad psiquiátrica—. Detestaría verte ser una cobarde como tu madre.

Tomó el teléfono y llamó a alguien.

—Tráelo aquí —ordenó, su voz con un tono escocés.

La sospecha me recorrió la espalda. Sabía exactamente a quién se refería con "él". Un momento después, la puerta se abrió y Aiden fue conducido dentro, con las manos atadas a la espalda, con tres hombres siguiéndolo de cerca con armas apuntándole.

Parecía desaliñado, pero entró con confianza. Como si no fuera el prisionero aquí. Sus ojos se posaron en el cuerpo de mi madre y, por un instante fugaz, la tristeza apareció en ellos, pero rápidamente la ocultó.

—*Mo cuishle*, ¿estás bien? —me saludó, con la mandíbula apretada. Sus ojos me recorrieron como para asegurarse de que estaba bien antes de que nuestras miradas se cruzaran.

—Sí —respondí con voz áspera—. ¿Y tú?

Él asintió.

—Ah, mi yerno. —La sonrisa de Duncan era helada—. Resulta que estuve en tu contra durante los últimos cinco años para nada. Mis disculpas.

—Qué curioso que te arrepientas mientras me mantienes atado —replicó Aiden con sequedad—. Me temo que tu disculpa no es aceptada.

—En ese caso… —Duncan levantó su arma.

—¡No! —grité y salí corriendo, encontrándome entre el hombre que odiaba y el hombre que amaba.

—*Ah*, tonta como tu madre después de todo —refunfuñó Duncan —. No importa, mataré a tu marido y te casarás con uno de mis socios hasta que tu hermano sea lo suficientemente mayor para reemplazarte como mi heredero.

Se me revolvió el estómago. Este hombre estaba enfermo. ¡Repugnante! No había otra palabra para ello. Un imbécil malvado y traicionero. Pero entonces noté lo que dijo.

—Un hermano —musité con voz rasposa.

Duncan se rio.

—Lo único que tu madre hizo bien. Por fin me va a dar un niño. Tuvimos que interrumpir los últimos cinco embarazos. Todas eran niñas inútiles.

Observé sus ojos, llenos de malevolencia y crueldad.

—Estás demente —susurré horrorizada.

No podía dejar que este lunático destruyera a otra persona a la que amaba. Mientras Duncan viviera, mi madre, Aiden y mi bebé no nacido estarían en peligro.

La amargura y la rabia crecieron dentro de mí y erosionaron mi alma, exigiendo que lo hiciera pagar. Mis ojos recorrieron a Duncan y su silla, notando que su pistola estaba de nuevo en su regazo.

—Maten a ese irlandés —les ordenó a sus hombres.

Actuando por instinto, extendí la mano y le robé la pistola de las piernas, luego la apunté a la cabeza de Duncan.

—Ni se les ocurra moverse, carajo —siseé, apuntándole con el arma—. O le vuelo la cabeza.

Levantó la mano, una orden silenciosa dirigida a sus hombres.

—¿Alguna vez has matado a alguien, Raven? —pronunció con tono arrogante, pero no pudo ocultar el miedo en sus ojos.

Disparé, golpeando el muslo de Duncan por puro accidente, y envié una oración silenciosa de agradecimiento.

—Maldita zorra —gruñó.

Sonreí con frialdad.

—*Ups*, perdón, no le di a tu polla.

Incliné mi barbilla hacia Aiden, con el corazón acelerado.

—Diles a tus hombres que desaten a mi esposo, o la próxima bala le dará a tu entrepierna. Y la siguiente, en tu cráneo.

—No sabes lo que haces, hija.

—No es tan difícil, Duncan. Solo tengo que apuntar y disparar, ¿y adivina qué? Estás en la línea de fuego.

Duncan echó la cabeza hacia atrás y se soltó a reír.

—De verdad que eres mi hija.

Apreté el gatillo con más fuerza.

—Desata a mi esposo y te dejaré vivir —demandé entre dientes, mintiendo descaradamente—. Última advertencia.

CUARENTA Y CINCO

AIDEN



Raven me hizo sentir tan jodidamente orgulloso.

Cuando todo se vino abajo y nos vimos luchando contra veinte hombres, ella siguió siendo mi principal preocupación. Sabíamos que nuestras posibilidades eran escasas, así que les ordené a mis hermanos que se retiraran y se llevaran a Raven con ellos.

Había anticipado una emboscada. No estábamos entrando en una trampa, estábamos entrando en un contraataque.

Por eso traje a *Blackhawk Security*, el equipo de extracción en espera, armado y listo para sacarnos si mis instintos eran correctos. Y así fue. Mis hermanos también lograron escabullirse de las manos de nuestro enemigo.

Mi esposa y yo también habríamos escapado, pero ella recibió un golpe en la parte trasera de la cabeza. Quise matar al hijo de puta, pero corrí a atraparla justo antes de que su cabeza golpeara el suelo áspero, y luego le grité a mis hermanos que corrieran.

Ahora solo teníamos que asegurarnos de que Raven sobreviviera hasta que todos volvieran y arrasaran este puto castillo hasta las cenizas.

Pero mi esposa había tomado cartas en el asunto, y estaba yendo incluso mejor de lo que esperaba.

—No veo a tus hombres apresurándose a hacer lo que dije —pronunció Raven, con voz fría. Pero ya la conocía lo suficiente como para detectar el temblor bajo sus palabras—. ¿Quieres otra bala, Duncan?

—Desata a ese cabrón —se apresuró a decir.

En cuanto mis manos estuvieron libres, agarré el arma de mi esposa y les apunté a los tres guardias, disparándoles en el acto.

Luego me giré hacia Duncan y le dije con una sonrisa fría.

—La cagaste, Duncan. Tuviste la oportunidad de ser un aliado, pero tuviste que ser un lunático y hacerle daño a mi suegra.

—Ahora, morirás —concluyó Raven.

—¡Mis hombres nunca los dejarán salirse con la suya! —bramó—. Morirán conmigo.

—Si estás bien muerto, mi muerte valdrá la pena —aseguré con tono oscuro, pero mi corazón se encogió al oír el quejido de Raven.

El pánico se encendió en la cara de Duncan y se apresuró hacia la puerta como el cobarde que era. Se produjeron disparos y el humo envolvió un lado de la sala. Ignorando el alboroto, me lancé sobre Raven y rodamos al suelo.

—Quédate abajo —susurré en su oído, flotando sobre ella—. Te tengo.

Las balas silbaban por el aire y el caos se cerraba a nuestro alrededor. Mantuve mis manos en su cabeza, mi boca junto a la suya, haciendo todo lo posible por tranquilizarla.

—Estás bien —murmuré—. Estás a salvo.

Siguieron más disparos, y ella tembló entre sollozos.

—Tengo miedo.

—Te tengo, *mo cuishle.* —La tomé en mis brazos y nos arrastré unos metros, arropándola bajo la cama, desesperado por mantenerla algo protegida e ignorando mi instinto de luchar. Mis hermanos, River, Astor y Darius, se encargarían.

—No quiero que nuestro bebé muera. —Su voz temblaba y agarró mi camiseta, sus ojos recorriendo el lugar—. No quiero morir aquí.

—Saldremos de aquí. Vivos —prometí, presionando mis labios contra los suyos—. Todos nosotros, incluyendo a tu mamá.

River chocó con uno de los hombres de Duncan, un torbellino de rabia y movimiento, la pelea cruda y primitiva. Mis hermanos eran menos viscerales en sus métodos, eligiendo balas mientras eliminaban al enemigo con la fría eficiencia de la experiencia.

A lo lejos, los estallidos rítmicos de los disparos me indicaban que Darius y Astor mantenían su posición, impidiendo que la marea cambiara.

Y en medio de todo, Duncan se acurrucaba en la seguridad de las sombras, viendo morir a sus hombres por su orgullo, su cobardía y su desastre. Él había creado esta tormenta, y ahora ni siquiera podía estar de pie bajo la lluvia.

Me picaban las ganas de unirme a la lucha, de matar a todos los bastardos que siquiera contemplaran hacerle daño a mi esposa, pero su seguridad era la prioridad.

—Aiden. —Su voz quedó ahogada por el tiroteo.

—¿Sí, mi amor?

—Si no lo logramos —musitó. Se apretó más contra mí—. Quiero que sepas… Dejarte hace cinco años fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer, y nunca te olvidé. Te amaba entonces, y te amo ahora. No quiero dejarte nunca más.

Las balas cesaron y el polvo se disipó. Pero, aun así, mis oídos zumbaban por sus palabras. Me aparté un poco, buscando en su rostro.

—Te lo prometo, Aiden…

Estrellé mi boca contra la suya mientras mi corazón alcanzaba nuevas alturas. ¡Me amaba! Carajo, a pesar del chantaje y de que ella merecía algo mejor que mi viejo trasero… Ella *me amaba*.

Entonces escuché la voz de Tyran.

—Aquí están tortolitos.

—No es buen momento para manoseos —señaló Kyran con tono arrastrado.

Le di otro beso en los labios y luego la ayudé a ponerse de pie. Sus ojos recorrieron la habitación y corrió hacia su madre, que estaba en posición fetal, inmóvil en medio del caos.

Raven cayó de rodillas frente a su silla, con una expresión desgarradora mientras abrazaba a su madre.

—Ahora estamos a salvo —lloró suavemente—. Nunca tendrás que sufrir otra vez. Lo prometo.

Pero su madre ni siquiera se inmutó, la mirada vacía en sus ojos era inquietante.

Raven la acunó, meciéndola de un lado a otro y murmurando suavemente.

—Siento haber tardado tanto. No lo sabía, pero ahora estoy aquí y cuidaré de ti.

Su dolor me golpeó justo en el pecho y deseé poder hacer algo. Aunque solo significara sacudir a su madre de su estado horrorizado, dejando claro que la llevaríamos al médico lo antes posible.

—Raven, amor. —Fui hacia ella y bajé hasta que estuvimos a la misma altura—. Vamos a sacarla de aquí.

Su rostro manchado de lágrimas volteó hacia mí, luego miró detrás de mí a mis hermanos y a los tres hombres de *Blackhawk Security.* La mano de River estaba envuelta alrededor del cuello de Duncan mientras colgaba en el aire, sobre los cuerpos de sus hombres muertos.

Y luego estaban dos miembros de la familia de Raven que nunca había conocido: la hermana de Duncan, la tía de Raven, y su marido.

Raven frunció el ceño.

—¿Quién es esa?

La mujer de mediana edad le dedicó a Raven una suave sonrisa.

—Soy tu tía, querida. La hermana de tu padre. Pero no me lo reproches. Es un bastardo. —Su mirada se dirigió a su hermano, con desagrado evidente en su expresión—. Ya es hora de que pagues por tus pecados, Duncan. Y el dolor que le causaste a tu familia.

Raven siguió la mirada hacia el hombre que River tenía agarrado por la garganta.

—¡Tú! —Su voz era áspera, sus ojos llenos de furia—. ¡Monstruo!

A pesar de su situación, Duncan no mostró miedo.

—Ella nunca debió haberme quitado a mi hija —reviró.

—¡No soy tu hija! —gritó histéricamente—. Eres un monstruo.

—Entonces tú también lo eres —la provocó—. Todos sabemos que, *de tal palo, tal astilla*.

Bajó la mirada, fijándose en la pistola que yo aún sostenía y luego la agarró. Pero me negué a soltarla.

—No —respondí con firmeza.

Ella no era una criminal dura, y sí, ella y sus amigas habían destazado a Angelo Leone como si estuviera en una mesa de carnicero, pero lo hicieron con lágrimas en sus ojos.

Le sujeté la cara y la obligué a mirarme. La angustia, el odio y el dolor se reflejaban en esos hermosos ojos que normalmente brillaban con desafío o lujuria.

—Cuando nos conocimos —murmuré, apoyando mi frente contra la suya—, te prometí ser quien entregara tu karma. Hoy será uno de esos días. —Ella no se movió, sus ojos llenos de tristeza fijos en los míos. Joder, no quería que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. Algo que la carcomiera por el resto de su vida—. Déjame ser tu arma. No quiero que esto manche tu alma.

Tragó saliva, sus ojos se dirigieron a su madre, y luego asintió lentamente.

—Considérate afortunado —le siseó a Duncan. La esperanza brilló en sus ojos, pero no conocía a su hija ni sus lealtades—. Tu existencia torturó a mi madre durante más de dos décadas. Mereces una muerte larga y dolorosa, pero en cambio, tendrás una muerte rápida. Púdrete en el infierno.

Se apartó de mí y se dirigió a su madre, protegiéndola de lo que estaba a punto de pasar. Apunté con mi arma a su cráneo y apreté el gatillo.

CUARENTA Y SEIS

RAVEN



Una niebla matutina se aferraba a los muelles, enroscándose alrededor de los tobillos de los hombres que cargaban las cajas, el suave roce del agua contra los cascos subrayando la tensión en el aire.

Mi madre permanecía inmóvil a mi lado, con la mirada vacía y el abrigo ondeando con el frío viento de Glasgow. Era como una sombra de lo que había sido, completamente vacía y rota.

Pero respiraba. Estaba viva.

La mano de Aiden presionó suavemente la parte baja de mi espalda, estabilizándome.

—Sanará —aseguró con voz baja—. He organizado la mejor atención. El doctor Tristan Bennetti debería estar esperándonos cuando volvamos al yate.

Frente a nosotros, mi tía a quien recién conocí, apretó mis manos, con los ojos llenos de lágrimas, pero a la misma vez intensos.

—Nos volveremos a ver —susurró antes de besarme la mejilla. Su marido se mantenía firme como un muro protector.

Habían cortado lazos con Duncan años atrás, pero no con la organización. Aiden había insistido en que mantener alianzas con las personas adecuadas era importante.

Confiaba en esa gente. Y yo confiaba en él.

Estrechó la mano con el marido de mi tía, luego con ella, asintiendo.

—Mantengan las cosas contenidas aquí. Encárguense de las consecuencias.

—Lo haremos —le afirmó ella—. Hasta que el nuevo heredero esté listo.

Se me revolvió el estómago al oír esa palabra. *Heredero*.

Miré a mi madre, pero o no lo escuchó o decidió no prestar atención. Desde que recuperó la conciencia en esa fría mazmorra, no había reaccionado a nada.

No cuando la bañé y la cambié con ropa limpia. No cuando lloré al ver en qué estado estaba. Los moretones morados y negros cubrían su cuerpo, manchando su piel color marfil. Excepto en su estómago. Esa parte de piel permaneció intacta.

Duncan quería asegurarse de tener a su heredero. Y yo… Quería verlo morir una y otra vez.

—Tenemos que irnos —indicó Aiden, sacándome de mis pensamientos oscuros.

Se movió, ayudándome a subir al elegante barco negro, luego se acercó a mi madre, tratándola con reverencia y cuidado. Ella bajó en silencio al camarote como un fantasma que se acercaba a su tumba.

Dentro, el calor invadió. Las paredes brillaban con madera lacada y latón pulido, mientras que los asientos estaban forrados de terciopelo. Después de los acontecimientos de las últimas horas, el lujo me tranquilizó.

Me senté y abracé a mi madre fuerte, y luego Aiden nos abrazó a las dos.

El bajo rugido de los motores arrancó antes de llevarnos a través del agua.

Apenas habíamos puesto un pie en el superyate de Aiden, una voz indignada atravesó el aire como una daga, y mi madre se estremeció en mis brazos. Su primera reacción desde que la encontramos.

—¿Alguien me quiere explicar por qué me sacaron a rastras de una gala de recaudación? —ladró una voz retumbante mientras se abalanzaba hacia nosotros, con su abrigo ondeando tras él—. ¡No soy un médico de guardia, Aiden!

—Encantado de verte también —gruñó Kyran, ignorando al hombre y dirigiéndose al camarote. Debieron haber tenido encuentros similares en el pasado.

—Bienvenido a bordo, Doc —saludó Tyran, siguiendo a su hermano.

Los zapatos de piel italiana del doctor rechinaban sobre el suelo de madera, y Aiden le lanzó una mirada fulminante.

—Ya sabes la regla: no se admiten zapatos en el barco, Tristan.

Ah, este tenía que ser el doctor Bennetti.

Parecía tener unos cuarenta y tantos años, a juzgar por sus canas en la sien.

—Vete a la mierda, hombre. Me arrastraste a esta monstruosidad, así que aguantarás mis zapatos. Además, tú tienes tus botas de combate puestas.

Aiden me condujo hasta el camarote, donde había una bolsa médica negra sobre la mesa, mientras el doctor Bennetti seguía su parloteo.

—Estaba a mitad de cautivar a la esposa del embajador holandés, y tus secuaces interrumpieron mi…

Senté a mamá en el sofá y luego me agaché a su lado.

—Puedes retomar el coqueteo mañana —dijo Aiden con tono plano, asintiendo en dirección a mi madre—. Ella te necesita más.

Tristan puso los ojos en blanco, abrió la boca para protestar, pero entonces su mirada se posó en mi madre. Su expresión se fracturó, el humor desapareció de su rostro.

La banca carmesí en la que estaba apoyada solo hacía que los moretones de su piel resaltaran de forma muy marcada. O quizás era el hecho de que estaba pálida y con un aspecto enfermizo debajo de ellos.

Justo entonces, jadeó, su abdomen temblando, y un líquido empapó su ropa y el acolchonado asiento de terciopelo.

—¿Eso es…? —Me quedé mirando la marca húmeda que se extendía por sus piernas—. ¿Se le acaba de romper la fuente?

—Dios —susurró Tristan, arrodillándose al instante—. ¿Cuándo entró en labor de parto? —Me miró como si supiera las respuestas mientras yo lo observaba en estado de *shock*. Chasqueó los dedos como para despertarme—. ¿Cuánto tiempo lleva teniendo contracciones?

—Cuidado, Tristan —siseó Aiden—. Es mi esposa a la que le hablas.

El doctor no parecía afectado. En cambio, preguntó:

—¿Y bien?

—Yo… Ella… No ha dicho ni una palabra —susurré—, no me di cuenta de que tenía dolor.

Dios, qué hija tan horrible era.

Tristan se puso los guantes, con una expresión clínica que se torció en su rostro.

—¿Quién le hizo esto?

—Su marido —respondió Aiden—. Ya está muerto.

El doctor Bennetti asintió como si estuviera complacido.

—Está en *shock*, pero definitivamente está en trabajo de parto. Esto podría escalar rápidamente. Necesito luces, toallas calientes y una superficie plana. Ahora.

—¡Voy a despejar la mesa! —gritó Tyran.

Aiden la tomó en brazos y la recostó sobre ella mientras el doctor abría la cremallera de su bolsa, revelando herramientas que brillaban bajo las luces del camarote.

Los gemelos desaparecieron justo cuando Tristan empezó un examen pélvico. La mano de mi madre se sacudió de repente, un gemido bajo escapó de su garganta. Sus dedos arañaban débilmente su vientre.

—Tiene una hemorragia —informó Tristan—. Y el bebé no ha descendido. No tenemos tiempo para que esto continúe de forma natural.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, tomando la mano de mamá entre las mías.

—Tendrá que hacerse una cesárea —explicó Aiden.

—Pero no estamos en el hospital —siseé, el pánico creciendo poco a poco dentro de mí.

—No hay tiempo —replicó Tristan—. Esta no sería la opción que elegiría, pero si esperamos a llegar a un hospital, ambos morirán.

—¿Qué?

Aiden agarró mi mano, alejándome.

—Hazlo.

Los ojos de mi madre se abrieron brevemente, sus labios se movieron. Me incliné, pero no salió ninguna palabra.

Fijé mi mirada en Tristan y asentí, apenas logrando encontrar mi voz.

—Sálvala. A los dos. Por favor.

Empezó con medicamento para el dolor, luego esterilizó tanto su espacio de trabajo como la piel de mi madre.

Los motores del yate rugían suavemente bajo nosotros, un contraste inquietante con el caos en el camarote. Arrastraron lámparas de calor. Las luces de arriba se encendieron. El aire se volvió denso, el olor a antiséptico llenando cada rincón.

—Bisturí —ordenó Tristan.

Aiden lo miró y luego al doctor.

—¿De verdad quieres que lo toque sin guantes?

Tristan soltó un suspiro frustrado, agarrándolo él mismo.

—Es un hábito. No importa, lo tengo.

El doctor trabajaba con eficiencia, sus movimientos precisos y su atención inquebrantable mientras Aiden y yo observábamos aguantando la respiración. Tristan hizo la primera incisión.

Un gemido bajo rompió el silencio.

—No… Monstruo bebé… Mata…

Tristan se quedó paralizado a mitad de su movimiento cuando los suaves y entrecortados sollozos de mamá llenaron la habitación. Sus sollozos se convirtieron en jadeos y luego en gritos mientras el dolor la atravesaba a pesar de los anestésicos.

Me mordí el labio hasta saborear la sangre.

—Mamá… Está bien. Ya casi se acaba.

—M-monstruo…

Tristan apretó los labios en una línea mientras trabajaba en ella, con el sudor perlándose en su frente.

—Tu bebé es inocente —susurré mientras mamá movía la cabeza de izquierda a derecha—. Igual que yo lo fui. Él será como tú y como yo.

La habitación parecía suspendida en el tiempo. Afuera, las olas golpeaban suavemente el casco, una canción de cuna en conflicto con el brutal milagro que se desarrollaba en su interior.

Y entonces un llanto rompió el aire.

Tristan levantó al bebé cubierto de sangre y retorciéndose, con el cordón umbilical aún intacto.

—Un niño sano —anunció, con tono cauteloso mientras hablaba con mamá—. ¿Quiere sostenerlo?

—No. —Ella apartó la mirada, volviendo a la tristeza anterior mientras miraba al techo.

—Mamá… —supliqué.

—Aléjalo… de mí —se quejó.

Las lágrimas brotaron cuando Aiden apareció a mi lado, con la voz tensa.

—Ha pasado por mucho. No sabe lo que dice.

Tristan se acercó a cortar el cordón umbilical, luego limpió rápidamente al recién nacido, envolviéndolo en una toalla blanca y suave y revisando sus signos vitales.

—Es fuerte —murmuró.

Mamá gimió de nuevo, con sus párpados cada vez más pesados.

—Monstruo… Quítamelo de encima…

Me quedé paralizada, dividida entre el cuerpo roto de mi madre y la nueva vida que ahora lloraba en los brazos de Tristan.

—Es mi hermano —atiné a decir con voz entrecortada, pero ella ya estaba dormida.

Aiden se inclinó, con voz baja pero resuelta.

—Nos encargaremos de él. —Con suavidad, aceptó al niño de los brazos de Tristan y lo sostuvo, sus ojos encontrándose con los míos —. ¿Te parece bien?

Le di un beso en la frente a mamá y luego me uní a mi esposo, rodeándolos a ambos con mis brazos.

—Sí, lo amaremos y lo mantendremos a salvo.

—Lo criaremos como si fuera nuestro —concluyó Aiden, y supe que no habría un hombre al que pudiera amar más—. Juntos.

CUARENTA Y SIETE

AIDEN



Raven roncaba suavemente, acurrucada de lado, con una de mis camisas. El bebé dormía en una cuna improvisada junto a mi lado de la cama mientras reinaba el silencio de la noche.

Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas me cayeron encima, junto con la estremecedora revelación de que hoy podría haber perdido a mi esposa.

La idea era aterradora.

Una mano se posó en mi espalda, la palma suave presionando contra mi piel.

—¿Estás bien? —La voz de Raven era ronca y, al girarme, la encontré mirándome.

—Sí. —Se incorporó en la cama, sus manos rodeando mi cintura. Cubrí su pequeña mano con la mía grande—. Nunca llegué a decírtelo… —Me quedé callado.

Sus labios se posaron en mi espalda.

—¿Decirme qué?

—Soy tuyo, Raven. He sido tuyo desde que puse ese anillo en tu dedo. —Me moví y la abracé—. Haré hasta lo imposible por ti.

Me rodeó el cuello con los brazos y presionó sus labios contra los míos, besándome con una desesperación que se me metió en los huesos.

—Te amo —susurró contra mi boca, con la respiración entrecortada.

—Yo también te amo. Siempre estaré de tu lado, pase lo que pase —prometí.

Sonrió, su respiración se calmó.

—Ya lo has demostrado una y otra vez, Aiden. Soy yo quien tiene que ganarse tu confianza después de lo que hice.

—No viviremos más en el pasado. —Puse su palma sobre mi pecho—. A partir de ahora, nos encargamos de todo juntos. Nada de huir, nada de esconderse.

Absorbió mis palabras; el camarote del capitán, iluminado por la luna otoñal, proyectaba sombras sobre su rostro.

—Estoy un poco preocupada —murmuró.

—¿Sobre quedarte conmigo? —inquirí, medio en broma.

—No, porque ahora estás atrapado conmigo para toda la vida, Aiden. —Suspiró, tan agotada que pensé que podría desplomarse sobre mí—. Me preocupa que matar a Duncan salga contraproducente. Estoy preocupada por mamá. —Echó un vistazo a la cuna—. Y estoy preocupada por él. Ni siquiera tiene nombre todavía.

Su voz se quebró y me destrozó el pecho.

—Puedo enfrentar a cualquiera que se atreva a venir tras nosotros por la muerte de Duncan. Tu mamá necesita tiempo para sanar. Estaremos aquí para ella pase lo que pase. Y tu hermanito tendrá todo el amor que necesite. Crecerá y se convertirá en alguien con quien no se debe jugar, créeme. No tienes que preocuparte por él ni por su nombre. Él tendrá uno.

—¿Estás seguro de que no te importan todos los problemas que cargo?

Me reí.

—¿No te has dado cuenta aún de que lo quiero todo contigo?

Me recosté contra las almohadas y ella sonrió mientras se acomodaba contra mí. Sus párpados se cerraron y cayó en un sueño profundo, sus suaves ronquidos mezclándose con los ruidos de succión de su hermano pequeño.

Dormimos enredados el uno con el otro, y era la sensación de paz más grande que había sentido en años.

CUARENTA Y OCHO

RAVEN



—Necesito detalles —pronunció Tristan, observándome. Aquí era algo así como un prisionero sin cadenas, aunque no sabía qué era lo que Aiden tenía sobre él—. Tengo que emitir un acta de nacimiento, pero no puedo hacerlo sin listar a sus padres —continuó.

Mamá descansaba en su camarote, aún negándose a ver o hablar del bebé.

—Necesita tiempo para recuperarse —señalé, acunando al bebé en mis brazos.

Después del parto, hicimos un pequeño desvío y paramos en Irlanda. Llevábamos atracados aquí tres días. Aiden y sus hermanos se encargaban de los negocios, visitando algunos de sus almacenes en el país, pero Aiden siempre volvía temprano mientras sus hermanos se quedaban fuera buscando desahogarse.

Definitivamente lo decía en serio cuando dijo que haríamos esto juntos.

—No creo que tu madre cambie de opinión —consideró Tristan, sentándose en el salón.

Aiden y yo queríamos adoptar y ponerle un nombre a mi hermano pequeño, pero no me parecía correcto continuar sin hablarlo primero con mamá. Todavía tenía la esperanza de que el

shock pasara y que se recuperara lo suficiente para darse cuenta de que este bebé no era Duncan.

—Puede que sí lo haga —protesté débilmente, acercándome a la cuna que Aiden había hecho que entregaran el día anterior. Lo acosté suavemente en ella, lo envolví en una manta y luego me senté a su lado.

—Tienes talento natural para esto —comentó Tristan, lo que me hizo soltar una risita.

—No lo creo, pero estoy aprendiendo. —Miré el dulce y regordete rostro y sentí que mi corazón se hinchaba—. Pero no es difícil amarlo.

Soltó una suave risa.

—Llámame cuando sea un adolescente.

Sonreí.

—Dios, lo sé. Mis amigas y yo fuimos muy problemáticas de adolescentes.

—Apuesto a que te gano en ese aspecto —replicó con ironía, llamando mi atención hacia él—. Es la razón por la que estoy aquí. Le debo mucho a Aiden.

Alcé las cejas, pero no lo cuestioné. Si quisiera decírmelo, lo haría.

Cuando no dio más detalles, miré mi teléfono, pero curiosamente nuestro *chat* grupal de chicas estaba tan silencioso como mamá. Me preocupé por Reina y Phoenix. Isla y Athena estaban en buenas manos, pero el paradero de las hermanas Romero seguía siendo un misterio, y me preocupaba que los hermanos Leone serían su fortaleza o su perdición. Amon ya le había roto el corazón a Reina una vez. ¿Esta vez estaría a la altura? Si era así, no estaba segura de dónde dejaba eso a su hermano, Dante o a Phoenix, para el caso.

La puerta del camarote se abrió, una ráfaga de aire frío entró y rápidamente bloqueé la cuna con mi cuerpo.

—Ah, en pleno modo de mamá osa. —Fue el saludo de Aiden mientras cerraba la puerta tras él—. ¿Cómo está?

Resoplé fingiendo molestia.

—¿No deberías preguntar primero cómo estoy yo?

Acortó la distancia entre nosotros en cinco pasos y me besó los labios.

—¿Cómo está mi esposa hoy?

—Genial —murmuré, sonriendo contra su boca.

—Bueno, sé cuándo soy el mal tercio, o en este caso, el cuarto. —Tristan carraspeó y se levantó—. Les daré otro día para decidir a quiénes debo registrar como padres, aunque la respuesta es evidente.

Cuando desapareció, Aiden dijo:

—¿Aún no has hablado con tu mamá?

Negué con la cabeza.

—Cada vez que voy a verla, o está dormida o en silencio. Odio molestarla después de todo por lo que ha pasado.

Asintió, comprendiendo.

—Tendré que dejar ir a Tristan. Tiene pacientes esperando en Francia, y yo he sido egoísta al mantenerlo aquí. Solo esperaba que pudiéramos arreglarlo antes de que se fuera.

Miré al bebé, profundamente dormido. Curiosamente, no se sentía como mi hermano, pero sí se sentía como mi sangre. Quizás hizo que los instintos maternales en mí se activaran, o quizá mis hormonas estaban en juego aquí. No importaba, porque lo protegería con mi vida, igual que protegería a este bebé que crecía dentro de mí.

La mano de Aiden se posó en mi vientre bajo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Sin náuseas ni malestares.

—Extraordinario.

Me burlé.

—Eso es lo que dijo Tristan también.

Aiden se puso tenso.

—¿Te examinó?

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—No te comportes como un macho conmigo. No, no me examinó. Aunque, si quieres saberlo, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que el médico que traiga al mundo a nuestro bebé sea hombre.

—Un hombre muerto —gruñó.

Le di unas palmaditas en el pecho.

—Solo salió en la conversación —dije, dirigiéndome a la cubierta de abajo—. ¿Por qué no voy yo a ver cómo está mamá y tú cuidas a nuestro bebito?

Me quedé paralizada a mitad de camino y miré por encima de mi hombro justo a tiempo para ver a Aiden sonriéndome muchísimo.

—Como dije, mamá osa.

Encontré a mi madre tumbada en el sofá, con una manta de lino sobre su regazo, sus ojos hundidos por el cansancio. Su piel había recuperado algo de color, los moretones se desvanecían, decolorándose en un amarillo pálido, pero la luz en sus ojos era más tenue que nunca.

Me acerqué despacio, echando un vistazo a la bandeja con comida intacta sobre la mesa junto a ella.

—No comiste —comenté con suavidad.

—No tengo hambre.

—Eso dijiste ayer.

No respondió, así que me senté a su lado, entrelazando mis manos en mi regazo.

—Odio verte así. Por favor, dime cómo puedo ayudarte.

Sí, debería estar hablando con ella sobre su bebé, pero no encontraba fuerzas para verla cerrarse conmigo otra vez.

—Volviste con él.

Su voz no sonaba acusatoria, pero igual la sentí así.

—No lo hice. Me lo encontré hace poco y…

Me quedé callada, sin saber qué decir, pero sabía que no debía sentirme culpable. Aiden me ayudó a rescatarla. Me ofreció comprensión incluso cuando no la merecía. ¿No veía que él no se parecía en nada a Duncan?

—Durante los últimos cinco años, desde el día de la explosión —empecé despacio—, he estado escondida a plena vista, tal y como me dijiste. Usé el dinero de Aiden y los papeles del *P.O. Box* para salir del país. Apenas era una adulta, asustada, aterrorizada y con el corazón roto. Pensé que estabas muerta.

—No lo estaba, pero me aseguré de que Duncan pensara que tú sí lo estabas. —Su voz era plana, sin emociones—. Tenía que protegerte.

—Pero no hubo nadie que te protegiera a ti —susurré.

—Él fue mi pecado, mi error para soportar y sobrevivir. Eras inocente en todo eso.

Un escalofrío recorrió mi espalda solo de pensar en lo que había soportado en los últimos cinco años. No era justo, no después de dos décadas huyendo de ese hombre malvado.

—¿Cómo sobreviviste a la explosión? —pregunté.

—Después de que escaparas por la ventana, me aseguré de que tu anillo se quedara allí y salí por la puerta principal.

Bajé la mirada al mismo anillo que había regresado a mí y dije con voz ronca:

—Debimos haber huido juntas. Debimos habernos protegido mutuamente. Nunca debiste haber sido sometida a él ni a su crueldad. Si tan solo… —Mis hombros se encorvaron, sabiendo que no tenía sentido pensar en los "si tan solo". Ella hizo lo que creyó que era mejor—. La culpa por dejarte me carcomía cada día —admití, con lágrimas ardiendo en mis ojos. Pero ya no lloraría. Ella estaba viva, y la realidad era que mamá me había salvado la vida.

—Sabía que tus amigas serían tu apoyo. —Su voz era baja, su expresión, distante—. Tenía razón, ¿verdad?

—Sí, hemos pasado por las buenas y las malas.

—El dinero… ¿Fue suficiente? —preguntó.

Asentí.

—Conseguí un trabajo mientras iba a la universidad y, con el tiempo, empecé a ganar dinero con mis pinturas.

Una sombra de sonrisa apareció en sus labios.

—Siempre supe que lo lograrías, cariño.

—Pero lastimé a mi esposo. —Mi voz temblaba—. Se culpó a sí mismo por mi muerte durante cinco años. Fue cruel.

—Eras demasiado joven —razonó—. Tal vez en retrospectiva no fue justo, pero encontraste la forma de volver a él, así que supongo que estaba destinado a ser.

Me costaba encontrar palabras o siquiera entender todo esto.

—Antes de la explosión, Aiden y yo empezamos a acercarnos. Era considerado, sorprendentemente amable… El tipo de persona que hacía que fuera fácil olvidar el mundo durante un tiempo. Pero después de todo lo que había pasado, olvidarlo fue imposible. Me sentía a la deriva, perdida en un mar de culpa y confusión, atormentada por tu muerte y la verdad sobre su engaño. Lo enterré todo tan profundo como pude, esperando que, si lo empujaba lo suficiente, pudiera dejar de doler. Pero nunca fue así.

Mamá permaneció en silencio, con su rostro sereno, casi distante. Pero capté el sutil trago de saliva, el leve temblor en sus labios y la culpa me atravesó. No debería haber dicho eso. No se suponía que fuera yo quien la lastimara. Se suponía que ahora debía cuidarla.

—Lo siento, mamá. Has sacrificado tanto por mí, y quizá tengas razón. Era demasiado joven. —Después de todo, ¿no dijo Aiden algo parecido cuando salimos a cenar? Señaló que nuestros años separados me habían permitido abrir mis alas—. Y mis amigas fueron increíbles. Toda la experiencia de la universidad lo fue. Solo desearía haberlo compartido contigo. Solo desearía que hubieras estado a salvo, no…

Me acarició la mejilla, su toque suave.

—Menos mal que encontraste a Aiden —expresó, provocándome una sorpresa que me recorrió.

—¿Lo dices en serio? —Respiré, parpadeando para contener las lágrimas.

Asintió.

—Veo que no se parece en nada *a él*.

Era lo más cercano que había estado a referirse a Duncan desde lo de Escocia. Lo tomé como una buena señal, esperando que significara que estaba en camino a recuperarse, especialmente ahora que sabía que él nunca podría volver para hacerle daño.

—Aiden pensaba que estaba muerta. —Carraspeé despacio, con mi pecho temblando por las emociones—. Le dolió. *Yo* lo lastimé, y pensándolo bien, debí haber… No lo sé…

—Deberías haberte quedado con él —concluyó por mí—. Pero has prosperado, así que no me arrepiento.

—Sí, debería haberme quedado con él —confirmé—. Nos habría protegido a las dos, tal y como ha demostrado ahora. Pero el pasado es pasado, y deberíamos dejarlo ahí. Miremos hacia el futuro.

Ella asintió, pero no dijo nada más. Dejé que el silencio se instalara entre nosotras. Vivir en el pasado no nos serviría de nada, y el trayecto cerró el capítulo. Incluso aprendí un par de cosas y crecí un poco por el camino. Quizás esto era exactamente como debía ser, y deberíamos aceptarlo tal y como era.

Una oportunidad de una nueva vida juntos.

—El cuerpo que la policía encontró en la explosión… —Empecé—. ¿De quién era?

Los ojos de mamá se llenaron de fantasmas.

—Una mujer muerta que había sacado de la morgue del hospital donde trabajaba.

Fruncí la nariz.

—Debes estar bromeando.

—No —replicó con frialdad—. El mismo día que Jack Callahan me visitó, fui a trabajar una hora y me llevé un cuerpo.

La miré incrédula.

—No lo hiciste.

—Sí, lo hice. En cada lugar al que nos mudábamos, siempre optaba por un trabajo de conserje en un hospital. ¿Por qué crees que fue así?

—Para… tener acceso a… un cadáver —declaré despacio, aunque toda esta conversación parecía descabellada.

Asintió.

—El plan era fingir nuestras muertes y empezar de nuevo. Por supuesto, todo el plan se descarriló.

—¿Cómo sobreviviste? ¿No podrías haberme contactado?

Se encogió de hombros.

—El mundo pensó que estabas muerta, así que te lloré.

—Debiste habérmelo dicho. Podría haberte ayudado, mamá.

—No quería llamar la atención. En fin, se acabó.

—Eso no lo hace correcto. —Apartó la mirada de mí y se quedó observando al vacío, con el rostro relajado—. Mamá, sobre tu hijo…

—No.

Se me revolvió el estómago.

—¿A qué te refieres con *no*? —No respondió, pero ya no podía parar—. Es solo un bebé. Tu hijo. Mi hermano.

—Monstruo.

Respiré por la nariz, luchando por saber qué hacer. No quería complicarle las cosas y, claramente, mencionar al bebé la alteró.

—Solo necesito que sepas algo. —Su cuerpo se tensó y supe que estaba escuchando—. Aiden y yo queremos adoptarlo y criarlo como si fuera nuestro. Ya lo amamos. Es inocente, igual que tú y yo.

Apartó la mirada de nuevo, contemplando la luz del sol que bailaba sobre el suelo del camarote.

—Crecerá y se convertirá en él. Aún no lo ves, pero lo harás.

Dios, mi corazón se partió en dos por ella. Y lo peor era que ni siquiera podía juzgarla por ello. Duncan la había hecho pasar por un infierno inimaginable.

—Solo te veo a ti cuando lo miro —susurré—. Y a mí. Veo a alguien que necesita amor.

Se quedó callada durante un buen rato, y nos quedamos en un silencio en el que no supe qué hacer.

—Entonces es tuyo —agregó mamá, con la voz destrozada.

—Mamá…

—Estoy rota. —Me acerqué despacio, tomando su mano y sujetándola suavemente mientras ella seguía hablando—. No dejo de pensar que sigo en esa casa. Siento sus manos sobre mí incluso cuando estoy despierta. Todos los bebés que me arrebató… —Sacudió su cabeza—. Y ahora, desearía que Duncan me hubiera quitado este.

—Tú sobreviviste. Él no. No dejes que ese bastardo gane. Tienes que vivir. Es la mejor venganza.

—No quiero a ese niño cerca de mí. —Su mano temblaba bajo la mía—. No quiero recordatorios. No quiero esta vida.

Asentí, tragando el nudo en mi garganta.

—Entonces vamos a hacerte una nueva.

Sus ojos se cerraron lentamente.

—Puedes irte —continué suavemente—. Te ayudaremos. Elige cualquier parte del mundo. Quizás en algún lugar donde nunca has

estado, donde nadie sepa tu nombre. Aiden puede hacerlo realidad. Pero por favor, mamá, solo vive.

Abrió los ojos de nuevo, y esta vez vi un destello de anhelo en ellos. Podría ser justo lo que necesitaba. Una nueva vida.

—Ya no quiero ser madre.

Asentí.

—No tienes que ser una.

Sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas.

—¿Me odias?

—Jamás —dije con pasión—. Mereces ser egoísta y vivir para ti misma. Mereces paz.

Lágrimas pesadas rodaban por sus mejillas.

—¿Y él estará bien? —murmuró con voz ronca.

Sonreí, aunque de forma temblorosa.

—Sí. Será amado, y si alguna vez estás lista, él estará aquí. Seguro y amado.

La determinación brilló en sus ojos y asintió.

—Entonces, por favor, ayúdame a desaparecer —pidió.

Me incliné y le besé la frente, igual que la noche en que nació su hijo.

—Eso es exactamente lo que haremos.

Volvió a cerrar los ojos, pero esta vez su respiración fue más fácil. Era el primer paso hacia su sanación.

EPÍLOGO

AIDEN



Un año después

Esposa: No trabajes hasta tarde esta noche. Te recompensaré con besos y 👄😮🍆

El mensaje de Raven había estado en mi mente todo el día, y cuando llegué a casa, ya había caído la noche. La ciudad estaba llena de sirenas y claxonazos, pero aquí arriba, era otro mundo. El ruido estaba bloqueado y el mundo parecía algo distante, dejándome vivir en una burbuja donde solo existían mi mujer y mis hijos.

Entré por la puerta principal de nuestro *penthouse* en *New York*, listo para devorar a mi esposa.

Me quité los zapatos cerca de la entrada.

Las luces se atenuaron y el silencio de la noche se instaló. Solo eran las siete, pero nos gustaba mantener a Ronan y Logan en una rutina nocturna estricta.

Me moví por la casa, con el aroma a fórmula para bebé, leche y azúcar impregnando el aire. Olía y se sentía como un hogar feliz.

Primero revisé a los niños, Ronan a punto de cumplir un año, y Logan, de tres meses. Ronan estaba acurrucado sobre sí mismo, su

respiración lenta y regular, y su pequeña mano empujada entre las barras de la cuna, descansando sobre el pecho de Logan.

Inclinándome, arreglé la manta de Ronan, luego le besé la frente antes de girarme hacia Logan y arreglar su manta para envolverlo. Luego le di un beso en la frente.

Por un momento, me quedé allí observándolos dormir. Todavía no podía creer que tuviera la suerte de tener dos hijos preciosos. Quizá no los merecía ni la felicidad que ellos y mi esposa me daban, sin embargo, no dejaría que nadie lo ensombreciera. Esta era mi familia, y no me detendría ante nada para protegerlos de cualquiera que quisiera hacerles daño.

Con una última mirada hacia ellos, salí de su habitación y cerré la puerta suavemente tras de mí. Solo entonces vi una nota pegada en el espejo del pasillo con la letra garabateada de Raven.

Estudio. Ahora. No traigas nada. Y usa menos. – R

Sonreí, y la tensión que se había aferrado a mis hombros todo el día se fue evaporando poco a poco.

El pasillo hacia el estudio estaba oscuro mientras me desabrochaba los botones de mi camisa. Hice una parada rápida en mi oficina, me quité la funda y la pistola y la guardé en mi caja fuerte, programada solo para las huellas de Raven y las mías.

Reanudé mi camino hacia el estudio, con la camisa a medio caer, justo cuando abría la puerta del estudio.

Raven estaba de espaldas a mí, una cadera ladeada, un pincel equilibrado flojamente entre sus dedos. Llevaba una bata azul marino de seda mientras se mecía al ritmo de la música, tarareando desde un tocadiscos antiguo que insistió en que necesitaba.

—Hola, esposa.

Se giró, sus ojos bajando por mi pecho y luego volviendo a subir.

—Hola, esposo. Te he estado esperando por mucho, mucho tiempo.

Su tono era juguetón y me miraba como si fuera su próximo proyecto.

—Tuve que ver cómo estaban los niños.

—Y ahora estás aquí.

—Así es. —Avanzó, cada movimiento lento y deliberado, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo salpicado—. Voy a necesitar que te quites *toda* la ropa, Aiden.

Me desnudé como me indicó y dejé la ropa en la silla cerca del caballete. Cuando me quedé sin nada más que piel, volteé hacia ella.

—Y ahora ¿qué?

Sonrió.

—Ahora, voy a pintarte.

Alcé una ceja.

—¿Desnudo?

—Sí. Es algo que he querido hacer desde la primera vez que te vi desnudo.

—Medio desnudo —la corregí.

Agitó su pincel teatralmente.

—No alteres a la artista —advirtió.

—Pensé que era, *no alteres a la esposa* —desafié, mordiéndome el interior de la mejilla para no reír.

—Bueno, *Señor.* En tu caso, es lo mismo.

Carajo, siempre me excitaba cuando me llamaba Señor.

—Así te quiero —añadió, notando mi erección—. Al final de tu día. Antes de que lo apagues todo. Cuando aún llevas el peso y estés listo para recibir tu recompensa.

—*Oh*, estoy listo para mi recompensa.

—Te prometo que ya viene. —Se acercó, deslizando el dorso de sus dedos por mi pecho—. Ahora siéntate —ordenó, señalando la silla junto a la ventana, donde las luces brillaban como luciérnagas a lo lejos.

Me senté. Una pierna doblada, otra estirada. Me hacía sentir vulnerable, una posición en la que rara vez me permitía estar. ¿Pero con ella? La vulnerabilidad no se sentía como debilidad.

Agarró su pincel.

Sus ojos se fijaron en los míos.

—No apartes la mirada.

—No lo haré.

Empezó a pintar.

Cada pincelada era como un beso de sus labios. Y me quedé allí, tan quieto como pude, dejando que ella tallara mi alma en lienzo. Dejándola ver las partes de mí que nadie más había visto.

Y en ese estudio, con la ciudad siendo solo un ruido lejano, yo no era un mafioso. No era un protector. No era un peleador, ni era un padre.

Solo era… De ella.

FIN

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchas gracias por leer ***Espinas de Traición***! Si te gustó, por favor deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.

Si tienes ganas de más conversaciones con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook: *Eva's Soulmates (*https://bit.ly/3gHEe0e*).*

El siguiente libro en la serie es ***Espinas de Guerra*** *(*
https://amzn.to/48jAv59).

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes encontrarlos aquí. Libros de Eva Winners: https://bit.ly/3SMMsrN o suscríbete a su boletín AQUÍ.

Eva Winners escribe todo lo relacionado con el romance, desde enemigos hasta amantes y libros con todos los sentimientos. Sus héroes a veces son villanos porque ellos también necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están impregnados de un toque de suspenso, misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión ardiente.

Cuando no está trabajando ni escribiendo, pasa sus días en Croacia o *Maryland* soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva aquí:
Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/